

JANETH G. S.

¿QUIÉN

MATÓ

PREMIO
WATTYS

ALEX?

EL MISTERIO QUE NOS UNE

OZ
EDITORIAL

1

¿QUIÉN MATÓ A ALEX?

El misterio que nos une

JANETH G. S.

Serie ¿Quién mató a Alex? 1

#QMAA



¿QUIÉN MATÓ A ALEX?

V.1: marzo, 2017

© Janeth G. S., 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Bowie1/Freepik

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-62-3

IBIC: YFD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita utilizar algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

¿Quién mató a Alex?

El fenómeno que arrasa en Wattpad.

Más de 37 millones de lecturas.

Premio Wattys.

Hannah es una adolescente de dieciséis años enganchada a las redes sociales. Pero un día recibe una solicitud de amistad de Facebook de un chico llamado Alex Crowell. Al aceptarla, descubre en el muro de Alex que está muerto. Y luego pasa algo todavía más escalofriante: recibe un mensaje privado del joven donde él le pide ayuda para averiguar quién lo mató. En una trepidante investigación, Hannah descubre que hay muchas personas involucradas en su muerte. Pero contará con una ayuda inesperada, la del fantasma de Alex.

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre ¿Quién mató a Alex?

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

¿Quién mató a Alex? El secreto desvelado
Sobre la autora

Capítulo 1

Cuando desperté, un dolor me consumió por completo. La habitación empezó a dar vueltas, así que pestañeé un par de veces. El mareo no tardó en llegar y el estómago se me revolvió. Lo veía todo distorsionado. Tenía la vaga sensación de estar en el lugar equivocado, sin ningún control sobre lo que sucedía. El techo comenzó a desplomarse sobre mi cuerpo flácido.

Gemí de dolor.

Tenía un sabor amargo en la garganta. Me estabilicé al cabo de unos segundos y, poco a poco, el espacio empezó a tomar forma. Las sombras se tiñeron de color. Cuando el mareo cesó, comprobé que estaba en mi habitación. Una sábana blanca me cubría de los pies al cuello y, extrañamente, estaba húmeda. Supe de inmediato que algo no iba bien: tenía la frente mojada, los huesos me dolían y cualquier movimiento lo empeoraba todo. No tardé en darme cuenta de que estaba empapada en sudor. Maldije en voz baja cuando el dolor se volvió más intenso.

—¿Hannah? —dijo alguien desde el rincón. La voz sonaba lejana.

Mi cabeza palpitaba mientras trataba de comprender qué había sucedido. Lo último que mi cerebro alcanzaba a evocar era un vago recuerdo del instituto. Sin embargo, solo eran momentos efímeros, piezas incompletas. Nada que pudiera ayudarme a resolver la incógnita.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al vacío. Mi voz sonó como si hubiera bebido alcohol. Era áspera, ronca.

—Un accidente —respondió a lo lejos la voz masculina—. Nada grave. No hay de qué preocuparse.

Me sobresalté. Sentí pánico al escuchar a un hombre en mi habitación. No me sentía segura. Me incorporé rápidamente y me froté la cabeza con las manos. Apreté los ojos. Mi tortura física seguía en aumento.

—No te preocupes, el dolor se te pasará en unos minutos. Te he dado una pastilla que te aliviará —explicó—. Soy el doctor Richard, Hannah.

Saber que se trataba de un médico me ayudó a relajarme, pero no lo suficiente. Seguía mareada y con fuertes palpitations en la cabeza, por no mencionar la inquietud que me causaba no recordar lo que había pasado.

Moví los labios e intenté hablar con coherencia.

—¿Qué clase de accidente?

Pronunciar esas palabras fue un reto. Me dolían todos los músculos del rostro. Era como si me hubieran golpeado con un bate en la cara. Por supuesto, mi voz quebrada revelaba mi sufrimiento: si

había tenido un accidente y un médico se encontraba en mi habitación, se trataba de algo preocupante.

—No es nada grave —insistió. Su tono era suave, tranquilizador. Incluso percibí una sonrisa amable. Guíe mi vista hacia el rincón desde el que provenía la voz. El hombre tenía una dentadura totalmente blanca y sus labios eran delgados y viejos. Tan arrugados y gastados como el pantalón que llevaba puesto—. Fue en el instituto, mientras jugabais a fútbol. Te golpearon con una pelota en la cara y te desmayaste. Pero como he dicho, no hay nada de qué preocuparse.

Dudé. Yo no era precisamente una chica distraída. Era cuidadosa con lo que hacía y definitivamente no era tan despistada como para acabar en un campo de fútbol en pleno partido. Podía ser peligroso. Además, no se me daba bien dar patadas a un balón, se me daba mejor jugar a baloncesto.

Examiné al hombre unos segundos. Me sostuvo la mirada mientras sonreía. Vi que guardaba una jeringa vacía en el bolsillo de su bata arrugada. Era un hombre con el rostro surcado por cientos de líneas. Parecía que se dedicaba a un trabajo que lo apasionaba desde hacía mucho tiempo.

Como no pestañeó, decidí apartar la vista. Y entonces la habitación volvió a dar vueltas durante unos segundos.

—¿Dónde está mi madre?

Me presioné de nuevo la cabeza con los dedos.

—Estoy aquí. —La voz sonó cerca. Tal vez procedía de la puerta, que estaba cerca de la cama. Oírla me tranquilizó. La busqué con la mirada rápidamente.

—Mamá —dije adormilada—. ¿Qué ha pasado?

—Ya te lo ha dicho el médico, un accidente en el instituto. —Su voz era apaciguadora, formal, como la que utilizaba con los estudiantes. Se había acostumbrado tanto a hablar de esa manera que, a veces, se olvidaba de que yo era su hija además de una alumna—. Afortunadamente todo está bien, es decir, tú estás bien. Y según el doctor Richard, el dolor de cabeza se te pasará pronto.

—Eso significa que no hay excusa para librarme de ir a clase mañana, ¿verdad? —Afortunadamente, mi sentido del humor no me había abandonado. Lo había preguntado con la esperanza de que me dieran al menos un día de descanso. Ser la hija de la directora del instituto no era nada fácil. Y si alguien creía que tenía privilegios, estaba muy equivocado. De hecho, tenía más obligaciones.

Escuché su risa suave.

—Exacto. Así que ponte al día, he pedido a los profesores que te envíen por correo las actividades de ayer y de hoy.

—¿Cómo? ¿Pero cuánto tiempo llevo aquí? —Estaba confundida. Ahora entendía por qué me dolía todo el cuerpo y por qué tenía un cardenal en el brazo. Había tenido las vacaciones más largas de mi vida y ni siquiera las había disfrutado. No era justo.

—Dos días. —La voz del doctor Richard resonó en la habitación. De nuevo, todo dio vueltas—. Necesitabas descansar.

Intenté recordar el accidente, pero fui incapaz. No había más que oscuridad. Los recuerdos no existían, se habían perdido en algún lugar de mi cerebro.

—No recuerdo nada —comenté. Tenía la voz ronca—. ¿Por qué no lo recuerdo?

Me molestaba no saber qué había sucedido, que mi mente no pudiera darme una respuesta. Me sentía como el abuelo de Cara, que olvidaba las cosas más simples, como, por ejemplo, que se había puesto las gafas en la cabeza o dónde había estado el fin de semana. Era abrumador. Simplemente necesitaba crear una imagen con lo poco que el doctor Richard y mi madre me habían dicho, y resultaba muy frustrante.

—Lo harás en su debido momento, Hannah. Los recuerdos no mueren ni se ocultan para siempre —

respondió con seguridad. Tuve la sensación de que lo decía con una sonrisa. Tal vez me estaba poniendo un poco paranoica, pero es que me asustaba no recordar el accidente, y el martilleo constante en mi cabeza me atormentaba—. Ahora necesitas descansar.

—¿Todavía más?

No quería volver a dormir, ni tampoco estar en la cama. Quería levantarme y salir corriendo, hacer algo.

—Lo que sea necesario —dijo mi madre, firme.

—Tu madre tiene razón, necesitas descansar y recuperar fuerzas. Eres una chica sana. El dolor cesará pronto y los recuerdos volverán tarde o temprano. Solo estás en *shock*. —La cálida voz del doctor llenó la habitación y, de algún modo, empecé a confiar en él. Mi madre parecía hacerlo.

Asentí ligeramente. Su sonrisa, tan serena y pura, me inspiraba seguridad. Era un hombre corpulento, la bata blanca se ajustaba a su cuerpo fornido de modo que un par de botones parecían estar a punto de salir disparados. Sus ojos se veían cansados; había manchas oscuras debajo de aquellas canicas grises que dejaban entrever su edad y su experiencia. Tenía el cabello más canoso que había visto en mi vida. Cuando los rayos del sol se filtraban por la ventana y caían sobre él, creaban la sensación de un cabello plateado brillante, como el de un anciano. Seguro que había estado en situaciones mucho peores y yo estaba quejándome por un simple dolor de cabeza.

—Muchas gracias doctor —dijo mi madre—. Sé que tiene mucho trabajo y necesita volver al hospital. Venga conmigo y le prepararé un cheque por sus honorarios.

El doctor asintió y se dispuso a guardar sus utensilios de trabajo en un maletín negro.

—Espero que te recuperes pronto —dijo con franqueza. Luego se giró hacia mi madre—: Margaret, tienes mi número, ya sabes que, si pasa cualquier cosa, estoy disponible. Y si en algún momento no me localizas, alguno de mis colegas te ayudará si lo deseas.

—Muchas gracias, de verdad —respondió mi madre con una sonrisa. Sus comisuras se elevaron rápidamente y los ojos le brillaron—. Estoy segura de que Hannah no tardará en recuperarse. Compraré los medicamentos que ha recetado y esperamos a que surtan efecto.

—Por supuesto —aseguró, dispuesto a salir de la habitación. Se notaba que tenía prisa. A pesar de su edad, mostraba la energía de un joven. Sus movimientos eran rápidos y enérgicos, no dudaba y su seguridad era palpable cuando hablaba o hacía algo—. Ha sido un placer conocerte, Hannah. Y no te preocupes, todo irá bien.

Las palabras eran sinceras.

—Muchas gracias —contesté por educación en un susurro. Me sentía débil y cansada.

El doctor recogió su maletín y cerró la mano en un puño. Se colocó bien uno de sus tirantes, que se caía de vez en cuando. El maletín estaba perfectamente limpio y ordenado en comparación con su bata y su pantalón.

Se despidió con un movimiento de cabeza y sonreí sin saber qué decir. Entonces mi estómago se rebeló y tuve que contener las ganas de vomitar.

Mi madre salió de la habitación y el doctor siguió sus pasos. El sonido de los zapatos se alejó, al igual que las voces. De pronto, bajo las sábanas húmedas, me sumergí en un sueño lleno de tormentas.

Afuera, las gotas habían empezado a caer.

La tormenta me despertó al cabo de un tiempo. Una sucesión de relámpagos iluminó la habitación durante unos segundos, y el trueno que llegó después hizo temblar las ventanas. Me estremecí de miedo. La oscuridad no tardó en volver a teñir de negro cada rincón. Seguía sudando y con las sábanas empapadas.

Lo único que alcanzaba a ver eran sombras. Mi cuarto se había impregnado del olor a tierra mojada, y estaba segura de que en las casas de los alrededores se respiraba el mismo aroma.

Me incorporé y me quedé sentada en la cama, tratando de encontrarle sentido a todo lo que había sucedido. La tormenta no cesaba. Los truenos resonaban con fuerza, como si las tripas del cielo gruñeran. La cama tembló. Unos segundos después, la luz volvió e iluminó de nuevo el dormitorio, y tal y como llegó, se fue.

Las gotas golpeaban con furia los cristales de las ventanas. No se detenían, eran persistentes. Parecía que quisieran entrar en el dormitorio. El cielo oscuro y nubloso seguía rugiendo, cada vez con más intensidad. Los truenos peleaban por ser los más potentes. Y las gotas, que danzaban en la tormenta, les hacían compañía. Eran grandes, como piedras.

Por un momento creí que los cristales acabarían rotos en mil pedazos.

A pesar de los largos intervalos de sueño, me sentía agotada. Cada miembro de mi cuerpo pesaba el doble de lo habitual.

Con esfuerzo, me deslicé por la cama hasta sentarme en el borde. Tenía el pelo grasiento, sentía los mechones sucios pegados en mis mejillas. No hacía falta que nadie me dijera que necesitaba una ducha urgente. Sin pensarlo, me puse en pie. Mis dedos entraron en contacto con el suelo frío y di unos pasos. Busqué la lámpara de mi escritorio en la oscuridad. A tientas, reconocí papeles que había dejado esparcidos. Palpé con cuidado por temor a hacerme daño, pero solo alcancé a tocar lápices, un teclado lleno de botones, una botella de agua vacía, libros gruesos y un bote de plástico. Hice un movimiento rápido y, al instante, algo cayó bruscamente. Oí que cientos de pequeñas piezas de hierro se esparcían por el suelo. Corría el riesgo de pisar con los pies descalzos mis clips de colores. A oscuras, era propensa a hacerme daño, así que necesitaba encender la luz enseguida.

Un relámpago volvió a iluminar el cielo y me permitió ver, durante unos escasos segundos, la lámpara color crema que mi madre me había regalado por mi duodécimo cumpleaños. Actué de inmediato, antes de que la noche volviera, y tiré de la cadena de la lámpara. La habitación se iluminó.

El calor empezaba a asfixiarme. Mi cuarto era demasiado húmedo.

Recogí hasta el último clip y los guardé en el bote. Lo dejé en el escritorio y algo me llamó la atención: el monitor de mi ordenador se había encendido de repente, sin que yo hubiera hecho nada.

La puerta de mi habitación estaba cerrada, y me invadió una tentación irresistible de conectarme a las redes sociales. Probablemente Cara, mi mejor amiga, me habría mandado un mensaje o habría publicado algo en mi muro de Facebook. Como mi madre no la había mencionado, supuse que no me habría visitado mientras estaba inconsciente.

Aparté la silla del escritorio para sentarme. Al mover el ratón, la pantalla ganó brillo al instante. Me mordí las uñas en un gesto inconsciente y mastiqué un buen rato un pequeño pedazo que había arrancado. Tenía la boca seca. Empecé a teclear rápidamente para escribir un mensaje a Cara. Al terminar, pulsé el botón de enviar. Al cabo de un instante recibí una notificación. Sería su respuesta. Vaya, qué rápida.

Pero no se trataba de Cara.

Era un mensaje con un remitente cuyo nombre no me decía nada en absoluto.

Alex Crowell.

Un trueno bramó con fuerza.

¿Quién demonios era Alex Crowell?

Abrí el mensaje y lo único que decía era: «Hola».

Como había llegado a un trato con mi madre, no podía aceptar ninguna solicitud de amistad de desconocidos. A cambio, podía tener el ordenador en mi habitación, sin que ella me controlara. Era un trato justo.

Pero la curiosidad me consumía por dentro, así que hice clic en su nombre y accedí a su perfil. Era un chico guapo. Demasiado, a decir verdad.

Fue entonces cuando el ángel y el demonio aparecieron sobre mis hombros. ¿Romper la única regla que tenía con mi madre? ¿O perder al chico guapo que me acababa de mandar un mensaje? Una difícil elección, por supuesto. Escupí el trozo de uña masticada que seguía en mi boca y guié el cursor hasta el botón que decía «Agregar amigo».

Podríamos ser amigos.

Pero la voz de mi conciencia se abrió paso y me regañé a mí misma. No podía agregarlo. No sabía quién era ni qué quería. Sin embargo, podría averiguarlo.

Me levanté de la silla y comencé a caminar por la habitación. En un abrir y cerrar de ojos las palmas de mis manos estaban bañadas en sudor.

Le di vueltas. Mi madre nunca se enteraría.

Entonces pensé que tal vez le estaba dando demasiada importancia a un chico. Así que me volví a morder las uñas; ahora le tocaba al dedo índice.

En un impulso, apreté el botón y lo agregué a mis amigos. Cinco segundos después, la solicitud fue aceptada.

Estaba tan intrigada que volví a fisgar en su muro.

Fueron los segundos más largos de mi vida. Me quedé quieta, inmóvil, con los ojos clavados en la pantalla.

Describir el miedo y la angustia que sentí era imposible. La sangre se había acumulado en mi rostro frío y pálido por la luz del monitor. De repente, me había quedado helada.

Permanecí quieta frente al ordenador. Un cosquilleo en la nuca me tentó a rascarme y sacudir la cabeza. Aquello era demasiado inquietante. Un escalofrío me recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Sentí que ahora la sangre circulaba por mis mejillas con más intensidad.

Las publicaciones que leí en el muro de Alex me dejaron helada. «Eres un ángel que decidió regresar a su hogar», o, la que parecía escrita por su hermano: «El mejor hermano sobre la faz de la tierra, te quiero. Siempre te recordaremos, descansa en paz».

Sentí un nudo en el estómago e inmediatamente me entraron ganas de vomitar. Y esta vez no era por el medicamento que había tomado.

Alex me envió otro mensaje, ahora con un *smiley*. Pero esa cara parecía amenazante, no feliz.

Tragué saliva con dificultad y me dispuse a escribir una respuesta. Los dedos me temblaban, y yo no era una persona nerviosa, pero había algo en todo ese asunto que me hacía reaccionar así.

Tener miedo era la peor de las sensaciones.

«¿Es una broma?», escribí.

Subí los pies a la silla en un gesto involuntario. El cuarto estaba oscuro y la luz del monitor era la única que lo iluminaba. No recordaba haber apagado la lámpara, incluso me cuestioné si realmente lo había hecho. La nuca me volvió a picar.

La pantalla indicó que Alex estaba escribiendo, pero luego se detuvo y no pasó nada más.

«Si es una broma y tratas de asustarme, no funciona y no tiene gracia. Si lo que pretendes es

molestarme e intimidarme, te sugiero que lo hagas mejor», escribí rápidamente en el teclado.

Error, Hannah, error.

Estaba de espaldas a la cama cuando un ruido espeluznante me sobresaltó y tuve que girarme. Procedía de debajo de la cama. Quise encender la luz con un movimiento rápido, pero mi cerebro estaba bloqueado por el miedo y no enviaba las órdenes correctamente. Tan solo era capaz de concentrarme en una cosa: aquel sonido monstruoso. Me hice un ovillo y llevé las rodillas a mi pecho para sentirme protegida. Una voz en mi cabeza me advirtió. Si bajaba los pies al suelo, algo me agarraría y no sería agradable.

El ruido me recordaba al sonido de los rasguños en el suelo, como si un gato lo arañara incesantemente desde abajo. Quería gritar, pero nada salía de mi garganta. Estaba petrificada. ¿Dónde estaba mi madre cuando la necesitaba?

Cuando reuní el valor, me puse en pie y, con paso lento, me acerqué a ver qué provocaba el ruido. Rogué porque fuera un gato que se había colado en mi habitación. Sabía que era imposible, pero traté de convencerme de que esa era la única explicación. Con las piernas temblorosas y con las manos todavía sudadas, caminé un poco más. Se me puso la piel de gallina. La madera del suelo crujía a cada paso que daba. Cuando estuve lo suficientemente cerca de la cama, me arrodillé y sentí que alguien me observaba; alguien o algo estaba detrás de mí, sentía su presencia. Y, fuera lo que fuera, sabía que yo era consciente de que estaba ahí. Pero no me giré. No me atreví a hacerlo.

Tomé la sábana entre mis dedos, con una fuerza que no sabía que tenía. La tormenta no cesaba. El impacto de las gotas sobre el cristal resonaba por toda la habitación.

En un segundo de infarto, levanté la sábana rápidamente.

En cuanto lo hice, los rasguños cesaron. Debajo de la cama no había nada, absolutamente nada, lo cual era todavía más inquietante. Regresé al ordenador y vi un nuevo mensaje de él.

«Podría hacerlo mejor, pero te quiero de mi parte», respondió.

«¡Basta! Quienquiera que seas, déjame en paz».

Se me hizo un nudo en la garganta. Si alguien del instituto o algún vecino me estaba gastando una broma pesada, me la pagaría. No se iría de rositas. Me estaban asustando de verdad.

«Hannah, necesito que me ayudes a averiguar quién me mató», escribió.

—Esto no tiene gracia, ¡déjame en paz! —jadeé. Me costaba respirar. Y entonces sentí que algo me soplabla en la nuca.

¿Qué estaba pasando?

Iba a levantarme de la silla para salir corriendo, pero antes de poder hacerlo recibí un nuevo mensaje:

«¡Corre!».

Y entonces alguien golpeó la puerta tres veces.

Capítulo 2

El picaporte de la puerta comenzó a moverse rápidamente de arriba abajo en un gesto aterrador. Sin pensarlo, salté de la silla de un brinco. Retrocedí un paso, y luego otro, para alejarme de la puerta. Mis piernas flaqueaban y supe que en cualquier momento me desplomaría. El picaporte seguía agitándose y sentí la necesidad de correr. Pero ¿hacia dónde?

No había salida.

¿Por qué temía algo que no podía ver?

Respiré con dificultad.

—¿Hannah? —exclamaron al otro lado de la puerta. Era una voz dulce y tierna de mujer. Una voz que reconocí de inmediato. Era mi madre—. ¿Por qué cierras la puerta? —gritó, luchando por hacerse escuchar a pesar del ruido de la lluvia.

Suspiré.

Bien, era mi madre, todo iba bien.

Todo iba bien, me repetí.

—Me estoy cambiando de ropa, un momento —mentí.

Corrí hasta el armario y agarré lo primero que vi. Me saqué la ropa húmeda que llevaba y en rápidos y acelerados movimientos me puse lo que había cogido, incluidas mis zapatillas blancas. Me alisé la camiseta con las manos temblorosas y apagué el ordenador. Respiré profundamente. Lo más profundo que pude hasta que me dolieron los pulmones. Solté el aire por la boca, y mi respiración volvió a un ritmo normal.

Las manos me sudaban involuntariamente y los pies estaban totalmente descoordinados, olvidé cuál era el derecho y cuál el izquierdo. Era extraño sentirse así, incapaz de pensar con claridad. Tenía que tranquilizarme o en cualquier momento acabaría de bruces por los suelos, y entonces sí que tendría una buena excusa para faltar a clase. Pero la verdad era que quería volver al instituto lo más pronto posible. Di siete pasos hasta llegar a la puerta. El picaporte estaba inmóvil, totalmente en reposo.

Aún notaba la adrenalina en el cuerpo, pero no podía hacerla esperar más. Tenía que abrir la puerta.

—Lo siento... —dije cuando vi a mi madre. Estaba de brazos cruzados y con el ceño fruncido. Traté de sonreír y aparentar normalidad.

Pensé en lo joven que era mi madre. Era idéntica a mí, pero con unos años más. Sus brillantes ojos me miraban con inquietud. Su cabello, tan negro como el mío, estaba recogido en una coleta alta, y su piel era tan blanca como la mía. Éramos iguales en todo, excepto en los ojos. Los suyos eran de color

miel, mientras que los míos eran azules, como los de mi padre. Un padre al que no conocía.

—¿Estás bien? Tienes la cara muy pálida —dijo. Su delgada boca se movía rápidamente mientras hablaba y el brillo rosa de sus labios se pegaba y despegaba suavemente cuando lo hacía.

—¿Todavía más pálida de lo normal? —bromeé y ella sonrió. Intuí que ya no haría más preguntas. Su rostro se suavizó y lució incluso más joven.

—Cara está aquí, dice que habéis quedado —explicó mi madre.

—¿Cara? Pero si ya casi es la hora de dormir y hay una tormenta horrible.

¿Qué habría pasado?

¿Y si era ella quien me había gastado la broma de Alex? No sería de extrañar. Cara era tan ocurrente... Conocía a casi todos los alumnos del instituto y cualquiera haría lo que fuera por ella, la capitana de las animadoras.

Yo era todo lo contrario a Cara.

—A lo mejor hoy se quedaba a dormir y no lo recuerdas.

Dudé. No era consciente de haber hablado con Cara en la última semana, excepto por el mensaje que le acababa de enviar por Facebook. Y no recordaba haber planeado una fiesta de pijamas para esa noche.

—Sí, es posible. Los exámenes y este dolor de cabeza me están volviendo loca. —Sonreí y entonces vi que no había soltado el picaporte desde que había abierto la puerta. Mi mano sudorosa seguía sujetándolo con fuerza.

Mi madre se limitó a negar con la cabeza mientras sonreía. Se marchó por el pasillo del segundo piso, donde estaban nuestros dormitorios. En casa solo vivíamos ella y yo. La puerta de su habitación estaba justo enfrente de la mía y era blanca. Toda la casa estaba ordenada, limpia y brillante. Excepto mi habitación. Y por supuesto, mi madre no quería que pegara pósteres o cualquier cosa en las paredes o en las puertas de la casa.

Solté el picaporte, que estaba completamente mojado, igual que mis manos. Me las limpié en el pantalón caqui y cerré la puerta, dispuesta a salir.

Cuando bajé las escaleras me sorprendí al ver a una persona en la sala, de espaldas a mí. Era alto y, por cómo movía la cabeza, parecía estar buscando algo, como si hubiera perdido alguna cosa en la casa. Fruncí el ceño y me detuve en uno de los últimos escalones.

Me permití unos segundos para examinarlo.

Tenía el cabello castaño y revuelto, con pequeños rizos aquí y allá. Su espalda, amplia y fuerte, mostraba unos omóplatos en tensión. Parecía alguien en forma. Tenía una mano apoyada en el costado, y con los dedos de la otra se golpeaba suavemente la pierna, como si estuviera nervioso. Luego, su pie derecho empezó a seguir el mismo ritmo que sus dedos. Aunque no le veía la cara, apostaba a que estaría apretando la mandíbula.

Los pantalones negros que llevaba se ajustaban a sus caderas y a sus piernas. Parecía el *look* de un joven. Y aunque seguía de espaldas, estaba segura de que era apuesto.

—¿Hola? —pregunté, pero un trueno amortiguó mi voz.

El chico no me escuchó.

Me aclaré la garganta y esperé a que los truenos me dieran una tregua para hacer otro intento.

Estaba totalmente absorto.

—¿Hola? —Ahora mi voz fue fuerte, segura.

Hubo un silencio. Sentí un cosquilleo en las piernas.

Entonces, el joven se giró lentamente, como si le costara procesar lo que estaba pasando. Sus movimientos eran inseguros, titubeantes.

Alzó la vista para mirarme.

Sus ojos estaban llenos de miedo, por algún motivo le aterraba verme. Pero luego perdieron brillo, se hicieron profundos, negros como la noche. Y me observaron interrogativos, como si mis ojos tuvieran las respuestas que él parecía estar buscando.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, erizando cada centímetro de mi piel.

Era Alex. El mismo chico con el que había estado hablando unos minutos antes.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz tembló, igual que mis piernas, y esta vez no fue culpa de ningún trueno.

El chico no habló. Sus labios se abrieron, pero no pronunció palabra alguna. Ni siquiera salió un grito, o un susurro.

Se llevó las manos a los ojos y sacudió la cabeza con rudeza. Apartó las manos para levantar la vista de nuevo y negó con un movimiento lento. Parecía roto. Sus ojos vagaron por toda la sala y, luego, se posaron en mí, para observarme con confusión. Fruncía el ceño, sus labios tiritaban. Todo en él temblaba.

—¿Qué haces aquí, Alex? —insistí, con la esperanza de que me reconociera o dijera algo.

Al tenerlo justo delante de mí, sentí una conexión con él. Algo fuerte. Tan fuerte que pensé que nadie podría romperlo. Era extraño. Lo sentí cerca de mi corazón, y luego se expandió por todo mi cuerpo. Después algo despertó en mi memoria. Era Alex Crowell, iba a mi instituto. Lo conocía y habíamos cruzado un par de miradas y tímidos saludos.

Afuera volvió a tronar, esta vez más fuerte que las últimas. Fue como si el trueno se hubiera generado cerca de mi oído, golpeándolo y dejándome un zumbido molesto. La potente luz del relámpago que lo precedió fue lo que más me aterró, como si fuera lo último que iba a ver en mi vida.

Tenía frío.

—Alex Crowell. —Las palabras habían salido de mi boca involuntariamente. Él estaba tan sorprendido como yo—. ¿Es una broma?

Estaba a punto de decir algo, pero otra voz respondió por él.

Una voz familiar y enérgica.

—¡Hey! —saludó Cara al verme. Venía de la cocina con un vaso lleno de agua—. Espero que no te importe, me he quedado sin agua en la botella y me estaba deshidratando —explicó mientras levantaba el vaso de cristal.

Giré la cabeza en su dirección.

Cara no vaciló y se dejó caer en uno de los sillones. Tenía el cabello negro suelto y un pequeño y delgado mechón caía sobre sus ojos. Llevaba un pantalón de mezclilla y una blusa blanca de encaje que había comprado en un mercadillo. Recuerdo que insistió tanto en comprársela... La blusa dejaba a la vista sus hombros desnudos y blancos. Las palpitations volvieron a mi cabeza.

—¿Es que no piensas saludar? —gruñó.

Entonces reaccioné. Sacudí la cabeza. Mis ojos se abrieron de par en par y buscaron por toda la sala a Alex. Ya no estaba, se había esfumado. Apreté la barandilla de la escalera y apoyé todo mi peso en ella. La madera estaba fría. O tal vez era yo.

—¿Dónde está?

Cara frunció los labios.

—¿Dónde está quién? —Se acomodó en el sillón y me miró muy seria.

—Él —dije en un susurro—. El chico que estaba aquí hace un momento.

—Hannah, aquí no hay nadie, solo estamos tú y yo. —De pronto, su rostro se tiñó de miedo y el vaso que sostenía en las manos empezó a resbalarse de sus dedos sudorosos—. ¿Seguro que estás bien?

—Estaba aquí hace unos segundos, no ha podido desaparecer como si nada. Estaba aquí.

—Hannah, no hay nadie más aparte de nosotras. —Se puso en guardia y se levantó del sillón. Su rostro pasó del terror a la preocupación.

—Cara, de verdad. —Mi voz se quebró—. Estaba aquí.

—Hannah... —dijo en un susurro—. Voy a llamar a tu madre, pero necesito que te calmes, ¿de acuerdo?

—No. —Sacudí la cabeza. Tenía la piel de gallina. De repente me quedé helada, sentí los primeros escalofríos en la espalda. Mis dedos se habían entumecido—. Estoy bien, solo... me ha parecido ver a alguien.

Cara estaba desconcertada. Pero para tranquilizarla añadí:

—Las pastillas tienen efectos secundarios, he dormido demasiado y eso me habrá provocado una alucinación. No te preocupes, me pondré bien enseguida.

Cara asintió, sin comprender del todo qué sucedía.

No quería asustarla. Aunque yo lo estaba.

Bajé los últimos peldaños con las piernas temblando, pero lo oculté con una sonrisa forzada.

¿Qué hacía Alex Crowell en mi casa? ¿Quería robar algo? ¿O se escondía de alguien?

Tomé aire y me acerqué a Cara. Aunque mi corazón amenazaba con salirse del pecho, era bastante buena controlando mis emociones.

Poco a poco conseguí que mi ritmo cardíaco se estabilizara.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en tu casa, durmiendo? —bromeé.

—No quería llegar temprano a casa. Mi madre me pidió que la acompañara a una cena familiar y ya sabes que odio a Luke —dijo con tono molesto, torciendo la boca. Me reí y, poco a poco, empecé a olvidar lo que había pasado.

Cuando Cara usaba la palabra «familiar» en alguna de sus frases, se refería a Luke y a sus dos hijas, ambas mayores que ella. Cara y su madre habían estado muy unidas hasta que llegó Luke, el prometido de la señora Julie y futuro padrastro de Cara. Lo aborrecía totalmente, el mero hecho de pronunciar su nombre la ponía de mal humor. Y eso no era bueno. Tal vez lo odiaba porque había reemplazado muy rápido el lugar que había dejado su padre. No fue fácil superarlo. Yo estuve con Cara todo ese tiempo.

—Y has mentido con la excusa de que tenías trabajos pendientes y que vendrías a mi casa a acabarlos.

Me senté en otro sillón frente a ella.

Cara asintió.

—¿Y has visto la tormenta horrible que hay ahí fuera? Qué miedo. Así que he venido para hacerte una visita sorpresa. Además, llevo casi una semana sin saber nada de ti y, antes de que te enfades, déjame decirte que he estado muy ocupada con las animadoras y no he podido venir a verte hasta hoy. —Chasqueó la lengua y sonrió—. Pero llamé para ver cómo estabas. Tu madre me contó cómo iba todo, así que cuando me dijo que habías despertado no dudé en venir.

Se estaba disculpando, algo habitual en Cara.

Le gustaba bromear acerca de ser la capitana de las animadoras y decía que se haría millonaria

cuando grabase videoclips con artistas famosos o cuando ganase concursos internacionales.

—No hacía falta que vinieras hasta aquí. Además, mañana volveré al instituto.

—¿Tan rápido?

Asentí.

—Mi madre —respondí poniendo los ojos en blanco.

—No desearía estar en tu lugar, Hannah, tienes a la madre más dulce y a la vez estricta que haya conocido.

Volví a asentir.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio. Cara se perdió en sus pensamientos, con la mirada fija en una de las tazas que había en la mesa de centro. Se había puesto seria. Había algo más que no me había contado, aparte de lo de Luke. Habitualmente, lo insultaba hasta la saciedad, y hoy, nada de nada.

—Hey —dije—, ¿qué sucede?

Se encorvó y resopló.

—Nada —se limitó a responder.

—Cara, hace cinco años que nos conocemos. No puedes mentirme a estas alturas.

Resopló.

—¿Es que no te has enterado? —susurró. Su tono despertó mi curiosidad. Se acercó un poco a mí y levantó una ceja.

—¿Qué es? ¿Algún cotilleo nuevo?

A Cara se le daba bien enterarse de todo lo que ocurría a nuestro alrededor. Aunque esta vez no parecía ser algo digno de risa... pero sí de asombro. Y por lo tensa que estaba y la palidez que teñía su rostro, no era algo bueno.

Cara cogió aire mientras negaba con la cabeza. Sus manos, inquietas y temblorosas, recorrieron sus piernas de arriba abajo, pero finalmente se cruzó de brazos.

—Es Alex Crowell. —Hizo una pausa y tragó saliva. Sus ojos mostraban terror puro—. Murió hace dos días y mañana es su funeral. Imagino que no lo sabías.

Por enésima vez, mi piel se puso de gallina. Escuchar ese nombre me ponía los pelos de punta, me hacía perder la cabeza. Sin embargo, me acerqué a ella. Quería saber más.

—Lo han asesinado —prosiguió—, pero lo más inquietante es que no se sabe quién fue, ni cómo lo hicieron.

Me estremecí. Aunque había intuido que Alex había muerto al leer las frases en su muro de Facebook, que alguien me confirmara que lo habían asesinado fue espeluznante.

—Bromeas, ¿no? —reaccioné con una risa nerviosa.

Volvió a negar. Esperaba que soltara una carcajada capaz de apaciguar el sonido de la lluvia. Pero no lo hizo, y la lluvia fue lo único que escuché.

No hubo risas.

La muerte de Alex Crowell no era una broma, era real. Todo era real.

Se me quedó la boca seca, pero apenas me di cuenta porque mi mente estaba centrada en otro asunto de mayor importancia.

—¿Qué más sabes?

Cara parecía turbada. No era la chica alegre y bromista de siempre. Algo en ella había cambiado drásticamente. Lo notaba en sus ojos apagados. Su labio tembló ligeramente, pero intentó ocultarlo.

aclarándose la garganta.

—Solo sé que mañana se celebrará su funeral. Todo el mundo estará allí —explicó con voz lenta y pesada, arrastrando las palabras—. Es decir, yo también quiero ir.

Cara me miró.

—¿Sabes Hannah? Deberíamos ir juntas —afirmó.

Yo negué y bebí un poco de agua del vaso que Cara había dejado en la mesita.

—¿Para qué? Nunca llegamos a hablar con él, no formábamos parte de su círculo de amigos.

Era una excusa para no acceder de entrada. Ser parte de su círculo de amigos no me preocupaba. En el fondo, me daba miedo volver a ver a Alex, con el que había estado hablando por Facebook y al que había visto hacía unos minutos en mi casa.

Y esa era la razón que me empujaba a ir. Como un presentimiento de que *debía* estar ahí.

—Unos cuantos alumnos del instituto asistirán al funeral —anunció—, así que no seríamos las únicas. Alex tenía muchos amigos.

Un relámpago iluminó parte de la sala, y después, el cielo manifestó su enfado gruñendo.

Mis manos temblaron mientras sujetaban el vaso.

—Está bien —accedí finalmente—. ¿A qué hora será?

Me arrepentiría de ir, estaba segura, pero todavía me arrepentiría más si no lo hacía. Un intenso deseo interior me pedía a gritos que acudiera a aquel funeral.

Mi voz se volvió a camuflar con la lluvia. El viento soplaba con fuerza, agitando las hojas de los árboles con su sonido brumoso, amenazando con arrancarlas y enviarlas a cualquier lugar.

—Por la tarde, después de clase.

Fruncí el ceño y suspiré.

—Iré con la condición de que vengas conmigo y no me dejes sola —afirmé.

Ella asintió.

—Trato hecho.

Cara y yo nos despedimos en la puerta de mi casa. Le presté un paraguas negro para que no se empapase mientras corría hasta su coche. Se despidió agitando la mano desde el interior. Al cabo de unos segundos, las luces de su coche desaparecieron calle abajo.

Cerré la puerta y me senté en el sillón donde había estado ella. Su aroma había impregnado todo el comedor.

Mi madre probablemente estaría dormida. No había bajado desde que había llegado Cara y era extraño, porque solía quedarse a hablar con nosotras, aunque fuera solo unos minutos.

Parecía que mi mundo había cambiado drásticamente en dos días. Incluso el olor en casa me resultaba raro, los muebles no estaban donde se suponía que debían estar y el clima era distinto.

Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir rápidamente. Por primera vez en mi vida, tuve miedo de estar sola en una habitación.

Pensé en Alex.

¿De verdad se estaba comunicando conmigo? ¿Por escrito y en persona?

Vamos, Hannah, eso es ridículo, pensé. Debía de estar alucinando. Los fantasmas no existían. Yo no creía en esas cosas. Y no iba a hacerlo ahora. Era una consecuencia de los medicamentos, estaba segura.

Me aseguraría de no volver a tomar nada de eso jamás.

El ruido de una caja de cereales al caer al suelo me sobresaltó. Me levanté sigilosamente y caminé hacia la cocina arrastrando un poco los pies. Llegué hasta el umbral y vi la caja en el suelo. La

contemplé unos segundos. Afortunadamente, no se abrió y los cereales no se esparcieron por toda la cocina. El parqué seguía limpio. Me agaché y recogí el paquete. Maldije en voz baja.

Cuando me levanté, mi pesadilla había vuelto.

Otra vez esa sensación. Algo estaba detrás de mí.

Fue involuntario, miré por el reflejo de la alacena y vi una sombra. Algo tocó mi hombro y, por el tacto y la forma, supe que era una mano. Grité y, en un acto reflejo, solté la caja que acababa de recoger. Esta vez los cereales se derramaron por el suelo, pero no me importó. Me quedé en *shock* contemplando la sombra. Al igual que los cristales con los truenos y las hojas de los árboles del exterior, mi cuerpo tembló. No podía moverme, estaba petrificada, y seguramente también en peligro. Inspiré y reuní el valor para correr escaleras arriba.

Fui todo lo rápido que pude y, como sabía que no había nadie más en mi habitación, sentía la necesidad de refugiarme allí cuanto antes: si me detenía, unas manos me agarrarían los pies y me arrastrarían hacia abajo. Esto era peor que una película de miedo, estaba horrorizada. Mi corazón latía con tanta fuerza que, en cualquier momento, podría salirse de mi pecho. Pero necesitaba que siguiera en su lugar al menos hasta llegar a mi cuarto.

Un escalofrío se originó en mi nuca. Me quedaban pocos escalones, pero, desafortunadamente, tropecé. Miré hacia abajo y chillé, sé que lo hice. Unos dientes invisibles crujieron cerca de mí. La vista se me nubló. Me golpeé las rodillas y los codos, pero logré levantarme y seguí corriendo hasta llegar al pasillo. Tres segundos después estaba frente a mi cuarto.

Entré y cerré la puerta. Apoyé la espalda en la madera y me deslicé hasta el suelo.

Quería llorar. Estaba asustada. La piel me ardía. Me temblaban las manos. Era insoportable.

Esa noche no pude dormir.

Esperé a que pasaran las horas y a que el sol volviera a salir.

Capítulo 3

Una hora después, el sol apareció en el cielo. Todo parecía estar en orden. Mi habitación de paredes blancas se llenó de vida, y todos los colores claros de mis cuadros resplandecieron con los rayos del sol.

No le contaría a nadie lo sucedido. Me había pasado la noche dándole vueltas, pensando qué hacer o con quién podría compartirlo. Pero al final llegué a la conclusión de que todo había sido un efecto secundario de los medicamentos. Y aunque una parte de mí pensaba que era absurdo, quería convencerme de ello.

Bajé a la cocina, pero todo estaba en silencio.

Miré el reloj de la pared. Era temprano, las 7.45.

—¿Mamá? —llamé, buscándola por toda la casa—. ¿Hola? ¿Mamá, dónde estás?

En la mesa encontré un pequeño papel doblado. Los dobleces eran cuidadosos, el papel estaba en perfecto estado, incluso olía a perfume de mujer.

Lo abrí y leí.

El doctor ha dicho que sería conveniente que descansaras un día más, y me ha parecido bien. Úsalo con sabiduría.

Te queire: Mamá.

Sonreí. Esa última frase de «úsalo con sabiduría» era una broma entre nosotras. Era un chiste malo que habíamos escuchado en el instituto cuando íbamos caminando por el aparcamiento para volver a casa. Unos chicos de último curso estaban pasándose cigarrillos ilegales, pero al ver a mi madre uno de ellos dijo esas palabras para sonar profesional. Mi madre y yo nos reímos por lo ingenioso y lo ridículo que había sonado. Desde entonces, a veces usábamos esa frase.

Volví a doblar el papel. Por supuesto que aprovecharía el día.

A las cinco de la tarde sonó el timbre de casa. Bajé las escaleras con paso apresurado. El estruendo de mis pasos en la madera anunció mi llegada. Era normal, se trataba de una casa vieja y aunque era algo molesto escuchar esos crujidos, a mi madre le gustaba la ubicación porque estaba cerca del instituto.

Es Cara, tan puntual como siempre, pensé.

—¡Ya voy! —grité.

Las rodillas me dolían un poco cuando las flexionaba. Tenía un rasguño con costra en las dos, fruto de mi caída de la noche anterior. Cada vez que me veía las heridas o me dolían, no podía evitar recordar aquella sombra, aquella mano tocándome, aquella terrorífica angustia. Aquella cruel alucinación.

Abrí la puerta y, efectivamente, era Cara.

—¡Hola! —saludó con gracia. Una sonrisa apareció en su rostro y me guiñó un ojo. Me reí.

—¡Hola! ¿A qué esperas? ¡Pasa! —dije, y la agarré del brazo para animarla a entrar. Fingió una mueca de dolor. Llevaba un vestido negro y unos zapatos a juego del mismo color. El cabello estaba recogido en un moño y el flequillo le tapaba toda la frente. Llevaba, como siempre, los labios pintados de un rojo brillante y los ojos excesivamente delineados. Sus pestañas bañadas en rímel eran tan enormes que me pregunté, incluso, si podría cerrar los ojos para dormir.

—Excelente, ¿estás lista? —preguntó. Levantó una ceja mientras me observaba de arriba abajo. Me quedé quieta.

El dolor de cabeza aún persistía, aunque no era tan fuerte como el día anterior.

Cara apoyó un dedo en sus labios chillones mientras torcía un poco la boca y comenzaba a dar vueltas a mi alrededor.

Yo también me había puesto un vestido negro. El mío, sin embargo, estaba hecho de una tela fina semejante a la seda y formaba un volante alrededor de mi cuello. Encima, había otra capa de encaje de flores pequeñas. Usé un pequeño suéter de manga larga, que me llegaba un poco más abajo del pecho, para ocultar mis pálidos brazos. Me dejé el pelo suelto y até dos delgados mechones de mi cabello en la parte de atrás. Llevaba las piernas a la vista y, gracias a Dios, el vestido me llegaba unos centímetros por debajo de las rodillas, ocultando los arañosos.

—Sí, Cara. Lo estoy, tenemos que irnos ya —dije con tono seco, aunque en realidad no estaba enfadada. Ella puso los ojos en blanco.

—Muy bien.

Cara y yo caminábamos por la acera con el viento en contra. Nos golpeaba con fuerza en el rostro y nos alborotaba el pelo. Un mechón de pelo se me metió en la boca, así que lo saqué en un rápido movimiento y me lo coloqué detrás de la oreja.

Cara me dedicó una sonrisa cálida y luego volvió a agachar la mirada. Supuse que se estaba preparando mentalmente para acudir al triste lugar al que nos dirigíamos.

Cara era mi mejor amiga desde que llegué a la ciudad. Era la persona en la que podía confiar plenamente, y no solo porque me hubiera ofrecido su amistad, sino porque además me la demostraba día a día. Cualquier secreto que compartiéramos se quedaba entre nosotras.

Me divertía con Cara, era una chica muy alegre. A veces, llegaba al punto de contagiarme su energía y me hacía cometer actos no del todo éticos. Era simpática y amable, una de esas personas que caía bien a todo el mundo. La verdad es que nunca le había preguntado por qué pasaba tiempo conmigo y no con las demás animadoras. Porque yo no era popular, y ella sí.

—Hannah, ¿quién crees que pudo cometer tal atrocidad? —dijo Cara—. Me refiero a lo de Alex. Quiero decir... hay muchas personas que podrían haber sido. Pero ¿sospechas de alguien en especial?

Sabíamos que Alex Crowell había nacido en una familia pudiente, aunque no era el típico chico que presumía de dinero, ni de lujos. Si Alex Crowell era alumno de nuestro instituto, era por la sencilla razón de que sus padres confiaban plenamente en la educación pública. Ahora mis recuerdos sobre él cobraban luz y, poco a poco, iban volviendo. Sabía desenvolverse en cualquier lugar. Era seguro, carismático y guapo. Su actitud y su forma de hablar lo hacían especial y diferente a los demás chicos.

—No, no tengo ni la más remota idea —respondí mientras caminábamos.

Lo único que se oía eran nuestros pasos y el viento. El cemento todavía estaba húmedo y, aquí y allá, encontrábamos charcos de agua. Veía el reflejo de mis zapatos. Las hojas se movían al mismo ritmo y en la misma dirección. Cara volvió a bajar la mirada, perdida en su mundo. El tiempo había refrescado.

Una ráfaga de aire frío nos congeló los huesos y erizó la piel. Nos miramos por un segundo, pero ninguna de las dos dijo nada. Cara se estaba comportando de una manera muy, muy extraña. Le pasaba algo más.

Accedimos a la urbanización donde residía Alex, y las diferencias saltaban a la vista. Las casas hacían gala de unos patios enormes, con un césped exageradamente verde. Los jardines, de dimensiones muy generosas, se extendían a lo largo y ancho con hermosas flores y puntiagudos pinos que se agitaban al compás del viento. Las viviendas eran grandes, espaciosas e indudablemente lujosas. La mayoría tenían las fachadas blancas y el marco de las ventanas pintado de color azul. Todas eran de estilo victoriano. Eran preciosas, me encantaban. Los tejados terminaban en pequeños triángulos de tejas azules que apuntaban al sol. Supuse que cada una de ellas tendría por lo menos seis o siete habitaciones. Y unos cuantos baños. Seguro que no exageraba.

—¿Es por aquí? —pregunté.

Cara asintió.

—Bien. —Cogí aire—. ¿Qué vamos a decir?

—La verdad. —Se encogió de hombros—. Somos compañeras de Alex del instituto.

Recorrimos otras tres manzanas y giramos a la izquierda para entrar en una calle que no había visto nunca. Sentí un hormigueo en las piernas, y la tela del vestido me rozaba las heridas de las rodillas. El dolor de cabeza, que durante el día había mejorado mucho, ahora volvía a molestarme. El cráneo me empezaba a retumbar.

Me sacudí sin darle mayor importancia y traté de disfrutar de las vistas de aquellas casas de ensueño. Todas las viviendas de la zona eran imperiales y hermosas. Las calles eran tan anchas que cabrían perfectamente cuatro coches, o tal vez más. Los jardines verdes desprendían olores húmedos. El aroma a flores llegó hasta mí.

Inspiré. Eran rosas rojas, definitivamente.

A lo lejos vi gente vestida de negro. Lo asocié automáticamente con el funeral de Alex.

Era ahí.

Me mordí la uña del dedo índice en un acto reflejo. Sabía que morderse las uñas era de mal gusto e infantil, pero era un tic nervioso que había adquirido cuando era pequeña. Así que sería muy difícil deshacerme de aquel hábito.

A medida que nos acercábamos, me pregunté si estaba lista para ver a Alex en un ataúd. Verlo allí acostado... con las manos cruzadas sobre el pecho, un rosario entre los dedos, vestido con un traje negro con un lazo de luto atado al cuello, los ojos cerrados, la piel blanca y apagada, y los labios morados y secos... sin esperanzas de vida.

Muerto.

La esperanza me invadió cuando pensé que, tal vez, ese Alex no era el Alex Crowell que la noche anterior me había enviado un mensaje aterrador, sino que eran dos personas distintas, dos chicos que se cruzaron en mi destino por error y pura coincidencia. Pero la lógica me decía que eso era imposible.

Y ahí estábamos, a tres casas de la suya. A juzgar por la cantidad de gente, Alex no solo contaba con muchos amigos, sino que también tenía una gran familia.

Mi teléfono sonó y lo saqué del bolsillo. En la pantalla se leía: «Tiene un mensaje nuevo». Deslicé el dedo para desbloquearlo, ralentizando un poco el paso para no caerme, y automáticamente se abrió el mensaje. Era de un número desconocido. Lo leí y me quedé de piedra. Miré a Cara y volví a fijar los ojos en la pantalla del móvil. Las piernas me empezaron a temblar.

El mensaje decía: «Mantén los ojos abiertos, nunca sabes quién puede estar mirándote. No confíes en nadie. Tenemos mucho que hablar, Hannah Reeve».

Di una vuelta completa para ver si había alguien a mi alrededor, paranoica. La sangre se acumuló en mi rostro y en mis orejas hasta que las sentí demasiado calientes. El teléfono resbalaba entre mis manos sudorosas. Observé con alerta cualquier movimiento en el entorno. Cara me miró con preocupación.

—¿Hannah? ¿Va todo bien?

—Sí, no pasa nada —disimulé, tratando de sonreír.

—¿Es tu madre? —preguntó, arqueando una de sus delgadas cejas.

A veces era fácil mentir a Cara.

—Sí, me he olvidado de dejar la ropa en el cesto de la ropa sucia, está enfadada —mentí de nuevo, rascándome la nariz. Fingí estar molesta para darle más credibilidad a mi excusa, y funcionó porque Cara no hizo ninguna pregunta más.

Guardé el teléfono en el bolsillo y me preparé para lo peor.

Entonces me arrepentí, quería dar media vuelta, volver a casa y seguir con mi vida normal. Pero mis pies no se detuvieron, siguieron avanzando.

Caminamos por el césped verde y cuidado de la casa de Alex Crowell. Un grupo de niños de unos seis o siete años corría por todos lados, lejos de entender lo que estaba pasando. Tras ellos, una niña pequeña rubia trataba de seguirles el paso. En un momento de descuido, la niña chocó conmigo.

—¿Estás bien? —me apresuré a decir mientras me agachaba, pero ella rechazó mi ayuda. Tan solo dio un paso atrás y me miró. Sus ojos color miel me miraron fijamente, como si quisieran ver mi interior. Aquella mirada me estremeció. Me hice a un lado y la niña volvió a correr con su vestido negro ondeando con la brisa del viento. Se giró una última vez para volver a mirarme.

Qué extraño.

Intenté mantener la calma y no permitir que el rostro sombrío de las personas vestidas de negro y la tensión del ambiente me afectaran. Sin embargo, no tardé en percatarme de que no era un funeral al uso: este tenía algo diferente.

Los asistentes, a pesar de ir vestidos de negro, no mostraban nostalgia ni dolor alguno. Mas bien al contrario, era palpable que estaban allí para presumir de elegancia y dinero. Su quietud y frialdad hacía que se pareciesen más a estatuas o maniqués que a personas. Y sus ojos... estaban ocultos por gafas de sol. Algunas mujeres previsoras, quizá por las lluvias torrenciales del día anterior, llevaban un paraguas en sus manos y habían acertado: el cielo se estaba nublando. Nadie demostraba tristeza, a excepción de dos personas: su llanto se escuchaba desde el jardín de la enorme casa.

Me encontré con algunos rostros conocidos, como el de Kate, una chica rubia de cabello largo y ondulado, con los labios rojos como la sangre, igual que los de Cara. Parecía aburrida y a la espera de

cualquier cosa jugosa que fuera a pasar, para luego exagerarlo al día siguiente. Kate también formaba parte del equipo de las animadoras, junto con Cara, y era una de las chicas más odiadas y a la vez amadas del instituto. Se preocupaba demasiado por lo que los demás pensarán de ella, e incluso me atrevería a decir que ese era el motivo por el que había acudido al funeral, para hacerse querer por su supuesta compasión. A veces las cosas le salían bien y muchos caían en sus redes. Pero así era Kate, calculadora y creída, aunque se esforzaba por aparentar ser la más dulce, guapa e inteligente del instituto. Karen, su mejor amiga y su mano derecha, estaba junto a Kate. También era rubia, pero no natural, llevaba el cabello suelto, demasiado liso y perfecto, y la hacía destacar entre todos los asistentes. Las dos hablaban entre susurros.

Kate tenía los ojos azules, pero los suyos eran especiales: demasiado intensos, demasiado fuertes, de un azul inquietante. Intimidaban a cualquiera, incluso a mí. Tenía las cejas delgadas, igual que su cuerpo. Con los brazos cruzados sobre el pecho, su vestido negro con demasiado escote para la ocasión marcaba sus curvas. Cuando hablaba con Karen, vi que Kate ponía los ojos en blanco a menudo, levantando las cejas desinteresadamente. Karen no dejaba de hablar, movía las manos, haciendo señas en el aire. Me pregunté cómo alguien con una boca tan pequeña podía hablar tanto.

También reconocí a Tom, un chico de mi curso. Era alto, corpulento, con músculos demasiado desarrollados para su edad. Era el chico más deseado del instituto: decenas de chicas iban detrás de él, caían rendidas solo con ver su dentadura blanca y resplandeciente. No tenía ni una marca de acné en el rostro, y su cabello oscuro brillante se había peinado con demasiado ímpetu, logrando un *look* perfecto. A todo esto había que sumar lo que más llamaba la atención de Tom: sus grandes ojos verde esmeralda. Parecían desesperados e inquietos, tal vez incómodos, moviéndose de un lado para otro. Hasta que se toparon con los míos.

Aparté la vista de inmediato y miré a otro lado. Aunque Tom era guapo, popular y rico, también era miserable, detestable, odioso e irritante. Puede que fuera incluso peor que Kate y Karen juntas.

Reconocí otros rostros entre los asistentes. Frente a un árbol pequeño había un grupo, en el cual vi a Clar, Lily, Sam, Liz, Lucy y Will. También había otra chica morena, pero no la reconocí.

El cuarteto de la fama de Kate, Karen y Tom lo completaba Ryan. Caminé más despacio entre los adultos, buscándolo con la mirada, pero no lo vi.

—¡Cara! —exclamó alguien.

Maldije por lo bajo.

Kate. Oh, no. No quiero una conversación estúpida.

—¡Kate! ¡Hola!

Unas miradas se posaron sobre nosotras. Cara sonrió y yo traté de hacer lo mismo.

—¡Hannah! ¡Qué alegría verte! —dijo Kate. Se acercó hasta mí, me tomó suavemente de los hombros, me atrajo hacia ella y me besó en la mejilla.

Karen saludó a Cara de la misma forma.

—Hola Kate, ¿cómo estás? —Recordé la educación que me había dado mi madre y traté de sonreír todavía más.

—Estoy bien, gracias por preguntar.

Asentí. Era el momento de marcharme si no quería escuchar lo perfecta que era Kate.

—¿Y qué hacéis aquí? ¿Conocíais a Alex? —preguntó Karen. Cuando pronunció el nombre de Alex me puse rígida y nerviosa. Pensé en la noche anterior y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me abracé, temblando involuntariamente.

—Un poco —respondió Cara—. Hannah y yo solo veníamos a dar el pésame. ¿Vosotras qué hacéis aquí?

—También veníamos a dar el pésame. Alex iba a nuestro curso y queríamos estar aquí para apoyar a su familia —dijo Kate.

—Por supuesto —reconoció Cara mientras asentía—, es una noticia terrible.

Cara no era como Kate y Karen, pero dado que era la capitana de las animadoras, tenía que hablar con ellas en algunas ocasiones. Y cada vez era una tortura, por no mencionar las horas que pasaban ensayando. La compadecía enormemente. Cara decía que era bueno que estuvieran en el equipo porque eran guapas y populares, y, gracias a eso, en los partidos había más bullicio cuando estaban ellas; por tanto, más silbidos, más ventas y más perritos calientes en las gradas.

—¿Sabéis cómo murió? —preguntó Cara.

Me acerqué un poco más para ver mejor sus rostros.

—No. —Karen fue la primera en contestar. Era de esperar, con esa boca que no dejaba de pronunciar palabras—. Nadie lo sabe, es muy raro. —Karen se acercó demasiado a Cara, como si fuera a contarle un secreto—. Dicen que fue Seth.

Todas pusieron cara de espanto y asombro y miraron hacia Seth. Yo no sabía quién era o cómo era, así que me limité a seguir sus miradas para identificarlo.

Resultó ser un chico moreno, de cabello liso y guapo. Era alto, no tenía muchos músculos, pero era lo suficientemente guapo como para superar a Tom. Tenía unos ojos pacíficos y estaba de brazos cruzados. Parecía estar pensando, con la mirada perdida en la nada. Llevaba un pantalón de vestir y un suéter oscuro de estudiante, del cual sobresalía el cuello de una camisa blanca. El cinturón le apretaba la cintura y mi mente imaginó un cuerpo demasiado perfecto. Sus zapatos negros resplandecían, igual que sus profundos ojos color café. Estaba a unos seis metros de nosotras.

Al percibir nuestras miradas, Seth levantó la vista. Sus ojos se encontraron con los míos. Fueron unas décimas de segundo interesantes. Lo miré con actitud desafiante y él me sostuvo la mirada. Me estaba retando. Pero un momento después, y al notar la presión de las chicas sobre él, dio media vuelta y se fue.

—¿Qué diantres ha sido eso? —dijo Kate.

—Parece asustado. Pero... no sé... Tal vez no fue él —comentó Cara. Noté un tono de desconfianza en su voz.

Nos quedamos calladas, sin saber qué decir.

—¿Y qué hay de sus familiares? ¿Cómo están? —volvió a hablar Cara, rompiendo el silencio.

—Su madre es la que está más afectada. Los demás solo están aquí por compromiso, al parecer son socios del padre de Alex —explicó Karen.

Cara negó con la cabeza, desaprobando la situación.

—¿Y qué hay de su novia? Hace poco escuché que salía con alguien. Aunque no estoy segura del todo, eran rumores.

Karen se llevó el dedo índice a la boca para que Cara guardara silencio. Luego miró con compasión a Kate. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Entonces ató cabos.

—¿Tú estabas saliendo con Alex?! —grité confundida.

Capítulo 4

Si Kate estaba actuando, lo hacía muy bien. Lloraba desconsoladamente en el hombro de Karen, que también me estaba fustigando con la mirada.

Observé a la gente de mi alrededor. La mayoría de las personas me miraban, exigiendo con las cejas levantadas y caras arrogantes que guardara silencio. Me disculpé en un susurro, prácticamente sin escuchar mi voz, como si hubiera pedido perdón en un lenguaje mímico.

—Sí, yo estuve saliendo con Alex —confirmó Kate con su voz chillona. Seguía apoyada en el hombro de Karen, que la animaba dándole suaves masajes en el hombro.

—¿Desde cuándo? —pregunté con interés.

—No hacía mucho, empezamos a salir en agosto, pero lo dejamos hace menos de un mes, en septiembre —dijo mientras sacaba un pañuelo de su pequeño bolso. Se limpió las lágrimas delicadamente y me miró—. ¿Por qué?

—Curiosidad —respondí con voz casi desafiante y misteriosa.

Al observarla me percaté de que tenía unas manchas oscuras alrededor de los ojos. ¿Ojeras? ¿Kate tenía ojeras? La miré más a fondo. Llevaba más maquillaje en comparación con otros días, parecía cansada y... triste. Y yo no me lo creía.

—¿Curiosidad?

—Sí —afirmé.

Kate casi echaba fuego por la boca.

—¿Y cómo estás, Kate? —quiso saber Cara, mirándola con lástima.

Le agradecí mentalmente que hubiera vuelto a intervenir para romper la tensión.

—Estoy bien, Cara —respondió sin más.

Tras conseguir esa información, fue el momento de apartarme unos minutos.

—Tengo que ir al baño —dije—. Nos vemos más tarde. Y, ¿Kate?

—¿Sí?

—Lo siento mucho, de verdad.

Sería una persona horrible si no daba el pésame a la ex novia de Alex. Me despedí casi con una sonrisa, como si me estuviera liberando de una cadena que me había mantenido prisionera durante años.

—¿Te acompaño, Hannah? —preguntó Cara, suplicándome con la mirada. Tampoco quería quedarse a hablar con Kate.

—Claro —respondí.

Nos despedimos de las dos chicas rápidamente y nos marchamos.

—¿Tú sabías que Kate y Alex estuvieron saliendo? —pregunté a Cara una vez nos alejamos lo suficiente para que Kate no nos escuchara.

—Me llegó algún comentario. Pero solo duró unas semanas, no fue una relación oficial, por lo que sé —respondió. Estaba situada a mi izquierda.

Me crucé de brazos. Me daba rabia no recordar absolutamente nada de los últimos dos días, me estaba perdiendo muchas cosas. Miré fijamente el césped para forzar a mi cerebro y tratar de hacer memoria. Pero no dio resultado.

Estábamos frente a la entrada de la casa de Alex. La puerta era blanca y brillante como la de mi casa, pero esta era el doble de ancha. Había que subir tres escalones y luego dar tres pasos para llegar al umbral. El marco era de cristales con detalles coloridos. De la parte superior, en forma de arco, colgaban dos macetas de colores claros y, a un lado de la entrada, había un pequeño columpio de dos plazas que colgaba del techo con cojines azules y blancos, a juego con la casa.

Entramos en la enorme mansión. El suelo era de un blanco brillante, y la superficie resbalaba al contacto del zapato. Entraba mucha luz, lo cual era comprensible debido a los enormes ventanales que había a cada lado. Una fina cortina translúcida, también blanca, los cubría ligeramente.

Olía a limón.

A medida que caminamos, las coronas de flores combinaban el olor de sus rosas con el aroma cítrico que se impregnaba en nuestras narices.

Observé con detenimiento la espaciosa habitación, que probablemente era la sala de estar. En el centro había una lujosa lámpara de cristal y, junto a la pared, unas mesitas con manteles de encaje de tonos blancos y crema con una cafetera y tazas de café encima. También había un plato con galletitas cuadradas y redondas rellenas de fresa y piña; lo sabía porque alguien había dado un mordisco a una galleta y la había dejado ahí. Supuse que fue uno de los niños que correteaban por el jardín.

Cara no tardó en acercarse a la mesita y tomar una galleta. Negué con la cabeza.

Escuchamos unos susurros.

Caminé un poco más y me acerqué a una puerta entreabierta. Había un ataúd con cuatro velas en las esquinas y una corona de flores sobre la tapa. El calor repentino que sentí me estremeció. Aunque el ataúd tenía la parte superior abierta, no lograba ver el interior desde mi posición. Las personas que había en la sala bloqueaban mi campo de visión y no quería acercarme demasiado para no llamar la atención.

—Cara... —la llamé en un susurro. Seguía comiendo galletitas. La volví a llamar, haciendo señas para que se acercara. Puso los ojos en blanco y se guardó tres en el bolso. La miré con reproche.

Se acercó a mí, arrastrando los pies. Le señalé discretamente el ataúd con un movimiento de cabeza. Cara llevó su mirada hasta el interior de la sala y lo vio.

—¿Deberíamos acercarnos? —preguntó.

—No lo sé, tal vez, pero esta gente me da mala espina. Y no queremos llamar la atención —dije, observando a las personas que había a nuestro alrededor.

—Acerquémonos, de todas maneras no hay nadie mirando. —Su voz sonaba emocionada.

Estudié la escena y vi que las personas no prestaban importancia al ataúd y mucho menos a los que se acercaban a él; tan solo se limitaban a hablar con quienes tuvieran al lado.

De hecho, ya ni siquiera escuchaba llantos.

—De acuerdo.

El aire me empezó a faltar.

Caminamos directas hacia el ataúd con pasos cortos y silenciosos, tratando de pasar desapercibidas. Nos detuvimos en seco cuando llegamos a la parte superior del ataúd.

Vimos su cabeza y miramos sin decir nada.

Ya había visto a otras personas muertas anteriormente, como mi abuelo, que había fallecido siete años antes por causas naturales, o a Sara, una compañera del instituto que había muerto en un accidente de coche. No era la primera vez que estaba frente a un féretro. Pero ahora me sentía inquieta con el ataúd tan cerca de mí. Me asustaba la idea de acabar ahí algún día. O tal vez lo que me inquietaba era que fuese Alex quien ocupaba ese ataúd.

Cara intervino para romper el silencio.

—Qué lástima. Era tan joven... —Luego se aclaró la garganta.

—Toda una vida truncada. Qué injusticia. Espero que atrapen al criminal —añadí, furiosa.

Contemplé la piel mortecina de Alex y sentí un escalofrío. Observé su rostro, que era justo como lo había imaginado.

Un traje blanco cubría su piel pálida, y un lazo fúnebre del mismo color se anudaba alrededor de su cuello, por donde sobresalía una camisa abotonada hasta arriba. Tenía las manos juntas sobre el pecho, sostenían un rosario de madera. Su cabello castaño estaba ligeramente despeinado, pero limpio. Los labios no estaban morados, como esperaba, aunque sí un poco blanquecinos. Sus ojos, cerrados, me parecieron un poco más grandes de lo normal. Su nariz delgada y fina era la parte más pálida de su cuerpo, un cuerpo totalmente inerte.

Estaba tranquilo, como si estuviera durmiendo.

Lo miré con un poco más de detenimiento para observar cada detalle de su rostro, cada centímetro de piel. Tenía unas cejas gruesas y unas pestañas enormes. Había un diminuto lunar junto a la ceja izquierda. Lucía la piel limpia y, por lo que se podía ver desde mi posición, era lisa y suave. El rostro, además, estaba libre de cualquier marca de acné.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Hannah? —dijo Cara.

—¿Sí?

—¿Crees que habrá un baño por aquí cerca? —dijo algo desesperada mientras se tocaba el vientre. Su cara denotaba sufrimiento—. Creo que las galletas no me han sentado bien.

Le hice un gesto para que esperara un momento. Estaba a mi lado dando saltitos mientras cruzaba las piernas. Me alegré de no haber comido ninguna galleta.

—Descansa en paz Alex Crowell, y déjame en paz a mí también —sentencié en un susurro mientras miraba el rostro de Alex.

—Hannah... —insistió Cara, mirando a nuestro alrededor.

Asentí y miré de reojo el ataúd una última vez antes de seguirla.

Cara y yo salimos de la sala y fuimos en busca de un baño. Subimos unas majestuosas escaleras curvas, de aquellas que se bifurcan para llevarte a un mismo piso. Al final de las escaleras había una mesa con un mantel de tela gruesa *beige* y, en el centro, descansaba un florero multicolor de vidrio de diseño japonés. No podía distinguir el estampado, parecía un dibujo abstracto. Aunque, claramente, era bastante caro. En el interior había un montón de rosas blancas con pétalos enormes, pero el aroma no llenaba la enorme habitación. Olía a limón, igual que la otra sala.

Encontramos un baño y Cara entró corriendo. Sus pies trastabillaron y estuvo a punto de caerse.

Presentía que esa noche tendría pesadillas si no me iba pronto de allí. La mansión en sí no me aterraba, pero lo que podría haber sucedido en ella sí.

—¿Cara? —Llamé a la puerta del baño y sonreí cuando lo hice. Quería distraerme y chincharla un poco.

—Deja de molestar, Hannah. No es gracioso. ¡No volveré a comer en mi vida! —gruñó desde el otro lado de la puerta. Negué con la cabeza mientras seguía sonriendo.

—Te morirías.

Era irónico hacer aquella advertencia en aquel momento y en aquel lugar. Eso era inapropiado y de mala educación. Pero no lo pude evitar. Lo dije sin pensarlo.

—Pero no sufriré de dolor estomacal —se lamentó.

Yo me reí y volví a mirar al pasillo. Algo me picó en el cuello y me estremecí. Me rasqué la nuca frenéticamente y después miré a mi alrededor, con la esperanza de ver a algún niño lanzando piedras o bolitas de papel. Pero en el pasillo no había absolutamente nadie y todo estaba en silencio.

—¿Vas a tardar? —pregunté, rompiendo la calma del lugar.

—¡Ya casi estoy! ¡Salgo enseguida! ¡No te vayas! —gritó.

Eso significaba que tardaría.

Un minuto después comencé a inquietarme y a ponerme nerviosa. Caminé de un lado a otro jugando con los dedos, hasta que mi mirada se fijó en una puerta blanca que había al fondo.

Algo me golpeó de nuevo, esta vez en el rostro.

Lo ignoré.

Después cayó algo desde una de las habitaciones.

Me picó la curiosidad. Tal vez podría decirle a Cara que volvería en un momento, pero finalmente opté por no decirle nada. Sabía lo que era estar sufriendo en el baño y que te metieran prisa. Había pasado por eso.

Caminé hacia la llamativa puerta con pasos silenciosos y al cabo de cinco segundos estaba frente a ella. Giré el picaporte.

Afortunadamente la puerta no hizo ningún ruido, ni siquiera rechinó. Entré despacio con la esperanza de no encontrar a nadie dentro. Y, por si acaso, cerré el seguro desde dentro.

Capítulo 5

Me sorprendí al entrar.

Era una habitación grande con baño en *suite* y estaba impecable. Había una cama con edredones de color verde militar, hecha y sin ninguna arruga. En las paredes había tres pósteres de coches. Yo no entendía mucho de coches, pero sí sabía de colores: uno era rojo, el otro amarillo y el último, negro. Parecían ser bastante caros y de colección. Sin duda se trataba del dormitorio de un chico. El aroma masculino estaba por todas partes. Ni siquiera mi cuarto estaba tan ordenado como este. Sentí un poco de vergüenza.

Seguí con la exploración. Había dos estantes blancos que colgaban de la pared, uno encima del otro. ¿*Es que son fanáticos del blanco?* Sobre las repisas había un tapete y, encima, fotografías enmarcadas y lo que parecía ser una colección de coches en miniatura de distintos colores y tipos.

Reconocí a la persona que estaba en la fotografía.

Era Alex.

Toqué la foto con los dedos temblorosos. La miré durante unos segundos. No podía creer que alguien tan joven hubiera muerto, tenía tanta vida por delante. No había ido a la universidad, no había tenido citas el sábado por la noche, no se había casado, no había viajado... ¡Había cientos, miles de cosas que no había tenido tiempo de hacer! Seguro que tenía muchos sueños, como todo joven aventurero.

Alex era guapo. No vestía como los chicos malos, con cazadoras de cuero y pendientes en las orejas. Tampoco era un chico problemático, o de aquellos que conducían motocicletas a toda velocidad. Tan solo era Alex, un chico que parecía divertido y bonachón. No entendía cómo había acabado saliendo con Kate. Eran muy distintos, era evidente.

En la foto, los acaramelados ojos de Alex resaltaban con el suéter que llevaba puesto. Parecía una instantánea que habían sacado en el instituto.

—¿Hannah? —Mi nombre resonó en la habitación. Era una voz lejana, como un susurro.

Fruncí el ceño. Al entrar en la habitación había cerrado la puerta. Es más, había esperado unos segundos en el umbral para asegurarme de que no había nadie en el interior.

Lo ignoré. O, al menos, eso intenté.

Devolví la fotografía a su lugar en la repisa. El marco de fotos tembló involuntariamente en mis dedos.

—Hannah. —Mi nombre sonó de nuevo, pero esta vez muy cerca de mi oído. Un escalofrío recorrió mi cuerpo de arriba abajo. La sensación de tener a alguien justo detrás de mí era aterradora. Debía

girarme y hacerle frente. De algún modo, supe que se trataba de la misma persona que el día anterior había estado en mi casa.

Me aferraba a mi mundo de mentiras con tal de no enfrentarme a la verdad. Pero sabía perfectamente que él estaba detrás de mí, que no fueron alucinaciones causadas por los medicamentos, que él fue real, que él es real. La tensión de mi cuerpo y una corriente de aire frío en la habitación me lo decían. Quería que pasara. Quería que esa horrible sensación desapareciera. Pero no lo hacía.

—Por favor, Hannah, sé que puedes oírme —suplicó.

Las piernas me temblaban y en cualquier momento fallarían. Pensé que estaba a punto de desmayarme.

Centré la mirada en la foto y, por el reflejo del cristal, lo vi. Estaba justo detrás de mí. Sentía la presión de su cuerpo sobre el mío. Tal vez podría girarme y echar a correr. O tal vez me quedaría paralizada, en *shock*, si es que aún no lo estaba. La adrenalina no me dejaba pensar con claridad.

Tenía los nervios a flor de piel.

Pero entonces sucedió.

Me armé de valor para empezar a girar lentamente sobre mis talones. Sentía su mirada clavada en mí. Abrí los ojos como platos, sin atreverme a pestañear. Todos mis sentidos estaban alerta.

Tal vez sería buena idea echar a correr. Es decir, sería buena idea si mis piernas reaccionaran.

Pero en ese momento estaban inmóviles.

Acabé de darme la vuelta y me percaté de que la persona no se había movido ni un solo centímetro. Tampoco había dicho nada. Yo no grité, no corrí y tampoco me quedé en *shock*. Simplemente me limité a observarlo.

Tenía delante al mismísimo Alex Crowell en carne y hueso. O eso era lo que creía. Lejos de tener la apariencia de un cadáver, parecía una persona normal y corriente. Ni siquiera incitaba al miedo.

—Por favor, no te vayas, sé que esto parece...

Apenas escuché su voz cuando todo enmudeció. Lo único que oía era un zumbido en mi cabeza. Resonaba sin parar. No escuchaba a Alex, solo veía sus labios moverse rápidamente mientras decía cientos de palabras en pocos segundos. Tenía los labios húmedos y su rostro estaba ligeramente pálido, pero no tanto como el de un cadáver.

Empecé a ver destellos de colores y, poco a poco, mi campo de visión se fue tiñendo de negro. Alex agitaba las manos en el aire, como si me estuviera explicando algo. Sus movimientos eran apresurados, ansiosos. Tenía los ojos tan abiertos como los míos y, al igual que yo, parecía asustado.

Dejó de hablar por unos momentos y me observó. Negó con confusión y luego esperó un momento para volver a abrir sus labios rojos.

Le leí los labios y supe que había pronunciado mi nombre. Entonces todo se volvió negro y supe que iba a desmayarme. Me agarré del tapete de la estantería para evitar caer inconsciente en el suelo, pero no sirvió de nada. Las fotografías enmarcadas que había visto hacía unos momentos y la colección de coches en miniatura se abalanzaron sobre mi cuerpo.

A cámara lenta, vi que Alex daba dos pasos para acercarse a mí. Sus movimientos eran veloces y decididos.

Abrí los ojos y estaba tumbada en el suelo, con decenas de vidrios y cochecitos de colores a mi alrededor. Aunque quería llorar y gritar, ni las lágrimas ni la voz salían de mí. Las palabras estaban atascadas en mi garganta.

Alex se arrodilló a mi lado. Su cuerpo ocultaba los rayos de sol que entraban por la ventana. Sus

manos se acercaron a mis hombros y me sacudió con fuerza mientras me gritaba algo. Quería que se fuera. La cabeza me daba vueltas y mi corazón latía con tanta fuerza que, en cualquier momento, podría sufrir un infarto.

No podía creer lo que estaba pasando. Alex me estaba tocando. Estaba a escasos centímetros de mí diciendo o gritando palabras que no escuchaba mientras me sacudía y me miraba con sus ojos profundos y llorosos.

—No voy a hacerte daño.

Eso fue lo primero que escuché. No me lo creí del todo.

Pero entonces se aclaró la garganta, separó las manos de mis hombros y dejó una distancia prudencial entre nosotros. Dio un paso atrás y el oxígeno volvió a mis pulmones. Retrocedió unos pasos más y la luz del sol volvió a iluminar la habitación. Tal vez era hora de levantarme y salir corriendo. Pero yo seguía ahí, inmóvil en el suelo, a la espera de algo más. Volví a sentir la misma conexión que había tenido la noche anterior. Y cada segundo que pasaba se volvía más intensa.

—No voy a hacerte daño, Hannah —repitió. Su tono de voz parecía sincero—. Confía en mí, por favor.

Los hombros, donde él me había tocado, ardían. Los cristales esparcidos por el suelo amenazaban con clavarse en mis piernas y en las palmas de mis manos.

Todavía sentía su contacto físico. Sin embargo, él ya estaba en pie, a dos metros de mí y escrutándome con la mirada.

Lo miré y tragué saliva.

—¿Qué? —Fue lo primero que logré decir. Luego pensé una frase razonable y coherente—. ¿Qué eres? Te he visto hace unos minutos en un ataúd. Y tú... ¡estabas allí metido! ¡Muerto! ¡Cadáver! — Tartamudeaba y las palabras salían entrecortadas con voz temblorosa.

Alex asintió al comprender mis temores.

—Lo sé, sé que parece increíble. —Se pasó los dedos por el pelo revuelto e inspiró con fuerza, angustiado—. Yo también lo pienso. Pero no debes temerme.

—¿Estás muerto? ¿O es que nos estáis gastando una broma?

A pesar de haber visto el cuerpo en el ataúd, todavía tenía una mínima esperanza de que no fuera más que una broma de mal gusto.

—Sí —dijo, cogiendo aire—. Estoy muerto, Hannah.

Su respuesta me dejó helada.

Poco a poco me levanté del suelo. El dobladillo del vestido se había quedado por encima de mis rodillas, por lo que mis heridas quedaron a la vista. Bajé rápidamente la tela.

—¿Qué te ha pasado en las piernas? —preguntó con el ceño fruncido.

—Me caí —respondí rápidamente con voz áspera—. ¿Eres un fantasma? —me atreví a decir. Esas palabras en voz alta sonaban ridículas, pero tenía que preguntarlo.

Alex no parecía incómodo por el interrogatorio, pero sí confundido.

—Eso parece. —Mostró una pequeña y débil sonrisa—. Sí, soy un fantasma.

Lo miré perpleja, estaba justo enfrente de mí, a dos metros de distancia. Su aroma me resultaba familiar. El modo en que me hablaba era extraño. Giré la cabeza y visualicé la puerta. Era como ver la luz al final del túnel. Era mi salida.

—Necesitas recuperar la calma —dijo Alex—. Cuenta despacio, uno... dos... tres... cuatro...

Escuché a Alex y pensé en usar esa cuenta para salir corriendo a la de cinco. Pero a la que di el

primer paso, una mano presionó mi brazo. Alex no quería dejarme ir.

—Bien, respira y cálmate. Yo no me marcharé y tú tampoco.

—¿Eres un fantasma? —logré volver a decir, horrorizada.

Me soltó el brazo y se sentó en la cama.

¿Y entonces cómo había logrado tocarme? ¿No se suponía que los fantasmas eran incorpóreos y atravesaban cosas?

—Si has muerto, ¿no deberías estar en el paraíso o algo así?

Poco a poco, mi voz recuperaba la normalidad, aunque seguía inquieta porque un fantasma me había tocado.

—Yo también me lo pregunto —respondió con una media sonrisa mientras se rascaba la ceja izquierda. Noté cierta confianza en su tono, y en él. Ciertamente, no parecía querer hacerme daño o asustarme.

Inspiré y espiré.

—Tú me enviaste los mensajes, ¿verdad? —pregunté.

—Sí.

—¿Por qué? —inquirí—. Es decir, ¿por qué a mí?! —exclamé.

—No lo sé, eres la única persona que puede verme... es extraño.

Me di la vuelta. Los cristales crujieron bajo mis pies. Discretamente, me pellizqué el brazo para confirmar que no estaba soñando, y me dolió cuando lo hice. Así que no, no estaba en un sueño, y una marca rojiza apareció en mi brazo, justo donde me había pellizcado. Volví a darme la vuelta y Alex seguía ahí, sentado en la cama con las manos entrelazadas y apoyadas sobre las piernas.

—Hannah... tenemos que hablar de muchas cosas —dijo con seriedad. Yo me limité a asentir.

Mi ritmo cardíaco se iba estabilizando poco a poco. No obstante, la sensación de miedo no había desaparecido del todo. Al menos ahora podía pensar y hablar con más claridad.

—¿Por qué yo?

—¿Por qué tú? —respondió con otra pregunta.

—Sí —contesté.

—Yo... —Alex tomó aire y esperó unos segundos antes de contestar. Respiró lentamente. Su pecho se infló, haciéndole parecer todavía más fuerte y alto. Después se desinfló volviendo a su apariencia normal. Se había encorvado ligeramente al exhalar.

—¿Tú qué? —pregunté desesperada. Quería respuestas. No respuestas con preguntas.

—No lo sé. No sé por qué tú. Ni siquiera sé por qué yo. —Colocó los codos en las piernas y apoyó la barbilla sobre los dedos, todavía enlazados. Agachó la mirada y se detuvo en sus zapatos, que se veían limpios y relucientes.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que has visto mi perfil y has decidido por inspiración divina que yo era la indicada? —repliqué con indignación—. ¿Has pensado que debías torturarme a mí ya que tú no has podido alcanzar tu descanso eterno? Porque lo has logrado, no he podido conciliar el sueño y te dedicas a asustarme. Esto no es justo.

Estaba molesta, mi voz lo decía todo.

—No, Hannah —negó y levantó la cabeza para mirarme de nuevo—. ¿Sabes? Hace tres días desperté como de costumbre, me duché y me vestí para ir a clase. Hice mi rutina diaria, ya sabes, desayunar, preparar el uniforme, dejar lista la mochila, saludar a mi madre y todo eso. Pero ocurrió algo raro: ella no me saludó. Y lo hace siempre. *Siempre* me da los buenos días. —Tragó saliva. Le costaba hablar—.

Pensé que estaba enfadada conmigo, que había tenido un mal día, o que había dormido mal, no lo sé... Tal vez había llegado tarde la noche anterior y yo no lo sabía, tal vez había bebido demasiado en alguna fiesta y por eso tenía un dolor de cabeza insoportable. Así que simplemente me fui al instituto, caminé unas cuantas calles y cuando llegué todos parecían... diferentes. Yo los saludaba, sonreía por los pasillos y trataba de hablar con alguien... pero todo el mundo me ignoraba. Era como si yo no estuviera ahí. —Rio irónicamente. Tuvo que ser horrible despertar y darte cuenta de que ya no existes, de que has muerto.

—Lo siento —respondí.

Sonrió un poco, casi pude ver sus dientes.

—Es la primera vez que alguien dice «lo siento» a un muerto y en persona.

Los dos reímos, era una risa tensa y dolorosa.

Lo siento de verdad, Alex.

—No tengo una respuesta, Hannah, no sé por qué tú. Es como si hubiera una conexión entre nosotros. Tengo la sensación de que *tú* puedes ayudarme.

—¿Ayudar? ¿A qué? —pregunté, confusa.

¿En qué podía ayudar a un fantasma?

—Sí, ayudarme —confirmó—. Ayer estuve hablando con alguien y él...

De pronto sentí escalofríos.

—¡Espera! ¿Hablaste con alguien más? ¿Puedes comunicarte con otras personas? —lo interrumpí. Él negó con la cabeza.

—Es otro fantasma. No puedo comunicarme con ninguna persona viva, excepto tú. —Sus ojos no se despegaban de los míos—. De algún modo, hay un vínculo entre nosotros, Hannah. Deja que te lo explique para que lo entiendas, ¿de acuerdo?

Me costaba procesar tanta información.

—¿Hay más fantasmas?! ¡¿Qué quieres decir con que hay un vínculo entre nosotros?! Te refieres a que... ¿soy como un imán y tú una pieza de metal? No... no entiendo nada. —Jugué con los dedos, que estaban bañados en sudor.

—Sí, hay un montón de fantasmas por todas partes. Pero eso no importa ahora —habló rápidamente mientras se levantaba y caminaba hacia mí—. Uno de ellos me explicó que cuando alguien muere, queda conectado con lo que siempre quiso o con lo que nunca pudo conseguir, o simplemente se va al paraíso o al infierno. Depende de la persona. Al principio me pareció una tontería, pero después me lo creí todo.

—¿Por qué?

—Él estaba conectado a un árbol, un árbol donde solía sentarse cuando salía el sol. Me dijo que llevaba varias décadas ahí, sin saber qué hacer. No recuerda por qué está ahí y por qué no ha ido al cielo. —Parecía excitado con la información. Cuando Alex hacía una pausa, pasaba su lengua por sus labios rojos para humedecerlos y seguir hablando—. Llegué a la conclusión de que estoy vinculado a ti con un propósito. Ese fantasma tenía uno que probablemente ha olvidado, seguramente relacionado con el árbol, y, ahora, es un alma perdida. Está condenado a permanecer en este mundo hasta cumplir ese objetivo o hasta que deje de estar encadenado a algo que dejó pendiente, ¿se entiende?

Asentí.

—¿Y tú quieres que yo...?

—Quiero que me ayudes. Le he estado dando vueltas y ya sé cuál es mi propósito —dijo casi saltando, como si hubiera ganado la lotería.

Podría ayudarlo, probablemente se trataba de buscar algún tesoro que había dejado por aquí, o quería despedirse de su madre o de Kate. Era sencillo, podía hacerlo, pan comido.

—¿Y cuál es tu propósito? —pregunté, dando por sentado que me pediría alguna de las opciones que había barajado.

Me miró seriamente. Su rostro seguía pálido y, a través de sus ojos, supe que temía algo.

Su lengua volvió a pasar por sus labios y tragó saliva.

—Quiero que me ayudes a averiguar quién me mató.

Entré en pánico. Negué con la cabeza una y otra vez.

—¡Oh no, no, no! ¡Yo no! ¡No puedo ayudarte con eso! ¡Búscate a un maldito detective! —exclamé y me dirigí hacia la puerta.

Alex me siguió. No se iba a rendir tan fácilmente.

—Por favor, Hannah —rogó con voz de desesperación.

No podía ayudarlo. No podía involucrarme en un asesinato. Definitivamente no.

—¡No puedo ayudarte! —Estaba muy cerca de la puerta—. ¡Lo siento!

—No puedo hablar con nadie más, no hay ninguna otra persona que pueda verme o escucharme. Estoy desesperado, no puedo ser un fantasma el resto de la eternidad, no quiero olvidar mi propósito y quedarme condenado en este mundo para siempre.

Me giré y me enfrenté a él.

—¿Pero es que no lo recuerdas? ¿No recuerdas quién te mató?

Alex negó con la cabeza.

—Hannah, esto también tiene que ver contigo, tengo el presentimiento de que estás involucrada de algún modo.

Sí, claro. Ahora resulta que yo tenía algo que ver con su muerte.

—Tienes que ayudarme, por favor —suplicó de nuevo.

Por un instante sentí la tentación de decirle que sí, pero no podía. No sabría hacerlo. ¡Yo no era un detective!

—Veamos. ¿Crees que presencié tu asesinato, que participé en él o algo así? —pregunté.

Nuevas dudas aparecieron en mi mente. ¿No se suponía que los fantasmas atravesaban cosas? ¿Y que no podían tocarnos? Descarté mis ideas preconcebidas sobre los fantasmas. Comprendí que no eran como los describían en los libros o en las películas. Así que distaban mucho de como los imaginaba de pequeña.

—Creo que estabas en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Pero algo me dice que tú estabas allí.

—Alex...

—Sé que todo esto es difícil para ti. —Trataba de comprender mis reticencias—. Así que tómate tiempo para pensarlo. Esperaré tu respuesta, Hannah, sea la que sea.

Sentía que estaba en una pesadilla de la que jamás podría despertar. ¿Cómo demonios era posible que hablara con un fantasma? Quería volver atrás en el tiempo y no conocer de nada a Alex Crowell. Quería regresar a mi habitación y pasar horas frente al ordenador, ignorando el mundo exterior. No quería tener nada que ver con un asesinato, un asesinato del que no recordaba nada y en el que, supuestamente, estaba involucrada. Deseaba que mi vida volviera a la normalidad, recuperar mi vida diaria, mi rutina, por muy aburrida que fuera.

Pero, como cualquier ser humano, sentía curiosidad. Todo era demasiado extraño. Aunque me

costaba reconocerlo, yo también tenía ese presentimiento. Sabía que, de algún modo, estaba involucrada.

Además, no recordaba nada de lo que había pasado en los dos últimos días. Según mi madre, había tenido un accidente en el instituto y había necesitado dos días para recuperarme. Pero ahora mismo, después de escuchar a Alex, mi corazón y mi mente coincidían con él. Yo tenía algo que ver.

—No necesito tomarme un tiempo para pensarlo —empecé a hablar—. Te ayudaré.

—Vaya Hannah —dijo aliviado—, ¿de verdad? —Estaba casi sonriendo.

—Sí —afirmé—. Yo también tengo un vago presentimiento de haber estado allí. Lamentablemente, no recuerdo nada de los dos últimos días, están en blanco, no hay absolutamente nada, ni siquiera pequeñas piezas que me ayuden a montar un rompecabezas. Mi madre dice que tuve un accidente en el instituto y que algo me golpeó en la cabeza, me desmayé y estuve dos días inconsciente. Es una locura. Tiene que haber algo más porque yo no soy tan despistada... ¿Tú tampoco recuerdas nada de lo que pasó? Me refiero a tu muerte —pregunté. Los rayos de sol iluminaban su rostro, mostrándolo todavía más blanco.

El aroma a limón llegó hasta mí. Luego, me invadió un olor a tabaco.

Estábamos tan concentrados en la conversación que, si alguien se acercara, no nos daríamos cuenta.

—No, no recuerdo nada de ese día. Soy capaz de contarte qué comí hace una semana, lo que hice y a qué hora lo hice. Recuerdo haber ido a la biblioteca hace dos semanas. Pero... ese día... imposible, es como si intentara recordar algo que nunca he vivido, como cuando recuerdas que has olvidado algo, aunque no sabes el qué. Es horrible.

Lo comprendía. Me sentía exactamente igual. Empezaba a creer en eso de la conexión.

—Sí, es horrible. —Hubo una pausa cuando ninguno de los dos dijo nada más, pero no fue incómodo.

Había algo en él que me llamaba la atención, pero no sabía qué era. Pensé en quién haría algo así y con qué intención, ya que nadie asesinaba a una persona porque sí. Ni siquiera sabía por dónde empezar. ¿Cómo iba a descubrir al asesino si Alex no recordaba nada? Sin una lista de sospechosos, ¿cómo podría averiguar algo si la policía no lo había hecho?

Me aclaré la garganta.

—¿Cómo puedo ayudarte? Yo no sé nada de criminología. No sé ni por dónde empezar. —Mi voz sonaba decaída. Él torció la boca mientras reflexionaba.

Era una misión imposible. No lo lograríamos.

¿Cómo una chica de dieciséis años y un fantasma al que apenas conocía podrían investigar un asesinato y descubrir al responsable?

—Encontraremos una manera. Siempre la hay.

Llevábamos unos quince minutos hablando y sabía que Cara estaría buscándome como una loca. Me concentré en la conversación con Alex. Cara podía esperar unos minutos más.

Sentí escalofríos al pensar en el Alex del ataúd y en el Alex que estaba frente a mí.

—Podríamos empezar por hacer una lista de las personas con las que tuviste contacto los últimos días. Será un punto de partida. También deberíamos investigar a las personas que te odiaban... —Me miró sorprendido y luego cambió su expresión por otra que denotaba ofensa.

—¿Qué? —pregunté, levantando una ceja.

El olor a tabaco volvió a envolvernos. No dije nada, porque Alex tampoco lo comentó. Tal vez no era buena idea seguir hablando en su casa, con toda su familia presente y, posiblemente, el asesino.

Soltó una pequeña carcajada.

—¿Tú crees que alguien me odiaba tanto como para matarme? —Caminó nervioso por la habitación, con los ojos muy abiertos y la mirada pensativa.

—Sí. Por más que trates de caer bien a las personas, siempre habrá alguien que te odie tanto como para matarte.

Silencio.

Alex se relajó un poco, pero yo estaba cada vez más nerviosa.

—Alex, no puedo quedarme más tiempo aquí, debo irme.

—Bien —asintió—. Te veré más tarde.

—¿Dónde?

—En tu casa —dijo, cruzándose de brazos—. Después. Recuerda que soy un fantasma, y tu madre no puede verme ni escucharme. Solo tú.

—Está bien —accedí.

—Intentaré investigar un poco por aquí, tal vez alguien comente algo.

—De acuerdo —asentí. Luego miré los cristales rotos y los coches en miniatura esparcidos por el suelo—. ¿Y qué pasa con todo esto?

Alex se encogió de hombros y recorrió con la mirada buena parte de la habitación en busca de una respuesta.

—No te preocupes. —Fue hasta una de las grandes ventanas y la abrió por completo. Enseguida noté la brisa, que se llevó el olor a tabaco—. Ha sido culpa del viento. —Me guiñó un ojo.

—Siento haber roto tus fotografías y haber tirado tu colección de coches —me disculpé.

—No te preocupes. —Sonrió, mostrando unos dientes blancos—. Nos vemos luego.

—La dirección de mi casa es...

Alex me interrumpió con un gesto.

—Hannah, sé dónde está.

—Claro, ya has estado allí. Nos vemos luego, entonces.

Me di la vuelta, caminé hasta la puerta y quité el seguro. Alex me estaba mirando. Abrí la puerta. Sentí una ligera ráfaga de aire en el rostro y, a continuación, el olor a cigarro. Me giré una última vez, para echar un vistazo a la habitación y despedirme, pero cuando abrí la boca para hablar, ya no había nadie.

Salí del dormitorio pensando en el rostro de Alex.

Cerré la puerta y me fui.

Justo entonces, escuché una voz familiar.

—¿Hannah! ¿Dónde te habías metido? ¡Llevo un buen rato buscándote! —dijo alguien detrás de mí. Era Cara.

Avancé hasta ella con la esperanza de que mi ritmo cardíaco se estabilizara pronto.

—He estado dando vueltas por ahí —respondí. Mi voz había sonado natural. Y, aunque en parte era mentira, también había algo de verdad en mi afirmación.

Pero Cara ni siquiera prestó atención a mi respuesta.

—¿A que no sabes a quién me he encontrado? —Se acercó a mí. Su rostro denotaba sorpresa.

Arrugué la nariz y negué. Prácticamente no conocía a ninguno de los asistentes, solo a unos pocos alumnos del instituto.

—¿A quién? —pregunté con interés.

Supuse que la respuesta tendría que ver con algún chico. Parecía ansiosa por contármelo.

El suelo del pasillo estaba forrado con una alfombra blanca y brillante impoluta. Ni siquiera las suelas sucias de nuestros zapatos quedaban marcadas. Los rayos de sol empezaron a colarse por todos lados, iluminando cada rincón y dándole un poco más de vida a la mansión.

—¡Nada más y nada menos que...! —Hizo una pausa dramática, la miré impaciente y abrió la boca para responder—. ¡A tu madre! —exclamó.

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Me tomas el pelo? —Entrecerré los ojos.

—Hablo en serio —afirmó—. Está por aquí. La he visto antes, cuando te he ido a buscar.

—¿En serio? —pregunté de nuevo.

No creía que mi madre conociera a los Crowell. Lo más probable es que hubiera acudido como directora del instituto, en representación del claustro de profesores. Pero aun así, era raro pensar que estaba por aquí.

—Sí —confirmó, asintiendo varias veces con la cabeza.

Fruncí el ceño y volví a negar. Era demasiado extraño.

—¿No te parece raro que haya venido? —comenté.

Mis ojos buscaron los suyos.

—Sí, he pensado lo mismo. Pero ya sabes, como es la directora, tal vez el protocolo recomienda que asista a estos actos, ¿no crees? De todos modos, me parece que ya se ha ido.

Y entonces, ¿por qué no me había dicho que vendría?

—Sí, es posible —dije, tratando de justificar a mi madre—. Supongo que lo conocía, ¿no?

—Sí, lo conocía. Yo creo que habrá venido a dar el pésame .

Esa era la explicación más plausible. Pero seguía sin comprender por qué no me había dicho nada. Mi madre y yo hablábamos mucho y prácticamente no teníamos secretos.

Al llegar al final del pasillo, cuando vi la barandilla de la escalera, miré a Cara con diversión. Ella me devolvió el gesto. Luego, su sonrisa se ensanchó.

—¿Una carrera? —preguntó cuando nos encontrábamos en el centro de las dos barandillas curvas.

Sonreí.

—Sabes que te ganaré —dije con superioridad.

Era un farol. Cara era la chica atlética y ambas lo sabíamos.

Nos miramos fijamente mientras levantábamos una ceja para darle más dramatismo a la escena. Lo habíamos hecho decenas de veces, competir en algo nos divertía y nos hacía reír.

—¿Es un reto, Hannah Reeve? —Entrecerró los ojos y apretó los puños, lista para la pelea.

—Es un reto, Cara Carter —confirmé con una sonrisa de oreja a oreja.

Antes de echar a correr por las escaleras, nos cercioramos de que no hubiera nadie allí cerca.

Me saqué de la cabeza la imagen de Alex y traté de olvidar durante un rato la locura que estaba viviendo.

La carrera por las escaleras me ayudaría a liberar estrés.

Cara sonrió.

—A la de tres...

—Uno —conté.

—Dos —dijo Cara, mostrándome su dedo medio. Se colocó como un corredor profesional, apoyó las manos en el suelo y levantó su trasero lo máximo que pudo. Sacudí la cabeza entre risas.

—¡Tres! —gritamos al unísono. Nadie nos escuchó.

Bajamos como un rayo las escaleras por las que habíamos subido antes, yo por la derecha y ella por la izquierda.

Corrí lo más rápido que pude mientras bajaba de dos en dos los escalones. Mis piernas eran rápidas y delgadas, estaba segura de que iba ganando a Cara. Miré hacia la izquierda y vi su cabello negro agitándose mientras bajaba a toda prisa. Estas escaleras tenían por lo menos treinta y cinco peldaños y Cara apenas había bajado diez, mientras que yo llevaba unos quince. La diferencia era sustancial.

«¡Chúpate esa, Cara!».

Sonreí para mis adentros.

Entre escalón y escalón había unos dos metros de distancia, y, al final, las dos escaleras se unían formando un pequeño balcón. Los peldaños y pasamanos estaban hechos de un material que reconocí enseguida: era mármol. La baranda parecía de acero forjado artesanal, con espirales en forma de flores.

En las mansiones solía haber una alfombra roja en los escalones, pero en esta no había ninguna alfombra, por lo que la escalera parecía más elegante, atractiva y resbaladiza.

Volví a mirar al frente para seguir corriendo y ganar a Cara.

Pero algo me lo impidió.

Capítulo 6

En cuanto giré la cabeza para seguir bajando las escaleras y llegar antes que Cara, choqué contra algo violentamente. Reboté hacia atrás y mi cuerpo tembló. Había topado con algo grande, oscuro y que desprendía un fuerte aroma varonil.

Me tambaleé y busqué algo donde apoyarme.

¿Qué había sido eso? ¿Qué había pasado?

Mi campo de visión se oscureció durante unos segundos; estaba aturdida por el golpe. Pero parpadeé y me recuperé rápidamente. Menos mal.

Con el ceño fruncido observé qué me había impedido el paso.

Era un hombre alto, de unos cincuenta años. Tenía el cabello negro con algunas canas, y una nariz delgada y afilada. Sus ojos azules se veían cansados, arrastraban a cualquiera que los mirara hasta las profundidades de un mar oscuro. Sus labios, que apenas se veían, estaban secos y partidos, y las comisuras de la boca estaban más bajas de lo normal, como si el hombre nunca hubiese sonreído. Tenía unas pocas arrugas en la frente y en los párpados. Seguro que usaba alguna crema para camuflar el envejecimiento.

Su mirada era fría y terrorífica.

Algo en él me incomodó enseguida. Su presencia era potente, intensa.

Vestía un traje negro con una camisa azul cielo abotonada hasta el cuello. Llevaba una corbata color azul cobalto.

Me miró con un rostro inexpresivo.

—¿Te has perdido, niña? —preguntó con voz grave.

Las piernas me temblaron. Parecía enfadado.

—No, es que estaba... —titubeé.

—¿Es que no te han enseñado que no se debe correr por las escaleras? —me interrumpió sin escuchar mi respuesta. Su tono me hacía sentir inferior. De pronto, me vi como una hormiga a punto de ser aplastada por un zapato.

El labio me tembló cuando traté de hablar. El hombre me asustaba. Estaba a dos pasos de mí y era corpulento. Olí su aliento a tabaco cerca de mi rostro. Quise toser y taparme la nariz, pero no lo hice.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —preguntó con indiferencia. No me gustó el tono que usó.

—En realidad estaba buscando a mi madre —respondí con un hilo de voz.

El hombre frunció el ceño.

—¿Quién es tu madre?

—Emma Reeve —respondí inmediatamente.

—¿Emma Reeve? —Cuando hablaba solo movía la boca, no había señales de vida en ningún otro músculo de su rostro ni de su cuerpo. Era como si estuviera congelado.

—Sí —confirmé.

Me miró de reojo, como si buscara algo más en mí.

—Entonces, tú debes de ser...

—Hannah Reeve —anuncié antes de que terminara su frase.

Como si se tratara de un estimulante, oír mi nombre cambió por completo su expresión. Se puso nervioso y volvió a fruncir el ceño, mostrando más arrugas en la frente. Me miró como si fuera una persona... especial.

—Hannah Reeve —repitió en un susurro apenas audible.

Asentí.

—Señor, lo lamento pero debo irme.

Él negó.

—Me gustaría hablar contigo. —El tono frío que había utilizado antes se suavizó. Dejó caer sus hombros, como si hubiera estado soportando un peso incommensurable en ellos. Miré hacia la planta baja, por encima de su hombro, para ver si Cara me estaba esperando, pero no la vi. Se había ido.

Al percatarse de mi gesto, se giró para ver hacia dónde miraba, pero al comprobar que no había nadie volvió a concentrarse en mí.

—Mi despacho está en la primera puerta a la derecha. No te robaré mucho tiempo. —Comprobó la hora en su reloj.

Si tenía un despacho en la casa, ¿sería el padre de Alex?

Su forma de mirarme y hablarme me intimidaban.

No me apetecía, pero asentí. Di media vuelta y subí los escalones por los que acababa de bajar mientras escuchaba sus pasos detrás de mí.

Subió los tres últimos escalones tan rápido que me alcanzó y fue el primero en llegar a la planta superior. Pero luego supe por qué lo hacía: quería abrirme la puerta de su despacho.

—Adelante.

—Gracias.

El hombre entró detrás de mí y la puerta se cerró.

Al entrar, me quedé boquiabierto. Era una habitación enorme, como todas las estancias de la casa. Al fondo había tres ventanas gigantescas con cortinas gruesas color crema, cada una de ellas atada en el centro con una cinta roja. Estaban abiertas. Las luces se encendieron y todo se vio con más claridad.

En el despacho hacía mucho frío y olía a cigarrillo mezclado con madera. También se notaba el aroma a libros viejos. Había un poco de polvo y me picaba la nariz, estuve a punto de estornudar. Las vistas eran espectaculares. Incluso veía varios metros de césped junto a los árboles verdes y frondosos. Más allá de los árboles, al fondo, había otra mansión. Era una imagen preciosa.

Frente a las ventanas había un gran escritorio de madera brillante, con una silla de piel negra. Me llamó la atención que la mesa tenía tres lados. Delante del escritorio había dos sillones del mismo color, pero eran un poco más pequeños.

El suelo era de madera y los listones estaban colocados verticalmente desde mi ángulo de visión. Ese despacho era mejor que el despacho oval. Tal vez no era tan grande y no tenía la bandera de los

Estados Unidos, pero disponía de todo lo que una estancia de trabajo requería. En las paredes laterales había unas estanterías enormes con tantos libros que parecía que iban a explotar. Vi algunos libros antiguos sobre historia, economía, enciclopedias... es decir, había ejemplares de todo tipo y tamaño, excepto de los que me gustaba leer a mí. Los estantes eran tan grandes que cubrían por completo las paredes, aunque intuí que serían de color blanco.

—Vaya, esto es enorme —comenté con emoción.

—Es un lugar tranquilo, me gusta porque puedes pensar sin que haya mucho ruido. —Suspiró—. Siéntate, por favor.

Yo no solía recibir órdenes, y mucho menos de un desconocido, pero me lo había pedido «por favor» y estaba fascinada con el lugar, así que me senté en uno de los sillones. Él se acomodó en su silla de piel.

—Mi nombre es George Crowell —se presentó. Estiró la mano para estrecharla con la mía. Reaccioné y me puse en pie para darle un apretón de manos suave. Pareció tensarse con mi contacto.

Ahora que sabía su nombre, yo también me puse tensa.

—Ya conoce mi nombre, señor Crowell —dije con educación.

¡Era el padre de Alex! ¿Qué debía decirle? ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

—Siento mucho lo de Alex. —Fue lo primero que dije. Lo pensaba de verdad.

—Gracias —respondió.

Ahora que lo veía más detenidamente y de cerca, parecía agotado y triste. Pero no lo demostraba; no tenía los ojos rojos ni hinchados. Para él, era como un día cualquiera. Pero sabía que en el fondo *no* lo era.

Recordé que cuando tenía cinco años, estaba sentada en un pequeño sillón rosa que me habían regalado en mi cuarto cumpleaños, peinando a una de mis muñecas. Mi madre entró en mi habitación, se acercó poco a poco y me preguntó cómo estaba. Respondí que bien mientras seguía peinando a mi muñeca. Le pregunté cómo estaba ella. Sonrió ligeramente. Y me di cuenta de que no había brillo en sus ojos. Dejé la muñeca en el suelo y presté atención a mi madre, porque aunque era pequeña, sabía que algo iba mal.

Me miró unos segundos sin decir nada. Ese día me dijo que mi padre había muerto y que tendríamos que mudarnos, ya que la casa no era nuestra. Ella parecía fuerte. En aquella época yo todavía no sabía lo que era la muerte. Así que me dijo que se había ido de viaje a un lugar llamado cielo, pero que sería un viaje largo y del que nunca volvería.

Pero que, no obstante, ese lugar era muy bonito.

Y me alegré por él. Porque aunque lo echaría de menos, él estaría en aquel lugar tan bonito. Yo le dije que no se preocupara, que yo la cuidaría, pero que extrañaría a papá. Mi madre no dijo nada y se limitó a abrazarme.

Recuerdo que no lloró aquel día, ni el siguiente, ni el otro, ni una semana después. Nunca lloró delante de mí.

Con el tiempo comprendí por qué lo hizo. No quería mostrarse débil y vulnerable ante los demás. Quería ser fuerte delante de su hija, una niña que todavía no sabía nada de las leyes de la vida.

—¿Conocías a Alex? —La voz del señor Crowell me devolvió a la realidad. Las imágenes de mi infancia se disolvieron como una tormenta de arena que llega a su fin. Echaba de menos tanto a mi padre... Apenas recordaba su mirada o sus rasgos físicos, o cualquier cosa de él. Yo era demasiado pequeña cuando sucedió, y no tenía ninguna foto suya. Había desaparecido por completo de mi vida,

pero cada vez que recordaba aquel día, mientras peinaba a mi muñeca y mi madre me contaba que mi padre no volvería, el sentimiento era el mismo.

Me removí en mi asiento.

—No mucho. Habíamos coincidido en el instituto, pero lo cierto es que nunca llegamos a hablar.

Y era verdad. Alex y yo solo nos habíamos saludado tímidamente con un gesto de la cabeza. Éramos dos completos extraños. Hasta ese día. Porque unos minutos antes había hablado con Alex más que en toda mi vida.

—Ya veo. Pensé que teníais una relación más estrecha.

—No, en realidad solo he venido al funeral porque una amiga mía iba a su clase y quería acompañarla.

El hombre asintió.

—¿Qué hay de tu madre? —Su rostro cambió, y en sus ojos vi un destello—. Emma, ¿verdad?

—Sí —confirmé su nombre—. Ha estado aquí hace unos minutos, creo. Le diré que ha preguntado por ella.

—No es necesario —respondió—. Me han dicho que es la directora del instituto.

—Sí, señor Crowell. Desde hace un par de años. Al principio fue un poco duro. Pero ahora nos va bien. —Las manos me empezaron a sudar. Me las limpié discretamente en la falda del vestido.

—Me alegro por vosotras.

—Gracias —respondí.

—¿Cuánto tiempo hace que vivís aquí?

Su pregunta me incomodó porque era algo personal y, además... ¿cómo sabía que nos habíamos mudado?

—Desde hace cinco o seis años —afirmé—. ¿Por qué?

—He oído a algunos alumnos hablar de vosotras... no es nada personal, Hannah.

—De acuerdo, señor Crowell.

—Puedes llamarme George.

—George. Bien —dije. El padre de Alex soltó una risa exagerada, elevando un poco las comisuras de sus labios. Me reí con él. ¡Le había hecho reír!

Entonces su risa se silenció y la oficina volvió a parecer un lugar frío. Contempló los estantes durante unos segundos, como si tratara de recordar algo... Y en un rápido movimiento de cabeza, apartó la mirada de los libros y la centró en mí.

—Supongo que te preguntarás por qué quería hablar contigo...

Tragué saliva.

Se levantó de la silla y me puse tensa, cada músculo de mi cuerpo se volvió de piedra. Los hombros me pesaban. El señor Crowell se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla. Después me miró con ojos interrogativos, igual que mi madre. Se sentó de nuevo, se desabrochó los botones azules de la muñeca derecha de su camisa y dobló la manga hacia arriba. Luego hizo lo mismo con la izquierda. En un lento movimiento, subió las piernas al escritorio, dejando a la vista las suelas de los zapatos, y cruzó las piernas. Suspiró. Enlazó los dedos y vi que llevaba un anillo de matrimonio en el dedo anular.

Se aclaró la garganta y me miró a los ojos.

De nuevo, mostraba un rostro frío e inexpresivo.

—¿Por qué estabas en la habitación de Alex? —Su voz hizo eco en mi mente.

«Habitación de Alex».

«Habitación de Alex».

«Alex».

«Habitación».

Me había metido en problemas.

Mi cerebro procesó la pregunta, pero fue incapaz de ofrecer una respuesta. No abrí la boca.

El señor Crowell estaba molesto, tenía el ceño fruncido y esperaba una respuesta que no podía darle.

—¿Y bien? —insistió—. ¿Qué hacías en el cuarto de Alex?

Me sentía como en un examen en el que me había olvidado por completo de estudiar. Dije la primera excusa que me vino a la mente.

—Se me cayó el pendiente, rodó y se coló por debajo de la puerta, así que entré para buscarlo. No sabía que era el dormitorio de Alex. —Todos mis músculos se tensaron. Deseé con todas mis fuerzas que creyera mi mentira. ¿O es que acaso esperaba que le dijera la verdad? «Estaba hablando con su difunto hijo, señor Crowell».

—¿Y lo encontraste? —Se apretó los nudillos, como si estuviera listo para golpearme en cualquier momento.

Dios, no debería haber entrado nunca ahí.

Esto no debería haber pasado.

Me sudaban las manos.

—Sí, yo... lo encontré —dije con voz temblorosa. Nunca me había puesto tan nerviosa.

—Me alegro de que lo encontraras. Espero que no vuelva a suceder.

Asentí con la esperanza de que la conversación terminara cuanto antes y pudiera irme de allí. Me relajé un poco, mis hombros dejaron de pesar tanto.

—No volverá a suceder. Lo siento mucho.

Pero el señor Crowell no parecía convencido, había algo más. Parecía preocupado.

—Estoy seguro de ello.

Retiró las piernas de la superficie del escritorio y separó las manos, que habían estado entrelazadas hasta entonces. Se levantó sin apartar la vista de mí.

Se acercó y escuché cada paso que daba. No quería que se moviera ni un centímetro más.

Colocó sus manos tras él y supuse que las volvió a entrelazar. Esperé lo peor. Pero no pasó nada.

Dio un paso más y quedó frente a mí. Parecía más alto, más fuerte, y el olor a tabaco inundó de nuevo mi nariz. Alcé la mirada y sus ojos azules me miraron insistentemente.

—¿Sabes Hannah? —Caminó alrededor del sillón. Tenerlo detrás de mí me hacía sentir vulnerable.

¿Qué me haría?

Volví a ponerme tensa, apreté inconscientemente los puños todo lo posible.

Notaba su respiración detrás de mí. Yo no quería mirar hacia atrás, así que me centré en las ventanas.

Sus dedos se deslizaron por mi cabello. Estaban tan fríos... De repente, tomó un mechón y lo puso detrás de mi hombro para dejar al descubierto mi oído.

Contuve la respiración. El silencio del despacho era ensordecedor.

—No te creo —susurró cerca de mi oído.

Me quedé inmóvil.

Quería salir corriendo, o retractarme, o decir cualquier otra excusa estúpida. Pero de nuevo todo

salió mal. Yo no usaba pendientes, ¡ni siquiera tenía el agujero! Era evidente que había mentido y él lo sabía.

¡Maldita sea!

—Yo... es que... yo... —tartamudeé sin decir nada que tuviera sentido.

Se alejó de mí, triunfante por haber descubierto mi mentira. Caminó hacia los estantes de las paredes laterales.

—Quiero que me digas la verdad. ¿Qué estabas buscando en la habitación de mi hijo? —Su voz era desafiante e inquietantemente tranquila.

Negué, frenética.

—¡No estaba buscando nada! —grité mientras soltaba todo el aire que había contenido en los pulmones. Me giré para mirarlo. Estaba ojeando un libro relajadamente.

—¿Y entonces? —Su voz pausada me ponía todavía más tensa, más incómoda.

—¡No es lo que usted cree! —volví a gritar.

Se giró bruscamente para volver a mirarme. El libro voló por los aires y golpeó el suelo con fuerza.

Salté del sillón como si un muelle se hubiese disparado.

—¿Y qué se supone que creo? —explotó.

—Usted cree que yo... —No podía decirlo, era incapaz de encontrar las palabras.

—¿Tú qué?

—Señor George, creo que está malinterpretando las cosas. —Traté de calmarme.

—Entonces acláramelo, Hannah. Soy todo oídos. Dime qué hacías en la habitación de mi hijo. ¡Ahora! —exigió.

—¡De acuerdo! —acepté sin pensar en lo que decía.

Inspiré profundamente y tragué saliva.

—Estaba esperando a mi amiga Cara. Había comido galletitas y le habían sentado mal, así que tuvo que ir al baño y estuvo un buen rato allí dentro. —Pensé en lo que decía; sonaba demasiado estúpido, pero era la verdad—. Luego me entró curiosidad por saber qué había tras la puerta y entré. Pero no hice nada, no sabía que era la habitación de Alex y solo estuve allí dentro un momento.

No aparté la mirada de la suya. Todo eso era verdad. Y sabía que si contaba lo del fantasma de Alex, sonaría como si estuviera loca.

—Te llevaré a casa —dijo finalmente. No parecía convencido de mi pobre explicación.

—¡No! —Me dirigí hacia la puerta.

—Insisto, te llevaré. Está oscureciendo y no irás sola por la calle. —Caminó hasta la silla para coger el abrigo.

—Se lo agradezco, de verdad, pero mi casa está solo a quince minutos de aquí —me excusé.

—Emma no permitiría que anduvieras sola por la ciudad a estas horas. —Se puso el abrigo y se apretó el nudo de la corbata. La tensión pareció desvanecerse, pero su rostro seguía congelado y molesto.

—He venido con mi amiga Cara y ella tiene coche, así que me iré con ella —añadí rápidamente.

Se acercó hasta mí y me tomó del brazo para arrastrarme hasta la puerta. Al menos no apretó demasiado.

—Señor, no es necesario, de veras —dije mientras trataba de deshacerme de su agarre. Estaba lista para pelear, si hacía falta.

Entonces escuché unos pasos al otro lado de la puerta. Una sombra se detuvo.

De pronto, la puerta se abrió ligeramente.

—George... —pronunció una voz femenina.

Algo rechinó.

El señor Crowell reaccionó al instante. Conocía la voz.

—Rosie, ¿qué pasa? —preguntó tajante mientras una mujer asomaba la cabeza por la pequeña abertura de la puerta. Sus ojos lo buscaron y luego se centraron en mí. Frunció el ceño, desconcertada por mi presencia.

—¿Quién es esta chica? —preguntó mientras sus ojos verdes me observaban con recelo. George me soltó automáticamente y fue hasta la mujer, que seguía en la puerta.

—Es Hannah Reeve, te acuerdas de ella, ¿verdad? —La mujer me miró y sonrió. Qué cambio más radical.

Tenía unos pómulos prominentes y cubiertos de colorete. Su cabello rubio estaba atado en un moño mal hecho y un mechón le caía por la mejilla derecha. Tenía la nariz más delgada y perfecta que había visto jamás. Su rostro estaba ligeramente maquillado y llevaba los labios pintados. Vestía un pantalón negro y una camisa de tirantes blanca, con un abrigo negro por encima. Tenía un aspecto elegante y amable, aunque el blanco de sus ojos estuviera totalmente rojo.

—Hannah —dijo sonriendo—. Por supuesto que me acuerdo. Mira qué grande estás, han pasado tantos años desde que...

No terminó la frase porque George la calló con la mirada. Mis ojos se abrieron de par en par.

—Disculpe, pero ¿nos conocemos?

La mujer asintió.

El señor Crowell parecía incómodo.

—Claro, eres la hija de la directora del instituto —dijo con voz cansada. Parecía demasiado amable. Su sonrisa se ensanchó—. ¿Cómo está Emma?

—Está bien, gracias. ¿De qué conoce a mi madre?

George empezó a inquietarse. Movía el pie a un ritmo ansioso. Parecía molesto y nervioso. Sus ojos oscilaban de Rosie a mí.

—Emma y yo nos conocemos desde que tú...

Él se movió.

—Rosie, voy a llevar a Hannah a su casa. Emma debe de estar preocupada —interrumpió con voz fría.

Rosie asintió.

—Ha sido un placer, Hannah. Volveremos a vernos, ¿verdad? —Sonó más bien como una pregunta para George. Como si él tuviera la respuesta.

—Hannah vendrá en otra ocasión, Rosie. Hoy es un mal día —contestó él.

Todo aquello me daba mala espina. Quería hacer más preguntas, pero el padre de Alex no cooperaba mucho.

—¿Usted es la madre de Alex? —me atreví a decir, ignorando a George.

Ella asintió, con una sonrisa en los labios. Estaba orgullosa de su hijo.

Los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Tenemos que irnos ya. —George me agarró del brazo suavemente.

Le brindé una sonrisa rápida a Rosie y ella me la devolvió. George se acercó y le dio un beso en los labios para despedirse.

—Hasta luego —dijo.

—Hasta luego. Conduce con cuidado —respondió Rosie con cariño.

Él asintió y fue el primero en salir del despacho.

Antes de que volviera a por mí, me apresuré a hablar.

—Siento mucho la pérdida de Alex. Si necesita algo, puede contar conmigo. —Me ofrecí porque ella me daba buenas vibraciones. Parecía muy buena.

—Gracias Hannah, me ha gustado verte —dijo.

Tuve el impulso de tomarla de la mano para darle un poco de consuelo. Y lo hice, sin pensarlo. Sus manos eran suaves y cálidas... mientras que las mías estaban ligeramente sudadas. Sentí una conexión especial, más fuerte que la que había experimentado con Alex. Cientos de rayos atravesaron mi organismo. Notaba la energía fluir por mis venas. Fue una sensación maravillosa, inexplicable.

—Todo irá bien —dije a modo de despedida.

Rosie sonrió de nuevo y una pequeña y cálida lágrima se deslizó por su mejilla.

—Hannah... —me llamó George desde el pasillo.

Solté la mano de Rosie y la conexión se fue.

Estaba convencida de que ella también la había sentido.

Capítulo 7

—De verdad, George, no es necesario. Vivo muy cerca, a solo quince minutos andando —insistí mientras bajaba por las escaleras de mármol.

Él iba delante de mí, caminaba con pasos apresurados. Quería hacerle cambiar de opinión mientras nuestros zapatos resonaban por toda la sala.

—Insisto en llevarte —sentenció.

Tenía la espalda encorvada y tensa mientras bajaba con cuidado, apoyándose en la barandilla. Parecía que tenía algún problema de rodilla. De vez en cuando, tenía que hacer una pequeña pausa para tomar aire y apoyaba la mano en la rodilla.

Negué, pero él no podía verme.

A mi madre no le gustaba nada que hablara con extraños, así que si me presentaba en casa con el señor Crowell se enfadaría. Aunque... por los comentarios que habían hecho antes él y Rosie, tal vez la conocían.

Me pregunté dónde estaría Cara y si se habría ido.

A mi pesar, seguí al hombre. Asintió e hizo gestos o movimientos fríos a las personas que lo saludaban y le daban el pésame mientras se dirigía a la entrada de la casa. No se detuvo en ningún momento, al contrario, aceleró su paso. Estrechó algunas manos, pero no se detuvo.

Cuando salimos al jardín me pareció más grande que a mi llegada. La extensión del césped me parecía el doble de grande que la primera vez que lo vi, y también más verde. Las personas que antes estaban aquí afuera se habían dispersado por la casa o se habían marchado.

La luna hizo acto de presencia esa noche.

Unos rostros curiosos nos observaron cuando cruzamos el jardín para llegar al automóvil de George. Escuché un clic, y luego otro. Una multitud de personas se acercó a la par que se abrían y cerraban las puertas de unas camionetas grandes. Con movimientos agitados, cientos de cámaras aparecieron a nuestro alrededor, gritando el nombre de Alex y de George. Luces de *flash* iban y venían. Uno de los reporteros me miró unos segundos y me tomó una fotografía. Luego, los *flashes* aterrizaron sobre George y todo lo que estuviera a su alrededor.

Aprovechando la intromisión de los cámaras, me alejé poco a poco de él. Era la oportunidad perfecta para irme.

Choqué contra algunos hombros y, cuando estuve a punto de salir de la aglomeración de reporteros, algo me agarró del brazo con firmeza.

—No te pierdas.

El señor Crowell empujó a algunos fotógrafos para que me dejaran pasar.

—¿Quién es esta joven? —preguntaban a gritos. Plantaron dos micrófonos delante de mi boca.

—Aléjate —respondió el señor Crowell.

—¿Tiene una aventura con una menor? ¿Lo sabe su esposa? —La voz me resultaba familiar.

El padre de Alex soltó una carcajada.

Oh, no.

¿Cómo podían pensar eso?

—Por favor, déjenos en paz.

Alejó los micrófonos de mi cara. Las luces cegadoras no me dejaban ver por dónde iba. El señor Crowell me guiaba, sin soltarme del brazo. Sus uñas se clavaron en mi piel. Me estaba asustando.

Alguien me seguía de cerca, olía su aliento y su desagradable sudor. Empecé a sudar y me puse paranoica. Moriría asfixiada. Todo aquello era horrible.

Rodeamos un coche con dificultad.

El padre de Alex metió la mano derecha en el bolsillo de su pantalón y sacó un plástico ovalado. Apretó un botón del dispositivo y el coche pitó y los intermitentes parpadearon.

—¿Ya se van? —preguntó uno de ellos.

—Señor Crowell, ¿qué pasará con su empresa? ¿Quién será el nuevo heredero?

Otra vez esa voz. La reconocí. Era John Page, uno de los reporteros estrella del programa más visto del país. Era un hombre capaz de tergiversar cualquier declaración. Era inteligente y polémico. No podía creer que estuviera tan cerca de mí. No era mi periodista favorito, pero me sorprendía que alguien tan importante estuviera aquí para entrevistar al padre de Alex. Me entraron ganas de saludarle, pero no era el momento adecuado, así que agaché la mirada para resguardarme de los focos de las cámaras y seguir a George, que me acompañó hasta la puerta del copiloto.

—Señor Crowell, se rumorea que va a divorciarse. ¿Es cierto? ¿Esta joven es su amante? ¿Cree que la muerte de su hijo es la oportunidad que estaba esperando para dejar a su esposa?

No me lo podía creer.

—Déjenos pasar —pidió amablemente a un hombre de cabello oscuro que obstruía la puerta del copiloto.

El tipo pareció no oírlo. O, simplemente, lo ignoró.

Vi que el señor Crowell apretaba los dientes, luego inspiró profundamente.

—Señor, apártese.

El hombre se movió solo un paso. El señor Crowell reaccionó y lo empujó lejos de la puerta. Finalmente, abrió la puerta y me metió en el vehículo. Acto seguido, cerró la puerta con fuerza y yo me quedé quieta. Mi fantástica idea de irme caminando o en el supuesto coche de mi amiga ya no era posible. No podría salir de allí sin causar el menor revuelo. Además, estaba segura de que si salía del coche, el padre de Alex vendría de nuevo a por mí, aunque hubiera cientos de reporteros.

Era un hombre imponente.

Algunos cámaras iban tras él y otros se quedaron a mi lado, tomándome fotos. Al cabo de un minuto que se hizo eterno, y con suma dificultad, pudo entrar en el vehículo.

Cerró la puerta y los seguros se activaron.

Ninguno de los dos habló.

Arrancó el motor y aceleró.

Sus manos se agarraban con fuerza al volante.

—Es un BMW 428i Coupé —dijo sin que yo hubiera preguntado nada.

Dejamos atrás la mansión y a todos aquellos reporteros.

—Es muy bonito —dije desinteresadamente.

Definitivamente, los hombres estaban enamorados de sus coches. Si pudieran mantener relaciones sexuales con ellos, serían la pareja perfecta.

Dios, tan solo imaginarlo me provocaba risa.

—Lamento todo esto —dijo entre dientes—. Cuando quieren molestar, lo consiguen. Es su trabajo.

—No es culpa suya —respondí—. No debe disculparse.

Asintió sin añadir nada más.

Condujo unos minutos con la vista clavada en la carretera. Estaba pensativo. Yo tenía muchas preguntas.

—¿Cuándo será el entierro? —me atreví a decir.

—Rosie ha cambiado de opinión.

—¿En qué sentido? —pregunté, confusa.

—Cree que es mejor incinerar a Alex. —Él no parecía feliz con esa idea, pero intentaba sonar como si no le importara. Sus ojos estaban centrados en la carretera. Me miró de reojo, manteniendo una velocidad constante—. ¿Emma te deja estar fuera de casa tan tarde?

—No. Solo si se trata de algo importante o de una emergencia —respondí.

—¿Dónde vives? —preguntó con la vista al frente.

Solo entonces me percaté de que había estado conduciendo sin rumbo fijo, quizá para evadirse, o tal vez porque necesitaba pasar unos minutos más a solas conmigo.

—En la calle Dummont. ¿Sabe dónde está?

—Sí.

Prosiguió recto y luego giró a la derecha. Reconocí el barrio por el que circulábamos. Estaba cerca de casa.

—¿Por qué quieren incinerar a Alex?

Pareció meditar la respuesta. Al fin respondió:

—Enterrarlo no tiene sentido. Rosie cree que es mejor esparcir sus cenizas por algún lugar bonito que dejar que su cuerpo se pudra bajo la tierra. Y estoy de acuerdo con ella. Además, así ya no tendremos que dar más explicaciones y la prensa no estará presente, será más privado. Estamos hartos de sus preguntas inútiles.

—¿Inútiles?

—Sí, son demasiado inútiles. —Habló con un tono enojado—. Esos memos se atrevieron a decir en una entrevista en directo que Rosie y yo habíamos tenido algo que ver en su muerte, que queríamos darle publicidad a mi empresa. En otras palabras, me acusaron de haber matado a Alex. —Su voz ronca resonó por todo el automóvil.

Un silencio abrumador se adueñó del vehículo.

Se me revolvió el estómago.

—¿Estás bien? —preguntó al ver mi cara de asco.

—Sí —dije, y mi estómago se revolvió todavía más.

—¿Tú crees que yo sería capaz de matar a mi propio hijo para darle publicidad a mi empresa?

Me miró de reojo. Vi que no había ningún otro coche circulando por allí cerca.

Maldición.

—¡Qué va, menuda tontería! —dije, tratando de creer mi propia respuesta.

Asintió, de acuerdo conmigo.

Traté de relajarme. En el fondo, George no era un extraño. Es decir, conocía su casa, su nombre, a su hijo muerto y a su esposa, que conoce a mi madre. Y, además, mi madre y Cara habían estado allí, al igual que Kate, Karen, Tom y Seth.

No era un extraño a pesar de que solo había hablado con él unos minutos, ¿verdad?

George condujo por la calle Craste y luego giró a la derecha, después de unos metros más volvió a torcer a la derecha y entró en la calle Dummont.

Nunca me había alegrado tanto de llegar a casa.

—Es aquella casa, la que tiene las luces encendidas —indiqué al ver mi dulce hogar.

El vehículo disminuyó la velocidad y se detuvo justo enfrente de mi casa.

—Gracias por traerme.

Asintió en forma de respuesta.

Accioné el tirador para salir lo más rápido posible, pero el coche seguía con los seguros activados.

—Lo siento —dijo, y enseguida la puerta se desbloqueó.

Salí del vehículo y me giré para caminar apresuradamente hasta casa.

—Hannah —me llamó el señor Crowell.

—¿Sí? —Me giré de nuevo.

—No quiero que pienses mal de mí, pero me gustaría verte de nuevo. Es decir, *nos* gustaría verte —dijo apresuradamente. Mi cara denotó confusión—. A Rosie y a mí, me refiero. Si es que tú quieres.

—¿Por qué?

Su rostro se congeló y luego miró por encima de mi hombro.

—Te lo explicaría, pero tu madre acaba de asomarse a la ventana y no creo que le guste que hayas llegado acompañada por un extraño.

Me giré y, efectivamente, mi madre se había asomado por la ventana.

Me iba a matar.

Le di la razón a George.

—De acuerdo.

Sonrió.

—Será un placer volver a verte.

Caminé hacia la puerta de casa. Las piernas me temblaban. Era peor que tener diez llamadas perdidas. O incluso peor que suspender un examen.

Abrí la puerta y me encontré con el rostro escrutador de mi madre. Me sorprendí porque no estaba enfadada, ni nada por el estilo. O tal vez lo estaba pero no lo demostraba.

—¿George te ha traído a casa? —preguntó con un tono de voz neutro. Se sentó en el sofá de tres plazas con una taza de café en la mano. El aroma llegaba hasta la puerta.

—Sí, se ofreció a traerme, dijo que estaba oscureciendo y que no debería andar sola por la calle.

Cerré la puerta y me relajé. Como si nada hubiera pasado.

—Qué amable por su parte. —Dio un sorbo a la taza. A mi madre le encantaba el café.

—Sí, aunque insistí en que no era necesario. —Me dejé caer en otro sofá.

—¿Y Cara? ¿No estaba contigo? —Dejó la taza sobre la mesita de centro.

—Es una larga historia. —Mi voz sonaba cansada. Estaba agotada.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo.

Cerré los ojos y abrí la boca.

—Mejor cuéntame qué hacías tú en casa de Alex. Cara me ha dicho que te había visto.

Busqué sus ojos con la mirada. Cuando los encontré, intentaron romper el contacto visual.

—Sí, pasé un momento por allí, pero no te vi por ningún lado.

—Estaba en el jardín trasero y acompañé a Cara al baño —expliqué.

—¿Tienen jardín trasero? —preguntó, curiosa.

—Bueno... —Tragué saliva—. No es exactamente un jardín con flores, es como un lugar para desayunar y todo eso, ya sabes, cosas de gente con dinero.

Eso no era cien por cien verdad.

—No sabía que tenían un jardín trasero —rio suavemente, y volvió a coger la taza de café para llevársela a los labios.

Mi madre era la persona en la que siempre podía confiar. Era la mejor de todas. Me contaba todo lo que le pasaba, y viceversa. Era la persona más dulce y generosa que había conocido. Rosie también parecía una mujer en la que poder confiar.

¡Oh, Rosie!

—¡Mamá! —exclamé y dio un respingo. Unas gotitas de café cayeron en su falda. Gruñó mientras contemplaba el desastre que había afectado a su ropa—. Lo siento, no quería asustarte. Es que he conocido a una mujer y me ha dicho que te conocía —afirmé apresuradamente, conteniendo la respiración.

—Cálmate, Hannah. ¿Qué mujer? —Su voz pacífica y tranquila me ayudó a relajarme.

—Se llama Rosie.

Al principio pareció confundida, pero después fue como si hubiera atado cabos. Se removió en el sillón e intentó limpiar las manchas de su falda.

—¿Y cómo está? Hace mucho que no la veo —comentó. Parecía contenta por saber de ella.

—Pues diría que bien. Pero lo de Alex le ha afectado mucho.

—¡Es normal! ¡Yo no podría vivir sin mi hijita! —Se levantó del sofá y se dejó caer a mi lado.

Colocó el brazo encima de mi hombro.

—¡Mamá! ¡No soy un bebé! ¡Y no cambies de tema! —Me separé unos centímetros de ella aguantándome la risa.

—De acuerdo, ¿qué quieres saber? Aquí tienes a tu enciclopedia que lo sabe todo.

—Bueno ya que te ofreces... ¿De qué conoces a Rosie? ¿Desde cuándo? ¿También conoces a George? ¿Erais amigas de pequeñas? ¿También conocías a Alex? ¿Por qué ella...?

—Oye, poco a poco. —Me miraba con curiosidad—. Pues conozco a Rosie desde siempre, la conocí donde naciste —respondió, tratando de recordar más detalles.

—¿En Brette?

—Sí, exacto.

Mi madre y yo habíamos vivido en diferentes ciudades y países. No fue fácil. Cuando tenía seis años y la Navidad se acercaba, nos mudamos a Alaska. Casi morí congelada, y no era una exageración. Había pasado de un clima húmedo a uno exageradamente frío, pero me adapté al cambio rápidamente. El primer año tuve un par de enfermedades, pero mi madre me cuidaba bien con vitaminas y muchos alimentos

nutritivos.

A los siete años ya estaba acostumbrada a mudarme cada seis meses. Sabía que no podía tener amigas del alma, porque sería muy doloroso tener que despedirme de ellas. Además, seis meses no era suficiente tiempo para conocer a alguien en profundidad. Conocí a mucha gente en diferentes partes del mundo, y logré comunicarme en inglés o en español con las compañeras de los colegios.

A mi madre le apasionaba viajar, y le encantaba tener un trabajo que le permitía ejercer su vocación en diferentes colegios e institutos. Era divertido, porque un día podía estar abrigada de la cabeza a los pies, cerca del fuego, observando cómo se consumían las ramas y con un chocolate caliente en la mano, y al cabo de unas semanas podía encontrarme al otro lado del mundo vistiendo faldas y sandalias con blusas de tirantes, tal vez bebiendo una limonada al aire libre y pasando calor.

Abandoné el recuerdo de los veranos y los inviernos para centrarme de nuevo en la conversación.

—¿Y desde cuándo la conoces? Rosie ha mencionado algo, pero no ha terminado la frase.

—¿Qué? —Abrió los ojos, interesada—. ¿Qué te ha dicho?

—Pues no sé, solo ha dicho que me recordaba y que habían pasado muchos años, pero no ha terminado la frase porque George estaba poniendo mala cara. Y me entró la curiosidad.

Parecía aturdida.

—No lo sé. No sé por qué lo ha dicho, tal vez te ha confundido con otra Hannah. Ella no te llegó a conocer nunca.

—Pues parecía muy convencida —traté de insistir.

—No sé, es muy raro, ¿no?

—Demasiado —respondí mientras pensaba en los tres últimos días.

—Has mencionado algo sobre George, ¿qué pasa con él? —Flexionó sus piernas para subirlas al sillón.

—Sí, ¿también lo conoces?

—Claro. ¿Te ha dicho algo? —preguntó. Negué con la cabeza; en realidad no quería hablar de nuestra delicada conversación—. ¿Te ha hecho algo?! —exclamó horrorizada.

Volví a negar.

—¡No! —respondí enseguida. Se tranquilizó y la sangre que se había acumulado en sus mejillas volvió a su lugar—. Solo quería saber si tenías alguna relación con ellos.

—Sí, pero exclusivamente por asuntos escolares. —Tomó otro sorbo de café.

No se me ocurría ninguna otra pregunta. Solo quería descansar y pensar en lo que había pasado en las últimas horas. También tenía preguntas para Alex.

—Bueno, pues ahora que has resuelto algunas de mis dudas, me iré a dormir, estoy cansada.

No pareció importarle.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mamá.

Me levanté, rodeé el sillón, caminé hasta las escaleras y subí arrastrando los pies. Contaba los pasos que daba, mientras que mis piernas me pedían un masaje a gritos.

Cuando llegué al último peldaño me invadió un escalofrío terrible. Mi piel se erizó y una picazón en mi cuero cabelludo me obligó a girarme. Tenía la sensación de que alguien me observaba.

Pero al darme la vuelta solo vi a mi madre.

—¿Qué pasa? —preguntó y se puso en pie rápidamente.

—¡Nada! —grité cuando vi que caminaba hacia mí—. Estoy bien, solo quería darte las gracias por lo

de hoy —mentí. Aproveché para mirar por la sala, con la esperanza de ver a alguien.

Mi madre asintió. Me giré y seguí mi rumbo. Mis piernas parecían de gelatina. Caminé por el pasillo en penumbra y logré encontrar el picaporte de la puerta de mi cuarto.

Abrí tan rápido como pude para entrar cuanto antes.

Las luces estaban encendidas y una silueta sentada en la silla de mi escritorio, de espaldas a mí, casi me hizo gritar. Lo reconocí de inmediato.

—¡Alex! Qué susto me has dado.

Capítulo 8

Se dio la vuelta sobre la silla de mi escritorio y sus ojos color miel me observaron fijamente. Me ponía nerviosa. Un escalofrío me recorrió de nuevo el cuerpo. Curiosamente, tenía el ordenador encendido. No recordaba haberle dicho mi contraseña, y mucho menos haberle dado permiso para usarla.

—Hola, de nuevo —saludó con voz grave. Parecía aturdido.

Cerré la puerta y dejé el teléfono en la mesita de noche. Volvió a centrar la atención en la pantalla del ordenador.

—Hola —respondí.

Sentí curiosidad cuando empezó a escribir rápidamente, presionando las teclas con fuerza. Estaba concentrado.

—¿Qué haces? —pregunté y me situé tras él.

—Buscar pistas —respondió sin despegar la mirada del monitor. Observé la pantalla brillante y vi que estaba leyendo sus mensajes.

—¿Buscar pistas? ¿Y eso qué tiene que ver con tus mensajes?

Tardó unos segundos en responder.

—Tal vez podría haber algo por aquí.

—¿Algo?

—Algún mensaje raro —dijo mientras salía de la página y entraba en otra. Los mensajes se cargaban rápidamente y seleccionó uno—. Alguien podría haberme mandado un mensaje con un doble sentido y no me di cuenta. Me refiero a alguna palabra clave, o algo. Tengo ese presentimiento... —Se encorvó un poco y leyó más despacio, fijándose en cada palabra y en cada letra. Como si buscara un significado diferente.

—Alex —lo llamé. Pero no se giró, su mirada seguía en la pantalla—. Estaba pensando que sería bueno que me hablaras sobre tu vida como fantasma —sugerí—. Esta situación no es muy normal y, como puedes ver, tengo dudas y necesito que me las respondas... Sé que no es fácil —me adelanté a decir—, pero no comprendo por qué. Por qué estás aquí, por qué te interesa tanto saber quién fue, es decir, ¿de verdad importa tanto?

Giró la silla y se quedó mirando sus zapatos negros, pensativo. Me senté en el borde de la cama, el colchón se hundió con mi peso. Esperé una respuesta por su parte, porque la merecía y la necesitaba. No podía ayudarlo si no sabía qué era lo que realmente quería.

Nuestras rodillas rozaron suavemente. Estábamos frente a frente.

Alex asintió al comprender a qué me refería.

—¿Qué quieres saber?

No esperé mucho para hacer la primera pregunta. El viento soplaba con fuerza en la calle. La ventana de mi habitación estaba entreabierta y las cortinas ondeaban. La luna era un pequeño arco blanco y esta vez no iluminaba lo suficiente, así que Alex había encendido la lámpara de mi escritorio.

Su rostro tenía un tono amarillo por la luz de la bombilla.

—¿Qué eres?

—Un fantasma.

Negué y fruncí el ceño.

—¿Un fantasma que puede tocar cosas?

—Soy un fantasma que puede tocar cosas cuando quiere hacerlo.

—¿Y qué hay de las personas? ¿Puedes tocarlas? ¿Pueden verte?

Sonrió ante el encadenamiento de preguntas. Agachó la mirada, todavía sonriendo. Pensó la respuesta durante unos segundos y volvió a levantar la vista. Sus dientes blancos resplandecían en la oscuridad. Me percaté de que se había humedecido los labios.

—Las personas, en general, no pueden verme. Las únicas que pueden hacerlo son aquellas con las que tengo una conexión poderosa, como tú, por ejemplo. Es necesario que haya un vínculo muy fuerte para que puedan verme. —Se pasó la lengua por los labios y prosiguió con la explicación—. Tampoco puedo tocarlas, solo a ti.

Mi garganta se secó de repente. Alex observaba mi expresión con detenimiento.

—¿Por qué quieres investigar esto?

—Verás... —comenzó a decir, inseguro—. Has conocido a mi padre y te habrás dado cuenta de la fortuna que tiene. Creo que mi asesinato tiene que ver con ese dinero. Sospecho que hay un secreto que no puede salir a la luz porque alguien no quiere que se sepa. Y si está relacionado con el dinero, me temo que habrá más muertes hasta que esa persona haya cumplido con su objetivo.

—¿Un secreto? ¿Cuál?

—Eso es lo que necesitamos averiguar —afirmó.

—¿Tienes un sospechoso en mente?

Negó con la cabeza.

—No. —Su mirada se encontró con la mía. Supe que no me estaba contando toda la verdad—. Mi padre es muy reservado con los negocios, ni siquiera conozco los nombres de los accionistas o de su asistente personal. Así que no puedo sospechar de nadie, pero creo que podría tratarse de alguien relacionado con la empresa.

Decidí hacer más preguntas.

—¿Y qué hay de Kate?

Frunció el ceño ante mis palabras.

—¿Kate?

—Sí. —Se me hizo un nudo en el estómago.

—Kate es mi novia. —Alex pestañeó—. Bueno, lo era —se corrigió a sí mismo.

Asentí. ¿Por qué había preguntado precisamente por Kate? Podría haber mencionado a cualquier persona...

—Sí, pero ¿no sospechas de ella? —insistí.

—¿Qué quieres decir? —Sonaba ofendido. Estaba molesto, como si mis palabras hubieran sido

veneno para él.

Me enderecé y me aclaré la garganta.

—No estoy culpándola —dije enseguida—. Pero ¿no sería mejor no confiar en nadie?

—¿Estás diciendo que no debo confiar en ella? —Su tono sonaba más molesto. Apretó los dientes y una mueca apareció en su rostro.

—¡No! Lo que quiero decir es que no hay que confiar *en nadie* —dije frustrada, con la esperanza de que lo entendiera.

¿Es que este chico no había visto películas y series de televisión? ¿No sabía que la persona menos sospechosa resultaba ser *la más* sospechosa? ¿Que la persona más dulce y cercana, podía ser el culpable?

—¿Qué hay de ti? —Se levantó de la silla con brusquedad.

¿Qué? ¿No se suponía que estábamos juntos en esto?

—¿Qué hay de mí? ¿A qué demonios te refieres? —reaccioné de inmediato. La sangre me hervía y mi piel ardía. No entendía a dónde quería ir a parar. Yo no había acusado a Kate, simplemente había sugerido que no podía confiar en nadie, y eso la incluía a ella. De un brinco, me levanté de la cama. La sangre se acumuló en mis mejillas.

Alex me daba la espalda. Se había apoyado en uno de los muebles más cercanos y parecía tenso.

—Me acuerdo de ti —confesó en un susurro.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

¿A qué se refería? ¿Nos habíamos visto?

Maldita sea, solo quería que esto terminara cuanto antes. No quería estar involucrada en un asesinato.

Hubo un silencio tenso. Alex no decía nada, y yo estaba tan nerviosa que me daban ganas de golpearlo para que hablase. Ojalá fuera Sherlock Holmes o C. Auguste Dupin. Estaba dispuesta a renunciar a mi viaje a Canadá solo para resolver este maldito asunto lo antes posible. La cabeza me daba vueltas.

Se giró y volvió a mirarme. Aunque sus ojos eran del mismo color miel, había algo distinto, un brillo especial.

—Te vi la mañana del día de mi muerte —afirmó. Era otro susurro que parecía un grito en mis oídos. La última palabra resonó en mi mente. Las piernas me fallaron y un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo.

—¿Qué has dicho? —pregunté con voz entrecortada. Tal vez me vio porque íbamos al mismo instituto. Claro, no era tan grande y pudo haberse topado conmigo—. Quizá fue una coincidencia.

—Hoy he recordado algunas cosas de cuando te vi —comenzó a hablar. Caminó rápidamente por la habitación para volver a sentarse en la silla. Su aroma quedó flotando en el dormitorio, como una brisa otoñal. Era demasiado masculino—. Hablamos un poco, fue como un *flash*, me sonreíste y me dijiste algo. Y asentí. Después te fuiste. Y no recuerdo nada más.

Me inquieté. Yo no recordaba nada de eso.

—¿Qué te dije? —pregunté con un hilo de voz.

—No lo sé, solo he visto las imágenes, pero no había sonido. —Eso me desconcertó, las manos me sudaban y la cabeza me palpitaba al mismo ritmo que el corazón.

Me dejé caer en la cama. Estaba devastada. Por más que trataba de recordarlo, no podía.

—¿Estás bien? —Se acercó rápidamente y me sostuvo el brazo.

—Sí.

A pesar de la respuesta, él no me soltó. Por supuesto que no estaba bien, la habitación daba vueltas.

—¿Tú lo recuerdas? —me preguntó esperanzado, y en ese momento quise mentir e inventarme cualquier historia, por ridícula que fuera, pero no se me ocurrió nada.

Ni siquiera podía responder. ¿Por qué no lo recordaba? Era muy frustrante. ¿Es que tenía Alzheimer precoz?

—Hannah, ¿lo recuerdas? —insistió. Su rostro se llenó de terror. Incluso noté que sus dedos temblaban—. Hannah, por favor, dime que lo recuerdas.

Tragué saliva y me armé de valor para hablar.

—¿Y si fuera producto de tu imaginación? ¿Y si nunca hablamos?

Me soltó el brazo. Alex se sentó a mi lado. Su cuerpo tenso parecía una losa de piedra, duro y pesado.

—No podría inventarme algo así.

—¿Crees que yo tuve algo que ver? —me aventuré a preguntar.

—No lo sé. Son demasiadas coincidencias en un solo día.

—Alex —dije su nombre y se sobresaltó. Comencé a hablar descontroladamente sin darme cuenta de lo que decía—. Tus padres y mi madre...

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó con interés.

—Al parecer se conocen, y no por asuntos escolares.

—¿Cómo lo sabes?

Le conté prácticamente lo mismo que a mi madre, que Rosie había dejado una frase a medias porque su padre la había incitado a callar, que ella había dicho que me había visto antes... Alex pareció sorprendido. Tenía la mirada baja y jugaba con sus dedos mientras escuchaba atentamente. Fruncía el ceño de vez en cuando, como si estuviera analizando la situación.

—Son varias coincidencias y muy extrañas —confirmó con voz clara.

Coincidí con él.

Pensé durante unos minutos. ¿Qué quería decir Rosie? ¿Me había visto antes? ¿Me conocía? ¿Por qué mi madre y ella ya no mantenían ninguna relación cuando se suponía que eran amigas? Muchas preguntas invadían mi cabeza...

Preguntas sin respuestas.

Mi madre era sociable, pero no tenía amigas por todos lados. La única persona con la que charlaba era la señora Sarah, una vecina, también profesora, que a veces cenaba o comía con nosotras. Era una mujer que oscilaba entre los cincuenta y los sesenta años. Aunque se teñía el pelo de color castaño para disimular las canas, era difícil ocultarlas del todo. Tenía arrugas en el rostro y en las manos y en el último año no se había molestado en camuflarlas. No es que hubiera aceptado entrar en la tercera edad, sino que su esposo, el señor Ben, había muerto el otoño pasado. Había sido una de las situaciones más difíciles a las que me había enfrentado, porque la señora Sarah era como otra amiga mía, y verla llorar y completamente rota me partió el corazón. El señor Ben nos había obsequiado en más de una ocasión con postres de manzana que hacía él mismo. Eran deliciosos y perfectos para la temporada. Mi madre no era una gran amante de la cocina, así que yo me alegraba de recibir postres gratis. Era un gran hombre, pero el cáncer le había ganado la batalla.

La muerte de su marido no hizo que nuestra vecina cambiara de actitud, seguía siendo una mujer dura y firme. Podía ser un encanto si se lo proponía, pero, a veces, sacar su lado más dulce era una misión

muy complicada...

Mi madre y ella se llevaban a la perfección. Mamá la admiraba por su edad y su experiencia en las aulas, y la señora Sarah, a su vez, me había dicho que admiraba a mi madre por su valentía. Decía que el valiente era el que ganaba, no por el premio, sino por la acción.

Podían hablar durante horas. La señora Sarah nunca llegó a darme clases y mi madre insistía en que era hora de que se jubilara, pero ella quería seguir trabajando en lo que la apasionaba. Era exigente y gruñona, aunque cuando estaba con mi madre, era diferente, demasiado buena. Conocían a la mayoría de padres de los alumnos, aunque mi madre se limitaba a hablar con ellos de asuntos escolares y nada más.

Así que me sorprendió muchísimo que mi madre confirmara que ya conocía a Rosie. Aunque, claro, no me había dado muchos detalles.

Me aclaré la garganta para seguir hablando.

—Alex, he sentido algo cuando he conocido a tu madre. Me refiero a cuando he estrechado su mano. Ha sido extraño.

—¿Algo? ¿A qué te refieres? —preguntó, mirándome de nuevo. Parecía interesado.

Necesité reflexionar unos segundos. ¿De verdad había sentido ese calor? ¿La sangre picándome... como si estuviera viendo a alguien que conocía desde hacía mucho tiempo? ¿A alguien cercano? Y después dudé: ¿se lo digo o no? ¿Servirá de algo, si lo hago?

—Es que... —comencé a decir, insegura. Luego inspiré profundamente y proseguí—. Nos hemos dado un apretón de manos y cuando la he tocado ha sido... raro. He sentido una fuerza muy intensa, como si una corriente eléctrica me recorriera por todo el cuerpo. Mi corazón ha latido con fuerza, más de lo normal. He sentido algo cuando la he tocado, amor, seguridad tal vez. No lo sé. Es difícil de explicar —dije, tratando de relatar lo que había sentido.

—Esto es muy extraño —se limitó a comentar.

—Sí.

Mi teléfono vibró.

Me levanté rápidamente y leí en la pantalla: «Llamada entrante: Cara».

Deslicé el dedo por la pantalla y el contador de segundos que indicaba la duración de la llamada se puso en marcha. Alex me miró confundido, me preguntó entre susurros quién era el oportunista. Respondí que era Cara. Asintió.

—Hola Cara —saludé, esperando escuchar la voz de mi amiga.

—¡Hey! ¿Dónde estabas? ¡Has desaparecido! —exclamó.

—Me he quedado charlando con el padre de Alex —dije rápidamente.

Podía confiar en Cara, y ella en mí. Nuestra confianza era mutua y nos apoyábamos la una en la otra pasara lo que pasara, aunque ya no estábamos tan unidas como antes. Y aunque a veces solo nos veíamos en el instituto, últimamente estaba muy pendiente de mí, como si estuviera al acecho de cualquier movimiento mío y de las personas de mi entorno. O tal vez me estaba volviendo paranoica.

—¿Qué? ¿Con el padre de Alex?

Alex me hizo una seña para que lo pusiera en manos libres. Dudé, porque Cara podía soltar cada estupidez o broma pesada... Negué con la cabeza mirando a Alex, aferrándome al teléfono y tapando el altavoz para amortiguar su voz.

—Sí —confirmé. Hablaba en susurros.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha pasado? ¡Cuéntame! —rogó con su voz chillona.

—Nada importante —respondí cuando Alex me reprendió con la mirada para que no dijera nada.

Aunque no entendía por qué. Pero luego lo comprendí.

No confiar en nadie.

—Hannah, no soy tonta. Si me ocultas algo es porque ha pasado algo importante o grave. Cuéntamelo —suplicó.

Pensé la respuesta durante unos segundos y Alex volvió a pedirme que pusiera el manos libres.

—No ha pasado nada. Simplemente se ha enfadado porque estábamos corriendo por las escaleras —dije, recordándole que nos habíamos retado para ver quién llegaba primero a la planta baja.

Alex me fulminó con la mirada. Finalmente, cedí a su petición y puse el altavoz.

—Mentirosa —respondió. Su voz resonó en toda la habitación. No se oía nada más.

—Es la verdad —contesté. Mi voz denotaba seguridad.

—Confiaré en ti, Hannah. —Su tono de voz parecía distinto, pero luego se aclaró la garganta y resopló. Me la imaginé poniendo los ojos en blanco, frustrada por mis respuestas. Y es que Cara, por supuesto, no era tonta—. ¿Ya estás en tu casa?

—Sí, ¿dónde estás tú?

—También estoy en casa.

Alex parecía no preocuparse por nuestra conversación, así que se dio la vuelta para volver al ordenador.

—Genial. Entonces nos vemos mañana.

—¡No! —exclamó. Cambió inmediatamente de intensidad, era un tono fuerte y emocionado—. Seguro que no sabes lo que ha pasado.

—¿Qué? —En cuanto Cara dijo aquellas palabras, la alarma se activó en mi cabeza. A Cara no se le escapaba nada.

—Es sobre Kate —soltó, excitada.

—¿Kate? —Al escuchar su nombre se me revolvió el estómago. Kate podía haber hecho cualquier tontería. Alex también escuchó el nombre y volvió a acercarse a la cama para prestar atención a lo que decía Cara. Su cuerpo estaba demasiado cerca del mío. Él se quedó inmóvil, a la espera de que la voz saliera del altavoz.

—Sí.

—¿Qué ha hecho? —pregunté con voz calmada, ocultando mi ansiedad.

Agradecía que no estuviera delante de mí. Estaba desesperada por saber qué había hecho.

—Estaba hablando con Seth.

Me pregunté cómo podía haber sucedido, y dónde se suponía que habían hablado si Seth se había ido cuando lo miramos de forma acusadora.

Alex y yo nos miramos con curiosidad. Sus ojos estaban más oscuros.

—¿Dónde? ¿Qué han dicho? ¿Tú los has visto?

—Después de que desaparecieras, me he ido. Y antes de que te quejes, déjame decirte que pensaba que te habías ido a casa —explicó—. De camino a casa, mientras iba por la siguiente calle, he visto un coche aparcado en la esquina. Me ha parecido raro, porque era idéntico al de Seth y creía que se había ido. Así que me he acercado disimulando un poco y he visto a Kate en el asiento del copiloto.

Mientras Cara hablaba, miré de reojo a Alex. Parecía dolido. Su ex novia en el coche de otra persona. Debía doler, y mucho.

—¿Kate y Seth estaban haciendo algo?

—Kate parecía enfadada y le estaba gritando algo a Seth.

—¿El qué?

Mi corazón latía con fuerza.

—Lo único que he escuchado ha sido algo así como: «¿En serio? ¡Eres un estúpido, Seth! ¿Cómo no lo vas a saber, si tú estabas ahí? Te lo dije un millón de veces, lo hemos hablado hace solo unas horas y parece que no has entendido nada de lo que te he dicho» —imitó la voz de Kate con un tono todavía más chillón.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Era Kate —respondió.

Alex miraba hacia abajo y no decía nada. Tampoco se había movido.

—¿Qué más han dicho? ¿Qué ha respondido Seth? ¿De qué más han hablado?

—Kate soltaba palabrotas y Seth no contestaba, parecía estar en otro mundo, se veía triste y cansado, con la mirada perdida, ya sabes... —dijo y asentí aunque sabía que no me podía ver. Me imaginé a Kate en el coche de Seth. Luego a Seth, con su cabello castaño y sus manchas rojas alrededor de los ojos. Y finalmente, imaginé lo peor—. Después Kate ha salido del coche muy furiosa, ha dado un portazo y se ha marchado. Seth no ha abierto la boca. No se ha movido.

—Oh. —Era lo único que podía decir.

—¿Oh? —Suspiró, frustrada—. ¿Te cuento algo muy extraño y «¿Oh?» es lo único que dices?

Parpadeé, tratando de procesar lo que Cara me había dicho. Tomé una decisión.

—Cara, te llamo más tarde. —Y colgué.

Alex tenía el rostro más blanco que un fantasma, literalmente. Estaba demasiado pálido.

—Alex —dije—, ¿necesitas más pruebas para convencerte de que no debemos confiar en Kate, ni en nadie? —pregunté mientras le tocaba el hombro derecho para llamar su atención.

Alex estaba tenso y demasiado rígido. Cuando le toqué el hombro, una sensación extraña me recorrió todo el cuerpo; empezó por las manos y después se extendió como una corriente eléctrica. Retiré rápidamente la mano.

¿Qué había sido eso?

—No —contestó en un murmullo.

Kate. Sabía que había algo raro en ella.

—¿Tú crees que Kate tiene algo que ver? —pregunté.

Él pareció reaccionar.

—¿Qué quieres decir? —respondió, más calmado, pero sin dejar de apretar la mandíbula.

—Que a lo mejor ella sabe algo —respondí indiferente, mordiéndome la lengua y evitando insultarla.

—Tal vez.

Lo miré molesta pero, desgraciadamente, no lo notó. Así que me molesté todavía más. ¿Por qué confiaba tanto en Kate? ¿En serio? ¡¿En Kate?! Solo con escuchar su nombre, me entraban náuseas.

Alex no dijo nada, así que tomé la iniciativa.

—Voy a hablar con Seth —solté.

—¿Qué?

—Voy a hablar con Seth —repetí.

—Sí, lo he entendido, pero ¿por qué? Y ¿para qué?

Ni siquiera yo misma podía responder esas preguntas. Solo sabía que debía hablar con Seth, así que dije lo primero que se me ocurrió.

—Mira, ya hemos escuchado la versión de Cara, pero ¿qué hay sobre la versión de Seth? ¿Y la versión de Kate? ¿No te gustaría escuchar lo que ellos dicen? —razoné, dando un poco de lógica a mi respuesta.

—Por supuesto que sí. Pero supongamos que es cierto, que Kate y Seth han estado hablando en el coche. ¿Qué crees que dirán? —comentó con el ceño fruncido.

—Deja de ser tan negativo —reaccioné.

—No estoy siendo negativo, sino realista.

No tenía nada que objetar, Alex llevaba razón. Si habían cometido un delito, no lo confesarían así como así.

—De acuerdo. —Me crucé de brazos—. Entonces, ¿por dónde empezamos? Hasta ahora los únicos sospechosos son Kate y Seth. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Esperar a que el asesino se entregue? Me dejé caer en la cama. Alex se quedó en silencio, dándole vueltas.

Suspiré, impaciente.

—De acuerdo —accedió al fin.

Quise dar saltos en la cama.

¡Sí!

—Vendrás conmigo, ¿verdad? —pregunté esperanzada y emocionada al mismo tiempo. No podía hacerlo yo sola, ¿y si me pasaba algo? Me estremecí, temblando involuntariamente. De todas maneras, si Alex me acompañaba, ¿qué haría? ¡Era un fantasma!

Y en cuanto a Seth, no sabía nada de él, ni siquiera dónde vivía. Lo único que conocía era su nombre.

—Sí, te acompañaré. Ahora mismo mi agenda no está muy ocupada —bromeó.

—Genial.

Decidí sentarme en la silla y leí lo que aparecía en la pantalla del ordenador.

—¿Alex? —lo llamé.

—¿Sí? —Su voz detrás de mí me sobresaltó. No tenía ni idea de que estaba a mi espalda.

—No sabía que tenías hermanos. —Me concentré en el comentario y no en su intenso aroma varonil. Un olor fuerte y delicioso que me hacía querer inhalar más y más.

¡Concéntrate!

—No tengo hermanos —respondió. Su aliento hizo que mi cabello ondeara ligeramente.

—Leí una publicación en tu muro. No recuerdo quién la escribió, pero te mencionaba como su hermano.

—¡Ah, sí! Fue Isaac. —Un olor a menta me invadió.

—¿Isaac? —pregunté, tratando de recordar a algún Isaac del instituto, pero ninguno me venía a la mente. El único Isaac que recordaba era un antiguo vecino que había conocido en otra ciudad de la cual ignoraba el nombre. Por aquel entonces yo tendría unos siete años. Nunca olvidaría a aquel chico. Era delgado y rubio, con el rostro cubierto de pecas. Muy inquieto y activo, a veces jugaba conmigo a la pelota o nos columpiábamos durante horas. Vivía enfrente de nuestra casa, y en Navidad me lanzaba bolas de nieve tan grandes como un balón de fútbol. Una vez me tiró una tan fuerte que me golpeó en la frente y estuve inconsciente un día entero. Mi madre se enfadó tanto que obligó a su familia a que pagara los gastos médicos. Y luego nos fuimos de ahí.

Solo con recordarlo me dolía la frente. Maldito Isaac.

—Sí, era un amigo de mi anterior ciudad. Antes vivía en Colddes —asintió.

Sabía dónde estaba Colddes, se encontraba al norte del país. Era un lugar extremadamente frío, a

cinco o seis horas de aquí. Tenía una foto hecha allí, debajo del letrero de bienvenida a la pequeña ciudad. Mi madre la tomó cuando era pequeña, tendría unos seis años. Según decía, fueron unas vacaciones demasiado cortas y por eso no las recordaba, pero yo estaba convencida de haber pasado allí mucho más tiempo del que ella decía. De algún modo, tenía la sensación de que Colddes era como mi hogar.

—Oh, pensaba que eras de aquí, de Seattle.

—Pues no. Nací en Colddes. Pasé la mayor parte de mi infancia allí.

Asentí. El olor a menta me volvió a distraer de mis pensamientos.

—Entonces, ¿no tienes hermanos? —pregunté de nuevo.

—No —confirmó.

—Ah.

La conversación terminó. Nadie comentó nada más y nos quedamos en silencio, aunque era un ambiente cómodo y tranquilo. Leí las conversaciones y los mensajes de Alex. Pero nada me llamó la atención. No encontré nada sospechoso.

Miré el reloj del ordenador y marcaba las dos de la mañana. Bostecé.

—¿Por qué no te vas a dormir, Hannah? —sugirió Alex al ver mi bostezo.

Estaba tan cansada que le hice caso.

—¿Y tú? ¿No vas a dormir?

—Sí, pero más tarde.

—¿Los fantasmas pueden dormir? —me sorprendí.

—Hannah, soy un fantasma, no un vampiro —bromeó.

—Ah, claro, tiendo a confundir las características de los seres paranormales.

Su rostro se iluminó cuando sonrió.

—Te acostumbrarás. —Me guiñó un ojo—. Buenas noches, Hannah.

Bostecé de nuevo y caí rendida en la cama.

Capítulo 9

Me desperté cuando los rayos de sol tocaron mi rostro. Abrí los ojos poco a poco y los froté suavemente, para que se adaptaran a la luz de la habitación. Afortunadamente, el dolor de cabeza de los últimos días había desaparecido y ahora simplemente tenía mucha hambre.

Busqué con la mirada a Alex, pero no estaba en la habitación. El ordenador y la lámpara de mi escritorio estaban apagados. Recordé poco a poco lo que había sucedido el día anterior. Estaba tan cansada que me había quedado dormida con el vestido puesto. El cuello y la espalda me dolían ligeramente. Me senté en la cama e hice algunos estiramientos. Los huesos crujieron. A pesar de que había dormido en una mala postura, ya no me sentía tan soñolienta. Al cerrar los ojos y reproducir las imágenes del rostro de Alex y de su padre, me sentí como si estuviera en un sueño. Mi cuerpo flotaba, lo sentía liviano.

Pero entonces escuché un sonido. Abrí los ojos y vi a mi madre en la puerta.

—Es tarde, pensaba que ya estarías vestida —dijo mientras se acercaba a mi cama.

—Creo que anoche me quedé dormida.

Me levanté de un salto.

—¿Y el despertador? —preguntó mientras caminaba por la habitación, lo que, extrañamente, me ponía nerviosa y tensa.

—Me olvidé de activarlo —respondí, sin saber qué hacer o a dónde ir. Algo me inquietaba.

—Estás muy nerviosa, ¿qué pasa? —preguntó mi madre.

—Nada. Me he quedado dormida y sé que es tarde —respondí a toda velocidad—. Lo siento mucho, sé que debemos dar ejemplo y que la puntualidad es muy importante. No volverá a pasar —prometí, aunque era algo que acabaría incumpliendo.

Me dirigí al armario y busqué el uniforme.

—No te preocupes, cariño. —Sus pasos se alejaron y enseguida me sentí mucho mejor. Seguí fingiendo unos segundos más que buscaba mi suéter. Mis hombros se relajaron y mis músculos volvieron a la normalidad. Estaba a punto de sonreír, triunfante—. Hannah... ¿Qué es esto? —Su voz sonaba detrás de mí.

Por favor, que no sea nada malo. Por favor.

Me giré lentamente. Una tela colgaba de su mano.

Maldita sea. Era el suéter de Alex, lo habría dejado aquí... ¿Los fantasmas podían hacer eso?

—Es mi suéter, mamá —dije intentando sonar convincente.

—No es verdad, yo no te he comprado este suéter nunca. Ni siquiera te gusta la ropa amarilla —replicó, molesta. Traté de pensar en alguna excusa, pero me quedé con la boca abierta, incapaz de decir nada antes de que me interrumpiera—. Este suéter era de Alex Crowell, ¿se puede saber qué hace aquí?

—No lo sé.

—¿Lo robaste de su casa? —exclamó, apretando los dientes.

—¡No, mamá! ¿Cómo puedes pensar algo así? —me indigné. Yo nunca robaría nada.

—Hannah, deja de mentir. Estás muy rara últimamente. ¿Qué te pasa? —Estrujó el suéter con los dedos de la mano. La tela se arrugó bajo su agarre firme y furioso.

—Mamá, ¿acaso insinúas que soy una ladrona? ¿Es que no me conoces? ¡Soy tu hija!

—¡Mi hija no me mentiría! —respondió gritando.

—¿Y por qué crees que es de Alex? —pregunté mientras sonreía para mis adentros. Esperaba que la pregunta la pillara a contrapié.

Intuí que mi madre me ocultaba algo porque tardó en responder y se rascó la nariz frenéticamente. Y eso significaba que había algo que no quería contarme.

—Sé que es suyo porque... porque... —Las palabras no tenían sentido, estaba cada vez más nerviosa—. ¿Qué más da? Estamos hablando de ti, ¿de dónde lo has sacado? —preguntó de nuevo.

—¿Conocías a Alex? —susurré.

—Claro, iba al instituto.

Fruncí el ceño.

—¿En serio? —Usé un tono más misterioso y la miré fijamente—. Su padre me contó algo más.

—¿Qué te contó? —Sin duda, estaba horrorizada. Presionó el suéter todavía más, ansiosa por escuchar lo que estaba a punto de decir. Clavó las uñas en la tela de algodón. Hizo una mueca que mostró con claridad las arrugas de su rostro.

—¿Por qué no me lo cuentas tú? —respondí. Y, por un momento, mi propia madre me pareció una desconocida.

—No sé qué te ha podido decir George, Hannah. —Tragó saliva y dejó el suéter en mi cama—. Pero no creas en él. Ni en Rosie. —Su expresión facial se suavizó.

¿Por qué no debería confiar en ellos? Últimamente ya no podía confiar en nadie, ni siquiera en mí misma. Todo esto era surrealista: un día todo parecía normal y, al día siguiente, todos parecían estar relacionados con un asesinato.

—George me lo regaló —mentí. Su rostro volvió a cambiar rápidamente.

—¿George hizo eso? —Había sarcasmo en su voz, no parecía creérselo. Era muy difícil mentir a mi madre, me conocía demasiado bien—. ¿Por qué te regalaría un suéter de su difunto hijo?

—No lo sé, simplemente me lo regaló —respondí rápidamente para no despertar más sospechas.

—Por favor, Hannah.

—Te estoy diciendo la verdad —contesté y me crucé de brazos. Debo reconocer que hasta yo misma me creí mi actuación. Tal vez debería de considerar la idea de tomar clases de teatro. Seguro que no se me daría mal.

—No me parece bien que aceptes regalos de otras personas, sobre todo de George.

—¿Por qué?! —estallé en un grito.

Era injusto que me prohibiera cosas sin darme un motivo. ¿Por qué no debería aceptar un regalo? Aunque lo que más me molestaba y me ponía furiosa era que no me contara el porqué.

Todo tenía una explicación, un motivo, y yo quería averiguar cuál era en esta ocasión.

—Porque lo digo yo. Y quiero que me digas ahora mismo por qué te lo regaló —exigió.

—¿Sabes qué, mamá? ¿Por qué no se lo preguntas personalmente si tanto te interesa? Pídele que vaya a tu despacho y deja de molestarme, ¿quieres? —dije de mala gana. Cogí mi uniforme y salí de la habitación echando humo por las orejas. Las mejillas me ardían.

—¡Hannah! —gritó— ¡Vuelve aquí! ¡No voy a permitirte que me hables en ese tono!

Caminé por el pasillo a toda prisa para entrar en el baño, ignorando sus gritos. Di un portazo. Abrí el grifo del lavamanos y el agua salió. Junté mis manos formando un cuenco, dejé que se llenaran de agua y me la eché en la cara. Me vestí lo más rápido que pude y me cepillé el pelo.

Ni siquiera desayuné. Me puse la mochila y me fui.

Mi mente empezó a burlarse de mí porque no era capaz de resolver un misterio.

¿*Dónde demonios estaba Alex?*, me pregunté mientras caminaba desesperada. Estaba muy enfadada. De repente sentí una respiración agitada muy cerca de mi oreja. Era una respiración pesada, ruidosa y exagerada que me estremeció. Aceleré mis pasos.

Me armé de valor y me giré, pero allí no había nadie. Seguí andando. No me tranquilicé del todo porque tenía la sensación de que alguien me observaba.

Pero, de pronto, alguien tocó mi hombro. Di un respingo, aterrorizada. ¿Quién me habría tocado, si no había nadie detrás de mí?

Me quedé paralizada. Como si se tratara de dos imanes que se sienten atraídos y no pueden separarse el uno del otro, la mano no se despegó de mi hombro. Su contacto era intenso, y las piernas me empezaron a temblar. Las manos me sudaban. Tenía ganas de gritar.

—¿Me has llamado? —dijo una voz que reconocí al instante. La sangre de mi cuerpo volvió a circular con normalidad y me giré rápidamente.

Alex.

Suspiré, dejando salir mi frustración.

—¡Nunca, nunca, *nunca* vuelvas a hacer eso! —chillé mientras le golpeaba el pecho con las manos. Él intentó defenderse.

—¿Hacer qué? —preguntó cuando dejé de golpearlo.

—Asustarme de esa manera. —Estaba muy enfadada.

—Oh, lo siento. —Tuve ganas de golpearlo de nuevo. ¡Menudo susto me había dado!

—Por cierto, genio, te olvidaste el suéter en mi habitación —dije con sarcasmo.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? He acabado discutiendo con mi madre y ahora piensa que soy una mentirosa, una ladrona y que estoy muy rara. ¿Y a ti no se te ocurre nada mejor que decir «y»? —negué, todavía enfadada.

—Bueno, iré con más cuidado —prometió.

—Eso espero, ya me encargaré yo.

—¿No eres un poco exagerada?

—¡Mi madre pensará que estoy loca si le cuento que hablo con un fantasma!

—Pero no se lo vas a contar. —Sonrió.

Negué con la cabeza.

Seguimos caminando por la calle. Poco a poco, mientras lo analizaba absolutamente todo, olvidé la discusión. Cuando llegamos frente al instituto y, después de cerciorarme de que nadie me veía, le hablé al fantasma de Alex.

—¿Echas de menos el instituto? —pregunté tímidamente, esperando que mi pregunta no lo incomodara. Me puse una mano delante de la boca; no quería que pensarán que era una loca hablando sola.

—En realidad, sí —respondió con una risita nerviosa.

Después se quedó callado.

—¿Qué pasa? —susurré, tratando de seguir su mirada.

—Seth —dijo con voz ronca.

Me estremecí.

—¿Dónde? —Intenté encontrarlo, pero no lo veía.

—Está apoyado en el coche de Kate —indicó.

Busqué el flamante automóvil rojo de Kate entre todos los coches aparcados.

No tardé mucho en encontrarlo.

Efectivamente, ahí estaba Seth.

Llevaba el uniforme y parecía desconcertado, como si no supiera dónde estaba. Sus ojos iban de un lado a otro. Se llevó las manos a los bolsillos delanteros y se quedó observando la nada. Estaba junto al coche de Kate, pero ella no estaba, o eso me pareció. Yo me encontraba a unos cuantos metros de distancia y no lo veía muy bien.

—Voy a hablar con él —anuncié y caminé en su dirección.

—Espera... ¿qué? ¡No! ¡Hannah! —gritó desde atrás.

Pero su voz no me detuvo. Ahora estaba a pocos metros de Seth y veía mejor lo que hacía.

—¡Seth! —lo llamé cuando estuve lo suficientemente cerca para que me escuchara.

Levantó la mirada y buscó la voz que lo reclamaba. Sus ojos se movían con agilidad, hasta que se cruzaron con los míos. Aceleré el paso.

Pero en cuanto me vio, se colgó la mochila al hombro y se fue tan rápido como una liebre. Iba despavorido. Tenía el pelo húmedo, por lo que supuse que acababa de ducharse. Sin embargo, su rostro perdido le daba un aspecto triste.

—¡Espera, Seth! —grité, llamando la atención de algunas miradas curiosas.

Seth apretó el paso y empezó a correr. Mi corazón se aceleró.

—Déjalo Hannah. Hoy no —dijo Alex detrás de mí.

Lo ignoré.

Si no era hoy, ¿entonces cuándo? ¿Cuando él quisiera? ¿Y nuestras dudas? ¿Y su asesino?

¡Que se aguante si hoy no era el día adecuado!

Empecé a correr tras él. Seth tenía unas piernas largas y daba unas zancadas enormes. A cada paso, la distancia que me sacaba aumentaba. Debería considerar la idea de hacer ejercicio, me cansaba muy pronto. Seth me dejó atrás y se perdió entre la multitud de alumnos.

Entonces, corrí más. Seth se giró un momento y, al verme, se horrorizó. Su rostro palideció.

¿Por qué huía? ¿Por qué estaba aterrorizado?

Estaba cerca de él, a unos cuatro metros, cuando alguien se interpuso en mi camino y me hizo retroceder un par de pasos.

El golpe me dejó tan aturdida que cerré los ojos involuntariamente. Y, cuando los abrí, mi pesadilla estaba justo ahí.

—Kate —murmuré, desorientada.

La cabeza me daba vueltas, el pasillo daba vueltas, todo daba vueltas. Menos Kate. Ella parecía una estatua.

—Hannah, ¿estás bien? —preguntó con cierto sarcasmo.

—No, en realidad no —contesté mientras regresaba a la realidad. Todo se estabilizó en unos segundos.

—¿Qué pasa? He visto que seguías a Seth y...

—... y te has metido en medio —completé de mala gana. El golpe me había enfadado más que la discusión de esa mañana con mi madre. Y ver a Kate me ponía todavía de peor humor.

—Oh, ¿en serio? —Parecía confusa. Las manchas oscuras y la hinchazón de las lágrimas que había derramado en el funeral de Alex seguían visibles. Afortunadamente, sabía maquillarse bien—. Discúlpame, por favor —se excusó, pero su voz era irritante y molesta. Sonaba tan hipócrita... Oír a Kate me ponía mala.

—No te preocupes —respondí casi sonriendo.

Miré por encima de su hombro y Seth ya no estaba. Kate se percató de mi gesto y se giró para ver qué estaba mirando. Al comprobar que no había nadie, volvió su mirada hacia mí.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó.

Por primera vez en mi vida, y aunque dolía aceptarlo, necesitaba la ayuda de Kate. De hecho, necesitaba su testimonio.

—Sí. Creo que puedes ayudarme —contesté con una sonrisa dulce y falsa.

—Hannah... para. Kate no servirá —dijo Alex. Su voz era clara y fuerte. Y me dio miedo. Me asustaba que nadie más lo pudiera ver o escuchar. Como si no estuviera ahí, continué mi conversación con Kate, ignorándolo por completo.

—¿En qué te puedo ayudar? —preguntó Kate.

—Se trata de Alex.

En cuanto pronuncié su nombre, el rostro de Kate se puso blanco y sus dedos se movieron rápidamente, temblorosos.

Capítulo 10

Los ojos azules de Kate trataron de evitar los míos. Se movían rápidamente, de un lado a otro, sin parar. A los pocos segundos pareció darse cuenta de su tic. Centró la mirada en las taquillas del instituto, como si fueran lo más interesante que veía. Kate estaba muy rara, y una alarma se encendió en mi cabeza. Tal vez exageraba, pero el instinto me llevaba a pensar así. El comportamiento de Kate era extraño, sobre todo porque se trataba de la chica más segura del instituto.

—No quiero hablar de Alex —respondió al fin.

Ya no sonreía, ni siquiera habló con voz chillona. Su tono era frío y calculador, parecía medir cada palabra que decía a pesar de sus movimientos nerviosos.

—Déjala, Hannah —sentenció Alex.

Sonaba disgustado. Pero no iba a detenerme ahora, debía acabar esta conversación. Los latidos acelerados de mi corazón indicaban que algo andaba mal, y Kate sabía de qué se trataba. Tan solo necesitaba presionarla un poco.

—¿Por qué? ¿Por qué no quieres hablar de Alex?

—Por favor, no puedo —negó, bajando la mirada—. No insistas, Hannah. No quiero hablar de él. No quiero saber nada de Alex. Así que si me disculpas... —Volvió a levantar la mirada y puso la espalda más recta de lo normal, recuperando la compostura. Tragó saliva con dificultad y pasó por mi lado sin tocarme.

Me giré.

—¿Qué ocultas, Kate? —exclamé cuando me daba la espalda. No se inmutó—. ¡Has dicho que me ayudarías! ¿Te está amenazando alguien? —le grité enfadada. A pesar del viento, su cabello rubio permanecía quieto detrás de sus hombros. Cada pelo estaba en su sitio. Todo era demasiado perfecto.

Al escucharme, Kate se dio la vuelta. Sus ojos habían perdido brillo y su sonrisa brillante se había esfumado.

—Te ayudaré con lo que necesites, siempre que no tenga nada que ver con Alex —afirmó.

Me sorprendió su tono sincero, no era su clásica voz. Era como si tuviera delante a otra Kate.

—Pero tú... —empecé a decir.

—¡Ya basta! —me gritó Alex al oído.

Su enfado me pilló por sorpresa y di un bote. Miré a Alex con furia.

Después hablaría con él, pero ahora necesitaba interrogar a Kate. Y aunque le doliera, ya no era su novia.

Di dos pasos hacia Kate, dejando una distancia prudente entre nosotras. Quería insistir, aunque Alex se molestara, necesitaba sonsacarle algo, lo que fuera.

—¿Y hablarías sobre Seth? —insistí, desesperada.

—¿Qué pasa con él?

—Dímelo tú —respondí, mirándola a los ojos. Ella me devolvió la mirada, y esperamos a ver quién cedía primero. Por supuesto, Alex seguía detrás de mí, murmurando infinidad de cosas que no lograba entender. Estaba concentrada en Kate.

Miré sus ojos con atención y observé que su labio superior empezaba a temblar. A cada segundo que pasaba, parecía ponerse más tensa y nerviosa. Escondía algo, sus ojos lo gritaban, pero su boca no decía nada. En cualquier momento explotaría. Aquellos ojos azules se volvieron un mar profundo. Era imposible descifrar lo que ocultaba.

Finalmente, Kate se rindió. Se dio la vuelta de manera tan brusca que casi chocó contra una taquilla. Se alejó de allí. Caminaba deprisa y con torpeza, como si estuviera aprendiendo a dar sus primeros pasos.

—¿Por qué eres tan terca? —me soltó Alex, detrás de mí.

Lo miré. Tenía la mandíbula apretada, las facciones de su rostro estaban tensas y una vena de su frente se había hinchado. Parecía muy enfadado. Incluso tenía el ceño fruncido.

Pero su aspecto no me afectó en absoluto.

—Porque es la única pista que tenemos —respondí. La respuesta era obvia.

—Has sido muy dura —lamentó, enfadado.

—Solo trato de encontrar alguna pista que nos ayude. No quiero hacerle daño a Kate, Alex.

Y era cierto, no pretendía molestar a Kate. El hecho de que no me cayera especialmente bien no me daba derecho a hacerle daño o a incomodarla. Yo no era así. Solo pretendía apremiarla para que me dijera lo que, aparentemente, escondía.

—La próxima vez intenta ser menos dura. Las cosas están peor de lo que pensaba —me aconsejó Alex.

—Está bien, lo intentaré.

Alex asintió.

Me dirigí a clase. Seguro que llegaba tarde. Los pasillos estaban cada vez más vacíos y los gritos de antes habían dado paso a tímidos susurros. Saludé a algunos compañeros de clase y fui hasta el aula que me correspondía.

Conocía el instituto como la palma de mi mano, así que sabía que necesitaba menos de dos minutos para llegar al aula. Visualicé al profesor con su vaso de café. Y ahí estaba: el aroma a cafeína llegó a mí antes incluso de cruzar la puerta. Cuanto más me acercaba, más intenso era el olor. Hoy había optado por un café amargo y fuerte.

Cuando me giré para despedirme de Alex, ya no estaba.

Poco a poco me acostumbraría a que apareciera y desapareciera sin avisar.

Como había calculado, llegué a clase en menos de dos minutos. Y, afortunadamente, no llegué tarde. Algunos alumnos se estaban sentando en sus mesas mientras se saludaban. Había sonrisas blancas por doquier. Escuché risas y algunos teléfonos móviles. El profesor no estaba, pero su termo de café sí descansaba sobre el escritorio, expulsando vapor. Me encantaba el olor a café, pero este era demasiado fuerte. Estaba convencida de que solo le ponía una cucharada de azúcar, no más.

—Hola. —Alguien puso una mano en mi hombro y presionó ligeramente—. ¿Cómo estás?

Dejé caer la mochila en la silla y sonreí de inmediato.

—Hola, Cara —saludé—. Muy bien, ¿y tú?

—Estupendamente genial. Estoy muy ansiosa por lo del próximo viernes. Se acerca el gran día.

El equipo de fútbol americano del instituto tenía un partido y las animadoras jugaban un papel importante. Cara y las chicas habían preparado una coreografía nueva y, para ser sincera, era increíble. Hacían una serie de acrobacias en el aire, flexionaban las piernas y alzaban las manos cerradas en un puño, para después caer en los brazos de los chicos y seguir con la coreografía. Cara era la animadora con mejor ritmo, nadie podía negarlo. Se decía que el equipo del instituto tenía muchas posibilidades de ganar el partido. Yo estaba de acuerdo. Este año tenían al mejor grupo de animadoras y a la mejor capitana. A Cara le fascinaba estar en un campo, y más si podía hacer acrobacias. Le encantaba. Todos esperábamos que el viernes no lloviera, porque cuando las gotas caían, lo hacían con fuerza.

—Todo irá bien, lo harás genial.

—¿Vendrás?

Asentí. Ella sonrió, satisfecha por mi respuesta.

Cuando me senté, se oyeron unos pasos apresurados.

—Lo siento —dijo el profesor. Por su respiración agitada diría que había llegado corriendo—. He tenido que volver al aparcamiento porque me había olvidado unas carpetas. Pero ya podemos empezar. Por favor, tomad asiento y silenciad vuestros teléfonos móviles.

—¿Nos vemos a la salida? —dijo Cara antes de que la clase empezara.

Me lo pensé durante unos segundos. Todavía no sabía si Alex estaría por aquí.

—No estoy segura —mentí—. Mi madre quiere que la ayude con algo.

Hizo una mueca de desagrado.

—Vale, no te preocupes.

—Cara... —Intenté decir algo para arreglarlo, pero ella ya se había dirigido a su pupitre.

Miré a la pizarra. El profesor estaba escribiendo algunos apuntes de la lección. Sus trazos eran gruesos y hacía ruido con la tiza. Lo único en lo que podía pensar era en Kate y Seth. Había algo sospechoso y misterioso en ellos y en su forma de reaccionar esa mañana. ¿Y si todo había sido un plan orquestado por ellos? ¿Y si intentaban ser la coartada del otro?

Por más vueltas que le diera, me costaba pensar que Kate estuviera detrás de la muerte de Alex. Es decir, ella no sería capaz de asesinar a una persona, ¿o sí?

Y Seth... a él ni siquiera lo conocía. Pero investigaría todo lo que estuviera en mi mano. En el funeral dijeron que había sido él. Tal vez fue el último en ver a Alex con vida.

Mis pensamientos se interrumpieron cuando alguien me llamó por mi nombre y me golpeó con suavidad el hombro derecho.

—Hannah.

Me giré sigilosamente, con la esperanza de que el profesor no me pillara. Sarah, una chica pelirroja y con el rostro lleno de pecas, me pasó una bolita de papel. Estaba arrugada. La tomé sin preguntar nada y le di las gracias en un susurro antes de volver a girarme. El profesor seguía escribiendo en la pizarra y todos mis compañeros cogían apuntes.

Bajé las manos para ponerlas sobre mi falda y abrí la bolita poco a poco para no hacer ruido. El papel crujió en mis dedos. La hoja contenía un mensaje espeluznante y amenazador.

de los demás o sufrirás las consecuencias».

Abrí los ojos como platos, tratando de asimilar el mensaje.

«Deja de meterte en los asuntos de los demás o sufrirás las consecuencias». Lo repetí mentalmente. ¿Quién demonios...?

Las letras negras estaban marcadas con fuerza en trazos de pluma descuidados. Noté un hormigueo en las piernas y mi cuerpo tembló ligeramente. Me quedé inmóvil unos segundos y esperé a que mi cuerpo fuera capaz de reaccionar. Aquel pedazo de papel vibraba entre mis dedos. Formé de nuevo la bolita.

Pestañee varias veces. ¿Y si el mensaje era para otra persona? ¿Y si había sido un error? Observé a mi alrededor, con la esperanza de pillar a alguien mirándome, pero nadie me prestaba atención, todo el mundo escribía en sus libretas.

—¿Tiene algún problema, señorita Reeve? —me preguntó el profesor con los ojos entrecerrados.

Ahora sí. Todas las miradas estaban centradas en mí.

—No —respondí, negando con la cabeza.

Rápidamente volví a centrarme en mi cuaderno. Fingí estar escribiendo algo para evitar más preguntas. Arranqué un trozo de papel y escribí en él.

«¿Quién te ha dado la nota?».

Lancé discretamente a Sarah el papel. Lo abrió y luego escribió algo en él. Oí el trazo de cuatro letras. ¿Sería Kate, después del encontronazo de esa mañana? ¿O tal vez Seth? Me incliné sobre mi pupitre y fingí tomar apuntes.

Esperé...

Esperé...

Y esperé...

Tenía los nervios a flor de piel. La pluma que sostenía entre los dedos resbalaba por el sudor.

Unos minutos después, una bolita de papel aterrizó sobre mi libreta. Me apresuré a abrirla.

«Cara».

No podía ser. El aire se acumuló en mi pecho, sentía que iba a explotar en cualquier momento.

Escribí de nuevo: «¿Cara Carter?», y le lancé el papel a Sarah.

Esta vez me lo devolvió enseguida. Estaba segura de que los latidos de mi corazón se oían por todo el instituto.

Abrí el papel sin vacilar.

«Sí».

Oh, Dios mío.

Miré a Cara de reojo. Parecía abstraída, concentrada en su cuaderno. Rápidamente se percató de que alguien la estaba observando, se giró y me vio. Sonreí duramente.

No. Cara no.

Me hizo señas para preguntarme si había algún problema. Tenía las cejas arqueadas. Vi que tenía un lápiz en la mano y suspiré aliviada. Rápidamente negué con la cabeza y, para evitar malentendidos, sonreí, como siempre.

Cara pareció entender que no pasaba nada, así que se dio la vuelta para acomodarse en su silla. Entonces vi a cámara lenta que una pluma de tinta negra caía al suelo desde su mesa. El sonido resonó en toda la clase. Colisionó contra el suelo, rebotó, se quedó suspendida en el aire unas décimas de segundo y, finalmente, volvió a caer. Cara hizo una mueca de disgusto y se agachó para recogerla. Sus labios se

movieron para maldecir en un susurro. No me miró en ningún momento. Volvió a sentarse y siguió escribiendo.

Me concentré en mis apuntes y me perdí en la hoja en blanco de mi libreta. Ni siquiera sabía qué hacer.

—Señorita Reeve. —Alguien dijo mi nombre a lo lejos—. Me parece que hoy está demasiado distraída. Supongo que ya ha terminado su ensayo, ¿verdad? ¿Por qué no nos lo lee?

—No, en realidad yo... —Pensé en una excusa que sonara creíble—. Hoy no estoy nada inspirada, profesor.

Hubo risas.

—No necesita inspiración, con el temario que hemos visto en clase es suficiente —respondió con su voz grave e irritada.

—Sí, profesor —susurré—. Voy a concentrarme.

Entonces comencé a garabatear sobre la libreta. No escribí nada relacionado con el ensayo, al contrario; automáticamente escribí el nombre de Alex en la parte superior de la hoja, y a su alrededor puse los nombres de todos los sospechosos.

Cogí un bolígrafo rojo y primero puse a Kate, resaltando cada una de las letras de su nombre. Después añadí a Seth. Por ahora, ellos dos eran los principales sospechosos. La tinta roja me hizo pensar en la sangre. El resto de los nombres los escribí al azar y por inercia.

Karen, que era la mano derecha de Kate, podría haber sido su cómplice. Cara, con su bolita de papel, también fue directa a la lista. Y ahora que tenía una pista, llegué a pensar que Cara podría haber mentido acerca de Kate y Seth, pero, si lo hubiera hecho, Kate y Seth no estarían tan compinchados y no actuarían de una forma tan extraña. Así que le resté importancia a la idea sobre Cara, aunque, de todos modos, la incluí en la lista.

Últimamente, la palabra que acaparaba mis pensamientos era «sospechoso».

Después añadí a la pelirroja con pecas: Sarah. Ella me había entregado la bolita de papel, así que también se merecía acabar en el papel. ¿Y si mintió al decir que se la había entregado Cara? ¿Y si la escribió ella? Pero ¿qué tenía que ver Sarah con todo esto?

Le di vueltas durante un buen rato.

Tenía la mente en blanco. Me esforcé y repasé los acontecimientos otra vez por si se me había pasado por alto algún detalle. Pero nada. No había nada. El único elemento en común era que íbamos a la misma clase, pero Sarah no cuadraba en esta historia. No tenía nada que ver. Además, estaba convencida de que ni siquiera había hablado con Alex. No iban al mismo curso y no tenían ninguna clase en común.

Me hundí en la silla. Afortunadamente, el chico que se sentaba delante de mí era bastante más alto y corpulento que yo, así que su espalda me ocultaba del campo de visión del profesor.

Me pasé las manos por la cara, frustrada.

Lo único raro que recordaba de Sarah era haberla visto en el baño tomando un montón de pastillas de distintos colores y tamaños. Según me había dicho, estaba enferma y debía tomar muchos medicamentos. Yo no dije nada más y me fui. Era muy difícil conseguir tal cantidad de pastillas sin una receta médica, así que supuse que ella la tenía. No me pareció raro. Yo también tomaba varias pastillas cuando enfermaba. Recuerdo que dijo: «Mi padre me hace tomar esta porquería cada diez horas». Yo asentí y coincidí con ella: «Mi madre también me obliga, es horrible». Y después me fui. Fue una conversación corta.

¡Oh! ¡Ya está! ¡Ya sabía qué era! ¡Diablos! ¿Cómo no lo había pensado antes? ¡Era tan obvio!

Maldición.

Maldición.

Maldición.

¡El padre de Sarah era policía!

—Sarah... —la llamé en susurros. La cara me ardía, el calor me recorría todo el cuerpo.

Y, de pronto, escuché a mi otra pesadilla.

—Hannah, por favor, ¿podrías venir a la pizarra con tu ensayo? —El profesor me reclamaba.

Entrecerré los ojos e hice una mueca de disgusto. Como me había girado, tuve que darme la vuelta para mirarlo. Su expresión era dura.

—No he terminado —respondí.

Todos los alumnos habían dejado de escribir y nos miraban a mí y al profesor. Tenían ganas de ver una discusión.

—¿Puedes traer tu cuaderno? Me gustaría leer lo que llevas escrito. —Estaba muy serio.

—Yo... en realidad... —No tuve tiempo de terminar la frase. Se levantó de la silla y caminó directamente hacia mí. Sus ojos no se despegaron de los míos. Giré la hoja de la libreta antes de que llegara hasta mí.

Se puso a mi lado. En un movimiento rápido, tomó mi libreta y la hojeó. Vio que apenas había escrito mi nombre y la fecha. Las mejillas me ardían.

—Por favor, Hannah, coge una hoja de amonestación y haz que la firme Nora.

—¿Amonestación? ¡Pero si no he hecho nada malo! ¡No puede mandarme a la sala de castigo! —grité. Todos me miraban con curiosidad.

—Sí, sí que puedo. Coge la hoja de amonestación.

Suspiré, frustrada, y guardé mis cosas en la mochila. Miré rápidamente a Cara, que me observaba sin entender qué sucedía. Le hice señas para indicarle que luego se lo explicaría todo y asintió. Después me disculpé con Sarah, y ella sonrió.

Por un lado me alegraba de poder irme de aquella estúpida clase. Ni siquiera tenía ánimos para seguir disimulando. Cuando terminé de meter mis cosas en la mochila, me levanté de un salto y casi golpeé el hombro del profesor. Me dirigí a su escritorio y recogí la hoja de amonestación. Ya tenía mi nombre escrito, así que ya tenía pensado expulsarme de la clase. Salí por la puerta lo más rápido que pude.

Estaba muy cabreada... Estaba siendo uno de los peores días de mi vida. O, más bien, el peor.

Caminé por los pasillos vacíos. Mentalmente, soltaba una palabrota tras otra. Golpeé varias taquillas. Me entraron ganas de arrugar la hoja y tirarla a la basura, pero, para mi desgracia, tenía que quedarme en un aula con otros alumnos castigados, y Nora tenía que firmar el documento.

Genial.

Estaba muy enfadada. Me hervía la sangre. Quería golpear a alguien o a algo, había acumulado mucha furia y estrés, y es que estaban pasando tantas cosas... Y tenía tanto en lo que pensar... No quería imaginar cómo estarían los detectives, la policía o el FBI. Debía de ser peor que una clase de matemáticas de varias horas seguidas.

Me dije que nunca estudiaría algo relacionado con los crímenes. Absolutamente no.

Cuando giré a la derecha para dirigirme al aula de castigo, todo se volvió borroso. Me apoyé en la pared y tomé una bocanada de aire. De repente, todo mi cuerpo perdió fuerza. No podía moverme. Una bruma de humo me envolvió, y entonces me caí al suelo. Oí la hoja de amonestación caer cerca de mí,

pero no veía nada. Luego, unos pasos se acercaron. Quise gritar, pero no pude. Perdí por completo la visión y todo a mi alrededor desapareció en la oscuridad. Alguien trataba de levantarme. Sentía el calor de su cuerpo y su aroma a hombre.

Luego, nada más.

Capítulo 11

Abrí los ojos y vi una luz blanca cegadora. Era demasiado brillante y apuntaba directamente a mis pupilas. Cerré los ojos y los apreté con fuerza. Los volví a abrir, esta vez parpadeando, para tratar de acostumbrarme a la luz. Estaba en una cama con sábanas blancas. De hecho, todo parecía blanco: las paredes, los muebles, los frascos de medicamentos, la puerta... ¿Frascos de medicamentos? ¿Dónde estaba?

—¡Hannah! ¡Por fin despiertas! —exclamó una voz femenina. La cabeza me daba vueltas.

—¿Dónde estoy? —pregunté desorientada mientras miraba a mi alrededor tratando de recordar lo que había pasado. Poco a poco me incorporé a la realidad y me senté en la camilla.

—En la enfermería del instituto —respondió la misma voz. Eché otro vistazo a la habitación mientras trataba de acomodarme, y luego lo recordé todo.

El ensayo del profesor. La amonestación. Alguien intentando levantarme del suelo...

—¿Me he desmayado? ¿Qué ha pasado?

—Sí, un estudiante que pasaba por allí te ha encontrado inconsciente y te ha traído aquí —respondió.

Miré a la persona que hablaba. Me sorprendí al ver a una mujer joven de ojos color café y con ojeras, aunque el maquillaje las ocultaba un poco. Tenía los labios rojos como las cerezas, y su piel era tan blanca que apenas se distinguía de su uniforme de enfermera.

—¿Un estudiante? —pregunté.

Todo parecía estar en su lugar: mi ropa, la mochila, la hoja de amonestación... absolutamente todo. La mujer se acercó y me abrió un ojo, estirando el párpado superior mientras proyectaba una luz brillante para examinarlo.

—Sí. —Tenía ganas de pestañear—. ¿Cómo lo ves?

—Muy brillante —respondí.

Luego repitió el procedimiento con el otro ojo.

—¿Y con este? —preguntó.

—Igual. Muy brillante.

Apagó la linterna y se dio la vuelta. Caminó hacia los cajones de su escritorio. Aproveché que no podía verme para plancharme la ropa con las manos y retocarme el cabello. Me senté en la camilla, con los pies colgando en un lateral.

—¿Quién me ha traído? —pregunté con curiosidad. Todavía recordaba aquellas manos sobre mí.

La enfermera guardó la linterna que acababa de utilizar para examinarme en el cajón. El ruido chirriante me puso nerviosa. Cerró el cajón y se dirigió hacia las medicinas. Comprobó algunas de ellas. Todavía me daba la espalda.

—No creo que lo conozcas, es un alumno de último curso. —Sus manos buscaban un frasco en concreto—. Tu madre me ha comentado que estás tomando medicamentos por un accidente que tuviste, ¿es cierto?

—Sí —confirmé—. ¿Sucede algo?

—Puede que el medicamento sea muy fuerte y que eso haya provocado el desmayo.

Asentí. El medicamento ahora no era relevante.

—¿Quién me ha encontrado? —insistí.

—Un chico.

—¿Y sabe su nombre? —pregunté con interés.

Seguía de espaldas, estaba leyendo los componentes de un frasco blanco con etiqueta azul.

—Hum... —dijo, pensativa—. No lo recuerdo, era un nombre raro...

—¿Raro? —No entendía nada. Ella se limitó a asentir desinteresadamente. Tomó otro frasco con la otra mano y los comparó leyendo ambas etiquetas.

—¿Eres alérgica a algún medicamento? —Se dio la vuelta para mirarme. Tenía el ceño fruncido.

Negué con la cabeza.

—¿Y no recuerda nada del nombre? ¿Su inicial, tal vez? —insistí, de nuevo.

Se dio la vuelta para dejar uno de los frascos y luego volvió a mirarme. Parecía cansada e irritada, y en realidad no sabía por qué, si casi nadie entraba en la enfermería... se pasaba la mayor parte del día sola y sin enfermos a los que atender. Los únicos que venían con más frecuencia eran los deportistas o las animadoras. Cara se rompió la mano una vez, y tuvo que llevar un yeso enorme durante varias semanas. Casi todos lo firmamos.

—Era algo como Cat... ¿o era Tate? —se interrogó ella misma. ¿Cat? ¿Tate?, no recordaba a ninguna persona con ese nombre. Tal vez tenía razón y no lo conocía—. No, espera, era algo así como Zat... Seth... ¡Oh sí! Eso, ¡Seth!

—¡¿Seth?! —grité. Me quedé de piedra. Eso no podía ser.

—Sí, ha dicho que te había encontrado tirada en el pasillo y te ha traído hasta aquí en brazos. Deberías agradecerérselo... —Me tendió una de las pastillas del frasco con etiqueta roja—. Hum... tómate esto y después come algo —dijo, cambiando radicalmente de tema mientras me daba una cápsula blanca y roja. Tomé la pastilla y me la tragué sin beber agua.

—Gracias —dije, y me apresuré a recoger mis cosas. Pero su voz me detuvo de inmediato.

—¿Qué haces?

—Tengo clases —me excusé.

Ella negó mientras sonreía.

—No te preocupes por eso. Tu madre, es decir, la directora, me ha dicho que no te dejara ir... Así que, siguiendo sus indicaciones, debes quedarte aquí —me comunicó.

Se sentó en su escritorio y comenzó a teclear lo que había en la etiqueta del frasco. Escribía con velocidad. Dejé caer mi mochila en la camilla y traté de inventarme alguna historia para poder marcharme. Afortunadamente, se me ocurrió una excusa con rapidez.

—¿Y podría al menos ir al baño? —Fingí desesperación moviendo uno de mis pies, como si mi vejiga fuera a explotar.

—Sí, pero deja tu mochila aquí. Y no tardes —me advirtió.

Yo asentí y sonreí.

Salté de la camilla casi de un brinco. Mientras caminaba hacia la salida, una silueta que estaba inmóvil en el pasillo llamó mi atención. Estaba apoyada en la puerta, y claramente se trataba de un hombre fornido y alto. Cuanto más me acercaba, más clara se volvía su forma. Mis pasos eran cortos y sigilosos. Él no se movía. La enfermera no se había percatado de nada, su mirada seguía concentrada en la pantalla del ordenador, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor. El suelo rechinó con mis pasos y la silueta se giró rápidamente en mi dirección. En cuanto comprendió que me acercaba, giró sobre sus talones y después, como un rayo, se fue.

Abrí la puerta de golpe. Salí corriendo para seguir a la silueta. Quienquiera que fuera parecía más rápido que yo, pero cuando giró por el pasillo, logré reconocerlo.

—¡Seth! —grité mientras corría detrás de él. Seth parecía acelerar el paso. El pelo me rebotaba contra la cara, impidiéndome ver con normalidad, y lo aparté rápidamente. Era imposible de alcanzar, era más rápido que yo.

—¡Seth! ¡Espera! ¡Por favor! —Tuvo que detenerse porque llegó al final del pasillo y una pared le obstruía el paso. No tenía escapatoria, esta vez no podría evitarme.

Seth se vio acorralado. Casi sonreí. Me acerqué más, con la respiración alterada mientras me detenía y trataba de recuperarme de la carrera. Mi pulso estaba acelerado.

Cuando estuvimos cara a cara, su boca se abrió.

—Hannah —dijo finalmente. Su voz grave resonó en mis oídos.

Fruncí el ceño y sentí un escalofrío en la espalda. Intenté ocultarlo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Palideció.

—Eres... eres la hija de la directora. —Tomaba aire en cada palabra que pronunciaba—. No pasas desapercibida.

Sus ojos se oscurecieron.

Tenía que centrarme en mi objetivo. Seth me intimidaba, me ponía nerviosa con aquella mirada tan potente. Pero no podía rendirme. Debía controlarme y no caer en su juego. Seth era más grande que yo físicamente, pero estaba segura de que tendría un defecto, alguna debilidad, y lo encontraría.

—¿Por qué huyes de mí?

Estaba sudando y una pequeña gota de sudor se deslizó por su rostro.

Rio suavemente.

—No estoy huyendo.

—Sí, estás huyendo —insistí—. Cada vez que quiero hablar contigo, te vas. Simplemente desapareces.

—No, no es verdad —repitió, seguro de sus palabras.

—¿Por qué? —pregunté en un susurro.

—¿Por qué, qué? —Parecía confuso. Tenía el ceño fruncido y un rostro que parecía congelado. Su aspecto me hacía desconfiar de él. Especialmente en un lugar cerrado y sin salida.

—¿Por qué Kate y tú estáis tan unidos últimamente? ¿Qué ocultáis? —solté de repente.

Igual que Kate cuando mencioné el nombre de Alex, Seth también se puso tenso. Sabía perfectamente a lo que me refería. Sus manos temblorosas lo delataban. Había descubierto su punto débil: Kate.

—¿Kate y yo? —respondió con otra pregunta, para restarle importancia a la mía—. No sé de qué

hablas.

—Sabes muy bien de lo que hablo.

Por supuesto que lo sabía, pero era más fácil vivir en su propia mentira.

—Hannah, creo que te estás montando unas películas que no tienen nada que ver con la realidad.

—Y según tú, ¿qué películas me estoy montando? —repliqué.

Apretó la mandíbula y miró por encima de mi hombro para comprobar si había alguien por allí cerca. Cuando se cercioró de que nadie nos podía escuchar, me miró con fiereza. No podía apartar la vista de aquellos ojos.

—Solo tú lo sabes, Hannah, pero ve con mucho cuidado, hay gente que quiere hacerte daño. A algunas personas les gusta herir a los demás porque el dolor ajeno los satisface, independientemente de quién seas. No dejes que ganen la partida. No les des ese placer.

Tragué saliva y me obligué a hablar.

—¿Qué hay sobre Alex? —le interrogué.

Seth hundió las manos en sus bolsillos delanteros. Desvió su mirada para fijarse en otra cosa.

—No quiero hablar de eso.

—¿Por qué? —lo presioné—. ¿Por qué no quieres? ¿Qué sucede?

—Tan solo... no... no puedo. —Se veía vulnerable, dolido, triste y decepcionado consigo mismo.

—¿Y qué hay de Kate? ¿Por qué pasáis tanto tiempo juntos? —me entrometí.

—¿Qué quieres decir? Kate no... —se detuvo. Se enderezó mientras pronunciaba las palabras y se puso en guardia. Sus ojos brillaron y la intensidad del color se hizo más visible—. Nunca presupongas cosas, Hannah. Es lo peor que puedes hacer. Kate y yo no somos nada, y, si no te importa, tengo que irme.

Caminó en mi dirección para marcharse, pero me moví rápidamente y obstaculicé el paso.

—En realidad, sí me importa.

—Basta —pronunció en un susurro.

Estaba demasiado cerca.

—Seth, puedes confiar en mí.

—Simplemente... aléjate —dijo, mirándome a los ojos. Parecía sincero, y tenía las mejillas rojas—. Aléjate antes de que sea demasiado tarde.

—¿Antes de que sea demasiado tarde? —musité, mordiéndome la lengua para no formular más preguntas.

Seth se acercó todavía más. Su boca estaba muy cerca de mi lóbulo. El olor de su cabello era sensacional, estaba limpio y brillante. Juraría que usaba un champú con aroma a uva.

—Hazme caso. —Su voz sonaba amenazadora—. Deja de meter las narices en los asuntos de los demás.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Seth se marchó. Me quedé sola en el pasillo, con las piernas temblando. Cuando fui capaz de reaccionar y pensar con claridad, me encaminé de nuevo a la enfermería. Caminé tan rápido que en menos de un minuto ya había llegado a la habitación blanca. Al abrir la puerta vi a mi madre sentada en una silla de madera. Su rostro mostraba preocupación, tenía los brazos cruzados y se mordía una uña, exactamente igual que yo cuando estaba nerviosa. En cuanto entré, se levantó de un salto y me miró a los ojos con expectación. Esperaba que me regañase por la amonestación, por haber discutido con ella y, además, por no desayunar cuando era una obligación.

—¡Hannah! —Corrió hacia mí. Lo único que fui capaz de ver en sus ojos fue angustia. Cuando llegó hasta mí, oí su respiración agitada. Me tocó la cara ansiosamente, tenía los dedos fríos. Sus caricias eran rápidas y bruscas—. ¿Cómo estás?

—¿Bien? —dije, confundida.

No hubo ninguna reprimenda. Qué raro.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Dónde estabas?

—Me he desmayado mamá, nada grave. Acabo de ir al baño, no tienes que preocuparte —mentí—. La enfermera ha dicho que podría ser consecuencia de los medicamentos que estoy tomando. Pero ya ha pasado —respondí, tratando de sonar convincente.

—Me he preocupado mucho. —Sus manos seguían en mi rostro—. Escucha, estas peleas tienen que acabarse. Y recuerda que tienes que desayunar, sabes que comer es importante —añadió con un hilo de voz. No me gustaba verla tan alicaída.

—Sí, mamá, lo siento. No quería que te preocuparas —me disculpé, no solo por la preocupación que le había causado, sino por la pelea de esa mañana. Me sentía mal por haberle gritado y tratado de esa manera. No podía seguir comportándome así con la gente de mi entorno.

—Podría haberte pasado algo peor.

—Mamá... —respondí. A veces las madres podían ser muy exageradas, aunque, en el fondo, esa exageración nos hacía ver las cosas de otra manera.

—De acuerdo, de acuerdo. —Se alejó un poco de mí para darme espacio. Ahora parecía más tranquila, y eso me calmaba a mí también—. Te doy permiso para que te vayas a casa a descansar.

Casi estaba sonriendo.

—Pero con una condición: nada de ordenador, de televisión o de tecnología. —Se pasó las manos por el cabello. Ahora se parecía más a mi madre: responsable, cariñosa, atareada, desesperada y controladora.

—¿Por qué?! —exclamé.

—Porque necesitas descansar y alimentarte. La tecnología solo conseguirá distraerte, así que no hay más que hablar. Nada de tecnología, ¿de acuerdo? —repitió.

Asentí sin discutir. Me atrajo de nuevo hacia ella y me dio un beso en la frente.

Fui a buscar la mochila y me la colgué en el hombro derecho.

—Nos vemos luego, ¿de acuerdo? —dije mirándola. Ella asintió. Se acomodó la blusa delicadamente y borró cualquier arruga que hubiera en ella.

—Te quiero, Hannah, no lo olvides.

—Yo también te quiero —respondí.

Me despedí y caminé hasta la puerta. Antes de que me diera tiempo a abrirla, alguien lo hizo por mí. Una chica de cabello largo entró. No tardé en reconocerla.

Cara.

¿Qué hacía allí?

Sus ojos azules se encontraron con los míos.

—Dios, estaba preocupada por ti —dijo cuando estuvimos lo suficientemente cerca.

—Solo ha sido un desmayo. Estoy bien.

Sus músculos se distendieron y toda la tensión de su cuerpo se esfumó. Relajó los hombros.

—¿Por qué no estás en clase? ¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Hum, bueno, verás... venía a ver cómo estabas, y entonces la directora... —Miró a mi madre, que

estaba detrás de mí—. Quiere hablar conmigo.

—¿De qué? —le pregunté a Cara.

—No lo sé. —Se encogió de hombros.

—¿De qué quieres hablar con ella? —pregunté, girándome.

—Asuntos escolares —respondió mi madre.

Miré a Cara y ella me miró con confusión. Tampoco parecía saber nada.

La bolita de papel apareció en mi mente.

—De acuerdo, entonces os dejo para que podáis hablar —dije—. Por cierto, Cara, ¿me podrías prestar tu cuaderno?

Mi pregunta fue una sorpresa. Vi que dudaba.

—¿Qué cuaderno?

—El de la clase de literatura. Para copiarme los apuntes.

Sus ojos se movieron por toda la habitación.

—Oh. Hum, claro. —Se quitó la mochila rápidamente y me entregó la libreta con las manos temblorosas.

—¿Estás bien? —me preocupé cuando vi que comenzaba a ponerse amarillenta. Cara asintió y miró para otro lado. Observé a mi madre, que también estaba tensa y rígida.

—Te la devuelvo mañana mismo —dije.

—Hasta mañana, entonces —contestó Cara con la voz entrecortada.

Salí de la enfermería y cerré la puerta detrás de mí.

La adrenalina corrió por todo mi cuerpo; me debatí entre los valores éticos y mi curiosidad. Por supuesto, e inmediatamente, ganó mi curiosidad. Pegué la oreja a la puerta, intentando no hacer ningún ruido. Apenas oía algunos murmullos.

—Espera —dijo una voz adulta. Mi madre. Pegué la oreja todavía más a la puerta. Me concentré en cualquier sonido que procediera del interior—. Hannah, ¿es que no te he enseñado a respetar las conversaciones ajenas? —Me ruboricé por completo. Afortunadamente no había nadie cerca, observándome.

—¡Ya me iba! —grité desde el pasillo.

Caminé unos cuantos pasos y después me quité los zapatos para volver a la enfermería. Sabía que podrían ver mi sombra por debajo de la puerta, así que me mantuve lo más cerca posible sin situarme delante de la puerta. Me quedé en silencio durante varios segundos; recé para que nadie me descubriera. Dentro de la habitación, la conversación era más clara.

—Nos va a descubrir —dijo una de las dos. Hablaba casi a gritos. Cara.

—No lo creo —respondió mi madre.

—¡Se va a dar cuenta! ¡Se ha llevado mi cuaderno! —gritó Cara desesperada.

—No te preocupes, de eso me encargo yo.

—¿Alguien más sabe algo de esto?

Mi mente estaba concentrada.

—No. —Escuché un murmullo que me costó descifrar.

—Entonces, no hay nada de lo que preocuparse.

Una espada se clavó en mi corazón. ¿Lo había oído bien? ¿Todo eso había sido real? La sangre me hirvió, me salía humo de las orejas. Me di la vuelta y corrí hasta mi único refugio: mi habitación. Salí de

la escuela con un sinfín de emociones encontradas. Era como si me hubieran golpeado varias docenas de hombres al mismo tiempo y como si me dispararan por lo menos diez veces. Era un dolor muy intenso.

Las lágrimas no tardaron en aparecer. Lentamente, mis mejillas se fueron humedeciendo.

Me habían traicionado las dos personas que más quería y en quienes más confiaba.

Y no solo traicionado, sino mentido. Y se habían aliado.

Antes de salir a la calle, me volví a poner los zapatos. No me había dado cuenta de que estaba bañada en mis propias lágrimas. Eran tan cálidas... Caían una tras otra, sin detenerse.

Me puse en pie y seguí mi camino. Mientras corría por el aparcamiento sentí la presencia de alguien detrás de mí.

—¡Eh! —me llamó. Lo ignoré olímpicamente siguiendo mi rumbo. Su voz sonaba a lo lejos—. Oye, ¿qué pasa? —me volvió a preguntar. Aceleró el paso y se puso a mi lado en menos de cinco segundos—. ¿Quieres, por favor, detenerte un momento? —me pidió con amabilidad.

—Déjame en paz, Alex.

—¿Estás llorando? —preguntó. Me miraba con inquietud.

—No —susurré.

—Sí, estás llorando. —Sus manos fueron hasta mis brazos y me detuvo al instante. Se pasó la lengua por los labios y frunció las cejas—. Hannah, dime qué pasa. ¿Por qué te has puesto así?

—¡Ha sido mi madre! —exploté, haciendo muestra de la ira y el dolor que sentía. Su expresión cambió por completo.

—¿Qué?

Estaba tan molesta y enfurecida que lo repetí con rabia.

—¡Mi madre y Cara!

—¿Pero qué han hecho?

Mi cabeza trabajaba a la velocidad de la luz. Todo iba tan rápido, que no podía pensar con claridad. Si mi madre me había mentado en algo que parecía tan grave... No me esperaba que la mujer que me había dado a luz me decepcionara de esa manera.

Alex se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos durante un momento.

—Hannah, ¿qué ha pasado? —preguntó con voz ahogada. Su cabello se había despeinado y apuntaba a todas las direcciones posibles.

Exhalé con pesadez y me tragué el nudo que se había formado en mi garganta. Me salió una voz aguda y chillona.

—Mi madre... —Me costaba pronunciar las palabras, porque entonces se convertirían en una realidad definitiva. Me sentía decepcionada por las dos, por mi madre y por Cara. Me crucé de brazos y carraspeé para evitar cualquier chillido vergonzoso—. Mi madre estaba con Cara. Le he pedido el cuaderno a ella para copiar los apuntes de clase de literatura y se ha comportado de una forma muy rara, no quería prestármelo. Era como si quisiera ocultar algo.

—¿Como qué? —quiso saber.

Me limpié las lágrimas de la mejilla con un movimiento brusco y me quité la mochila. La abrí y saqué la bolita de papel que había recibido en la clase de literatura. Su mirada se desplazó hasta el papel arrugado.

—¿Qué es esto?

—La he recibido esta mañana, en clase. —Se la entregué para que la leyera. Sus manos temblorosas la tomaron con recelo y procedió a desenvolverla. Leyó el mensaje en voz baja. Lo miré mientras leía.

Su voz era un susurro lejano para mis oídos.

—¿Y esto qué tiene que ver con Cara? ¿Lo ha escrito ella?

—Eso es lo que quiero averiguar.

Pareció entenderlo todo.

—Entonces, ¿por eso le has pedido el cuaderno? ¿Para comprobar si es su letra y si han usado este papel?

Asentí.

—De acuerdo, será mejor que vayamos a una sala vacía —dijo con decisión.

Caminó en busca de un lugar adecuado y yo lo seguí. Mis ojos todavía derramaron un par de lágrimas más, pero me las limpié de inmediato. Entramos al instituto y oí el eco de mis zapatos por el pasillo vacío. No había ni rastro, por supuesto, de que Alex estuviera allí.

Entramos en un aula. Alex cerró la puerta.

—Salgamos de dudas. ¿Me dejas el cuaderno?

Asentí mientras caminaba con pesadez hasta el escritorio. Dejé caer la mochila encima de la mesa y saqué el cuaderno rosa de Cara.

Se lo entregué. Estaba ansiosa y atemorizada a la vez. Esperaba que no fuera la misma caligrafía.

Alex tomó la libreta y se sentó en la silla del pupitre. Hojeó un par de páginas y luego las comparó con el mensaje que le había dado. Observó con detenimiento cada palabra y cada letra, comprobando cualquier posible coincidencia entre ambas caligrafías.

Al cabo de un buen rato, por fin habló.

—La «a» parece coincidir, pero las demás no. Son dos caligrafías distintas, muy distintas, diría yo.

—¿Y si la falsificó? Es decir, cualquiera podría escribir con una letra un poco diferente a la propia.

—Tal vez —concordó, chasqueando la lengua.

Me acerqué a él por detrás y vi ambas caligrafías.

Eran totalmente diferentes: la nota amenazadora estaba escrita con letras sumamente redondas y amontonadas, y en el cuaderno de Cara todo estaba ordenado, con una acentuación perfecta y con letra cursiva, así que, a simple vista, no tenían casi nada en común.

Alex echó un vistazo al resto de hojas hasta llegar al final del cuaderno. Tal vez podría encontrar alguna página rota, restos de alguna hoja arrancada, o cualquier pista importante.

No me di cuenta de que Alex había dejado de mirar la libreta.

Ahora me estaba mirando a mí.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunté.

Sentía mis ojos hinchados y adormecidos. Me alejé un poco de él. Mi hombro se estaba frotando involuntariamente con el suyo.

—No lo sé, ¿no te parece extraño?

—Todo me parece extraño desde que apareciste en mi vida —respondí con sinceridad.

Sus ojos brillaron como si fueran estrellas lejanas.

—Es decir... ¿por qué Cara? —dijo.

—Eso me gustaría saber a mí. Si ella envió la nota, ¿por qué te habría hecho algo? —sugerí, en busca de una respuesta coherente. Era aquí cuando CSI, las películas de acción y las de misterio deberían acudir a mi cerebro para ayudar. ¡Series, por favor! ¡Servid de algo!

Alex resopló.

—Hannah, tal vez deberíamos dejar esto. Te está afectando demasiado.

—Yo... —No podía objetar nada. Alex tenía razón, todo esto me estaba afectando. Tenía una perspectiva distinta de las cosas, sospechaba de las personas que amaba... No debería haberme involucrado nunca.

No podía seguir metida en algo fuera de mi control y que me acabaría haciendo daño tarde o temprano, lo sabía. Alex observó mi expresión y supe que llevaba razón. Se levantó de la silla y yo retrocedí un par de pasos para darle espacio. Sus dedos sujetaban la nota con fuerza.

—Te han amenazado —susurró.

—Eso parece, en realidad yo... Esto es demasiado. Parece que si hago cualquier movimiento, todo se descontrola. En los últimos días me he sentido vigilada y, por algún motivo, siento que todo lo que ocurre a los demás es culpa mía, por mi empeño y mi insistencia —dije, confesando lo que pensaba.

—Eh, Hannah, todo esto es culpa mía, no tuya. —Dio un paso al frente—. ¡No debes culparte! —Luego dio otro paso. Mi cuerpo se puso en alerta ante su cercanía. Oía su respiración, olía su perfume varonil, y veía lo perfecto que era desde tan cerca. Dio otro paso más, y ya no nos separaba el espacio. Sin preverlo y por sorpresa, me acarició la mejilla. Me ruboricé de inmediato. Él no parecía notarlo y limpió una de las lágrimas que surcaban mi rostro.

¿Cuándo había vuelto a llorar? No era consciente de ello.

—Alex.

—Será mejor que dejemos esto.

Negué con la cabeza.

—¿Es que no quieres que todo esto se aclare? ¿No quieres saber quién es tu asesino? —le reproché.

—Sí, pero no quiero que sufras por mi culpa.

La hoja liviana y débil cayó al suelo. Y mientras tanto, sentí en mi otra mejilla sus dedos fríos. Tenía las dos manos en mi rostro, acariciándome suavemente.

No lo alejé. Me gustaba su tacto en mi piel.

Un cosquilleo invadió todo mi estómago.

—No quiero rendirme porque no quiero alejarme de aquí. Eres lo único que me mantiene en este mundo —confesó.

Me quedé sin aire unos instantes. Nos estábamos mirando directamente a los ojos, sin pestañear siquiera. Estaba hipnotizada con su mirada, tan cansada y aturdida, pero tan hermosa...

—Alex...

—Si quieres que todo esto termine ahora mismo, lo entenderé —respondió.

—No quiero que termine. Es decir, no quiero que te vayas, todavía no.

—Hannah, yo... —comenzó a decir cuando una voz femenina lo interrumpió. Instintivamente me alejé de él, pero ya no estaba. No había nadie más en el aula, aparte de mí.

—Hola, Hannah. —Reconocí la voz. Era Kate.

—Hola —respondí fríamente.

Estaba a unos cuatro metros de distancia. Antes de que pudiera sospechar algo, recogí con disimulo el papel con el mensaje y me lo guardé en el puño.

—¿Qué haces aquí?

—He estado en la enfermería —contesté.

—¿Estás bien? —Se acercó a mí, preocupada.

—Sí. —Me colgué la mochila en los hombros.

—¿Qué hacías aquí... sola? —La señorita policía había llegado. Era ridículo que me pidiera explicaciones cuando ella no me había contestado antes.

—Mi madre me ha dicho que me espere aquí. Va a llevarme a casa —dije sin ofrecer detalles.

—Oh —respondió.

Hubo un silencio y decidí aprovecharlo.

—¿Kate? —la llamé.

—¿Sí?

—¿Qué clase de relación tienes con Seth?

—¿Con Seth?

—Sí.

Se rascó la nuca y se sentó en una silla. Se puso muy nerviosa ante mi pregunta.

—No tengo ninguna relación con Seth —respondió. Y, lamentablemente para mí, percibí sinceridad en su voz.

Me senté en otra silla y, con discreción, me guardé la nota de amenaza en un bolsillo del pantalón. Kate no se dio cuenta porque se estaba mirando las uñas con nerviosismo. Las llevaba pintadas de un rojo brillante.

—¿De verdad? —Levanté una ceja—. Yo pensaba que sí.

—¿Qué insinúas? —Se puso a la defensiva, torciendo un poco la boca.

—No insinúo nada. Simplemente pensaba que, como compartís algunas clases, tendríais una amistad sólida o algo así —me apresuré a decir.

Su expresión se suavizó un poco, pero no bajó la guardia.

—Seth y yo ni siquiera hablamos. No tenemos contacto desde que Alex murió —dijo.

Kate miró hacia la mesa en la que estaba sentada, cruzó las piernas y con el dedo comenzó a hacer dibujos imaginarios en ella. Sentí una intensa mirada sobre mí, y miré hacia el fondo de la sala.

No había nada. Pero la intensa e inquietante mirada seguía ahí.

Aquello me ponía nerviosa, me hacía sentir vulnerable.

Volví a girarme y vi el cuerpo de Alex apoyado en el marco de la puerta. Le hice señas con la boca para preguntarle si ella podía verlo. Él sacudió la cabeza.

—Kate, te vi hablando con Seth —dije, mintiéndole.

En realidad quien los había visto era Cara, pero con esa pregunta podría matar dos pájaros de un tiro. Si Cara mintió sobre Kate y Seth, ahora lo sabría, y si Kate realmente estuvo hablando con Seth en el funeral de Alex, también lo sabría.

—¿Qué? —respondió, aturdida—. ¿Cuándo?

—En el funeral de Alex. —Fui directa al grano. Miré hacia la puerta y busqué la aprobación de Alex con la mirada, levantando discretamente una ceja. Él asintió. Estaba de acuerdo conmigo. No tenía nada que objetar. Podía seguir interrogando a Kate.

—Te habrás confundido. No era yo.

—Tal vez.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos Kate —dije—, estabas con Seth.

—No, te equivocas, Hannah.

Kate había dejado de hacer dibujos imaginarios en la mesa.

—No, me temo que no. Os vi —insistí.

—En todo caso, si estuve en su coche o no, ¿qué más da?

Mis ojos buscaron rápidamente a Alex. Se cruzó de brazos y bajó la mirada. Detectó el error de Kate. La observé de nuevo. No parecía tener ni idea de que su ex novio estaba en la misma sala que ella.

—Yo no he dicho que estuvieras en su coche...

Se puso pálida. ¡Te pillé Kate!

Eché un vistazo rápido a Alex con disimulo. Quería ver su expresión y, claramente, lo que vi en sus ojos fue decepción. Estaba despeinado y, honestamente, *muy* guapo.

¿Qué estaba pensando? ¡Alex no era guapo!

Bueno, sí.

¡Era muy guapo!

¡Concéntrate, Hannah!

—¿No lo has dicho? —preguntó.

Las pupilas de sus ojos azules brillaron intensamente.

—No, no lo he mencionado —respondí, obligándola a confesar la verdad.

—¡Estuve hablando con Seth! ¿De acuerdo? ¡Pero no es lo que piensas! —exclamó. Estaba un poco alterada y, aunque no me gustaba estar a solas con Kate, ahora no me importaba tanto porque ella era la débil y mentirosa.

—Pregúntale de qué hablaron —dijo Alex con voz fría y calculadora.

Debería sentirme satisfecha porque Alex finalmente se había dado cuenta de que Kate no era como pensaba. Pero en realidad me sentía triste y apenada por él. En el fondo, yo era quien había metido a Kate en todo esto.

—¿De qué hablasteis Seth y tú? —pregunté. Me sentí como si fuera un detective en un interrogatorio con el sospechoso.

—Eso no te importa.

¡Vaya! ¡Kate se rebelaba!

—¡Tienes razón! ¡No me importa! —grité. Kate me miró sin comprender nada. Me levanté de la silla y me puse delante de ella. Levantó los hombros en un acto reflejo y se puso rígida—. ¡Sé de qué hablasteis! ¡Lo escuché todo!

—No, es imposible. Mientes. Seth y yo no tenemos nada que ver con esto.

—Diría que hay algo que no me quieres contar.

—Hannah, por favor, no.

—¿Por qué?

Tragó saliva. Parecía una niña pequeña a la que estaban regañando.

—Seth no quiere que nadie lo sepa. —Eso me pilló por sorpresa. Un golpe bajo y suave, tal vez. Alex se acercó a mí, estaba interesado en el tema.

—¿Saber qué? —insistí con desesperación.

—Dios, no. —Se frotó el rostro con las manos y se despeinó; adiós a su peinado perfecto—. No puedo contártelo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se ruborizó.

¿Kate iba a llorar? ¡¿En serio?!

—Kate... —dije, pero Alex me interrumpió.

—Pregúntale dónde estaba el día que me mataron —dijo, mirando a Kate.

De repente, el estómago me empezó a doler. Sentí un ardor repentino.

—¿Dónde estuviste el día que mataron a Alex? —pregunté delicadamente, tratando de sonar afable.

—Yo... —tartamudeó—. Estuve en mi casa con Karen haciendo el proyecto de biología. Aquella mañana había visto a Alex...

—Lo recuerdo. Fue en la cafetería del instituto —dijo él.

—Tomamos un té, fue muy rápido. Él parecía feliz. Hablamos un poco del instituto y después me llevó a casa. Seth estaba allí.

—Seth y yo nos fuimos a mi casa —confirmó Alex con voz ronca.

Me alegré de que Alex recordara algo. Era una parte de la historia y, al parecer, era cierta.

—¿Alex y Seth se fueron juntos? —pregunté para confirmar.

—Sí. —Ya no parecía tan tensa ni preocupada, era como si se hubiese quitado un peso de encima. Se levantó de la silla mientras se peinaba el cabello rubio con los dedos—. Tengo que irme. Se suponía que solo iba un momento al baño y ya deben de haber pasado quince minutos o más.

—Kate, antes de que te marches. —Mi voz sonaba amable—. ¿Qué es lo que Seth no quiere que se sepa?

—Hannah, eres demasiado insistente.

—Es importante para mí. —Y para Alex también, pensé—. Por favor.

—Tal vez Seth pueda contártelo —concluyó.

Y se fue, dejándome hecha un lío con nuevas preguntas. En resumen, se suponía que Alex estuvo con Kate, tomaron un té y después la llevó a su casa, donde encontraron a Seth, para, seguidamente, irse juntos a casa de Alex.

Eso era todo. Pero...

Y después de eso, ¿qué pasó? ¿Qué hicieron Seth y Alex? ¿Cómo era posible que Alex hubiese muerto sin que nadie se diera cuenta? Y, sobre todo, ¿cómo era posible que no hubiese una explicación coherente de su muerte? ¿Quién querría matarlo? ¿Y por qué?

Tenía que haber una explicación.

—Deberías hablar con Seth —dijo Alex, interrumpiendo mis pensamientos.

—Lo sé. Pero... me temo que no querrá hablar conmigo.

No me equivocaba. Durante la semana siguiente Seth me ignoró y me trató como una basura. Ni siquiera me dejaba terminar las frases. Lo máximo que llegué a decir fueron frases del estilo: «Oye Seth...», «Seth, tenemos que hablar...», «¡Deja de ignorarme y háblame!», «Seth, deberíamos hablar», «¿Podrías responderme unas cuantas preguntas?». Pero lo único que recibí por su parte fueron groserías y maldiciones. Él sabía que esto pasaría. Lo estuve persiguiendo durante una semana y se negó en redondo a hablar o a cruzar media palabra conmigo. Y fue realmente deprimente y desesperante; a veces me daban ganas de empujarlo contra las taquillas y golpearlo hasta que confesara la verdad.

Incluso se atrevió a presentarse en el despacho de mi madre y le dijo que lo estaba acosando.

¿En serio?!

Mi madre me puso una amonestación y me pidió explicaciones sobre mi comportamiento hostigador hacia Seth. Por supuesto, no le conté la verdad. Todo el mundo parecía haber olvidado la muerte de Alex

y haber vuelto a la normalidad. Ni siquiera oí más comentarios sobre su misteriosa muerte.

Cara estaba tranquila y serena. Como siempre.

Kate parecía más nerviosa de lo normal.

Para Seth, ir al instituto ahora era una pesadilla gracias a mí, pero no me rendiría hasta hablar con él.

Y mis sospechas sobre Sarah aún seguían vivas.

Capítulo 12

Era increíble. Había pasado una semana y no habíamos averiguado prácticamente nada, tan solo lo que Kate había dicho sobre Seth y la conversación que había escuchado entre mi madre y Cara. Quien me preocupaba especialmente era Alex. Me contó que había olvidado un dato importante de su vida, algo que ninguna persona en su sano juicio nunca, nunca olvidaría.

Su cumpleaños.

Y no era el único dato que había olvidado, así que nos alarmamos al instante.

Sabíamos que Seth no hablaría conmigo, ni siquiera para cruzar un par de palabras. Y mucho menos me hablaría de la muerte de Alex. Así que, definitivamente, sería complicado sacar conclusiones sobre el caso. O saber, al menos, qué pasó aquella tarde.

Los días habían pasado y ya era viernes. Todos deseábamos que el día terminara cuanto antes. Los exámenes nos estaban matando, parecíamos zombis caminando por los pasillos del instituto.

—¿Sabes? Tengo que reconocer que te envidio un poco —dije a Alex mientras caminábamos por el césped húmedo del instituto. Estaba más verde de lo habitual para esta época del año.

—¿Por qué? —Se rio con cautela a la espera de mi respuesta.

Observé a mi alrededor y no había absolutamente nadie mirando, cosa que era normal. Algunos hablaban en los pasillos, o hacían cualquier otra cosa. Cada vez que quería hablar con Alex, debía ser muy cuidadosa.

—Eres un fantasma, no haces exámenes, ni deberes, ni nada. ¿Sabes la envidia que le daría eso a cualquiera?

Su sonrisa se ensanchó.

—No es tan bonito como parece. No puedo comer, por ejemplo. Es decir, no necesito hacerlo, aunque quiera.

—¿Tratas de decir que no es fácil ser un fantasma?

—Es más fácil ser humano, tienes todo lo que necesitas a tu alcance, aunque a veces no lo veas o no seas consciente de ello.

—Bueno, entonces mi conclusión después de esta interesante conversación es que es fácil ser humano siempre y cuando tengas comida —exclamé con cierto optimismo.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo sonriendo.

Nos quedamos en silencio mientras nos acercábamos a mi casa, pero era un silencio cómodo. Las calles estaban llenas de gente, sobre todo ahora que se acercaba el fin de semana. Pero a medida que nos

alejábamos del instituto, todo parecía dispersarse.

Miré de reojo a Alex. Me sorprendía que vistiera ropa diferente cada día, pero todo le quedaba bien. Demasiado bien. Aunque no podía hacerme ilusiones. Me gustaba estar con Alex porque me hacía sentir bien y me daba cierta seguridad. Era un chico pacífico y bromista, a pesar de encontrarse en su situación.

—Alex, ¿qué pasa con Kate? —pregunté.

—¿Con Kate?

—Hum, sí.

—No lo sé. Tal vez debería dejarla ir... —dijo, confundido por su propio comentario—. Es decir, ella tiene que continuar con su vida, ¿no?

—Sí —respondí.

Una parte de mí quería dar saltos de alegría por ese comentario, pero me contuve.

—Además, tengo la sensación de que ya no puedo confiar en ella. Hay demasiadas cosas que no encajan... —añadió—. De todos modos, ya estoy muerto, no tengo esperanzas —dijo, con una sonrisa amarga.

—Eso nunca se sabe —comenté para animarlo.

Sin darme cuenta, habíamos llegado a mi calle. Había un coche blanco aparcado frente a mi casa. Era lujoso y, a simple vista, parecía ser de alguien con dinero.

¿Sería George, el padre de Alex?

Me detuve para observar el vehículo.

—¿Y ese coche? —pregunté a Alex, con la esperanza de que lo reconociera.

—Es de mi madre. ¿Qué hará aquí?

—Vamos.

—Espera, Hannah. —Me tomó de la mano y me detuvo. Me puse nerviosa, pero traté de evitar que se notara—. Tenemos que escondernos.

Comprendí enseguida lo que pretendía. Si entraba en casa, seguramente dejarían de hablar y cambiarían de tema. Así que optamos por espiar.

—De acuerdo, vayamos a escondernos detrás de los arbustos —indiqué.

Alex me soltó la mano. Una corriente de aire sustituyó el contacto de sus dedos fríos.

Nos acercamos a la ventana que daba al salón principal. Los arbustos nos ocultaban. Tuvimos mucha suerte porque la ventana estaba abierta. Nos movimos despacio, al menos yo, y acercamos las cabezas discretamente a la ventana.

—Shhh —reprendí a Alex cuando pisó una rama. Se disculpó levantando las manos. Luego las volvió a bajar.

—No es la primera vez que veo esto —dijo Alex.

Puse los ojos en blanco.

—Pues claro que ya lo has visto, es tu madre.

—No, no me refiero a eso. Es tu madre, vino varias veces a mi casa para hablar con mi padre.

—Bueno, es la directora del instituto, es normal que tengan asuntos académicos de los que hablar.

—No, yo creo que no hablaban de nada relacionado con el instituto porque mi madre nunca estaba presente, era como si la quisieran evitar.

—¿Y estás seguro de que era mi madre? Tal vez te confundiste —susurré mientras buscaba una posición desde donde observar el salón.

Alex negó con la cabeza.

—Conozco perfectamente a la directora del instituto. Sé que era ella.

—¿Insinúas algo?

—No. Al menos por ahora —respondió.

Vi que ambas estaban sentadas en el sofá. Estaban tomando un café. Rosie vestía de forma muy elegante.

—¿Qué quieres, Rosie? —preguntó mi madre fríamente. La miraba fijamente. Nunca la había oído usar ese tono de voz, tan duro y casi irrespetuoso.

—Quería verte. Ha pasado mucho tiempo —respondió Rosie con voz dulce y tranquila.

Miré a Alex. Él también me miró confuso y se encogió de hombros.

—Bien, ya me has visto, ¿algo más?

—Emma... —dijo Rosie, con la intención de hacer reaccionar a mi madre.

—Por favor, Rosie, vete. No eres bienvenida en mi casa. Y lo sabes muy bien —respondió mi madre, malhumorada.

Vaya, era como una extraña. No parecía mi madre.

—Emma, por favor —dijo Rosie.

Miré de reojo a Alex, que estaba tan concentrado como yo. Rosie no parecía perder la compostura. Mi madre, al contrario, parecía tensa y a punto de perder la paciencia.

La tensión flotaba en el ambiente.

—No —sentenció mi madre. Rosie no parecía darse por vencida—. No insistas.

—¿Y qué hay de Hannah? —Rosie tomó un sorbo de café.

—Olvídalo.

—Quiero hablar con ella, quiero...

—¡Te lo advierto, Rosie! —gritó mi madre mientras se levantaba del sofá de un brinco—. ¡No te acerques a Hannah! —Sonaba amenazante.

—¡Necesito decirle la verdad! —gritó Rosie, que también se levantó.

—¿Qué verdad? ¡Hannah no necesita más problemas!

—Emma, ¡sabes perfectamente de qué hablo! ¡Hannah tiene derecho a saber la verdad! —estalló.

Por un momento odié todo lo que estaba pasando. Sentía rabia por cómo mi madre le hablaba a Rosie, me desesperaba no entender a qué se referían. Me levanté para interrumpir la conversación de mi madre y Rosie, pero Alex me detuvo.

—Hannah, no.

—Necesito saber de qué hablan —respondí en susurros. La sangre me hervía por dentro.

—Esperemos un poco. Tal vez si seguimos escuchando, averiguaremos a qué se refieren —sugirió. Me agarró del brazo para que volviera a esconderme. Estábamos muy cerca el uno del otro. Y eso me gustaba.

—De acuerdo —concedí.

Presté atención a mi madre y a Rosie. Tenía que evitar pensar en Alex y en nuestros cuerpos juntos.

—¡No hay ninguna verdad que contarle, Rosie! ¡Te prohíbo que te acerques a Hannah! —gritó mi madre.

Rosie se preparó para contraatacar.

—¡Tú no puedes prohibirme nada! ¡Voy a hablar con Hannah, te guste o no!

—Lárgate, Rosie.

Mi madre señaló la puerta.

—Emma, compréndeme.

—Basta, Rosie. No necesito comprenderte, ¡estás loca!

—¡Emma, por Dios! ¡Hannah tiene derecho a saber la verdad! ¡Algún día tendrá que saberlo!

—¿Por qué ahora, Rosie? ¿Y por qué quieres decírselo a Hannah si no se lo dijiste a Alex?

Alex se quedó petrificado, atónito. Me quedé paralizada.

—Le diré a George que venga a recogerte —dijo mi madre, y se dirigió hacia el teléfono.

—¡No!

—¡Entonces vete ahora mismo!

—Emma, no seas la mala de la película —suplicó Rosie con voz quebrada.

—Tú... y Alex. Todos los Crowell. No quiero que os volváis a meter en mi vida, no quiero saber nada más de vosotros. ¡Deja que tu hijo descanse en paz! —exclamó mi madre, que empezó a respirar con dificultad.

—No estoy descansando en paz —bromeó Alex.

Solté una risita. Alex estaba haciendo lo posible por rebajar la tensión. Pero en sus ojos se notaba la inquietud.

Las piernas se me estaban durmiendo, notaba un hormigueo.

—Será mejor que nos calmemos, ¿de acuerdo? —dijo Rosie antes de sentarse de nuevo en el sofá.

Mi madre hizo una mueca; estaba desesperada y quería que se fuera. La conocía perfectamente, pero no entendía el porqué de su actitud.

—Quiero que te vayas, Rosie —insistió mi madre.

—Sé que estuviste con George... —dijo la madre de Alex. Parecía dolida.

Nuevas preguntas me inundaron como una lluvia incesante.

¿De qué estarían hablando? ¿A qué verdad se referían?

—Rosie, por favor —dijo mi madre con una risa sarcástica—. ¿Solo has venido para esto?

—Contéstame. ¿Estuviste con George?

Mi madre ni siquiera se pensó la respuesta.

—Sí —afirmó. Ambas se miraban a los ojos.

—¿Por qué?

—George quería hablar de temas escolares.

Miré a Alex. Él me dijo entre dientes:

—Te lo dije. Miente.

Sacudí la cabeza, incrédula ante lo que estaba escuchando.

Mi madre, Dios. No me lo podía creer.

—Ambas sabemos que no puede ser cierto. Me resulta sumamente extraño que George y tú os veáis a mis espaldas. ¿Qué ocultáis? —dijo Rosie con elegancia mientras fruncía el ceño, un tanto furiosa.

—No debería parecerme raro. Tú y yo sabemos por qué.

—¿Le quieres? —preguntó Rosie, con voz apagada.

—¡Por Dios! ¡No! —gruñó.

¿Cómo? ¿Mi madre quería a George? ¿Eran o habían sido amantes?

—Emma...

—Los asuntos entre George y yo no te incumben.

—¿Que no me incumben? —exclamó Rosie con sarcasmo—. Por si lo habías olvidado, George es mi esposo.

—Lo sé perfectamente.

—Bien, veo que no quieres que hagamos esto por las buenas. Tendré que hablar con Hannah, quieras o no —dijo Rosie, que se levantó del sillón. Se alisó la falda blanca y se puso recta, con aspecto de estar muy segura de sí misma.

—Hannah no va a hablar contigo... —Mi madre también se levantó.

Sentí un dolor punzante en la pierna. Me rasqué con fuerza. Me había picado algún bicho, quería gritar.

—Maldita sea —murmuré.

—¿Estás bien? —preguntó Alex al ver mi gesto de dolor.

—Sí. —Me rasqué todavía con más fuerza—. Creo que me ha picado una hormiga.

Volví a la conversación.

—... así que te prohíbo que te acerques a mi *hija* —continuó mi madre, haciendo énfasis en la última palabra con una voz más potente.

—Hannah tiene derecho a saber...

—¡Vete! —Escupió mi madre desesperada.

Rosie se sorprendió con esa última orden. Cogió su bolso y la miró con rencor. Se lo colgó en el hombro y mi madre se adelantó para abrirle la puerta. No cruzaron más palabras, pero con los ojos se dijeron más de mil cosas.

A todo esto, ya podía añadir una nueva duda pendiente de resolver. Aunque, conociendo a mi madre, tenía más posibilidades de descubrir al asesino de Alex que de saber de qué estaban hablando ella y Rosie.

Rosie salió de la casa con paso rápido y, al parecer, estaba muy furiosa. Se subió a su coche y se fue enseguida, acelerando.

—Nunca en mi vida había estado tan confundido —resopló Alex.

—¿No te parece extraño? —comenté, todavía escondida en los arbustos—. Es como si todo el mundo tuviera un secreto.

—Muy extraño. Pero nosotros descubriremos que está pasando, ya lo verás.

Suspiré.

—Todas las personas de mi entorno parecen mentirme.

—Hannah, recuerda que a veces mentimos para proteger.

Mi madre había cerrado la puerta de un portazo y había subido las escaleras a paso rápido, casi corriendo, como si estuviera preocupada por algo. Ahora que todo parecía tranquilo, salí del refugio de los arbustos y me sacudí el lodo que me había manchado el pantalón. Alex hizo lo mismo.

—¿Crees que deberíamos entrar?

—Sí, supongo.

—Bien, pues adelante.

Entramos en el salón tratando de hacer el menor ruido posible. Me dejé caer en el sillón. ¿Qué debería creer después de todo lo que había escuchado? Cerré los ojos y me dejé llevar por mis pensamientos.

Mi madre no me ocultaría algo muy grave. Siempre habíamos tenido una relación basada en la

confianza y la sinceridad. Pero todo indicaba que en el caso de Alex era la excepción.

Alex.

Dios.

Alex me había cambiado la vida. Y, al parecer, de forma negativa. Todo parecía volverse en mi contra. Todas las personas en las que creía confiar me estaban defraudando. Esta situación me estaba volviendo loca. Cara me había mentido, eso lo sabía con certeza. Y me dolía. Me dolía que tuviera que traicionarme de esa manera, sobre todo porque estaba convencida de que Cara era cómplice de mi madre. Tenía tantas dudas que no sabía por dónde empezar. De un modo u otro, tenía que averiguarlo, encontrar una respuesta para tantos interrogantes.

Pero ¿cómo?

Y Kate.

¿Quién habría pensado que Kate acabaría siendo sospechosa de un asesinato?

Kate no era amiga mía y, por tanto, no me afectaba lo que hiciera ni lo que ocultaran ella y Seth. Pero si Kate resultaba ser la asesina, no sabría qué pensar de ella. Todo el instituto opinaba que era adorable. ¿Alguien habría creído alguna vez que Kate era una asesina? Y, sobre todo, ¿por qué Kate mataría a Alex? No tenía sentido. La historia parecía implicar a Kate de algún modo, aunque algunas piezas no encajaban.

Pero ¿y Seth? No tenía nada sobre él. Es decir, sabía que guardaba relación con el caso, pero era tan difícil entablar una conversación con él, la última persona en ver a Alex con vida... El único modo de saberlo era obligarlo a hablar, sí o sí.

¿En quién debía confiar? ¿En las personas que quería? ¿O en mi peor enemiga? Todos acaban traicionando, ¿no era cierto?

Tal vez debería abandonar toda esta locura. Por algo existía el dicho «La curiosidad mató al gato».

—Pero murió sabiendo —dije para completar el refrán.

—¿Qué? —preguntó Alex, que no entendía a qué venía mi comentario. Abrí los ojos y vi que estaba sentado a mi lado, mirándome.

—Nada, solo pensaba en voz alta —respondí.

—¡Oh, no me lo puedo creer! —exclamó Alex, sobresaltándose. Brinqué del susto.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunté asustada. Mi corazón se aceleró tanto que me llevé la mano al pecho. Mis latidos eran rápidos.

Alex se levantó del sillón, casi sonriendo.

—Esto. —Caminó hacia la cocina. Seguí su mirada y comprendí qué lo había fascinado tanto.

Rosquillas.

—Qué raro, mi madre no hace rosquillas —comenté. Me sorprendí al verlas en una caja blanca. Menos mal que no se trataba de ningún problema, así que me relajé. La angustia desapareció en unos pocos segundos.

—Tu madre no, pero la mía sí las hace —dijo Alex mientras cogía una servilleta.

—¿Pero no decías que no necesitabas comer? —comenté.

—Yo no, pero tú sí.

Las rosquillas estaban cubiertas por un glaseado blanco y rosa, con una especie de cereales de colores por encima. Tenían muy buena pinta, con un color vivo y fresco. Parecían recién hechas y la boca se me hizo agua.

—¿Tu madre cocina?

—Sí, y se le da muy bien, pero puedes juzgarlo tú misma después de probar estas rosquillas —dijo sonriendo. Sus ojos brillaban—. Yo adoro los rosquillas.

Asentí. A mí también me gustaban.

—Mira, vienen con una nota —dijo Alex. En sus dedos sostenía un pedazo de papel.

—¿Qué dice?

—«Para Hannah, espero que las disfrutes, como solías hacerlo antes. Con cariño, Rosie» —leyó Alex en voz alta.

—¿Antes? —pregunté.

Él se encogió de hombros, sin saber qué responder.

—Tal vez se ha confundido.

—Sí, es posible.

—Será mejor que pruebes una. —Alex sonreía.

Tomé la rosquilla que me ofreció y le di un mordisco sin pensarlo dos veces. Confirmado, estaban riquísimas.

El glaseado se disolvió en mi boca, y mis papilas gustativas saborearon con placer la rosquilla con gusto a fresa. Era un sabor extraño, pero sumamente delicioso.

—Están deliciosas... —Era lo único que podía decir.

—¿Ves? Te lo he dicho. Lo que daría por comerme una —comentó Alex al ver mi cara de satisfacción.

Cerré los ojos y di otro mordisco. El sabor a fresa parecía ahora más intenso. De algún modo, mientras la degustaba, viajé con la mente a un tiempo y un lugar que desconocía, pero donde presentía que ya había estado. El aroma y el sabor me resultaban vagamente familiares.

Los recuerdos vinieron a mí como una tormenta de arena. Fue un *déjà vu*. Tuve un vago recuerdo de cuando era niña, mientras comía una rosquilla con el mismo olor y el mismo aroma. Todo resultaba tan familiar...

En menos de seis bocados la rosquilla había desaparecido en mi estómago. La deliciosa rosquilla, quería decir.

—Esta rosquilla no es algo nuevo para mí —le hice saber mientras tomaba una servilleta y me limpiaba las comisuras de la boca.

—¿Qué quieres decir? ¿Ya las habías probado? —preguntó con satisfacción y, a la vez, un tanto decepcionado porque no era la primera vez que las comía.

—Sí, tengo el vago presentimiento de que ya las había probado. Pero no lo recuerdo muy bien —respondí, frunciendo el ceño.

—Vaya. —Fue lo único que dijo.

—¿Hannah? —exclamó una voz. Me giré y vi a mi madre bajando las escaleras. Su mirada estaba clavada en mis ojos.

—Sí, soy yo. —Me reí, intentando no sonar nerviosa. No podía dar a entender que había oído la conversación entre ella y Rosie.

—No te he oído entrar, ¿acabas de llegar? —Bajó el último peldaño y se comportó como si no hubiera pasado nada.

—Sí, hace menos de un minuto —respondí. Mis músculos se tensaron ante su presencia. Sabía por qué me lo preguntaba: no quería que supiera que Rosie había estado aquí.

—Oh. —Resopló, irritada.

—¿Y estas rosquillas? —pregunté. Tenía la esperanza de que me contara la verdad.

Era una prueba, quería ver si mentía.

—Las he hecho yo. Pero no me han quedado muy bien. Ya sabes que la cocina no es lo mío —bromeó. Se acercó a la caja de las rosquillas y la cerró, impaciente.

—¡No, espera! No tenía ni idea de que sabías hacer rosquillas. Parecen deliciosas —dije para darle falsos ánimos, a ver cómo reaccionaba.

Sus ojos brillaron de una forma extraña y casi podría jurar que había golpeado la caja disimuladamente. Parecía furiosa. Apretaba los dientes. Alex estaba a mi lado, y no me había interrumpido en ningún momento ni había objetado nada. Sabía perfectamente de qué iba todo este interrogatorio.

—No cocino —confirmó—. Quería hacer un postre para las dos, pero no ha quedado bien. ¿Dónde está Cara?

—No ha querido venir hoy.

He aquí un repentino cambio de tema.

Mi madre cogió la caja blanca de las rosquillas y se dirigió al cubo de la basura.

—Mamá —la llamé—, ¿qué haces?

Tiró la caja y me quedé muy sorprendida. Di un grito ahogado.

—Esto... —dijo indiferente, sacudiéndose las manos—. Será mejor que las tire, o podríamos acabar enfermado.

—Pero estaban deliciosas —repliqué.

—¿Las has probado? —Se dio la vuelta. Sus ojos estaban fuera de las órbitas y le temblaban las manos. No tardé en darme cuenta. Algo no iba bien. Y eso era malo.

—¿Qué pasa, mamá? Estás temblando.

—No te preocupes, es que me duele la cabeza.

—No es cierto —la reprendí.

Se movió otra vez, inquieta. Caminaba por la cocina, sin saber a dónde ir o qué hacer. Se pasó las manos por el cabello, desesperada. Abrió la alacena, sacó unas latas sin fijarse en cuáles cogía, y se movió tanto que estuve a punto de marearme.

—Mamá...

—Ahora no, Hannah.

—Por favor. Dime qué pasa —le pedí, desesperada.

—No quiero que hables con Rosie —logró decir en un murmullo que apenas escuché.

Miré a Alex. Con la mirada, me alentó a que continuara. Estaba analizando cuidadosamente a mi madre.

—¿Qué has dicho?

—¡Tienes prohibido ver a George y a Rosie!

—¿Qué?! ¡¿Por qué?! —exigí.

No comprendía nada. Tendría que darme una explicación lógica para no hablar con Rosie.

—Ya lo has oído, lo tienes prohibido.

—¿Pero a qué viene esto? ¡Mamá, dime de una vez qué pasa! —Estaba muy alterada. Mientras me daba la espalda, mi madre abrió la alacena de nuevo. Sus manos se movieron nerviosamente entre las latas y los paquetes de comida. Apretó los labios con fuerza.

—No son gente de confianza. Así que, te lo advierto, ni se te ocurra volver a hablar con ellos.

—¿O qué? —Fruncí el ceño. Seguía sin entender nada. ¿Por qué no me lo explicaba de una vez? ¿Por qué tanto misterio? ¿Por qué actuaba de esa manera?

—Hannah, te lo prohíbo —insistió.

Entonces volvió a guardar en la alacena todo lo que había sacado. Era una estrategia para distraerme. Pero esta vez no lo lograría.

—Muy bien. Si tú no me dices qué pasa, tendré que hablar con Rosie —me rebelé. Mi madre se giró rápidamente para mirarme a los ojos.

Estas peleas no me gustaban. Nunca habíamos discutido así. Pero ahora parecía fuera de sus casillas... En cualquier momento iba a explotar. No era ella. Sus ojos brillaban de una forma diabólica.

—Hannah, por favor...

No me había dado cuenta de que mi madre había puesto la tetera en el fuego. Empezó a silbar y el vapor salía sin parar. Mi madre se acercó y apagó el fuego. Me miró otra vez, pero no dijo nada y se fue cabizbaja. Subió las escaleras con rapidez y no hice nada para detenerla, simplemente la observé.

—Odio esto. —Me cubrí la cara con las manos. Todo era tan deprimente, exasperante e irritante... Y los últimos acontecimientos no ayudaban. En cuanto descubría algo, la bomba explotaba y surgía una nueva pista y un nuevo sospechoso.

Traté de ubicar las piezas que tenía del enorme rompecabezas. Pero parecían ser de otro puzle, nada encajaba. No sabía cómo seguir adelante.

Era un laberinto sin salida. Y seguro que las respuestas estaban por allí, pero tendría que recorrer ese laberinto para encontrarlas.

—Siento la reacción de tu madre —dijo Alex.

Le agradecí sus palabras.

—Será mejor que hablemos con Seth. —Me aparté las manos del rostro y agité la cabeza; mi pelo se movió para todos lados. Alex me miró con expectación—. No me importa si quiere cooperar o no.

—Te ayudaré. Estaré contigo —se ofreció. Estaba agradecido por lo que estaba haciendo por él.

Pero ya no se trataba solo del asesino de Alex. No solo era por él, sino que ahora también era por mí.

—Y después, hablaré con tu madre —dije, decidida.

—¿Y tu madre? Se va a enfadar muchísimo. Ya la has oído.

—No se enterará.

—¿Y si se acaba enterando?

—Me da igual. Estoy decidida a averiguar como sea la verdad a la que se referían.

De pronto, mi teléfono vibró en la mochila.

—Un momento —le dije a Alex, disculpándome.

Rebusqué en la mochila, revolviendo todo lo que había en el interior. Después de encontrar decenas de cosas que no necesitaba, me guié por el sonido de la vibración y, finalmente, lo encontré. Saqué el teléfono de la mochila. El aparato no dejaba de vibrar. Esperaba que fuera Cara, pero en la pantalla apareció otra cosa. Era un número desconocido.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex al ver mi expresión.

—Es un número desconocido —dije con la vista fija en la pantalla del teléfono.

—Contesta y pon el altavoz —me ordenó. No objeté nada e hice lo que me pidió.

Alex se acercó a mí.

—¿Hola? —dije.

Al otro lado de la línea se escuchaba una respiración.

—Hannah... —Mi nombre resonó por todo el salón—. No te vas a dar por vencida, ¿verdad?

Era una voz terrorífica. Era potente y ronca. Hice un repaso mental de las voces de las personas que conocía y ninguna parecía coincidir.

No conocía esa voz. Me quedé totalmente quieta, sin mover un solo músculo de mi cuerpo.

El tiempo se detuvo.

—¿Quién es? —pregunté aterrorizada. La voz me fallaba y el labio me temblaba. En un acto reflejo, miré a mi alrededor.

—Tranquila —susurró Alex.

—Eso no es lo importante —respondió la voz al otro lado de la línea. Me concentré más en ella. Era una voz grave, por lo que supuse que sería de un hombre.

Mi cuerpo flaqueó.

Capítulo 13

—¿Quién habla? —volví a preguntar. Las piernas me temblaban. Mi voz se quebró.

—Veo que insistes mucho. ¿Siempre eres así de terca? —preguntó la voz, cínica y desvergonzada. Escuché su respiración agitada y traté de visualizar el lugar desde el que podría estar llamándome. No se oía ningún ruido de fondo, ni tráfico ni otras voces, tan solo un chasquido—. Respóndeme —insistió.

La voz de aquel hombre era terrorífica.

—No... —alcancé a decir.

Debería hablar más, entablar una conversación para ganar tiempo.

—Perfecto. Mira, Hannah, a partir de ahora debes saber tres cosas importantes. —Sonaba autoritario. Se aclaró la garganta y después fingió disculparse con cierto sarcasmo. Alex estaba tan petrificado como yo—. Número uno: nunca, escúchame bien, nunca vas a saber quién soy. Te estás metiendo con la persona equivocada y no te imaginas lo que soy capaz de hacerte. Una niña como tú no me detendrá. No me van a descubrir, así que déjate de juegucitos, Hannah. No eres un detective y aquí, la única persona que saldrá perdiendo eres tú.

El pánico corrió por mis venas hasta llegar al corazón.

—No estoy jugando —respondí con todas las fuerzas que tenía. Yo también quería dejar claro que esto no era un juego para mí. Los latidos de mi corazón me golpeaban el pecho con fuerza.

—Por supuesto —dijo. Juraría que se burlaba de mí. Estaba congelada. ¿Qué se suponía que debía hacer?—. Número dos: la persona que buscas está *muy* cerca de ti. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? —Hizo una pequeña pausa, acompañada de un incómodo silencio.

Sabía a qué se refería. Al asesino de Alex. Pero... ¿cómo se había enterado?

No respondí, esperé a que continuara.

—Seré más claro: estás hablando con el asesino de Alex.

¡Madre mía! ¡Estaba hablando con el asesino de Alex!

En un acto reflejo me tapé la boca con las manos, y Alex abrió los ojos como platos. Ambos nos habíamos quedado aturdidos con la noticia.

Sorpresa.

—¿Quién demonios...? —logré decir, pero su voz tosca me interrumpió.

—Número tres. —Ignoró por completo mi pregunta.

Y luego se me ocurrió la brillante idea de interrumpirlo. Yo también pondría mis condiciones.

—Un momento —dije. Recuperé la postura y me acerqué el teléfono al oído.

—¿Qué haces? —me preguntó Alex.

—Hay que ser inteligentes —susurré, tapando la bocina del teléfono mientras hablaba. Mis piernas seguían temblando.

—Quienquiera que seas, esto no es juego limpio —dije, tratando de parecer convincente y de sonar normal, como si la llamada no me hubiera afectado.

—¿Quién dijo que lo sería? —rio.

—Nadie. Pero no me parece justo que una persona me llame y me amenace con sus condiciones.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Tú quieres ponerme condiciones? —dijo con una carcajada. Me ruboricé. Me sentía impotente y patética.

—Te voy a hacer una advertencia.

—Adelante. —Hablabas con seguridad, no había temblor en su voz. Sus palabras eran cuidadosas y exactas. Yo también podía jugar a ese juego. Si era lo que él deseaba, jugaríamos.

—Date por vencido. No me voy a rendir. No voy a desistir y tú no me vas a detener. Te descubriré. Solo quiero que lo sepas —puntalicé.

Me sorprendí ante mis propias palabras.

—No deberías estar tan segura.

Alex me agarró del brazo, pero lo ignoré.

—No vas a detenerme —lo reté. Esperaba que, en un descuido, revelara alguna pista. Lo que fuera.

Alex me zarandeó el brazo, desesperado.

—¿Qué? —pregunté en susurros. La cara me ardía.

—El dispositivo —dijo ansioso, como si fuera la solución.

—¿Qué? —pregunté de nuevo, sin comprender nada. ¿A qué dispositivo se refería? ¿Qué tenía que ver en esto?

—El localizador —dijo con entusiasmo.

Miré la pantalla del teléfono; llevábamos tres minutos y diez segundos hablando. Sin pensarlo, sonreí a Alex y conecté el localizador. Las manos me temblaban.

¡Claro! ¿Cómo no lo había pensado? El localizador podía detectar desde dónde llamaba.

¡Bingo!

El localizador empezó a trabajar.

Las manos me temblaban todavía más. Mi cuerpo expulsaba sudor frío y tenía los músculos tensos. Solo pensaba en el maldito localizador. Un círculo ocupaba toda la pantalla, y luego se hizo más pequeño, tan pequeño que apenas se veía. Acto seguido, se desvaneció. Estuve a punto de darme por vencida, pero, para nuestra sorpresa, el círculo volvió a aparecer.

Me desesperé. En esas circunstancias, un segundo se me hacía eterno. ¿Y si se daba cuenta?

¡Al carajo!

Comencé a mover las piernas involuntariamente. Estaba muy nerviosa. Alex se mordía el labio inferior.

El círculo del localizador siguió cambiando de tamaño y de repente...

Error.

—¡No! —grité y rápidamente me tapé la boca. Esperaba que no hubiese escuchado mi grito de frustración.

La decepción cayó sobre mi cuerpo como una losa.

Alex se dejó caer en el sillón más cercano y se cubrió el rostro.

—¿Estabas localizando la llamada? —dijo la voz. Sonaba ágil. No respondí y la persona se rio, lo cual me enfureció más. Volví a activar el localizador. Pero no aparecía nada. Estaba bloqueado.

—Cobarde —dije con ira. Él se rio más fuerte.

No, no era la risa de Seth. Ni la de nadie que conociera.

—Juguemos, Hannah.

—Maldito cobarde —repetí, pero esta vez más furiosa. Sentí ardor en mis orejas.

—Espero que seas rápida... —dijo—. Mi pedido estará listo en cinco minutos.

¿Pedido? ¿De qué hablaba?

—No lo entiendo —respondí.

—Te lo digo y te lo repito, y te lo debo avisar, que por más que te lo diga, no lo vas a adivinar.

—¿Qué? ¡Esto no es gracioso! —grité.

—Cinco minutos, Hannah —sentenció. Y después colgó.

—¡No! ¡No! ¡No! —grité de nuevo.

¿Qué significa? ¿Qué?

—Cuatro minutos —anunció Alex.

Empecé a caminar de un lado a otro, sin detenerme.

—Te lo digo y te lo repito... —pronuncié las palabras en voz alta.

¿Qué demonios significaba? No le encontraba la lógica, no había solución. Había perdido.

—... y te lo debo avisar, que por más que te lo diga, no lo vas a adivinar.

Revisé el último verso y nada. Lo repetí de nuevo en mi mente, y de nuevo... nada.

Y, luego, me iluminé.

—¡Alex! —grité mientras le golpeaba el hombro bruscamente.

—¿Qué?

¡Por Dios! ¡Estábamos en pleno siglo xxi!

—Es una adivinanza —dijo. Él no pareció sorprenderse. Fui directa al grano—. ¡Alex! ¡Internet!

Alex se levantó del sillón de un brinco.

—¡Demonios! ¡Sí!

Tecléo la adivinanza en el teléfono móvil para buscarla en internet. La búsqueda fue rápida y todas las páginas coincidían: la respuesta era el té.

—¿El té? —pregunté, frunciendo el ceño.

Alex sonrió.

—Sé dónde está —respondió con satisfacción, orgulloso de sí mismo.

Miré mi reloj. Tres minutos.

Apenas podía pensar. Había esperado aquel momento durante mucho tiempo. Y ahora... no sabía qué hacer, ni qué pensar. Salí corriendo de casa y Alex me siguió.

—¿Seguro que sabes dónde está? —pregunté mientras corría. No quería perder esa oportunidad.

Mi corazón se aceleraba con cada paso que daba.

—Sí, sé dónde está. Ya he estado allí —me confirmó. Su voz sonaba agitada. Ambos íbamos corriendo.

—¿Hacia dónde? —pregunté cuando nos aproximábamos a una esquina. Alex me miró y, rápidamente

y sin aliento, respondió.

—Derecha —dijo. Mis piernas se movían a una velocidad que desconocía.

Los zapatos de Alex golpeaban el suelo una y otra vez. Me giré y lo vi. Me seguía el paso. Volví a mirar al frente. Mi cabello volaba por encima de mis hombros, esta vez sin azotarme la cara. La adrenalina corría por mis venas.

Tenía que darme prisa. *Teníamos* que darnos prisa.

¿Y si solo era una broma pesada? ¿Y si realmente no era él? ¿Y si no estaba ahí? ¿Y si...? ¡Basta, Hannah!, me regañé a mí misma. No podía seguir haciéndome preguntas que no tendrían respuesta hasta que llegáramos.

Pero era inevitable. No lograba imaginar quién estaría detrás de todo esto.

—Estamos cerca —dijo Alex, interrumpiendo mis pensamientos con voz agitada mientras miraba su reloj. Me sorprendí al ver su asombrosa coordinación: correr y mirar el reloj a la vez.

Asentí. No quería hablar para no cansarme más. Alex estaba muy pálido. No... Estaba amarillo. Un amarillo apagado y cálido.

—Derecha —dijo antes de que preguntara de nuevo.

Habíamos llegado a otra esquina. Una esquina que conocía perfectamente. En la acera contraria a la nuestra había un montón de locales, restaurantes, tiendas de ropa, bibliotecas y unas cuantas casas.

Mi corazón latía con fuerza. Tenía el pulso muy acelerado.

—¿Dónde es? —pregunté insegura. Mi voz apenas era audible.

—El café. —Señaló un local con sombrillas rojas y sillas de madera. El exterior estaba pintado de marrón oscuro. Afuera, en el letrero, había unas tejas en forma de cascada color café. Aquel lugar tenía unas ventanas enormes, con unos marcos de madera maciza, y el vidrio era prácticamente lo único que separaba el interior del exterior del restaurante. Era un lugar grande y, al parecer, concurrido.

Sus ojos brillaban como dos luciérnagas.

—¿Hemos llegado a tiempo? —pregunté. Alex miró el reloj y asintió con amargura. Tragó saliva. Su nuez se hizo más grande y, después, volvió a su estado normal.

—¿Estás bien? —pregunté al ver su gesto. Un mechón castaño le tapaba una parte de la frente. De nuevo, estaba tenso. En un movimiento rápido me puse delante de él. Nuestros cuerpos se pegaron—. ¡Eh! ¡Todo saldrá bien! —Puse las manos en su rostro y aparté el mechón de su frente. Tenía la piel fría y suave. Deslicé mis dedos por su mejilla y los dejé ahí. Algo no me dejaba apartarlas.

—Gracias por esto, Hannah —dijo Alex. Sus manos se movieron rápidamente y las puso encima de las mías. Estaban frías.

Afortunadamente, nadie nos veía. Estábamos en una esquina y la gente no podía vernos. Di un paso atrás. No quería alejarme de él y de su aroma varonil, pero me obligué a hacerlo porque el tiempo se nos estaba acabando. Caminé hacia el café; mis piernas parecían de gelatina. A medida que me acercaba, vi claramente el letrero verde con letras blancas que indicaba: «El té».

Vaya.

Ralentiqué el paso. Mi respiración se normalizó poco a poco. Correr me había afectado. ¿O había sido por acercarme tanto a Alex? No, no, no. Seguro que había sido por la carrera.

Estábamos a solo un par de locales, bastante cerca de nuestra meta.

—Oye, Hannah —me llamó Alex—. Ten cuidado.

Asentí.

Estaba a un paso de entrar, pero me detuve. A través del vidrio vi a las personas que había en el

interior. Había mucha gente, sobre todo jóvenes.

¿No era extraño que nos hubiera citado a un lugar tan concurrido?

Entré al café y observé con un poco más de atención y no vi nada ni nadie fuera de lo común. Solo había personas conversando.

En la primera mesa había dos jóvenes, un chico y una chica. Ella vestía un pantalón de mezclilla y una blusa rosa de tirantes. Llevaba mucho maquillaje y se reía exageradamente. Era rubia y con el pelo liso. Tenía las piernas cruzadas.

Luego me fijé en el chico. Nada fuera de lo normal. Cada vez que la chica se giraba o se distraía con algo, él aprovechaba para mirar su escote. También era rubio. Cuando divisé su rostro, lo reconocí: ojos azules, nariz delgada y fina, boca pequeña y labios carnosos, cuerpo fornido y musculoso...

Ryan.

—Mira, ese es Ryan.

—Seth también está —comentó Alex.

—¿Seth? —pregunté, frunciendo el ceño.

¿Qué demonios hacía Seth aquí?

—Sí, en la última mesa, al fondo a la derecha. ¿Lo ves?

Busqué al fondo del local. Me moví en silencio. Me puse de puntillas; unos chicos altos no me dejaban ver nada.

—No lo veo —respondí con decepción.

Algo en mí vibró. Sentí el roce de una mano. Alex me tocó la cintura con delicadeza. Sus dedos se deslizaron por ella y se quedaron quietos un par de segundos; después, mientras un tornado de mariposas revoloteaba por mi interior, presionó un poco más para desplazarme a la derecha. Sentía su contacto suave y enloquecedor en mi cintura. Tenía unos dedos delgados y grandes, perfectos para rodearme.

Contuve la respiración. Mi cuerpo se había vuelto como una piedra.

Pesado e inmóvil.

La sangre se acumuló en mi rostro. Menos mal que no estábamos frente a frente.

Vaya. Todo se calentó dentro de mí. Absolutamente todo.

—¿Lo ves ahora? —susurró con su melodiosa voz, interrumpiendo mis pensamientos. Sus dedos seguían en mi cintura. Suspiré con disimulo, soltando todo el aire que había contenido. Miré más allá, concentrándome.

Vi a un chico idéntico a Seth. Tenía el cabello revuelto, llevaba unos tejanos ajustados, cinturón negro y una camisa también negra que marcaba sus músculos. Calzaba zapatos del mismo color. Estaba tenso y atento a todo lo que pasaba a su alrededor. El chico sujetaba con fuerza un batido. El cristal explotaría si lo seguía haciendo. Sus ojos iban del baño a la bebida que tenía en la mano. No era un chico idéntico a Seth. *Era Seth.*

Parecía nervioso y desesperado.

—No puedo creerlo —murmuré.

Alex retiró su mano de mi cintura. El aire me envolvió de nuevo.

—Ahora o nunca. Vamos. —La furia se apoderaba de su cuerpo. Tenía los ojos clavados en Seth. Frunció el ceño con enojo y se adelantó. Olía a fresas y a chocolate.

Cuando estábamos a dos mesas de distancia, Alex se giró con brusquedad. La ira era evidente en su rostro. Me detuve. Su mirada oscura me desconcertó, me miraba directamente, con tanta intensidad como le era posible.

Y luego vi temor en sus ojos.

—Perdóneme por esto, Hannah —dijo Alex con voz grave y casi inaudible. Ni siquiera la reconocí, era una voz... diferente. Iba a responder cuando su cuerpo corrió velozmente hacia mí.

Cerré los ojos en un acto reflejo. Algo me golpeó con dureza en todo el cuerpo. Perdí la fuerza y me debilité rápidamente. Por un momento, todo enmudeció y se volvió oscuro.

Un dolor indescriptible se expandió dentro de mí, pero todo sucedió tan rápido que apenas lo percibí.

La oscuridad se había adueñado de todo... hasta que mis ojos se abrieron de golpe. Las luces eran como latigazos y me obligaron a entrecerrar los ojos. Quería mover el brazo para evitar la luz cegadora, pero no podía, una fuerza mayor a la mía me lo impedía.

El temor se apoderó de mí al ver que no podía mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Me estremecí. Un escalofrío me recorrió desde la cabeza hasta las plantas de los pies. Mi cerebro lo procesó todo: habíamos visto a Seth, Alex vino hacia mí...

Mi cuerpo temblaba y estaba sufriendo una severa crisis de pánico. Sentía las emociones que corrían disparadas dentro de mí: terror, miedo, pánico, nerviosismo, desesperación y ansiedad. Era como si mi cuerpo estuviera sedado. Como si, en definitiva, mi cuerpo no fuese mío.

Intenté cerrar los ojos, pero era imposible. Traté de tranquilizarme y aclarar mis pensamientos. Observé mi alrededor sin moverme. Seguía en «El té». Las personas, por suerte, seguían en sus respectivos lugares, ignorándome por completo. Vi a Seth con su batido en la mano. No se había percatado de mi presencia. Su mirada divagaba por el local, como si esperara a alguien.

A partir de aquí, los acontecimientos se precipitaron y todo sucedió en pocos segundos.

Mi boca se abrió inesperadamente. También mis piernas se movieron por sorpresa. Sin saber cómo, avancé hacia Seth.

—Oye, Seth. —Mi voz había salido de mí involuntariamente.

Estaba entrando en pánico.

Tenía el corazón en el estómago. Iba a vomitar.

«¿Qué está pasando?!», grité en mi mente, ya que no podía hablar.

«Tranquila, Hannah, soy yo, Alex», respondió una voz tranquila en mi mente. Intenté dar un brinco en cuanto escuché la voz, pero mi cuerpo no reaccionaba, y eso hacía que el miedo aumentara todavía más.

Mi cuerpo siguió avanzando con lentitud.

«¿Cómo puedes hablarme? ¿Qué está pasando, Alex?!», tartamudeé en susurros, como si alguien más pudiera escucharnos en mi mente.

«Te lo explicaré después».

«¡No! ¡Sal de mi cuerpo! Esto... Esto no puede ser», dije indignada, sin poder creerlo.

¿Era esto posible? ¡Dios mío!

«¡Alex!», grité, pero no hubo respuesta por su parte. Luché de nuevo e intenté parar de caminar. Intenté convencer a mi cuerpo para que no prestase atención a la fuerza mayor que se había apoderado de mí. Pero fracasé. La fuerza era imparable. Alex era imparable.

Seth giró la cabeza y se topó con mis ojos, asustado.

—Hannah, ¿cómo estás? —preguntó nervioso.

Mi cuerpo seguía moviéndose sin previo aviso y sin pedirme permiso. Era extraño que Seth me hablara y, sobre todo, que me preguntara cómo estaba.

Entonces mis dedos agarraron su camisa con una fuerza extraordinaria.

—¿Qué demonios...? —dijo Seth mientras intentaba zafarse de mi agarre. O, más bien, del agarre de Alex. Mis nudillos se habían vuelto blancos e incluso amarillos por hacer tanta fuerza. Una de mis manos soltó la camisa de Seth y viajó por el aire hasta chocar con su mandíbula en un puñetazo brutal.

Sus huesos crujieron.

—¡Hannah! —gritó alguien desde el otro lado del restaurante. Alex y yo nos giramos y vi el rostro pálido de Cara y muchas miradas sobre mí.

Tenía los ojos abiertos como platos, no comprendía qué estaba haciendo. A sus pies, un batido se había esparcido por todo el suelo. Probablemente se le había caído de la mano. Sus ojos azules me desconcertaban.

—¿Qué demonios haces, Hannah? —dijo Seth, tocándose la mandíbula. Alex volvió a golpearlo un poco más arriba, y su labio empezó a sangrar.

«¡Alex!», grité con desesperación.

Pero Alex no se detuvo. Utilizaba mi cuerpo para atacar a Seth. Era listo: sabía que Seth no me golpearía. De nuevo, mis manos lo tomaron por el cuello y lo levantaron con fuerza, empujándolo contra la pared. Su cuerpo chocó con dureza y rebotó ligeramente. Los huesos de su columna vertebral crujieron. Hubo algunos gritos en el local. La sangre del labio caía por la barbilla, hasta llegar a su cuello.

Hubo más gritos ahogados en el local. Mi mente se congeló.

«¡Alex, para!», supliqué. «¡Detente!».

Pero parecía que Alex había entendido todo lo contrario. Mi mano derecha volvió a viajar por el aire hasta chocar contra la nariz de Seth. Oí el estruendoso crujido que mis nudillos provocaron al chocar contra él.

«¡Alex!».

—¡Hannah! ¡¿Qué demonios te sucede?! —gritaba Cara, que se acercó a nosotros.

Alex le propinó otro puñetazo en la mejilla. Esta vez fui yo quien dio un grito ahogado, y eso lo hizo parar.

—¡Hannah! —Cara estaba a mi lado. Intentaba separarme de Seth para protegerlo. Vi el temor en sus pequeños ojos.

«¡¿Qué has hecho?!», grité con sollozos ahogados a Alex.

«Hannah, no lo entenderías», respondió con la voz entrecortada. Sonaba dolido y vulnerable.

—¡¿Qué demonios te pasa, Hannah?! ¡¿Por qué le has pegado?! —gritó Cara, escupiéndome en el rostro con todo su odio.

Seth se limpió la sangre con su camisa y me miró de reojo. Fue una mirada asesina.

—Tú, afuera —ordenó Alex a Seth.

Cara me miró con confusión y el ceño fruncido. Mi voz sonaba diferente, ronca e inestable. Seth se retorció y, por motivos indescriptibles, hizo lo que mi voz le había pedido y salió afuera.

—¿Pero qué te pasa, Hannah? —dijo Cara, que retuvo a Seth antes de que saliera del café—. ¿Crees que puedes venir aquí y golpear a mi chico?

«Oh, no», dije mentalmente.

«Lo arreglaré, Hannah. Te lo prometo», me respondió Alex antes de que se excusara con Cara.

«Espera... ¿ha dicho mi chico?», pregunté.

«Sí», confirmó Alex.

«Maldita sea», exclamé.

—Hablaré contigo más tarde, Cara. —Y sin decir más, Alex agarró a Seth del cuello y lo arrastró a la salida. Todo el mundo me estaba mirando. Incluso Ryan me había visto. Esto no iba a acabar bien.

Salimos por la puerta de emergencia, que daba a un callejón totalmente vacío y lleno de basura. Había cáscaras de plátano tiradas por el suelo y el olor a rancio predominaba en el lugar. Tuve ganas de vomitar. La humedad y las ratas que cruzaban de un contenedor a otro hicieron que el estómago se me revoliera.

«¿Esto es seguro?», pregunté con miedo.

«Sí».

«¿Qué le dirás?», quise saber.

«No tengo ni idea».

—Hannah, no es lo que tú crees —dijo Seth cuando estuvimos lo suficiente lejos del café y de los oídos de la gente. Ahora podíamos hablar, aunque los contenedores de basura desprendían un olor muy desagradable.

—¿Y qué es lo que se supone que creo? —preguntó mi voz. Sonaba casi sarcástica.

—Yo no sé nada de Alex —respondió en susurros casi inaudibles. Su cabello se movió con el viento. Tenía los dientes manchados de sangre, igual que su camisa. Se llevó la mano al pelo con desesperación.

—Tú estuviste conmigo el día que yo...

«¡Alex! ¡Estás en mi cuerpo!», le recordé antes de que dijera algo que nos pusiera en peligro.

—Tú estuviste con Alex antes de que muriera —se corrigió. Alex se tensó en mi cuerpo y sentí escalofríos. Ni siquiera sabía cómo sentirme. Parecía que fuera un alma.

—¡No! —Dejó caer los brazos a los costados, intentando parecer racional—. Bueno, sí, pero...

—Tienes que decirme qué pasó —exigí a Seth.

—Hannah, no sé... No sé por dónde empezar.

—Por el principio —dijo Alex con ironía.

Mientras tanto, yo me dediqué a observar a Seth, que se movía con sumo nerviosismo, apretando constantemente la mandíbula.

—Alex y yo somos buenos amigos. —Se detuvo, se llevó de nuevo una mano a su cabello castaño y se apartó un pequeño mechón que le caía en los ojos. Volvió a apretar la mandíbula y continuó—. Éramos, mejor dicho —corrigió—. Aquel día salimos a hacer lo mismo de siempre. Eran como las dos de la tarde y me dijo que tenía una cita. Parecía feliz. Entonces fuimos a su casa y estuvimos hablando de videojuegos, de chicas y del último partido de fútbol. Nada fuera de lo normal. Estuvimos un rato juntos: comimos, jugamos a un videojuego y bromeamos un rato... Pero de repente, la cara se le puso amarilla. Parecía débil, enfermo.

—¿Enfermo?

—Sí —confirmó. Lo miré directamente a los ojos y presté atención a cada una de las palabras. No quería perderme ningún detalle—. Entonces me pidió que me fuera. Dijo que sería mejor que volviera a mi casa, y yo... estuve de acuerdo. Fui la última persona que lo vio, al parecer.

—¿Y qué pasó después? —Alex lo invitó a continuar a través de mi voz.

—Volvió a mencionar su cita.

«No lo recuerdo», comentó Alex.

—¿Dijo el nombre de la chica?

—No.

—¿Qué más pasó? —insistió Alex. No podía creer lo que mis oídos escuchaban.

—¿Por qué quieres saberlo? —Se puso a la defensiva. Chico listo.

—Eso no te importa —respondió Alex.

—Me has estado persiguiendo cada vez que me has visto. ¿Por qué?

Alex apretó mi mandíbula y se preparó para hablar.

—Escucha. No te vas a ir de aquí hasta que me cuentes de una vez por todas lo que está pasando.

¿Entendido? —Mi cuerpo se puso rígido y también a la defensiva.

—¿Qué se supone que está pasando? —preguntó Seth, confundido.

—Tú y Kate. ¿Por qué os estáis protegiendo mutuamente?

—No sé de qué hablas.

Alex soltó un suspiro de frustración.

La tapadera de un contenedor se cayó y me sobresalté. Una rata gris salió de allí con un trozo de *pizza* entre los dientes, y después se perdió entre la basura esparcida.

Mi estómago se revolvió.

—Por Dios, es evidente, Kate y tú...

—¡No! —negó—. Estoy saliendo con Cara.

—¿Qué? —preguntó Alex.

—Precisamente hoy tenía mi primera cita con ella y la acabas de arruinar. Gracias, Hannah —dijo con amargura. Los ojos le brillaban por la decepción.

«¡¿Qué?!», dije mentalmente.

—¿Y qué hay de la llamada? —Alex no quería andarse por las ramas ni abandonar el tema.

—¿Qué llamada? Dios, Hannah, estás muy rara últimamente —comentó Seth.

—No soy idiota.

—Yo tampoco —me retó. O más bien, retó a Alex.

—Dame tu teléfono.

«Bien, Alex», le dije.

—¿Qué? No pienso dártelo. —Y, otra vez, la fuerza extraordinaria volvió a mí y, de nuevo, estrelló el cuerpo de Seth contra la pared. Un gemido doloroso salió de sus labios.

—Ahora dame tu teléfono —ordenó Alex. Me sorprendía que no me temblara el labio. Alex lo controlaba a la perfección.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! —Sus ojos mostraban miedo y pánico. Mis manos seguían alrededor de su cuello, a la espera. Con dificultad, Seth metió la mano en su bolsillo y sacó un pequeño teléfono negro. Alex lo tomó con brusquedad y lo encendió. El teléfono estaba bloqueado, pero no supuso un problema; Alex conocía la contraseña.

—¡Oye, oye! ¡¿Cómo demonios sabes mi contraseña?! Alex era el único que la sabía —protestó Seth.

—Te vi ponerla en el desayuno. Deberías ser más cuidadoso —respondió Alex con rapidez antes de que quedara al descubierto. Sería una catástrofe.

Seth frunció el ceño. No acababa de creérselo.

—No lo hagas, Hannah —suplicó—. Por favor —dijo con temor y, por primera vez, sus ojos se llenaron de lágrimas. Se le estaban poniendo rojos.

Alex pulsó algunos botones y la pantalla se volvió a encender. Presionó el icono de llamadas, luego el de llamadas realizadas y reconocí el último número al que había llamado.

«Es mi número de teléfono», dije en un susurro.

—Así que no sabías a qué llamada me refería. —Apreté los dientes con fuerza.

Seth, Seth...

¡Había sido él!

—Puedo explicarlo.

—¿Ah sí? Espero que sea una explicación coherente. —Mi voz sonaba molesta. También sentía la furia de Alex desatándose por todo mi cuerpo.

—Hannah.

—¡Dímelo! —exigió Alex.

Seth se limpió la sangre que brotaba de su labio con el antebrazo.

—¡Tu madre! —gritó—. ¡Ella me hizo jurar...! ¡Mierda! —Se tapó la boca con las palmas de las manos. Claramente, se le había escapado.

Capítulo 14

Me quedé congelada. Mi mente no procesaba la información que Seth me había dado. Solo podía visualizar el rostro de mi madre. Eso no podía ser cierto. Seguro que había mentido para salirse con la suya.

—¿Qué te hizo jurar? —Fruncí el ceño a la espera de una respuesta de Seth. Afortunadamente, Alex podía hablar de forma coherente.

Los ojos de Seth se volvieron oscuros, parecían estar perdidos y esperando encontrar una respuesta en los sucios contenedores de basura. Su labio seguía sangrando. Su cuerpo se puso rígido y los músculos de los brazos se hicieron más visibles. Vi que sus omóplatos se tensaron junto a la pared.

—Escucha Hannah, no puedo decirte nada. Solo... —Cerró los ojos con fuerza, como si eso pudiera remediar lo que acababa de suceder—. Finge que no has oído nada de lo que he dicho, ¿de acuerdo? —propuso con naturalidad.

El calor de la furia me inundó. Estaba cansada de todo esto, no podía fingir que no había escuchado lo que había dicho. No podía seguir fingiendo que no pasaba nada.

—¿Cómo te atreves a pedirme eso?!

—Yo...

—Última oportunidad, Seth —sentencié con voz dura. Estaba segura de que vería mis ojos arder. Quería que supiera que esto no era una broma—. ¿Qué te hizo jurar mi madre? —exigí saber.

Apretó los labios, pero finalmente cedió.

—Que no te enterarías.

—¿De qué?

—Hice una promesa. No puedo contártelo, Hannah —dijo disculpándose.

Suspiré con frustración. Ahora me sentía otra vez yo. Estaba en paz y no había ninguna fuerza obligándome a hacer cosas o a decirlas. Había recuperado el control de mi cuerpo y de mi mente. Estaba furiosa y todos los músculos de mi cuerpo me respondían.

¿Dónde estaba Alex?

«¿Alex?», lo llamé mentalmente.

Esperé.

No hubo respuesta.

Entonces lo entendí. Habría supuesto que esto era un asunto entre Seth y yo, y que, por lo tanto, no debía entrometerse.

—Seth. Por favor... —supliqué.

Él negó con la cabeza.

—Lo siento —se limitó a decir.

—¿Por qué me has llamado antes? —grité. Sentía tanta frustración que me entraron ganas de llorar.

—Yo... No. No puedo. —Sacudía la cabeza, mordiéndose la lengua—. Te lo repito: deja de hacer lo que estás haciendo, aléjate de todo esto.

—¿Por qué? —insistí con un hilo de voz.

—Es peligroso para ti —dijo escuetamente. Parecía cuidadoso con sus palabras, medía exactamente lo que tenía que decir. Era listo.

—Pero dame una maldita razón para entenderlo —supliqué. Las piernas me temblaban todavía.

Se me formó un nudo en la garganta. No podía tragar. Si Seth lo notaba, eso me haría parecer débil y dolida, y no podía permitirlo. Quería parecer fuerte, como si todo aquello no me afectara. Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Era cálida, o tal vez mi piel estaba demasiado fría. Rápidamente, y con un movimiento salvaje y brusco, me pasé la mano por la cara para limpiarla.

—Te perjudicarías a ti misma.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté con confusión. Me rodeé el cuerpo con los brazos. Eso me hacía sentir protegida.

—Hannah, dejemos este asunto. Tarde o temprano lo sabrás. Pero, por ahora, no es tarde ni temprano.

—Es que no puedo esperar —confesé.

—Paciencia —dijo con voz quieta, como si nada de lo anterior hubiese pasado. Seth estaba tan normal. Por un momento lo envidié, envidié su paciencia y su tranquilidad, el modo en el que hablaba y cómo actuaba.

Seth se disculpó con la mirada y se dio la vuelta. Empezó a caminar con paso lento y, por extrañas razones, lo dejé ir. No impedí que se fuera. Su cabello castaño y rizado se movió ligeramente con la brisa del viento, lo que lo hizo parecer más rebelde. Guardó su teléfono móvil en el bolsillo con total naturalidad luego se metió las manos en los bolsillos y, cuando dobló la esquina para entrar de nuevo en el café, desapareció de mi vista.

Ya sola en el repugnante callejón con olor a vómito, los pensamientos me volvieron a azotar. Y mi conciencia también. A veces me gritaba que era una exagerada y que estaba molestando a la gente con mis estúpidas teorías sobre ellos. Pero luego le daba vueltas y me decía que mis pensamientos no podían ser tan estúpidos.

Kate y Seth no mantenían ninguna relación sentimental, eso había quedado claro. Aunque lo de Cara... ni siquiera ella me lo había contado, y eso era muy extraño y sospechoso. Entonces recordé haber visto sus ojos azules brillando cuando Seth apareció en el funeral de Alex. Casi daba saltos de felicidad, y yo no me había dado cuenta; había estado tan metida en mis pensamientos que no me había dado cuenta de la auténtica realidad. Estaba descuidando e ignorando cosas importantes y que nos podrían servir de ayuda.

Cara... ¿Y ahora qué le diría? ¿Cómo me disculparía con ella por haber golpeado a Seth? ¿Cómo podría hablar con ella? ¡Estaba ofendida! ¡Cara no pasaría por alto algo así!

Traté de reproducir la escena del café para recordar la reacción de Cara. La visualicé: venía de la barra con un batido de fresa en la mano. Recordé el estruendo del vaso de vidrio al estrellarse contra el suelo. Y después vi el terror en sus ojos al borde de las lágrimas desde el otro lado del café, corriendo

hacia mí, intentando separarme de Seth. Sus ojos chispeaban por la confusión y el miedo. Pero no tardé en darme cuenta de que no solo había terror en sus ojos, sino otra cosa más importante que nunca había notado hasta entonces: amor.

Cara estaba totalmente enamorada de Seth.

Y entonces, la historia y los sospechosos se disolvían. Cada vez era más difícil dar con una pista certera. Cada segundo que pasaba se volvía un infierno. Cualquier teoría se arruinaba en cuestión de días, de minutos... de segundos.

Y Kate... Dios. Con ella no acertaba en nada. Ella no era una cabeza hueca, también era lista. Pero me resultaba difícil pensar por qué se involucraría en un asesinato. Es decir, tenía todo lo que alguien podría desear: belleza, popularidad y una beca para una universidad prestigiosa. Era una diva, lo tenía absolutamente todo, incluso a Alex. Y ahí nacía la sospecha: Kate quería proteger a Seth de alguna cosa. ¿Por qué era tan solidaria con él? ¿Qué quería mantener en secreto? Y, por supuesto, no podía olvidar la conversación entre Kate y Seth después del funeral de Alex que mencionó Cara. Por todos esos motivos tenía un dilema con Kate.

—Hannah... —dijo alguien. Sacudí la cabeza para regresar a la realidad. Levanté la vista y me encontré con los ojos de Alex.

—Hablaré con mi madre. Tengo que hacer algo.

—¿Cómo estás? —Su pregunta me sorprendió.

¿Cómo estaba?

Me sentía frustrada, decepcionada, intrigada e incondicionalmente enojada con las personas que quería.

—Bien —respondí.

Empecé a sentir un terrible ardor en los nudillos que se expandía por toda la mano. Hice una mueca de dolor. Los golpes que había propinado a Seth me habían dejado heridas abiertas. La mano se estaba empezando a hinchar y a ponerse roja.

—¿Te duele? —Se acercó sin vacilar. Sin pedirme permiso, me tomó las manos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Tenía las manos muy suaves—. Es culpa mía... He actuado sin pensar —dijo, apenado. Sus dedos se deslizaron por mis nudillos, que estaban adoptando un tono morado. Me dolían mucho. Era como si hubiera golpeado una roca cien veces seguidas y con una fuerza brutal—. Lo siento —añadió con sinceridad.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunté antes de perderme en sus ojos almendrados.

—¿A qué te refieres?

Me soltó las manos y nos miramos a los ojos.

—Has entrado en mi cuerpo, me has poseído —expliqué en un susurro. En cuanto pronuncié las palabras vi el doble sentido que tenían e inmediatamente me ruboricé. Oh, esperaba que el color de los ladrillos del callejón camuflara el de mis mejillas.

—Yo... En realidad no lo sé. He sentido la necesidad de hacerlo. Ha sido como... Ya sabes... —Se llevó la mano a la nuca y se rascó con indecisión. Supuse que estaba buscando la palabra correcta. Miró hacia arriba, como si tratara de recordar algo. Y, finalmente, lo logró—. ¡Algo instintivo! —exclamó.

—¿Y por qué cuando has salido de mí no ha sido como cuando has entrado? ¿Por qué no ha habido oscuridad?

La herida de los nudillos me envió una punzada de dolor. Empecé a masajearlos con delicadeza.

—Porque tú eres luz —bromeó. Una sonrisa apareció en su rostro, me mostró sus perfectos dientes

blancos y, por un instante, el dolor de los nudillos se fue hasta el estómago y luego subió a mi pecho.

Le di un golpe suave en el hombro.

Sonreí por el halago.

Silencio.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué pasa con Seth? —pregunté.

—Creo que Seth ya nos ha ayudado bastante. Ahora tenemos la versión de Kate y la de Seth, y... parecen coincidir.

—¿Y si se la han inventado y habían pactado contar la misma historia? —me adelanté a preguntar.

—No... Conozco a Seth. Él no mentiría —respondió con total seguridad.

—¿Y mi madre? ¿Y Rosie? ¿Y tu padre? ¿Qué pasa con ellos?

—Tendrás que estar más pendiente de tu madre, ver y escuchar todo lo que hace. Deberías convertirte en su sombra.

—¿Y tus padres? Ya has oído a tu madre y a la mía. Ocultan algo.

Se quedó en silencio. Parecía pensativo.

Teniendo en cuenta todo lo que había sucedido, ya no sabía en quién confiar.

—¡Alex! —exclamé para despertarlo de sus pensamientos. Dio un respingo y me ofreció una sonrisa—. ¿Y si estamos detrás de la persona equivocada?

—El asesino aparecerá. Presiento que estamos cerca —me animó.

Pero en sus ojos había preocupación.

De pronto, mi teléfono empezó a vibrar en el bolsillo derecho. Metí la mano para sacarlo y, cuando mis nudillos rozaron la tela del pantalón, el dolor aumentó.

—Deja que te ayude, puedo hacerlo yo.

Alex me atrajo hacia él y metió la mano en el bolsillo delantero de mi pantalón, sujetándome para que permaneciéramos cerca. Nuestros cuerpos casi se tocaban. Sus dedos se movieron lentamente por el bolsillo en busca del teléfono.

Tragué saliva.

Su contacto era suave y cuidadoso.

Alex atrapó el teléfono y lo sacó de un tirón sin hacerme daño.

—Voy a curarte esa herida —dijo mirándome directamente a los ojos—. Te lo prometo.

Apenas tuve fuerzas para asentir.

—Número desconocido —me hizo saber Alex cuando me lo entregó.

Descolgué y, en menos de un segundo, una mujer pronunciaba mi nombre al otro lado de la línea. Me pegué el aparato al oído y una voz dulce empezó a hablar.

—¿Hannah? ¿Hola? —Automáticamente y por extraño que pareciera, sonreí. Reconocí la voz.

—Hola Rosie. —Dije su nombre en voz alta para que Alex supiera quién llamaba.

Frunció el ceño. Juraría que estaba celoso.

—Oh, llevo toda la tarde tratando de conseguir tu número —dijo pesadamente—. ¡Pero al fin lo tengo!

—Podría habérmelo pedido —dije dulcemente. Me relajé. La madre de Alex soltó una risita al otro lado de la línea.

—Claro, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? —se disculpó—. Y, Hannah, puedes tutearme.

Miré a Alex. Definitivamente, estaba celoso.

—De acuerdo. ¿Va todo bien, Rosie? —pregunté, intentando averiguar el motivo de su llamada.

—Sí —confirmó—. Verás, me preguntaba si podrías venir el próximo viernes. George y yo queremos verte.

—Yo...

Las palabras de mi madre resonaron en mi cabeza. Me mordí una uña. Yo era una chica que seguía las reglas. Respetaba a mi madre, pero ahora... la curiosidad me carcomía.

—Por supuesto, si no te supone un problema... —se adelantó a decir antes de que pudiera responder.

Ignoré la prohibición de mi madre de hablar con Rosie o George. Cuando me diera una buena razón, tal vez, solo tal vez, me mantendría alejada de ellos.

—¡En absoluto! ¡Allí estaré! —respondí emocionada.

—¡Genial! —exclamó—. Entonces, hasta el próximo viernes, ¿te parece bien? —dijo con anhelo.

—¡Por supuesto! Nos veremos entonces —dije, y después colgué.

Regresamos a casa con las manos vacías, los rostros blancos y con una expresión que denotaba pura decepción. Todavía no estaba segura de si debía llamar a la policía o seguir hasta averiguar lo que realmente sucedía. Meter a la policía en esto podría ser un grave error, sobre todo porque el padre de Sarah, mi compañera de clase, lo era y podía contarle a su hija lo que estaba pasando. Y Sarah no formaba parte de mi lista de personas de confianza desde la muerte de Alex. Debía ser extremadamente cautelosa porque seguramente alguien me estaría siguiendo.

Cuando entramos, la casa estaba totalmente en silencio. Lo único que se oía era el sonido de nuestros zapatos. Ni siquiera había una mosca zumbando a nuestro alrededor. Tan solo estábamos Alex y yo.

—¿Mamá? —pregunté a la nada. Dejé el móvil cerca de la cocina—. ¿Hola? ¿Hay alguien?

La estufa estaba apagada y no había ninguna señal de que mi madre estuviera en casa.

—Parece que no —respondió Alex detrás de mí.

—¿Mamá? —insistí. Solo quería asegurarme de que realmente no estaba en casa.

Cuando la única respuesta fue el silencio, me dirigí al baño del primer piso. Mis nudillos seguían ardiendo y ahora, además de estar morados, se habían hinchado todavía más. Acabaría llorando si el dolor no remitía. Alex tendría que esforzarse para que lo perdonara. Y mi perdón no era fácil de conseguir.

Seguro que mi rostro reflejaba mi enfado.

—Hannah, tengo que explicarte lo que sucedió...

—Por supuesto. —Entré al baño, tratando de mover lo mínimo posible las manos—. Y espero que tengas una muy buena explicación.

Encendí la luz y el baño se iluminó completamente. El olor a jabón llenó mis pulmones.

Fui directa al lavamanos.

—¿Qué haces? —preguntó Alex.

—Voy a desinfectarme las heridas.

El cuarto de baño no era demasiado grande; la taza del váter estaba cerca de la ducha y el lavamanos estaba al lado de la puerta. Pero era lo suficientemente amplio para que los dos estuviéramos allí dentro.

—Deja que te ayude, ha sido culpa mía.

Negué.

—Estoy bien, puedo abrir el grifo yo solita.

Enseguida, Alex se acercó. Estaba detrás de mí, y se encontraba lo suficientemente cerca para que nuestras ropas se tocaran. Abrí el grifo mientras contenía la respiración.

No entendía cómo era posible que su cercanía me pusiera tan nerviosa. Esperaba que no se diera cuenta.

—¿Vas a lavarlas con agua? —preguntó cerca de mi cabello. Su aliento me puso el vello de punta.

—Sí.

Por el espejo vi que negaba con la cabeza.

—No. —Pasó la mano por mi lado derecho y cerró el grifo. El agua dejó de caer y el baño recuperó el silencio—. Con agua no será suficiente, tendremos que desinfectarlo con alcohol.

—Alex, agradezco tu ayuda pero no creo que...

—Siéntate —me ordenó, señalando el inodoro. La tapa estaba bajada, así que podía sentarme sin ningún problema.

—Me dolerá y voy a llorar, y no quiero que me veas llorar otra vez. —Las palabras temblaron en mi boca. En realidad no era eso lo que me preocupaba, sino que tenía un nudo en el estómago, y Alex era el causante. Sentía las piernas cada vez más débiles.

—Seré lo más cuidadoso que pueda —aseguró—. Si no te lo curas correctamente, la herida se puede infectar. Y, créeme, eso dolerá más.

Resoplé.

No podía seguir mintiéndome a mí misma. Una parte de mí quería ir directa hacia la taza del váter y hacer lo que él me pedía. Pero mi parte racional me recordaba que debería estar molesta con él por lo que había hecho. No lo perdonaría tan fácilmente, ni siquiera aunque me ayudara a desinfectarme la herida.

—Por favor, Hannah —dijo ansioso—. Déjame hacerlo.

Me regaló una sonrisa suave y no pude resistirme.

—Está bien —dije. Di unos pasos hasta el inodoro y me dejé caer.

Alex sonreía.

—Lo haré con cuidado —prometió, y yo asentí—. Te dolerá un poco, eso sí, pero trataré de que el dolor sea mínimo, ¿de acuerdo? No voy a hacerte daño, confía en mí.

Sabía que ya no había marcha atrás.

—Espero que al menos sepas lo que estás haciendo.

Alex se dio la vuelta, lo que me permitió tener una buena visión de su espalda. Fue hasta el botiquín de primeros auxilios que teníamos en un cajón, cerca de las toallas limpias.

—Por supuesto. —Estaba animado—. Lo he hecho un montón de veces.

—¿Con quién?

Mi pie golpeaba el suelo una y otra vez. Estaba nerviosa.

—Conmigo —respondió.

Me reí.

—Espero que sea verdad y que sepas lo que haces, entonces.

Alex sonrió, sacó un algodón de una bolsita de plástico y luego una botella de alcohol. Al ver el

envase me dieron escalofríos. Las heridas palpitaban en mis nudillos. Sería un infierno cuando el líquido cayera en mis manos, lo sabía.

—Confía en mí —repitió. Su voz resonó por cada rincón del baño.

Luego se dio la vuelta y volvió a estar frente a mí. Sus ojos me miraban con atención.

Fingí toser cuando se quedó observándome unos segundos. Estaba demasiado gracioso con un pedazo de algodón en la mano y con la botella de alcohol en la otra. Sonreía.

Intuí que me arrepentiría de eso toda la vida.

—Estoy lista —anuncié.

—Muy bien, comencemos.

Alex se acercó y, antes de dar otro paso para quedar frente a mí, bañó el pedazo de algodón en alcohol. Lo exprimí cuando vio que se había pasado con la cantidad. Me sorprendió la seriedad con la que actuaba.

Alex se arrodilló para estar a mi altura y dejó la botella en el suelo, cerca de él para volver a usarla después.

—Dame la mano.

Intenté aparentar normalidad.

—¿Derecha o izquierda?

—Empecemos por la derecha.

Asentí.

Tenía las manos apoyadas en las piernas, así que levanté la mano derecha. Tembló al instante. Mis mejillas ardieron. Esperaba que él no lo notara, pero estaba demasiado cerca de mí, así que sería imposible que no se diera cuenta.

Tenía que controlarme.

—Lo siento —dije, fingiendo un quejido creíble—. Duele demasiado.

Alex sonrió. Tomó mi mano y los temblores se detuvieron al instante. Cuando su piel tocó la mía, hubo una conexión muy intensa entre nosotros. O, al menos, eso era lo que yo sentía, una especie de corriente eléctrica que viajaba por cada centímetro de mi piel.

Alex examinó la herida y pasó el algodón por mis nudillos. Con una mano sostenía la mía, mientras que con la otra pasaba suavemente el pequeño trozo de algodón por mi piel herida. Al principio sentí ardor, pero después el dolor no fue a más. De hecho, pareció disminuir.

Cuando el algodón se tiñó de rojo, lo tiró al cubo de basura que había junto al inodoro. Sin soltar mi mano, cogió otro trozo y lo mojó con alcohol. Repitió el procedimiento: tocaba con suavidad y limpiaba cada milímetro de herida. Yo observaba lo concentrado que estaba. Fruncía el ceño y sus ojos examinaban con detenimiento mis nudillos para limpiarlo todo correctamente.

Me distraje observando nuestras manos unidas, en constante contacto.

Alex tenía los dedos largos y finos. Eran las manos más bonitas y suaves que había acariciado. Me gustaba que no las apartara de las mías, ni siquiera para cambiar de algodón. Enseguida comencé a sudar, pero afortunadamente Alex seguía pendiente de la cura y probablemente ni se percató.

—¿Te duele? —preguntó sin apartar la mirada de mi mano.

—Un poco —me limité a decir.

Siguió limpiando hasta que mi piel pareció más limpia. Estaba rojiza.

—Lo siento mucho, Hannah —dijo negando con la cabeza—. No he podido controlarme.

—Lo sé —respondí.

—No sé cómo ha pasado, todo ha sido muy rápido... Yo solo veía a Seth con su cara de niño bueno y no podía dejar de pensar en lo falso y mentiroso que había sido. —Sus dedos presionaron el algodón—. Estaba tan furioso que de pronto he tenido esa idea de poseerte. Lo había leído en libros, pero no estaba seguro de que funcionase. Así que he actuado por instinto. La rabia que sentía hacia Seth me ha hecho actuar así y sé que no tengo excusa, pero era necesario. Aparte de que le hemos dado una buena paliza, ¿no crees?

En mi mente solo se repetía la palabra «poseerte» una y otra vez, así como la imagen de sus labios rojos moviéndose cuando la pronunciaba.

—Me odiará más que antes —comenté.

Alex negó.

—Seth no te odia. —Dejó de limpiar la herida y sus ojos se centraron en mí—. Nadie podría odiar a una chica como tú.

Sonreí.

—Estará muy molesto conmigo el resto de su vida.

—Eso no puedo negártelo. A Seth no le gustan los imprevistos. Es demasiado ordenado, quiere que las cosas salgan como él había planeado. Pero es buen chico.

—Alex... —comencé a decir—. Sea o no buen chico, no podemos confiar en él.

Alex asintió. Lo comprendía.

—Lo sé.

Después prosiguió con mi mano izquierda. Ya habíamos gastado todo el algodón que había en la caja y no estaba segura de si sería suficiente con el que quedaba.

—Entonces, ¿estoy perdonado?

—No —dije de inmediato.

Su risa llenó el baño.

—Eres terca, Hannah.

Ahora fui yo quien rio.

—No —dije—. Simplemente no puedo perdonarte porque no me has justificado nada.

Alex tiró el último trozo de algodón a la basura. Mis manos estaban limpias y los nudillos ya no se veían tan rojos. Después, sacó un pedazo de venda y envolvió mis heridas. Tendría que evitar que mi madre me viera las manos. Una discusión más y sería el fin del mundo.

Cuando terminó de vendarme, no apartó las manos de las mías.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones? —susurró.

Temblé ligeramente.

Deseaba que su cuerpo se acercara todavía más. ¿Podría besarme? Es decir, sabía que podía tocarme y estar dentro de mi cuerpo. Así que, ¿podría besarme también?

Luego, como si hubiera leído mi pensamiento, se acercó. Me quedé quieta y no me moví ni un centímetro. Deseaba permanecer aquí para siempre; no me importaba el olor a pasta de dientes, ni tampoco el del jabón de canela que utilizaba mi madre. Nuestros ojos no dejaban de mirarse. Estábamos conectados. Lentamente, su mano llegó hasta mi oreja y, cuando las suaves yemas de sus dedos me acariciaron el lóbulo, mi piel se erizó.

—Hannah —pronunció mi nombre cerca de mi boca. Su aliento a menta explotaba en todo mi rostro. Era más guapo de lo que había pensado hasta entonces. Aquellos encantadores ojos almendrados hacían que me perdiera en ellos.

—Alex —dije.

Se acercó todavía más, apenas un par de centímetros separaban nuestros rostros. Contuve la respiración. Sentí un nudo muy fuerte en el estómago, y estaba segura de que mi pecho explotaría.

¿Por qué tardaba tanto?

Quería tener sus labios pegados a los míos y besarle hasta que me dolieran. Era extraño, pero lo deseaba.

—¿Cariño? ¿Estás aquí? —La voz de mi madre hizo que nos apartáramos del otro. La puerta del baño se cerró de golpe, y no fue precisamente por una corriente de aire, sino que había sido Alex.

—Sí —respondí, pero no lo suficientemente fuerte como para que me oyera.

—¿Hannah? ¿Cariño? —insistió.

Mi madre era una persona muy paciente, pero a veces llegaba a su punto máximo y explotaba. Aun así, perdonaba con facilidad y podía volver a la normalidad rápidamente. Me hubiera gustado heredar esa característica. Yo podía ser muy terca y rencorosa, no como ella, que solía tomar la iniciativa para hacer las paces. Lo bueno de todo esto era que al final yo aceptaba la tregua porque la quería. Siempre lo hacíamos así.

—Sí —dije con más fuerza—. Estoy en el baño, estoy aquí.

Escuché que se acercaba a la puerta del baño. Menos mal que estaba cerrada.

—He salido un momento a tomar el aire —gritó desde el otro lado de la puerta para explicar su ausencia—. Pero ahora un profesor me ha llamado y quiere que lo sustituya esta tarde, así que tendré que salir otra vez. Te he dejado comida en el horno. No volveré tarde, pero no me esperes para cenar, ¿de acuerdo?

—Está bien, mamá.

Pasaron unos segundos. Su sombra seguía ahí, se veía por debajo de la puerta.

—Y si pasa cualquier cosa, llámame.

Asentí, aunque ella no podía verme.

—Claro, nos vemos más tarde. —No podía apartar mis ojos de los de Alex.

—¿Va todo bien ahí adentro?

Eran los ojos más bonitos y cautivadores que había visto. Podría mirarlos todo el día y no me cansaría. Incluso estaría dispuesta a quedarme despierta durante horas solo para admirar ese brillo encantador.

No. No iba bien.

Estaba perdiendo la cabeza por un chico muerto. Y eso era un problema terrible.

—Sí, todo va bien, no te preocupes.

Pareció dudar.

—Tendré el móvil conectado. Recuerda cerrar con seguro todas las ventanas.

—De acuerdo, mamá.

Luego se alejó de la puerta y poco después oí el motor de su coche.

—Muy bien —dijo Alex, resoplando—. La herida está desinfectada.

Me removí inquieta sobre el inodoro y asentí, tragando saliva. De pronto, tuve frío.

—Gracias, Alex.

Capítulo 15

Al día siguiente, todo fue horrible.

En el instituto, el suelo de los pasillos resbalaba. Seguramente la señora de la limpieza había usado algún detergente jabonoso y no lo había enjuagado del todo bien. Afuera, el viento soplaba con fuerza, pero dentro de las aulas el calor era terrible. Las ventanas vibraban y los árboles se movían ligeramente. Según el hombre del tiempo, se esperaban lluvias. Pero el calor allí dentro... era insoportable.

Caminé pesadamente por el pasillo sin hacer ruido, pero mis pies no eran los únicos que vagaban por allí. Había un montón de estudiantes yendo y viniendo, de aquí para allá, chocando con mis hombros accidentalmente, mezclándose en el alboroto que ellos provocaban con el estruendo de los tacones de aguja de las chicas, que golpeaban el suelo con tanta fuerza como les era posible. Su perfume de manzana inundaba todo el pasillo, pero se disolvía al entrar en contacto con otros jocosos olores.

Cuando abrí la puerta para entrar al área de penúltimo año, los murmullos cesaron y todos los ojos se posaron sobre mí. Fue poner un pie en el pasillo y las inquietantes e incesantes miradas de admiración de los alumnos me pusieron nerviosa.

¿Qué pasaba?

Miré a mi alrededor. Todos me sonreían y me admiraban como si fuera una heroína. Seth no estaba ahí, tan solo vi a Tom apoyado en una de las taquillas, a Kate, con su cabello rubio rizado tan perfecto como siempre, y a Karen, a su lado, con una mueca en sus labios pintados de rojo. Ryan también estaba allí y, al contrario que Kate y Karen, no dejaba de reír. Kate le dio un golpe en el estómago para hacerlo callar.

Apenas se oía el zumbido de una mosca. Todo el mundo estaba en silencio. La gente me miraba con rostros asombrados. Me quedé en *shock*.

—¡Asombroso, Hannah! —exclamó una persona que no alcancé a ver—. No sabía que practicaras boxeo.

No tardé en darme cuenta de lo que hablaban.

Seth.

—No lo hago —respondí.

Mi voz sonaba aguda y asustada. Las piernas me temblaban. Alcé la vista para mirar al fondo del pasillo y descubrí de quién era la voz: Sarah. Su cabello pelirrojo la hacía resaltar entre los estudiantes y, en ese momento en concreto, gracias a la luz del instituto, su melena brillaba con más intensidad y su nariz pecosa parecía más pequeña y fina. Llevaba una blusa blanca y estaba cruzada de brazos mientras

me sonreía.

Sería la única, porque Kate no sonreía, y ahora tampoco lo hacía Ryan. De hecho, parecían molestos.

Busqué a Cara entre la multitud. Estaba nerviosa y las axilas y las manos me empezaban a sudar. No me gustaba ser el centro de atención. Me puse de puntillas para buscarla, pero no estaba allí.

—Oye Hannah, tienes que enseñarme cómo dar un buen golpe —gritó una voz masculina.

Algunos asintieron, gritando con emoción.

—No... No sé de qué habláis —contesté rápidamente.

Varias personas tenían los móviles en las manos y murmuraban cosas como si debería entrar al equipo de boxeo o lo buena que era dando golpes a los chicos. Por una parte me halagaban, pero, por otra, no quería que nadie se enterara de lo que había sucedido en el café por dos razones: mi madre y Cara.

—Ese vídeo es falso, no soy yo —me adelanté a decir. Esperaba sonar convincente e intentar salvar la poca reputación de Seth. Pero nadie parecía creerme; sabía que era la explicación más tonta que había dado en mi vida, pero estaba tan nerviosa que no sabía qué inventarme para ocultarlo todo. Mi madre me mataría, estaba segura. Si ese vídeo se había vuelto viral en el instituto, no quería imaginar qué pasaría si alguien lo subía a Facebook o a YouTube, si es que todavía no lo habían hecho.

—Yo no tengo esa fuerza sobrehumana —dije en un último intento.

Observé sus rostros confusos. El pasillo no tardó en estallar en murmullos que, poco después, pasaron a ser casi gritos mientras volvían a visualizar el vídeo. Al parecer, ya lo tenían todos. Pero se me olvidaba algo: Ryan había estado allí, fue testigo de lo que pasó, y también Cara. Ellos vieron absolutamente todo lo que sucedió. Tendría que decirles algo, darles una respuesta creíble. Pero ¿cómo les explicaría lo sucedido? ¿Cómo les diría que fui poseída por un fantasma? Solo con pensarlo ya sonaba a locura.

Así que busqué a Ryan entre la multitud. Los alumnos seguían comparándome con la chica del vídeo. El pasillo ya no estaba en silencio, ahora había voces por todas partes. Ryan estaba hablando con Kate y Karen; no parecían felices, sino más bien preocupados. Él se percató de que lo estaba buscando y me miró con intensidad. Le supliqué con la mirada, intentando convencerlo de que no dijera nada, de que me siguiera la corriente y que se lo explicaría todo más tarde si lo deseaba. Ryan no asintió, pero al menos pareció no decir nada en mi contra. Mi cuerpo se relajó cuando siguió hablando con Kate, ignorándome olímpicamente.

Suspiré con pesadez. Todo se estaba descontrolando.

Me pasé las manos por el rostro y después por el cabello, desesperada.

¿Dónde estaba Cara? ¿Estaría enfadada conmigo? Suponía que sí, porque no me había hablado en todo el fin de semana.

¿Qué le diría? Era mi mejor amiga y no podía mentirle, pero tampoco debía contarle la verdad. No lo entendería.

—Hannah —susurró alguien.

Miré a mi alrededor, pero nadie me estaba mirando. Todos estaban charlando con alguien, concentrados en su móvil o abriendo las taquillas.

Me dije que debía de ser mi conciencia. Tenía que dejar de mentir y así viviría en paz. Tal vez...

Me encaminé hacia el aula antes de que me hicieran más preguntas. Ya sacarían ellos sus propias conclusiones a partir de lo que les había dicho.

—Hannah —dijo alguien de nuevo, esta vez más claro. Pero el aula estaba vacía, no había nadie más

aparte de mí. Lo ignoré.

Dejé caer la mochila en el suelo mientras me sentaba en la silla. Saqué el móvil y tenía un nuevo mensaje. Era el vídeo de Seth. Seguro que a estas alturas ya estaría en todas las redes sociales posibles.

Gemí.

Dejé caer la cabeza en la mesa, cerré los ojos y me pregunté qué sería lo siguiente que pasaría, a qué tendría que enfrentarme a continuación. En este aspecto, me sentía igual que Alex.

Escuché un ruido sordo al fondo de la clase. Alguien estaba arrastrando una silla sin tomarse la molestia de levantarla. Me sobresalté. Alguien había entrado. Levanté la cabeza y me encontré con el rostro molesto de Cara.

—Hola —saludé.

No me contestó. Se sentó en su pupitre y me ignoró. Su cabello negro brillaba extrañamente, lo llevaba suelto y sus ojos me evitaban, mirando hacia otro lado o jugando con el pelo entre sus dedos para distraerse.

—Cara, por favor —le rogué.

No sabía cómo se lo iba a explicar. Me debatía entre mentirle o decirle la verdad.

—Lo has conseguido, Hannah —comentó sin mirarme.

Su mirada era profunda y tenía la mandíbula tensa.

—¿Qué? —Fruncí el ceño. No entendía sus palabras.

Cara seguía sin mirarme, con la mirada clavada en algún sitio. Estaba visiblemente molesta.

—Felicidades. —Sonaba sarcástica.

—Cara...

—Siempre lo has querido, ¿no? —volvió a hablar. Esta vez lo hizo en un murmullo, todavía más furiosa.

—Cara, no sé de qué hablas —respondí sin apartar la vista de ella.

Su rostro seguía inmóvil. De repente, desvió la mirada y sus ojos azules me observaron con expectación.

—No te hagas la víctima.

Mis ojos se abrieron por el asombro.

—No sé de qué hablas —insistí.

—Te consideraba mi amiga. —Sentí un pinchazo en el corazón al oír aquellas palabras. Su tono de voz era indiferente y su rechazo me dolió.

¡Era su amiga!

«Una amiga no miente a otra», me reprimió mi conciencia.

—¡Soy tu amiga! —exclamé con voz dolida.

No lo había notado, pero llevaba los labios pintados de un rojo extravagante y muy seductor.

—Sí, claro. —Percibí sarcasmo en su voz. Cruzó los brazos sobre la mesa y de nuevo evitó mi mirada.

Tenía que pensar en algo.

—Vale, sí, ¡golpeé a Seth! ¡Pero no por lo que tú crees! —espeté levantando las manos en el aire en forma de rendición. Se lo iba a contar. Lo haría, pero solo por ella—. Y sobre lo que he conseguido y lo que siempre he querido, no sé de qué hablas —insistí.

—Siempre has querido ser popular, pero ¿por qué sigues a Seth? ¡¿Qué te ha hecho?! —exclamó con

furia. Apretó los puños. Su mandíbula seguía tensa.

—Yo no quería ser «popular». —Hice unas comillas con los dedos para remarcar esta última palabra—. Y sobre Seth... no estoy siguiéndolo. Pero es que me gastó una broma muy pesada y... estaba furiosa. Eso es todo.

«Mentirosa».

—¿Qué broma? —preguntó.

Dudé.

—Bueno, te lo voy a decir, pero no puedes contárselo a nadie, ¿de acuerdo? —Me acerqué a ella y Cara asintió con interés, prestándome toda su atención—. Me hizo una llamada de muy mal gusto. Me amenazó para que dejara de seguirlo, cosa que nunca he hecho —mentí.

—¿Él te amenazó? —Sus ojos se abrieron de par en par.

—Sí, pero fue una broma —dije antes de que lo malinterpretara y todo se volviera a venir abajo por mi culpa.

—Pero tú no eres agresiva —me contradijo.

—Es que me molestó muchísimo y actué sin pensar.

—¿Y por qué no me lo contaste antes? Todo esto se habría evitado —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Lo sé. Perdón.

El timbre sonó y la clase se llenó de alumnos. Sarah entró detrás de Karen; ambas se reían, como si les hubieran contado un buen chiste. Luego entró Tom; como siempre, destacaba su cabello castaño ondulado, pero también sus ojos caídos y cansados. Nadie sabía si estaba enfermo o qué le pasaba. Las ojeras eran cada vez más visibles y, aunque en el instituto hacía calor, llevaba una tremenda chaqueta de cuero negra y una bufanda del mismo color en su cuello. En cuanto estornudaba, todo el mundo se alejaba. Pobre chico.

Y luego entró mi pesadilla. Y cómo no, se sentó justo a mi lado.

—Hola, Hannah —me saludó e hizo un gesto con la cabeza.

—Ho... —Antes de que pudiera contestar, me interrumpió un fuerte alarido. Tom estornudó de nuevo, esta vez con más fuerza. Pequeñas gotas de su saliva cayeron en mi mesa. Me quedé mirándolas fijamente, pero no dije nada.

—Lo siento —se disculpó Tom, y limpió mi mesa con la manga de su chaqueta.

—No hay problema.

Los alumnos seguían entrando con las mochilas colgadas de sus hombros o con el móvil en la mano.

¿Dónde estaba Kate? ¿No se suponía que íbamos a la misma clase? ¿Y Ryan? ¿Dónde estaban?

Me giré de nuevo para buscar el rostro de Cara.

—¿Estoy perdonada?

—Aún no.

—¿Y qué pasó cuando quemaste mi camisa favorita? —dije, y le recordé lo que había pasado el verano del año anterior. Ella negó con la cabeza, tratando de no reír.

—De acuerdo, estás perdonada —dijo con una media sonrisa. Asentí con una alegría enorme. Pero fue una euforia efímera que se fue enseguida.

—Hannah —me llamó la profesora. Estaba detrás de mí.

¿Ya había empezado la clase?

Me giré. La profesora de Física me miraba de forma acusadora. Sus gafas parecían más grandes de

lo normal, tal vez porque estaba demasiado cerca de mí.

Los alumnos guardaron silencio.

—¿Sí? —pregunté.

—La directora quiere que vayas a su despacho.

—¿Qué?

La clase estalló en un «uh...».

—Ahora —ordenó.

Me levanté de la silla con pocas ganas. Seguro que el vídeo ya habría llegado a manos de mi madre.

Debía de estar muy furiosa para hacerme perder una clase, y más si era Física.

Me puse la mochila y miré a Cara con confusión. Ella se encogió de hombros a modo de respuesta.

Salí del aula con paso rápido y cerré la puerta detrás de mí. Desde el pasillo, los murmullos de la clase todavía se oían. Caminé en dirección al despacho de mi madre. Esta vez el ruido de mis zapatos era lo único que me acompañaba.

—¿Te han puesto una amonestación? —susurró una voz justo detrás de mí. Mi piel se erizó y di un respingo.

Ahugué un grito.

Me giré y me encontré con un rostro conocido.

Alex.

—¡No vuelvas a hacer eso! —Le golpeé con el brazo.

—Era una broma —respondió con una sonrisa.

¿Cómo podía seguir sonriendo a pesar de todo este caos?

—Me has asustado. —Me toqué el pecho como si hubiera tenido un infarto.

—Lo siento —se disculpó, todavía con esa sonrisa. Pero al ver mi rostro molesto, su semblante se puso serio—. ¿Qué pasa? —preguntó para ponerse al día.

—Todo el instituto ha visto el vídeo —le informé mientras caminaba con paso lento.

—¿Qué vídeo?

—El vídeo en el que supuestamente estoy golpeando a Seth —dije para recordarle la pelea en la cafetería.

—Oh, mierda.

—Y ahora mi madre quiere verme en su despacho —añadí.

—Doble mierda.

Seguí caminando hacia el despacho de la directora sin decir nada, y él tampoco. Supuse que los dos estábamos bastante concentrados en nuestros pensamientos. No tenía ni idea de qué le contaría a mi madre. Ella me conocía a la perfección, no se tragaría tan fácilmente mis mentiras. Tendría que hacerlo muy bien para que me creyera.

—Hannah, lo siento mucho, pero tengo que irme —dijo Alex, rompiendo el silencio.

—¿Qué? ¿A dónde? —pregunté.

Se detuvo y se metió las manos en los bolsillos. Yo también me detuve. No sé por qué, pero en ese momento pensé en lo limpio que siempre estaba Alex, aunque ya no se pudiera duchar. Ni siquiera olía mal ni nada por el estilo. Parecía, más bien, que acabara de salir de una sesión de fotos.

—Después te lo explicaré.

—Vale. —No insistí. Sabía que me lo contaría, ambos confiábamos en el otro. O, al menos, yo

confiaba en él y esperaba que él confiase en mí.

Alex desapareció sin dejar rastro. Yo volví a caminar por el pasillo con paso más lento, sufriendo un amago de infarto.

Deseaba que las continuas discusiones con mi madre terminaran, ni ella ni yo merecíamos esto. Nuestra relación había sido perfecta hasta que los Crowell aparecieron en nuestras vidas.

George. Él era un tipo agradable, aunque podía ser intimidante cuando quería. Su presencia y su fluidez al hablar me ponían de los nervios, me hacían sentir inferior cuando estaba con él; aun así, en cierto modo, era agradable. Y luego estaba Alex. Era guapo y divertido. Su sonrisa brillante y los ojos almendrados deslumbraban a cualquiera. Y lo más importante: era un fantasma. Me habría encantado conocerlo mejor antes de que muriera, o volver al pasado y advertirle de su muerte... Pero esa opción no existía.

En cuanto a Rosie, era la mujer más cariñosa y tierna que había conocido. Mi madre podía llegar a ser cariñosa, pero no tanto como Rosie. La madre de Alex tenía ese algo que hacía que la quisiera de inmediato. Era extraño cuando pensaba en ello, porque nunca encontraba un motivo coherente que lo explicara.

Me preguntaba si Rosie tendría otro hijo en el futuro, y también por qué Alex era hijo único, si su familia tenía todo el dinero del mundo para alimentar otras bocas. Es decir, mi madre me tuvo a mí y era hija única porque mi padre murió cuando era pequeña, y no tuvo la oportunidad de tener más hijos.

Supuse que, después de todo, mi padre no era un buen tipo, ya que ni siquiera tenía su apellido y no sabía nada de él. O, mejor dicho, sabía muy pocas cosas de él. Me habían contado que había muerto en un accidente de coche y, según la versión de mi madre, iba borracho y conducía con exceso de velocidad. No se percató de que un tráiler se acercaba en su dirección. Mi padre acabó en el otro carril y chocó con el camión. Fin de la historia.

También sabía que él no tenía familia, solo a nosotras dos. Así que cuando murió, fue imposible contactar con parientes. Entonces, para evitar malos entendidos y recuerdos dolorosos, mi madre decidió cambiarme el apellido y me puso el suyo.

Hannah Reeve.

Después de todo, no podía quejarme. Me gustaba cómo sonaba.

Ahora que lo pensaba, me hubiera gustado tener una hermana o un hermano. Aunque, a veces, me alegraba de ser hija única. Me gustaba el silencio, la tranquilidad.

Por más vueltas que le diera, los Crowell no me parecían tan malos. No entendía por qué mi madre insistía en que me alejara de ellos.

Estaba tan perdida en mis pensamientos que había pasado de largo del despacho de mi madre. Tendría que haber girado a la derecha un pasillo antes, pero había tantos que era fácil perderse si no conocías el instituto. Era como un laberinto.

Iba a dar la vuelta y regresar al pasillo anterior cuando escuché unos murmullos. Avancé con paso más lento hacia las voces.

Los murmullos se hacían más claros a medida que me aproximaba. Mis zapatos hacían ruido, así que en un movimiento rápido, me los quité y me quedé en calcetines. Qué ridiculez.

Guardé los zapatos en la mochila. Como no quería hacer ruido, ni siquiera cerré la mochila. No quería que me descubrieran.

Mis sospechas empezaron a tomar forma cuando mi cerebro juntó las piezas del rompecabezas. Kate y Ryan no habían entrado en clase y todos los demás sí, así que... ¿quién más podría ser?

Bien, cerebro. Un punto para Hannah.

No doblé la esquina del pasillo para evitar ser vista. Ahora los murmullos eran mucho más nítidos.

—¿Cómo estás? —preguntó una voz masculina.

Intenté asomarme ligeramente para mirar un poco.

—Mal... No puedo seguir con esto —respondió una chica. Era la voz chillona e irritante de Kate.

Mi cerebro no tardó en ponerle nombre al chico: era la voz grave y cautelosa de Ryan.

¿Qué hacían allí juntos? ¿Y la chica de la cafetería? ¿Qué había pasado con la chica y su rosado escote?

—¿Con qué? —Hubo un silencio y luego un suspiro.

Cuando hablaban, lo hacían en susurros y no lograba escuchar a la perfección lo que decían. Además, el viento que soplaba con fuerza en el exterior apaciguaba sus voces.

Me quedé pegada en la pared, tratando de no hacer ruido.

—Con lo de Alex. No puedo —susurró Kate con dolor. Sonaba tan creíble que hasta la compadecía por su tono de voz.

—Kate... —dijo Ryan con voz contundente, pronunciando su nombre como si fuese una oración.

Kate gimió y se llevó las manos al rostro para ocultarlo.

—Ven aquí. Yo lo arreglaré.

Asomé un poco más la cabeza y la escena que presencié fue increíble.

Y cuando digo increíble, me refiero a *realmente* increíble.

Ryan se movió para quedar frente a Kate. No dejó ni un mínimo espacio entre ellos. La tenía acorralada con sus brazos musculosos, rodeándola y protegiéndola del exterior. Sus respiraciones eran agitadas. Los labios de Ryan buscaron los de ella cuando cerró los ojos. Kate se quedó inmóvil cuando él la besó con una desesperación apasionada.

Uh... A Alex no le gustaría esto.

Dos puntos para Hannah.

Sin darme cuenta, me quedé observando la incómoda escena. Ryan movió las manos por el cuerpo de Kate hasta situarlas en su cintura. No dejaba de besarla; sus labios se movían a un ritmo frenético, llenos de deseo. Kate respiraba con dificultad, su pecho subía y bajaba. Al principio ella parecía tensa, pero después sus manos y su cuerpo cedieron. Al cabo de unos segundos, y cuando Ryan profundizó todavía más el beso, ella le rodeó el cuello y con una mano le acarició el cabello.

Ryan hizo una pausa para relamerse los labios y mirarla a los ojos, y luego siguió besando a Kate con una desenfrenada excitación.

Me sentía como una intrusa. Esto era demasiado íntimo.

Ryan acarició el cuerpo de Kate por debajo de su delgada blusa y ella reaccionó en un movimiento incómodo, como si quisiera zafarse de su agarre, pero no dejaron de besarse. Vi a Kate morder el labio de Ryan.

Él insistió de nuevo, moviendo las manos más rápido hacia sus pechos. Kate dio un brinco, asustada.

¿Por qué parecía tan sorprendida? Seguro que ya se lo habían hecho antes.

Kate empujó suavemente a Ryan para separarse de él y tomó varias bocanadas de aire.

—Esto no va a ayudar —dijo Kate con voz agitada. Ryan no se molestó, al contrario, sonreía.

—Puedo hacerlo mejor —respondió con picardía, levantando una de sus delgadas cejas.

Ella negó con la cabeza mientras se acomodaba la blusa. Cuando vio que Ryan le prestaba más atención a su escote que a ella, Kate se cruzó de brazos y fingió estar ofendida.

—Ryan, por Dios, esa chica acabará sufriendo. No quiero seguir metida en esto.

Suspiró y asintió, recuperando la compostura.

—Yo tampoco. —Ryan se cruzó de brazos. Ahora hablaba en serio, y me sorprendió. Su seriedad era bruta. Parecía enfadado, pero no lo estaba.

El rostro de Kate estaba pálido. Nunca la había visto tan preocupada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella.

—Hannah no debe saberlo —dijo Ryan haciendo una mueca.

Me sobresalté cuando mencionaron mi nombre. La sangre se me acumuló en el rostro. Un escalofrío inquietante me recorrió todo el cuerpo, como si me hubiesen inyectado una extraña sustancia. Un calor intenso me invadió. No podía creer lo que estaban diciendo. Acababan de mencionar el nombre de Alex y el mío. La piel se me puso de gallina.

—Hay que decirle la verdad —dijo Kate con desesperación.

Se rascó la nuca y su mirada se movió intranquila por todo el pasillo. Seguramente presentía que alguien los observaba. Me oculté de nuevo rápidamente tras la esquina. Incluso aguanté la respiración para que no hubiera ningún ruido.

—¿Estás loca? ¡No!

—¡Ryan! ¡Hannah está investigando! —exclamó con frustración. Me asomé de nuevo, pero un poco menos que antes. No quería que me descubrieran. El aire que había acumulado en los pulmones quería salir de mi pecho, así que lo solté poco a poco, de la manera más silenciosa que pude—. Sabes muy bien lo peligrosa que puede ser una persona que piensa.

—Eh, tranquila. Haremos lo que haga falta. —Intentaba mantener el control de la situación—. ¿Cómo sabes que está investigando? —Ryan se acercó y le acarició las mejillas con delicadeza. Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas.

—Está haciendo preguntas. Me está siguiendo... Nos está siguiendo —se corrigió. Una lágrima se deslizó por su mejilla y Ryan la limpió con el dedo.

—Tranquila, cariño —le susurró. Ella rompió a llorar.

Oh, Dios mío, ¡Kate y Ryan eran novios! Claro, ¿cómo no había caído antes? Pero ¿de qué estaban hablando?

—Seth me contó lo de la cafetería, lo de la llamada... todo —dijo Kate—. Él también tiene miedo. Cara me dijo que le envió una nota amenazándola, pero ella no le ha comentado nada, aunque sospecha que le pidió el cuaderno para comprobar la similitud de las letras y el tipo de papel. No sé qué sabe de mí o de ti. —Cogió aire—. Pero Hannah se está acercando y lo descubrirá todo, Ryan, es cuestión de tiempo. Tenemos que hacer algo, debemos decírselo antes de que la situación empeore. No va a parar...

Ryan miró hacia el techo, como si la respuesta a todos sus problemas estuviera escrita allí arriba.

—Deberíamos reunirnos. Seth, Cara, Karen, Sarah, tú y yo. —Los nombró a todos mientras limpiaba las lágrimas de Kate a medida que iban cayendo—. Nuestras versiones deben coincidir la próxima vez que Hannah pregunte algo. Pensaremos un plan y la obligaremos a abandonar todo esto.

Tragué saliva y observé a Kate.

Ella asintió, estaba de acuerdo con la propuesta de Ryan. Ni siquiera podía hablar, no dejaba de llorar. Nunca la había visto así.

Rota.

—Te quiero, Kate. Esto acabará pronto, te lo prometo —aseguró Ryan.

Sus ojos reflejaban sinceridad. Era imposible que mintiera cuando su cuerpo temblaba al verla o

cuando se moría por besarla intensamente para sentirla entre sus brazos. Estaba enamorado. Tal vez era un holgazán, y un chico demasiado aficionado al alcohol los fines de semana, y puede que sacase las peores notas de todo el instituto y siempre tuviese problemas con la policía, pero por Kate... haría lo que fuera. Lo haría sin dudarle o sin que ella se lo pidiera. Porque era *ella*, y ella lo merecía todo.

—¿Dónde está Seth?

—Iba a reunirse con ella —balbució Kate. Apenas entendía lo que decía. Su voz gimoteaba como una niña pequeña y sus palabras se entrecortaban.

¿Quién era «ella»?

—Hablaré con Seth. Espera un minuto, cariño. —Me sentí un poco mal por cómo le hablaba. Decidí que no se lo contaría a Alex. De esto no se enteraría por mí.

Podía imaginar el dolor que Alex sentiría cuando le dijera que Kate estaba saliendo con alguien desde (suponía) hacía mucho tiempo, mucho antes de que estuviera con él. No quería ser la causante de ese dolor, no iba a ser la mala de la película. Si Alex seguía amando a Kate, su mundo se vendría abajo cuando lo supiera y todas las esperanzas de encontrar a su asesino se esfumarían. Porque suponía que Kate era lo que motivaba a Alex para querer descubrir a su asesino.

Era el efecto Kate.

Ryan sacó su móvil del bolsillo. Kate suspiró y volvió a gimotear.

—¿Seth? —dijo Ryan, con el móvil pegado a la oreja. Hubo un silencio y luego él asintió—. Es Hannah, debemos reunirnos. ¿Estás con ella? —Hubo otra pausa. Tras un par de segundos, él volvió a hablar—. El viernes... Sí... Perfecto... Yo me encargo de avisarlos... Seth... No... No, no te preocupes. Está conmigo... Bien, el viernes en tu casa. ¿A las cuatro? Perfecto. —Y luego colgó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Kate mientras se secaba las lágrimas, que no dejaban de brotar.

—El viernes a las cuatro en su casa.

Algo cayó al suelo causando un gran estruendo. Probablemente alguien había tirado una silla en algún aula sin querer. El ruido llegó hasta allí, haciendo eco. Ryan y Kate se sobresaltaron y sus ojos buscaron por los pasillos la procedencia de aquel sonido. Y allí estaba yo.

¡Maldición! ¡Me habían visto!

—¡Oye, tú! —gritó Ryan.

Mis pies se movieron tan rápido como pudieron. Corrí sin mirar atrás. Si dejaba que me vieran la cara, me delataría yo sola. Gracias a la adrenalina, no me percaté de lo frío que estaba el suelo. Giré por el pasillo donde estaba el despacho de Dirección y corrí como un rayo.

Entré dentro y cerré la puerta de un portazo.

—¿Qué es ese alboroto? —preguntó mi madre, que estaba de espaldas, trabajando en el ordenador.

—Lo siento. Soy yo —respondí con voz agitada.

Se giró en la silla y frunció el ceño.

—¿Por qué vas descalza?

Me miré los pies. Seguía con los calcetines puestos y con los zapatos guardados en la mochila.

Maldición.

—Estaba a punto de empezar un partido —mentí—, y me han dicho que me habías llamado.

Asintió.

—Sí, pero antes de empezar ponte los zapatos o cogerás un resfriado.

Sin decir nada y con movimientos bruscos y apresurados, me aventuré a buscar los zapatos en la mochila, los saqué de un tirón y me los puse.

—¿Estás enfadada? —me apresuré a preguntar.

—Bastante —se limitó a decir—. Siéntate. —No era una sugerencia, sino una orden.

Para no enfadarla todavía más, me senté en la silla que me señalaba.

—Supongo que habrás visto el vídeo... —dije en un susurro.

«En casa de Seth. A las cuatro. No lo olvides. A las cuatro. Casa de Seth». Una reunión, ¿para qué?

¿De qué querían hablar? Tenía que colarme como fuera. No me explicaba cómo era posible que todos estuvieran metidos en el ajo, ni por qué estaban tan preocupados por mi supuesta investigación y que descubriera algo.

—¿Hannah? ¿Me estás escuchando? —Mi madre movió una mano frente a mi rostro para devolverme a la realidad.

—¿Qué? —pregunté—. ¡Sí! ¡Sí! —dije, fingiendo haberla escuchado después de que me mirase enfadada.

Volvió a negar con la cabeza, desaprobando mi actitud y mi distracción. Se acomodó un mechón de pelo tras la oreja.

—¡Suficiente! —explotó—. Explícame qué pasó. Y quiero una muy buena justificación.

—Sí. Bueno, yo... —Pensé en una excusa, pero no se me ocurría nada. Abrí la boca para hablar, pero no dije nada.

—¿Qué le has hecho a mi hija?! —me interrumpió.

Su interrogante me sorprendió. ¿De qué hablaba? Yo era su hija.

—Mamá... ¿Qué quieres decir? ¡Soy yo! ¡Hannah! ¡Tu hija!

—Mi hija no mentiría.

—Mamá...

Luego me miró como si no me reconociera, como si fuera una persona distinta.

—Mi hija no se pelearía así en un lugar público, mi hija acataría mis reglas —dijo—. Mi hija me respetaría, seguiría unos valores y daría ejemplo de la buena educación que ha recibido.

—Te respeto, mamá —susurré.

—¡Déjame hablar, Hannah! —me gritó y dio un golpe en el escritorio.

Me sobresalté y abrí los ojos, sorprendida. Pero no dije nada. Por primera vez, mi madre me daba miedo. Estaba furiosa, dolida y frustrada.

—Mamá, escúchame...

—A mi hija no le pondrían una amonestación —balbució. La voz se le entrecortaba. Ignoraba lo que yo decía. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Me hundí en el asiento, esperando un bofetón por su parte o algo que la aliviara de aquella rabia que llevaba dentro—. Tú no eres mi Hannah, ¡devuélveme a mi hija! —chilló.

—Mamá... —Mi voz también se quebró. Su mirada hizo que todo mi mundo se desmoronara en un segundo. Sus palabras se me clavaron directamente en el corazón. Yo no podía ser la causante de ese dolor, no me permitiría el lujo de hacer sufrir a alguien que no lo merecía.

—El vídeo es falso —mentí.

Mi madre se rio. No me creía, estaba claro.

—Estás castigada, dame tu móvil.

—¿Qué?! No, no lo hagas, por favor —supliqué mientras aplastaba mi mochila contra mi cuerpo.

—Dámelo —sentenció, estirando su brazo para que le entregase el teléfono.

—¿No confías en mí? —repliqué mientras una lágrima se deslizaba por mi mejilla.

—Es que se trata precisamente de la confianza, Hannah. Me has engañado. La confianza se sustenta en la sinceridad, el afecto, la demostración, y tú no has hecho nada de eso.

—No lo hagas —rogué entre lágrimas. Al ver que mis súplicas no servían de nada, me resigné y le di el móvil.

—No saldrás durante un mes —anunció.

¡No! ¡El viernes a las cuatro! ¡No! ¡Lo iba a arruinar!

—¡No puedes castigarme por eso! —grité.

—Sí puedo. Soy tu madre —dijo con amargura.

Tenía razón. Podía hacerlo, ¡pero no debía! ¡No era justo!

Mi sangre hervía. Me levanté de la silla y la empujé lejos de mí.

—¿Quieres saber dónde está tu hija? ¡Pues esta soy yo! ¡Esta es la verdadera Hannah!

—Cálmate, Hannah —susurró una voz masculina.

Miré hacia la derecha, de donde procedía la voz. Era Alex. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Mi madre ni se inmutó.

—De acuerdo, vete —me ordenó.

Me di la vuelta en silencio.

—Espera —me llamó cuando estaba frente a la puerta. Antes de girarme me limpié las lágrimas con la manga de la blusa. No lloraba por debilidad, sino por enfado y rabia. Y eso era lo que más dolía. Me giré de mala gana—. Dame tus llaves.

—¡Mamá! ¡Te estás pasando! ¡Es injusto!

—¿Tú hablando de justicia? —Me señaló con el dedo índice—. Por Dios, ¡esto debe de ser una broma! —exclamó—. He dicho que me des tus llaves. Algún día lo entenderás.

Abrí la mochila con fuerza, introduje la mano y saqué mi llavero. Estaba tan molesta que...

—No lo hagas... —susurró Alex demasiado tarde.

Levanté la mano con las llaves y las lancé contra la pared. El llavero chocó y cayó al suelo. Mi madre chilló, asombrada. Sus ojos se abrieron al máximo.

—¡Hannah! —exclamó.

—¡Te odio! —le grité.

—¡Hannah! ¡Vuelve aquí!

Pero ya estaba de camino a la puerta. Giré el pomo con toda la rabia del mundo y salí como un cohete. Por supuesto, cerré de un portazo.

Después de eso, serían dos meses de castigo en lugar de uno.

Capítulo 16

Era miércoles y estaba encerrada en mi habitación. Llevaba dos días sin móvil, sin televisión y sin salir a la calle. Ni siquiera me había dignado a bajar a comer mientras mi madre estuviera en el comedor; mi orgullo estaba por encima de todo en estos momentos. Verla sería muy tenso y era totalmente innecesario. Se suponía que yo era la víctima, así que esperaba una disculpa por su parte. El castigo no había sido demasiado justo, dadas las circunstancias.

Las visitas estaban prohibidas: ni Cara, ni Sam —una chiquilla con pecas de once años que vivía a unas cuantas casas de la mía— podían venir a verme, y mucho menos Rosie. Sin televisión, sin teléfono móvil, sin internet y sin nada. El castigo no se levantaba ni siquiera para ir a la biblioteca o para hacer un trabajo con alguien. Era como si estuviera presa. No me encontraba a gusto en ningún lugar y me preocupaba no poder seguir investigando. A este paso no averiguaría nada. Desde el castigo, mi rutina había sido ir al instituto con mi madre, volver a casa con ella y pasar horas tumbada en la cama o perdiendo el tiempo en cosas inútiles, como contemplar el techo de mi habitación.

Pero no todo era malo. Había un montón de libros viejos en el ático, libros de autores que no conocía. Y como ahora tenía mucho tiempo libre, opté por ponerme al día. Los libros aliviaban mi desesperación y me ayudaban a evadirme de la realidad y a dejar de lado por unos minutos los problemas y el caos en el que me había sumido.

Estaba a punto de cerrar el libro que había estado leyendo desde el día anterior, pero me di cuenta de que el marcapáginas no estaba donde lo había dejado. Lo había puesto en el escritorio junto al ordenador, pero no había ni rastro de él. Lo busqué debajo de la cama, por si se había caído o había volado con el aire, pero antes de cerrar el libro y dejarlo encima de la colcha, procuré memorizar la página por la que iba.

Página 215.

Debajo de la cama no había nada, ni en la mesita de noche ni ningún lugar a la vista. Simplemente no estaba. Mi frustración por el encierro y por no encontrar el maldito marcapáginas me llevaron a utilizar un recurso inesperado: un calcetín.

Lo cogí y lo puse en la página para, ahora sí, cerrar el libro y volver a dejarlo junto a los demás.

Tomé otro: era de tapa dura y tenía la cubierta roja. Estaba cubierto de polvo. Había una pila de libros de ese mismo formato y color, así que tal vez podía tratarse de una enciclopedia. Abrí el tomo y el polvo viajó hasta mi nariz. No pude evitar empezar a toser.

La primera página estaba en blanco y las siguientes estaban llenas de mapas con nombres raros y

poco conocidos. Ojeé cada página con la esperanza de encontrar algo interesante, pero el libro no parecía cooperar. Solo había imágenes de estados o islas que nunca había visto o conocido. Sin pensarlo, lo cerré y lo devolví a su pila.

Accidentalmente, el libro cayó al suelo. Se oyó un gran estruendo por toda la habitación. Hice una mueca de terror. Me levanté de la cama para ver qué había pasado y vi que el libro estaba en el suelo, abierto.

Me sorprendí. No era un mapa lo que vi esta vez, sino una imagen. Tomé el libro entre mis manos y comprobé que era una fotografía antigua. Era en color, sin embargo. El papel estaba maltratado, pero la imagen era clara. No formaba parte del libro, sino que estaba guardada entre páginas.

—Hola.

Di un respingo cuando escuché la voz de Alex.

—¿Algún día dejarás de asustarme de esa forma? —Me llevé la mano al pecho, asustada—. ¿Podrías llamar a la puerta? ¿O la ventana, tal vez? —dije en tono molesto, aunque bromeando.

Últimamente, Alex entraba por la ventana sin demasiado esfuerzo. ¿Es que además de fantasma también era el hombre araña?

Escondí la fotografía debajo de la almohada. No quería que Alex la viera hasta que estuviera segura de quién era la persona que aparecía en ella. Tal vez se trataba simplemente de un científico loco que se coló en el libro equivocado, pero sentía mucha intriga. Me estiré y abrí un cajón de la mesita de noche para guardar el libro en el interior. Alex no mostró mucho interés por lo que yo hacía, estaba ocupado acabando de entrar por la ventana.

—¿Para qué llamar a la puerta si puedo entrar por la ventana? —Se rio.

—Tienes suerte de ser un fantasma —dije mientras me incorporaba en la cama. Me senté y doblé las piernas, poniendo las rodillas cerca de mi pecho—. O yo misma te hubiera matado por entrar así.

—Si tú lo dices —respondió con una sonrisa.

Me sentí mal. Alex no sabía absolutamente nada de la relación entre Kate y Ryan, y no quería ser yo quien le diera la desafortunada noticia... pero tampoco quería ocultárselo.

—¿En qué piensas? —preguntó mientras se acercaba a la cama.

—En nada —dije, y traté de fingir una sonrisa. Alex negó con la cabeza. Necesitaba cambiar de tema, así que me aclaré la garganta—: ¡Eh! ¿Tú no piensas ducharte o algo así? Hueles horrible —bromeé y me reí.

—¡Oye, estoy muerto! ¿Cómo se supone que debería oler? —me siguió la corriente. Tomó un cojín y me lo lanzó con delicadeza. Yo intenté cubrirme mientras me reía.

Alex y yo habíamos estado hablando los últimos días. Me contó sus mejores recuerdos, por si los llegaba a olvidar. Dijo que su recuerdo favorito era cuando se reunía con sus familiares en Noche Buena. También tenía algunos primos y tíos que acudían a la celebración, pero cuando cumplió los nueve años, nunca volvieron a visitarlo. Era como si la tierra se los hubiera tragado.

Me contó qué cosas le hubiera gustado hacer si siguiera vivo, como ir a un partido de fútbol, o algo tan simple como pasar el rato jugando con sus amigos a videojuegos o caminar por el parque junto a su madre. Incluso decía que extrañaba el estrés del instituto.

—Estás pensativa otra vez —insistió.

Me removí en la cama.

—Estaba pensando en salir de aquí.

—Pero estás castigada.

—Lo sé.

Me miró.

—¿Qué es eso? —dijo, y mis ojos no pudieron evitar mirar sus labios.

—¿Qué es qué?

—Eso. —Señaló hacia el escritorio.

—Ah, eso. Es un libro —respondí.

—Ya sé que es un libro. —Se ofendió—. Pero ¡no es cualquier libro!

—¿Lo conoces? —pregunté. Me levanté y le pasé el libro de tapas azules. Sus ojos brillaban como un niño con su primer juguete.

—Por Dios, es mi libro favorito —dijo con entusiasmo. Sus ojos no dejaban de brillar.

—¿Te gusta leer? —No me lo esperaba.

—Me encanta.

—¿Y ese libro de quién es? —pregunté con interés al ver cómo miraba cada página del libro con emoción.

—Es de Allan Poe.

—¿Quién? —Fruncí el ceño.

—Edgar Allan Poe —repetió sin prestarme mucha atención.

—¿Qué libro es?

—En realidad no es un libro en sí... —explicó entusiasmado—. Es una recopilación de sus cuentos y poemas. Tienes que leerlo. Sus escritos son cortos, pero muy, muy buenos.

—Oh. Nunca había oído hablar de él.

—Mira esto, es una edición especial. Alguien con mucho dinero pagó por este ejemplar. —Miraba el libro con sorpresa, examinando cada parte de él, girándolo y observándolo desde distintos ángulos.

—Pues... —Dudé si mencionar lo de la fotografía o no.

—¿Qué pasa? —Despegó la mirada del libro para observarme con atención.

Hice una mueca.

Nada de secretos.

—Había una fotografía entre las páginas de uno de esos libros. —Señalé la pila.

—¿Una fotografía? —preguntó.

—Sí. —Retiré la almohada para dejar al descubierto la fotografía que había escondido. Se la mostré. Él la cogió y frunció el ceño de inmediato.

—¿Eric? —preguntó extrañado, mirando la fotografía.

—¿Eric? —repetí intrigada.

¿Eric? ¿Quién era? ¿Un escritor famoso? ¿Un artista? ¿Un actor? ¿Un cantante?

—Sí. Eric Crowell. —Hizo una pausa y sus ojos se posaron sobre los míos—. Es mi tío, el hermano de mi padre —añadió.

—¿Cómo? —tartamudeé. Abrí la boca de par en par.

¿Eric Crowell? ¿En serio? ¿Qué demonios hacía una fotografía suya en mi casa?

—Es mi tío —repetió—. Murió hace un montón de años. —Miraba la fotografía con curiosidad—. ¿Dónde dices que estaba? —preguntó mientras le daba la vuelta a la fotografía.

—En un libro. ¿Has dicho que murió? —pregunté.

—Técnicamente, sí —murmuró. Entrecerró los ojos mientras intentaba leer unas pequeñas letras

negras que había en el reverso de la imagen. Apretaba el papel con delicadeza, sin maltratar la poca tinta que tenía. Debía de llevar muchos años ahí guardada.

—¿Técnicamente? —pregunté haciendo una mueca. Crucé las piernas sobre la cama para estar más cómoda y prestar más atención a Alex.

—Es una larga historia. —Dejó la fotografía a mi lado. La cogí y analicé las similitudes que había entre Alex y el hombre de la imagen.

En realidad, eran muy diferentes. Alex tenía los ojos de un color caramelo con algunos toques más oscuros, y Eric no. Él tenía los ojos de un azul profundo, tan profundos y misteriosos como el mar. Sus ojos brillantes y redondos miraban directamente a cámara. Tenía una sonrisa tan impecable que podría ser la de un actor o la de un modelo, incluso. Era joven y muy guapo, pero no tanto como Alex. Quiero decir, no era tan joven como Alex. Eric prácticamente doblaba su edad. En el momento de la fotografía tal vez tuviera unos treinta y cinco.

Observé sus rasgos. Sus labios carnosos se curvaban en una pequeña y atractiva sonrisa que hacía que sus dientes blancos resplandecieran. Eric tenía el cabello negro y brillante y lo llevaba peinado hacia atrás; Alex, en cambio, lo llevaba siempre alborotado y su cabello era más bien castaño.

Eric era joven, sí, aunque debajo de sus ojos ya se apreciaban unas delgadas y finas arrugas, al igual que en la frente. Pero eso no lo envejecía, sino que más bien le daba ese toque de masculinidad que resulta tan atractivo a las mujeres. En cuanto a la constitución física, Alex estaba extremadamente delgado en comparación con él. Eric estaba en forma y tenía unos músculos trabajados y, junto con el traje negro y su corbata, resultaba todavía más masculino. Aunque eso sí, tenía la misma presencia que George, y su postura demostraba autoridad y poder. Sin embargo, esa sonrisa brillante... ocultaba algo.

Pero no encontraba muchas similitudes con Alex: no tenían ni las mismas cejas, ni las mismas pestañas, ni mucho menos los mismos pómulos. Eran totalmente distintos. Aunque George sí se parecía más a Eric que Alex. Tenían el mismo color de ojos, la misma mirada penetrante y misteriosa y, sobre todo, la misma forma de demostrar seguridad y dominio sobre las personas.

—Eric venía a casa cada Navidad y también por nuestros cumpleaños.

Lo recordaba, Alex me había comentado que las mejores Navidades de su vida fueron las que había celebrado con sus familiares.

—¿Y qué pasó después? —pregunté, intrigada. Me llevé un dedo a la boca y me mordí una uña.

—Como te conté, él y mis otros tíos desaparecieron de nuestras vidas. Fue de repente. Una Navidad estaban reunidos con nosotros y, a la siguiente, nada más se supo de ellos.

—¿Nada? —me aventuré a preguntar.

Él negó.

—No. Fue muy extraño. —Tragó saliva—. Mis padres me dijeron que mi tía Caroline había dejado el país por temas de negocios y nunca la volví a ver. Hasta hace unos años.

—¿Caroline? —pregunté. Su nombre me resultaba familiar, me recordaba a alguien. Pero rápidamente deseché la idea, yo no conocía a ninguna Caroline.

—Sí, es la hermana de mi padre, eran dos hombres y dos mujeres —aclaró.

George, Eric, Caroline y... ¿quién más?

—¿Quién era la otra? —pregunté con curiosidad. Mi uña era cada vez más pequeña.

—Hay que tener en cuenta varias cosas: número uno, a ella no la conocí mucho. Número dos, nunca estaba con nosotros. Y número tres, no asistía a las reuniones familiares y no permitía que su hija se pusiera en contacto con nosotros. —Levantó los dedos con cada una de sus enumeraciones—. Era muy

reservada, por lo que recuerdo —dijo.

Sus ojos buscaron los míos y, cuando los encontraron, los apartó rápidamente. Se dejó caer en mi cama y se acostó a mi lado. Su peso hizo que el colchón se hundiera ligeramente. Alex se acomodó poniendo las manos debajo de la cabeza, como si fueran una almohada. Su camiseta se elevó un poco y dejó al descubierto su vientre plano y blanco. Una remarcada línea reflejaba los incipientes abdominales que tenía. Mi boca, como mis ojos, volvieron a abrirse.

Sentí que se me caía la baba por la barbilla. Antes de que Alex se diera cuenta, aproveché la ocasión para mirarlo un poco más. Tenía los ojos cerrados, pero no estaba durmiendo, sino pensando. Desde ese ángulo, sus pestañas eran más pronunciadas de lo que parecían, eran gruesas, abundantes y grandes, incluso más que las mías. Podría pestañear y ese mero gesto me cautivaría. Como las de un chico atractivo, sus cejas gruesas y bien formadas me hacían suspirar. Y luego miré sus labios, rojos, carnosos y apetecibles, a diferencia de los de George, que eran incoloros.

Por un momento envidié a Kate.

Me aclaré la garganta para volver al tema.

—¿Cómo se llama? —Mi voz sonaba extraña. Estaba nerviosa.

—Rebecca. Rebecca Crowell —dijo sin abrir los ojos.

—Tu padre es el mayor, entonces.

—Sí, Rebecca era la segunda, seguida por Caroline y después Eric. Supongo que eso influyó en que Rebecca se fuera de casa tan joven.

—¿Se fue de casa?

—Sí. Se quedó embarazada, creo —respondió. Abrió los ojos y sus pestañas recuperaron el tamaño habitual desde mi perspectiva.

—¿Y qué pasó después? —pregunté todavía más intrigada. Seguí mordiéndome las uñas.

Alex tomó un respiro.

—Bueno, yo creo que era mentira. Ella tenía dieciséis años. Entonces, mi abuelo murió y mi padre quedó a cargo de todo. Según tengo entendido, ella era la consentida de la familia, así que, cuando mi abuelo murió, ella sabía que las cosas cambiarían, así que cogió sus cosas y se fue —dijo—. Claro, no sin llevarse su parte correspondiente.

—Pero dices que tenía una hija y que no permitía que estuviera con vosotros. ¿Qué sucedió, entonces? —quise saber. Volví a subir las rodillas hasta mi pecho y me abracé a mí misma. El pijama hacía que me sintiera más cómoda cuando me estiraba.

—Sí, yo acababa de nacer cuando ella se fue, pero volvió unos años después. Cuando cumplí los cinco, ella vino a mi cumpleaños y me regaló un coche teledirigido. —Sonrió ilusionado—. Y vino con una niña, supongo que mi prima. Pero no tendría más de tres años, era pequeña y rubia, con unos rizos que parecían de oro, y era preciosa. Me sorprende que la recuerde, era muy pequeño. Sé que era muy chillona y encima tuve que compartir mis chucherías con ella, ¿te lo puedes creer?

Me reí. Él me imitó y soltó una carcajada que llegó hasta mis oídos.

—¡Oh, tuve que compartir mis chuches en *mi* fiesta de cumpleaños! —Fingió dolor mientras se llevaba una mano al corazón. Hizo una mueca extraña y graciosa que me hizo reír todavía más.

—¡Alex! —exclamé entre risas.

Cuando nos calmamos, él continuó.

—Por eso digo que no creo que lo del embarazo fuera cierto porque su hija habría tenido casi la misma edad que yo.

—¿Rebecca también desapareció?

—Sí. Era joven y guapa, probablemente se casó con un francés y se olvidó por completo de nosotros.

—¡Vaya! —exclamé impresionada—. Un francés.

—Y nunca volvió —concluyó con recelo, ignorando mi sorpresa por lo del francés.

No pude evitar sonreír.

—¿Y su hija?

—No se sabe nada de ellas. Solo sé que la Ricitos de Oro *robachuches* se llamaba Anna —dijo.

—Oh. ¿Y Eric? ¿Caroline? ¿Qué pasó con ellos?

—Eric era mi tío favorito. Siempre me traía regalos, golosinas o cualquier cosa y cada fin de semana venía a vernos. Jugaba conmigo y me contaba historias increíbles. Era el mejor. Pero de repente dejó de venir. La tía Caroline era buena, aunque no tenía hijos, pero sí marido, y venían de vez en cuando.

—Vaya, ahora creo que mi vida no es tan mala. —Suspiré y me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Eric tenía una hija —dijo de repente, como si lo acabara de recordar.

—¿Y? ¿Te acuerdas de ella?

—Claro, tenía mi edad, creo que era unos meses más pequeña que yo.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—No lo recuerdo —reconoció con voz dolida. Cerró los ojos y arrugó su pequeña nariz.

—¿No la veías mucho? ¿También te prohibían verla?

Sacudió la cabeza. Su mandíbula parecía tensa. Lo observé mientras esperaba su respuesta. Él resopló y, sin abrir los ojos, respondió.

—No. Ella y yo éramos... ¿Cómo explicarlo? —Se movía nervioso—. Estábamos muy unidos, éramos como uno solo, siempre estábamos juntos. Es extraño, pero con el paso del tiempo he olvidado su nombre —dijo en un susurro.

—¿Por qué?

—Hannah, cuando una persona desaparece de tu vida, a veces los recuerdos también se van y es muy difícil que vuelvan. Es difícil recordar a una persona que ya no sabes qué está haciendo ahora mismo o qué pasó con ella. Simplemente, cuando te abandonan, tú también los dejas ir. Y los recuerdos buenos y malos se van.

—¿También desapareció?

—Sí. Ella y su madre. Se fueron sin despedirse y todos sufrimos con su pérdida. El tío Eric no me habló en meses, yo creí que había sido culpa mía; el día anterior yo le había quitado las chuches y ella se había llevado un collar que me gustaba mucho. Nunca volvió. Mi tío Eric parecía desesperado y aturdido. Pasó mucho tiempo llorando y mi padre o mi madre siempre estaban con él. Nadie me decía qué pasaba. Ella era lo único que yo tenía, Hannah. —Su voz se quebró. Entendí por qué tenía los ojos cerrados. No quería que lo viera llorar o con los ojos al borde de las lágrimas. Y lo respetaba.

—¿Por qué se fueron?

—No lo sé. Yo tenía siete años por aquel entonces. Tuvieron que ingresar a mi madre en el hospital, por aquella época sufría ataques de pánico muy severos de vez en cuando. Incluso tuvo que hacer terapia psicológica. Las queríamos demasiado, su marcha fue triste. Todos estábamos dolidos. —Su voz se cortó. Después inspiró aire por la nariz y se tragó el nudo que tenía en la garganta. Sentí un pinchazo en el corazón al verlo así—. El dolor sigue ahí, nunca se irá. He aprendido a dejar ir a las personas que

amo. Es duro, pero es mejor hacerlo que sentir un dolor eterno y un vacío en el estómago que solo te hará más daño. Mira, si sabes que esa persona será feliz en otras condiciones, con otras personas y lejos de ti, entonces lo aceptas y la dejas ir. Yo lo llamo felicidad merecida a cambio de infelicidad.

—Alex, yo... lo siento —era lo único que podía decir.

Él se limitó a asentir en forma de agradecimiento.

—Eric murió en un accidente dos años después. Fue muy duro. Nadie asistió a su funeral, ni siquiera yo, y no sé por qué. Mi padre no me lo permitió y no me dieron explicaciones de nada. Era como un fantasma, Hannah, yo no existía en mi casa. Mi opinión y mis palabras no importaban y nadie las escuchaba. No fue justo, ¿sabes? —continuó.

—Lo siento —volví a decir. Su pecho subía y bajaba. Parecía que en cualquier momento explotaría—. Es una lástima que apreciemos y valoremos a una persona cuando ya la hemos perdido.

—Lo sé. —Tomó un largo respiro y cerró los ojos, sacudiendo aquellas largas y negras pestañas—. Gracias por estar aquí, Hannah —murmuró.

Vi la tristeza en su rostro y, por inercia, me acosté en la cama. El movimiento fue rápido, él no se lo esperaba, así que cuando ya estaba cerca de él, se sobresaltó y me miró con curiosidad. Dejé caer mi cuerpo a su lado, suspirando e imaginándome lo duro que habían sido todos esos hechos en la vida de Alex. Yo había perdido a mi padre, y ese dolor era suficiente para hacerme sentir sola y vacía cuando más lo necesitaba. A veces había sido difícil no tener a alguien que me controlase o que me castigara cuando llegaba tarde a casa, y aunque estaba mi madre, no era lo mismo, no tenía ese calor paternal.

Los ojos de Alex se abrieron con sorpresa y yo le sonreí, esperaba que eso le diera ánimos. Tal vez era lo que necesitaba, que alguien le apoyara y que estuviera con él para sobrellevar aquel dolor que tanto daño le causaba. Cualquiera que lo hubiera visto en ese estado sabría que necesitaba un abrazo urgente, que en ese momento necesitaba más que nunca a alguien a su lado.

Sin pensarlo, me apoyé en su pecho. Mi mano vagó por su vientre con torpeza, sin saber dónde apoyarse.

—Hannah... ¿Qué haces? —Sonaba nervioso, con voz inquieta. Parecía un poco incómodo por nuestro acercamiento. Pero no pensaba retroceder, sobre todo ahora, que deseaba darle un abrazo. Cuando algo se me metía en la cabeza, nadie podía detenerme.

—Darte un abrazo —dije, y me acerqué todavía más a su pecho frío y cubierto por una tela gruesa.

Aunque no podía verle la cara, sentí que sonreía con satisfacción. Mi brazo se movió por el abdomen de Alex y finalmente lo rodeó, mientras que mi cabeza descansaba en su pecho. Su cuerpo se tensó.

—¿Quieres que me mueva? Porque puedo hacer... —dije.

—No —me interrumpió—. Quédate ahí —respondió con voz ronca y sensual. Su mano se movió por encima de mi cabeza.

¿Qué hacía?

Su olor masculino llegó hasta mi olfato y cerré los ojos, aspirando su maravilloso e increíble aroma. Su mano se apoyó en mi brazo y, cuando su piel entró en contacto con la mía, me estremecí. Me quedé quieta, no necesitaba apartarme de él. Estaba tranquila, me sentía en paz, protegida por Alex, aunque no estuviera aquí físicamente y los demás no pudieran verlo. Era extraño, en sus brazos sentía que nada me importaba. Me gustaba su contacto contra mi piel, era relajante y tranquilizador. Su pecho volvió a subir y después resopló, liberando todo el aire que había contenido en nuestro incómodo y tenso momento. Sus dedos helados acariciaron mi brazo hasta llegar casi al hombro. Sus caricias hacían que mi cuerpo vibrara como una corriente eléctrica, o algo peor. Apenas podía respirar.

Él también me estaba abrazando. Su brazo me rodeaba y, por un momento, me sentí segura.

Nos quedamos así durante varios segundos, o quién sabe si minutos; el tiempo se detuvo para nosotros.

—Alex... —lo llamé.

—¿Sí? —contestó en un susurro que me hizo suspirar. No me había dado cuenta de lo sensual y agonizante que era su voz. Lo miré.

Era tan guapo.

—Tengo que contarte algo más —murmuré.

Estaba decidida a explicarle lo de Kate y Ryan. En un gesto involuntario, me mordí una uña con nerviosismo, esperando que no se molestara por haberle ocultado algo tan importante. Ahora sabía que debía explicarle lo que había visto. Tenía derecho a saberlo, era lo más justo.

Nada de secretos.

Alex se removió en la cama y volvió a ponerse rígido.

—Yo también. —Su respuesta me pilló por sorpresa.

—¿Tú también vas a contarme algo? —pregunté. Creo que mi voz sonó decepcionada. Mi mente automáticamente lo interpretó como desconfianza por su parte.

—Sí, bueno, ya había intentado decírtelo antes... —comentó mientras su pecho se elevaba.

Me gustaba estar así, me gustaba tener la cabeza en su pecho.

—Oh, bueno, entonces cuéntame —lo incité.

Él movió la cabeza hacia los lados, negando.

—Tú primero —dijo con voz ronca.

Por una extraña razón, mi estómago dio un vuelco. Su voz era demasiado varonil y melodiosa. Podría escucharla el resto de mi vida y no me cansaría jamás.

—Pero... —Me detuve. Sabía que, de todas formas, se lo contaría—. Bueno, pero antes tienes que prometerme que no te vas a enfadar.

Mi cabeza se desplazó un poco para encontrar un lugar más cómodo y poder ver los ojos de Alex. Él también se acomodó.

—¿Es muy malo? —preguntó, haciendo una mueca.

Desde esta posición lo veía mejor. Con la presencia de Alex, las paredes de mi habitación habían dejado de ser vacías y blancas para pasar a ser unas paredes brillantes y refrescantes. Incluso las cortinas estaban abiertas y recogidas a ambos lados de la ventana, abierta, cosa que nunca hacía. La brisa fría que entraba era una excusa para aferrarme al torso de Alex.

Veía sus pestañas revolotear como las alas de una mariposa mientras parpadeaba. Sus pómulos estaban rosados y parecían suaves como el algodón. No tenía ninguna cicatriz ni marcas de acné en el rostro, que no parecía haberse visto afectado por la infancia y mucho menos por la adolescencia.

—No —dije—. Bueno, sí —me corregí de inmediato. Alex lo sabría en breve y lo mejor era que él mismo juzgase la gravedad del asunto.

—Suéltalo.

—Prométeme que no te enfadarás.

Soltó un suspiro pesado.

—Lo prometo —respondió sin vacilar.

Tomé una bocanada de aire y me preparé para hablar. Esto le dolería mucho.

—Bueno, el otro día estaba caminando por el instituto, ya sabes... Y escuché una conversación extraña entre Kate y Ryan en la que decían que se reunirían todos el viernes, ¿recuerdas?

Aquel mismo día le conté a Alex lo de la reunión y dijo que me acompañaría y que nos colaríamos de algún modo, sin importar que no nos hubieran invitado. Sería reconfortante sentir su presencia aunque no pudiera hacer mucho. Es decir, Alex era un fantasma, ¿qué podría hacer si pasara algo? ¿Espantarlos? ¿Aparecer?

Pero no le conté la parte íntima y sentimental que había presenciado entre Kate y Ryan. No quería contárselo. Pero ahora debía hacerlo. Tenía que confiar en él y no ocultarle nada. Yo esperaba lo mismo por su parte, que confiara ciegamente en mí y que me lo contara absolutamente todo. Éramos amigos, ¿no?

—Sí, lo recuerdo —respondió con interés.

Inhalé.

—No te conté toda la verdad.

Exhalé.

—¿Cómo? —Se levantó rápidamente y se apartó de mí. Me arrastró una ola de tristeza. Me gustaba su pecho. Me gustaba estar ahí. Alex se limitaba a fruncir el ceño, estaba confundido y, por su expresión, también molesto—. ¿La verdad? ¿No me contaste toda la *verdad*? —remarcó la última palabra.

Esto no iba bien.

—Te conté la verdad —respondí mirándolo a los ojos. Eso no le convenció—. Pero no te conté *toda* la verdad. Omití algo. —Aparté la mirada para evitar sus ojos interrogativos.

—¿Cuál es esa parte omitida, Hannah? —Arqueó las cejas a la espera de una respuesta coherente por mi parte. No podía mentir a Alex, era demasiado difícil tenerlo cerca y decir algo que no fuera cierto. Lo descubriría en un segundo por mi actitud. No podía fingir, no con él.

—Kate y Ryan estaban juntos —dije en un susurro.

—¿Qué? —No pareció entenderlo o haberlo escuchado.

—Kate y Ryan estaban juntos —repetí, esta vez más fuerte y más claro para no tener que volver a decirlo. Mi voz sonaba por toda la habitación, haciendo eco. Entonces pareció captarlo—. Se besaron, Alex.

Examiné su expresión. Sus ojos seguían como antes, normales y profundos, nada había cambiado en ellos, ni siquiera ese brillo tan especial que tenían cuando algo le molestaba o le agradaba, y sus labios estaban cerrados. No dijo nada, tampoco bajó la mirada ni intentó evitar que mis ojos se clavasen en los suyos.

No le había pillado por sorpresa.

—¿Lo sabías? —pregunté al no obtener respuesta por su parte.

—No.

—No pareces sorprendido.

—No lo estoy.

—¿Entonces? —Mi estómago se encogió.

—Kate... —mencionó su nombre con pesadez.

—¿Qué pasó con ella?

La sorprendida era yo.

Alex se debatió, primero parecía que iba a hablar y luego que se le había comido la lengua el gato.

—Me dijo que estaba saliendo con alguien más.

—¿Mientras salía contigo?

Sus ojos seguían sobre mí.

—Sí.

Entonces ya lo sabía. Sabía lo de Kate y Ryan, ¡y aun así no se había dado cuenta de que eso era todavía más sospechoso!

La muerte le había afectado un poco.

—¿Y qué sucedió?

Tuvo que ser un golpe bajo para él.

—La dejé ir.

—¿Cuándo?

—Una semana antes de, ya sabes... o tal vez algo más.

Entendí a qué momento se refería.

—Alex, ¿tú crees que eso tuvo que ver con tu muerte? —cuestioné, esperando que no se molestara por mi pregunta.

—No —afirmó con sequedad. Sus labios habían pasado de un rojo brillante a un tono pálido y seco.

Lo miré incrédula. Seguro que se había dado cuenta de lo sospechoso que era todo eso. Yo no confiaría en mi exnovio si supiera que había estado saliendo con otra persona mientras salía conmigo. Además, ¿no era extraño que unos días después de que se enterase de que su novia estaba saliendo con otro chico, misteriosamente y sin dejar ninguna pista, lo mataran? ¿No era irónico, extraño y sospechoso?

—Alex, ¿por qué sigues confiando en ella? —quise saber. Él cerró los ojos durante un segundo y luego apartó su mirada de la mía—. Te mintió.

—Tienes razón. —Su respuesta me pilló desprevenida y por sorpresa—. No debería confiar en nadie, solo en ti. Porque eres la única que me está ayudando y no sabes cuánto lo valoro.

Mi corazón recibió cientos de pinchazos y emociones contradictorias al mismo tiempo. Un dolor agri dulce me recorrió las venas. ¿Eso debería alegrarme?

—Yo confío en ti, por eso te lo estoy contando —dije con toda la sinceridad del mundo.

Las comisuras de su boca se elevaron en forma de agradecimiento. Me estremecí con esa débil y pequeña sonrisa que me brindaba.

—Hannah, no la quería. No sé por qué estaba con ella.

Mi estómago se hundió. Era como si me hubiesen lanzado un cañonazo. No sabía qué responder.

—Kate es buena chica —añadió al ver que yo no decía nada—. No estaba enamorado de ella y no sé qué pasaba en mi cabeza. No quería estar con Kate, no era el amor de mi vida y creo que no lo sería jamás, sin embargo, sé que ella no me haría nada malo. Lo sé, Hannah.

—Si te mintió una vez, ¿no crees que podría haberlo hecho en otras ocasiones?

—No lo sé. Las mujeres pueden llegar a ser muy peligrosas.

—Ni te lo imaginas.

Hubo silencio.

—¿No estás molesto?

—No. —Su respuesta fue tajante—. Ya lo suponía y no sabes cuánto me alegro de que esté con alguien más —respondió con una media sonrisa.

Suspiré.

—Bueno, te toca. Tú también querías contarme algo —le espeté.

En cuanto pronuncié aquellas palabras, su sonrisa desapareció y el poco color que tenía se perdió.

—Sí.

—¿Es bueno o malo?

—Malo.

—¿Muy malo?

Alex asintió.

—Prométeme que no te enfadarás —dijo, mirándome con esos ojos inocentes.

Asentí sin pensarlo.

—Te lo prometo. —Las palabras se escaparon de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

—El día del restaurante, cuando golpeaste a Seth... —Se detuvo. Luego cambió de postura y sus mejillas adoptaron un color rosado. Parecía apenado—. Es decir, cuando estuve en tu cuerpo y golpeé a Seth... ¿Lo recuerdas?

—Claro, lo recuerdo perfectamente —respondí, rememorando aquel momento. El olor a vómito y a desperdicios regresó a mí como si estuviese de nuevo en el callejón del café.

—Bueno, aquel día no me dejaste terminar. Las personas pueden verme, pero solo cuando me siento vivo, cuando me siento humano. Y eso sucede muy a menudo cuando estás cerca de mí.

—¿Me estás diciendo que no eres un fantasma? —pregunté con el corazón martilleándome. Se me secó la boca y me sorprendía de que todavía fuera capaz de hablar. Es decir, esto era demasiado, debería estar en *shock*.

Alex no era un fantasma.

—No exactamente. Es decir, soy un fantasma —dijo con voz temblorosa.

—¿Y por qué te pueden ver? —Seguía confundida. No lograba entenderlo.

—Como te dije, estuve hablando con otros fantasmas y sí, fue muy extraño —confesó. Su boca hizo una pequeña mueca de disgusto—. Me contaron todo lo que debía saber.

Asentí mientras escuchaba con atención cada palabra que decía. No formulé ninguna pregunta para no interrumpirlo. Sus pestañas iban de arriba abajo, y viceversa.

—Un tipo mayor que yo me contó que él también era nuevo en esto, así que me explicó que todavía tengo esa pequeña ilusión de vivir. Por lo tanto, cada vez que sienta que estoy vivo, puedo hacer que las personas me miren y puedo parecer momentáneamente un humano, pero no lo soy.

—¿Tú eliges quién te puede ver?

—Solo a veces. Por eso puedo tocar algunas cosas, sentir las y olerlas. Puedo ser un humano sin serlo, ¿lo entiendes?

Asentí.

—Estaba tan acostumbrado a respirar cada segundo de mi vida inconscientemente —continuó—, que no me di cuenta de que ya no necesitaba hacerlo. No necesito oxígeno para vivir, pero la costumbre hace que suceda esto...

—Que parezca que estás respirando, que estés agitado y que te embriaguen otras emociones, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y por qué no te muestras ante las demás personas?

Negó.

—No, ellos no me ven así, y de todas maneras sigo siendo un fantasma. ¿Sabes por qué sucede eso? —Tragó saliva y profundizó su mirada. Sus ojos se oscurecieron hasta volverse casi negros—. Cuando las personas dicen que han visto un fantasma, es verdad. Pero lo cierto es que lo han visto a través de una apariencia humana. La diferencia está en el color de ojos de la persona; estos se vuelven tan oscuros

como la profundidad del mar y la pupila se agranda mucho más de lo normal. La sensación de estar cerca de un espíritu no se puede describir, el único sinónimo que se me ocurre es terror y angustia. Solo así se puede distinguir a un fantasma. Es por esto que las personas los pueden ver.

—Porque los fantasmas permiten que los vean a través de otros —terminé la oración.

Alex pareció estar de acuerdo con mi frase y asintió.

¿Qué se suponía que significaba eso?

Me mordí el labio inferior. Por supuesto, no me iba a quedar con la duda. Tenía otras preguntas más interesantes y que me afectaban.

—¿Qué pasa conmigo? —pregunté de repente.

Alex se sorprendió con mi pregunta. Sus ojos se abrieron un poco más. Se relamió los labios y después se mordió con suavidad el labio inferior.

Cogió un poco de aire.

—Bueno, es algo difícil de explicar pero fácil de comprender —dijo rápidamente. Pasó sus dedos por su cabello para despeinarlo todavía más. Ahora apuntaba a todas las direcciones posibles—. Tú puedes verme por una razón muy extraña. ¿Sabes? Estos últimos días le he estado dando vueltas, sin lograr entender por qué tú, y no alguien más. Entonces he formulado hipótesis y he llegado a la conclusión de que es por una conexión.

—¿Conexión? —pregunté.

—Sí. Bueno, ¿has visto esa película en la que una chica no llega a su cita con un hombre porque tiene un accidente? —Negué con la cabeza. Él tragó saliva—. La cosa es que ella se convertía en un fantasma y se topaba con él mientras su alma vagaba por su antigua casa. Al mismo tiempo, su cuerpo estaba en el hospital y estaba en coma, o algo así, y resulta que había una conexión entre la chica y él. Ellos debían conocerse antes de que a ella la desconectaran de este mundo.

No sabía de qué película hablaba. Mi cerebro buscaba información relacionada con lo que Alex me decía, pero no había nada.

—Es solo una película, Alex. —Me reincorporé. Mi voz ya sonaba más tranquila. La habitación emanaba un silencio cómodo para ambos, aunque el suspense lo inundaba todo—. Supongamos que sí, que lo nuestro tiene que ver con eso: ¿qué es lo que nos quedó pendiente?

—Está claro —respondió con una media sonrisa, esperando que su emoción me contagiara.

—No lo entiendo. —Sonaba tan fuera de lugar, estaba tan perdida...

—Aquel recuerdo borroso de tú y yo hablando ese día... ¿no es extraño? ¿Y la cita que mencionó Seth? ¿Qué pasa si es cierto? ¿Y si tú y yo teníamos una cita?

—Alex... —murmuré, rechazando por completo su teoría. Sin embargo, en mi mente aquellas palabras empezaron a cobrar sentido, y un posible recuerdo.

—¡Vamos, piénsalo un momento! —pidió con entusiasmo.

—¿Y qué tendría que ver la cita? —pregunté, tratando de evitar sonrojarme frente a él.

Si supuestamente habíamos tenido una cita, era porque días antes había sucedido algo. Y ese *algo* revoloteaba en mi estómago. Pero ¿por qué no lo recordaba? Era como si Alex hubiera sido borrado de mi memoria.

—La conexión. Y, sobre todo, el hecho de que tú no recuerdes nada. Lo cual me hace pensar que...

—No lo digas —lo interrumpí. Mi voz sonaba más fuerte. La suya se apagó esperando a que yo continuara. Al ver que no lo hice, comenzó a hablar.

—¿Decir qué? —Sonaba ingenuo. Él sabía perfectamente a qué me refería, así que ¿por qué lo

preguntaba?

—Es que... tu teoría tiene algo de razón —dije, y él sonrió—. Sin embargo, hay muchas piezas que no encajan, como Kate y Ryan —resalté—. O como Seth y Cara.

—Sí, le he estado dando vueltas y no he llegado a una conclusión sobre ellos. Necesitaríamos averiguarlo el viernes. —Sus ojos parpadearon un par de veces, casi disimuladamente. Su gesto torcido y confundido hacía que sus facciones fueran más claras: sus ojos color caramelo, sus labios rojos y gruesos, y su nariz pequeña y fina.

Se pasó las palmas de las manos por el rostro, algo desesperado. En un movimiento rápido, las apartó y de nuevo sus encantadores ojos me estaban mirando.

—Pero, Dios, Hannah... ¡está demasiado claro! ¡Tú y yo teníamos una cita, eso explica la conexión!

—Es solo una película —repetí murmurando. Mis palabras arrastraban su emoción.

—No creías en los fantasmas, ¿verdad?

—No —dije sin vacilar.

Yo no creía en los fantasmas, ni en esas cosas paranormales. Así que cuando Alex apareció en mi vida esperaba entrar en un *shock* terrible, o que me diese un infarto, o como mínimo que me desmayase. Pero nada de eso sucedió. Me asusté, sí, pero fue más suave de lo que me había imaginado.

—Ahora me ves a mí. Soy un fantasma, así que dime, ¿vas a fingir que no ves algo en lo que no crees?

—Está bien —accedí. Era cierto, algunas cosas que parecían no ser reales, sí lo eran—. Teníamos una cita y eso explica esta conexión. ¿Y ahora qué? Tú no estás en coma.

—He estado viendo que tomas medicamentos, ¿para qué son? —preguntó.

—Tuve un accidente...

En cuanto lo dije, mi voz se fue apagando. Ambos cruzamos nuestras miradas y nos observamos en silencio, diciendo con los ojos lo que no podíamos pronunciar.

—¿Qué tipo de accidente?

—Fue en el instituto, pero no creo que tenga ninguna relación. Me dieron con una pelota en la cara, eso es todo.

—¿Estás segura de que solo fue eso?

No contesté, me limité a asentir, a pesar de que no estaba segura.

—Debe de ser una coincidencia —respondí, finalmente.

—Yo no creo en las coincidencias. Creo en lo que haces.

—Tendremos que esperar al viernes —dije.

Alex se acostó de nuevo en la cama y dudé si volverme a acurrucar en su pecho o no. Ahora sería demasiado incómodo estar encima de él y la excusa del abrazo ya no valía, así que solo podía tumbarme en el otro lado de la cama.

Me acomodé, procurando dejar una distancia prudencial entre nosotros, evitando el mínimo contacto físico con Alex. Me golpeé la frente con las palmas de las manos, lo que rompió el silencio de la habitación. Estaba desesperada.

—No sé por qué no lo recuerdo.

—Es extraño... —Alex se colocó las manos debajo de la cabeza, formando una almohada, otra vez.

—¿Y si me borraron la memoria?

—Imposible —respondió con una media sonrisa.

Seguro que se estaba burlando de mí.

—¿Y si perdí la memoria? —sugerí.

—Probablemente, sí —dijo con sinceridad, de nuevo usando una voz ronca.

—Es un desastre.

—Se arreglará antes de que te des cuenta. —Me animó con un suave codazo en el estómago. Estaba sonriendo de nuevo, sus dientes blancos se veían increíblemente limpios y brillantes. Sus comisuras se elevaban con cierta sensualidad.

—Eso espero —respondí resoplando. Después, caí en un profundo sueño.

No soñé absolutamente nada. Mi subconsciente estaba vacío y oscuro. No había imágenes ni voces en el fondo. Parecía que mi cerebro no funcionaba del todo. O tal vez era yo la que no lo hacía funcionar como debería.

No era algo extraño. Casi siempre tenía sueños llenos de oscuridad, silencio y vacío.

Sin embargo, unas voces empezaron a hacerse presentes. Escuché a Alex llamándome desde muy lejos. Su voz apenas se oía. Quería gritarle que estaba ahí, pero no podía, el sueño seguía siendo oscuro, no había nada.

Alex volvió a gritar mi nombre, esta vez más claro. Intenté moverme, pero no pasó nada, yo no estaba presente en el sueño, sino mi alma... mi cuerpo no existía en esos momentos. No podía abrir la boca, lo cual me desesperaba. El pánico se deslizaba por mi piel, sentía mi cuerpo lleno de sudor. Esto no me había pasado antes. Un terrible dolor se expandía por mi brazo, y gemí sin poder evitarlo.

Luego, mi cuerpo se sacudió deliberadamente: alguien me estaba zarandeando, me sostenía de los brazos y me apretaba con fuerza. La voz se hizo más clara, hasta el punto de que podía escucharla en mi oído. Intenté zafarme del agarre, pero era imposible. Los dedos de aquella persona se incrustaban en mi piel y me sostenían violentamente. Eran unas manos grandes y fuertes. Volví a gemir con frustración, sacudiéndome para apartarme. Quería gritar y golpear a aquella persona sin rostro, pero no podía liberarme.

—Hannah —dijo la voz de Alex de nuevo.

Apreté los ojos.

—Despierta. —Entonces los abrí poco a poco mientras escuchaba la voz susurrar en mi oído, más cerca todavía—. Hannah. —Se escuchó en un murmullo.

Cuando mis ojos se abrieron por completo ya no había oscuridad, sino todo lo contrario. Había luz por todas partes, haciendo que mis pupilas se encogieran y los párpados se entrecerraran. Parpadeé varias veces para acostumbrar mis ojos al resplandeciente brillo de la lámpara de la mesita de noche. Aquello no había sido una pesadilla... había sido algo más. Lo primero que vi fue a Alex. Su rostro pálido me sonreía.

—Ha sido un sueño —resoplé con pesadez, murmurando para mí. Me dolía todo el cuerpo y, por extraño que pareciera, me sentía como si hubiese corrido un maratón.

—¿Ha sido una pesadilla? Llevo horas llamándote —dijo.

Alex seguía en el mismo lugar de la cama, sin acercarse demasiado a mí, ofreciéndome espacio.

—No... yo... ¿Qué hora es? —pregunté soñolienta y con la voz ronca. Fingí un bostezo para intentar cambiar de tema. Las mejillas me ardían por la vil mentira; definitivamente, era una mala actriz.

—Son las dos —dijo.

—¿De la tarde? —pregunté confusa. Todavía sentía dolor en el brazo.

Alex se rio.

—De la madrugada —respondió, mostrándome una sonrisa.

Mis ojos se abrieron como platos. ¡Las dos de la madrugada! En cuanto las palabras salieron de su boca, me levanté de un brinco. No había comido, ni cenado. ¿Por qué no me había despertado antes? ¿Cuánto tiempo llevaba dormida?

—Duermes mucho y tienes el sueño pesado, he tocado aquí mismo una sinfonía y no te has movido ni un centímetro —se burló de mí.

Me levanté y me puse las zapatillas azules con forma de oso. Estaban calentitas y ayudaron a que mis dedos fríos entraran en calor.

—Claro que no. Te he escuchado —respondí. Y era verdad, había oído que me llamaba en mi sueño, como si estuviese en un lugar a medio camino entre dormida y despierta.

—¡Y además roncas! ¡Qué pulmones, Hannah! ¡Roncas peor que un león! —bromeó mientras se reía. Le golpeé con la almohada y él se volvió a reír. Se lo estaba pasando muy bien a mi costa.

—¡Yo no ronco! —me defendí.

Le di la espalda mientras sacaba un coletero para atarme el cabello. El silencio reinaba en la habitación. La luna parecía estar en lo más alto, resplandeciendo con su luz blanca. Y mi madre debía de estar dormida.

Mis tripas gruñeron en medio de la noche.

—Es que no te has oído —siguió burlándose.

—Voy a la cocina, ¿quieres algo? —Intenté cambiar de tema.

—Yo no puedo comer, Hannah —me recordó.

—Cierto. Ahora vuelvo, entonces.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, salí disparada hacia la puerta. Bajé las escaleras casi corriendo y, a pesar de la escasez de luz, mis piernas se movían con agilidad. Todo estaba oscuro en la planta baja, pero conocía perfectamente mi casa y sabía dónde estaba cada cosa, así que lo primero que hice fue ir a la cocina y encender el interruptor. En cuanto lo hice, la luz dio color y forma a todos los objetos que había allí.

Con la cocina iluminada, comprobé si había algo en el microondas. Por mucho que discutiera con mi madre, no dejaría de alimentarme y estaba sumamente agradecida por ello. Cuando lo abrí, un poco de saliva resbaló por las comisuras de mis labios y rápidamente me pasé la lengua para limpiarla. Mis tripas gruñeron otra vez. Un delicioso pollo en salsa con un esponjoso arroz anaranjado me esperaba. La boca se me estaba haciendo agua. El aroma de la comida, aunque estuviese fría, hizo que mis tripas volvieran a rugir desesperadas.

Sin pensarlo, encendí el microondas y esperé a que la comida se calentara. Me serví un vaso de agua de Jamaica, ignorando el canto de algunos grillos. No es que me diera miedo estar sola en la cocina, pero un escalofrío terrible me recorrió de pies a cabeza.

Bien. Había un fantasma en mi habitación, un asesino andaba suelto y yo estaba sola en la planta baja, ¿qué más podría pasar? Aunque antes me parecía imposible y una leyenda urbana, ahora creía que los fantasmas existían, pero desde que había conocido a Alex, el temor de ver a uno había desaparecido. O, más bien, disminuido.

El timbre del microondas me devolvió a la realidad. Saqué la comida y la devoré como si no hubiese ingerido nada en años. Mi estómago, insaciable, pedía más y más. Dios, no recordaba haber estado tan

famélica jamás. El jugoso pollo se disolvía en mi boca con rapidez. El arroz que lo acompañaba también estaba exquisito. Esto era el paraíso para mis papilas gustativas.

Cuando terminé, recogí el plato y el vaso y los puse en el fregadero para lavarlos. El agua salía en chorros helados y me congelaba los dedos. Traté de fregar los platos evitando tocarla, pero fracasé. Así que lo hice lo más rápido que pude y luego me dirigí a mi habitación con el estómago feliz. Ahora sí, podía seguir durmiendo. Apagué la luz de la cocina y volvió a la oscuridad de antes. Subí las escaleras en silencio, con pasos lentos y pesados. Quizás había comido demasiado.

Cuando llegué al pasillo, antes de entrar en mi habitación, me sorprendió ver que la luz del cuarto de mi madre estaba encendida. Se veía desde la pequeña rendija que había debajo de la puerta. De repente, unos murmullos procedentes de su dormitorio hicieron que me detuviese de inmediato.

¿Con quién hablaba a las dos de la mañana? ¿No era muy tarde para estar despierta a esas horas?

La puerta estaba cerrada a cal y canto y el pasillo estaba en silencio y completamente a oscuras. Eso era un punto a mi favor, así que mi madre no podría ver mi sombra desde dentro. Pegué la oreja a la puerta para escuchar con más claridad lo que pasaba en el interior.

—George... —Escuché que pronunciaba su nombre en un susurro apenas audible. Mis ojos se abrieron y mi oído se agudizó, esperando captar algo más—. No, Hannah no. No quiere veros, no quiere saber nada de vosotros, así que te pido que nos dejes en paz. —Estaba hablando por teléfono y notaba la preocupación en su voz. ¿Por qué estaba tan obsesionada con alejarme de los Crowell? ¿Qué pasaba?

De repente, mi cerebro se iluminó. Si era una llamada, debía de estar usando el teléfono fijo de casa, porque no creía que le hubiera dado su número de móvil. Sin hacer ruido, abrí la puerta de mi habitación, que estaba enfrente de la suya. Debido a la adrenalina, mi respiración estaba agitada.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —Alex dio un brinco de la cama y caminó hacia mí con paso rápido. Me limité a asentir.

—El teléfono —balbucí. Alex arqueó las cejas con confusión, esperando ver la respuesta en mis ojos—. Mi madre está hablando con tu padre por teléfono, hay que escuchar la conversación —expliqué mientras me acercaba a la mesita de noche para conectar el teléfono. Mi madre me había quitado el móvil y los cables del teléfono fijo que tenía en mi cuarto, pero estaba preparada para una situación como esta. Tenía un cable de repuesto guardado debajo del colchón.

—¿Crees que deberíamos hacerlo?

—Sí —me apresuré a contestar mientras levantaba el colchón. Alex se acercó y me ayudó a sostenerlo. Con el cable en la mano, lo conecté rápidamente al teléfono y a la pared. Alex se encargó de dejar caer el colchón con delicadeza sin hacer mucho ruido.

—Acabo de ver condones debajo de tu cama —comentó con una sonrisa. El brillo en sus ojos apareció de nuevo.

—¿Qué? No, hum... —Mi voz sonaba nerviosa. Pensé en una respuesta. Esos condones estaban ahí porque mi madre me había dado «la charla» y era demasiado vergonzoso tener una caja de preservativos en el cajón de la mesita de noche. Yo era un tanto reservada—. Mi madre me los dio, porque, hum, ya sabes... —Me ruboricé y su mirada me hizo sentir incómoda. Me ponía nerviosa cuando me miraba así, y todavía más ahora.

—Vamos allá —dije y presioné el botón de descolgar llamada. La pantalla azul del teléfono se iluminó. Inspiré y presioné el botón número dos. La llamada se empezó a procesar. Todavía me ardían las mejillas. Alex se sentó a mi lado, nuestras ropas estaban en contacto. Intenté convencerme de que su cercanía se debía a que quería escuchar mejor la llamada.

No sabía si nos habíamos perdido gran cosa. No había pasado más de un minuto y esperaba que la

conversación no hubiera terminado.

—No vuelvas a llamarme Margaret. —Se escuchó desde el altavoz del teléfono. Era la voz de mi madre—. Soy Emma, ¿está claro?

Algo hizo clic en mi cabeza. El médico que me atendió después del accidente también llamó Margaret a mi madre. En aquel momento estaba muy aturdida y no le di ninguna importancia, pensé que el doctor ya era mayor y podría haberse confundido. Pero ahora el padre de Alex también la había llamado Margaret. Dos personas podían equivocarse de nombre, pero no podían equivocarse *con* el mismo nombre. No podía ser una coincidencia que ambos la hubieran llamado Margaret.

—Emma... —La voz nos sorprendió y nos dejó sin respiración y sin palabras a Alex y a mí. La voz de George, gruesa y tolerante, llenaba toda la habitación. El teléfono estaba en manos libres.

—Escúchame. No sigáis con esto, ni tú, ni Rosie. Ni ninguno de vosotros. No vais a lograr nada —sentenció. Su tono era irreconocible—. Hannah y yo no os debemos nada. ¿O tal vez sí? Quiero que dejéis en paz a mi hija.

—Estás siendo egoísta. ¿No recuerdas cuando...?

—Por favor... —le interrumpió—. Dejad esto de una vez. Tú sabes mejor que nadie de lo que soy capaz de hacer por Hannah. Es mi hija. Y no quiero que os acerquéis a ella y le hagáis daño —sentenció. Me sorprendía la forma en la que mi madre le hablaba.

—Emma, por lo menos déjanos contarle la verdad, decirle qué pasó. Merece saberlo. ¿O es que acaso ya lo has olvidado?

Alto ahí, ¿qué se suponía que yo debía saber? ¿Qué verdad era esa? ¿Qué pasó con qué? No entendía nada.

—No lo he olvidado, George. Pero tenéis que entender que ella no os necesita. No necesita vuestra compasión, ni vuestra lástima —murmuró mi madre.

Mi pecho subía y bajaba como nunca. Me esforcé por no interrumpir la conversación.

Miré a Alex y él me sonrió y puso su mano en mi hombro para apoyarme. Le sonreí de nuevo, pero mi preocupación era cada vez mayor.

—No se trata de compasión o de lástima. Siempre estás pensando lo peor de nosotros.

—Ambos sabemos por qué —respondió ella con frialdad. George parecía vulnerable al hablar con mi madre, aunque también se mantenía firme.

—Si no se lo dices tú, Rosie y yo tomaremos cartas en el asunto. Lo sabrá de una forma u otra. —Hubo una pausa y luego un largo suspiro—. ¿Quieres que te odie por no decírselo?

—Pues yo no recuerdo que tú le contaras la verdad a Alex.

Miré a Alex. Su cuerpo se tensó en cuanto escuchó su nombre. Tenía los ojos muy abiertos.

—No se trata de Alex. Estamos hablando de Hannah.

—No se lo voy a decir, George, no intentes convencerme.

—Entonces se lo diré yo —replicó George, decidido. La tensión aumentó en la línea.

—Te lo prohíbo —amenazó mi madre.

—Tengo derecho a decírselo.

—No lo harás.

—Sabes que sí, Emma.

La línea se quedó en silencio.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Yo se lo diré! —accedió mi madre, gritando. Soltó un suspiro, frustrada, y me la imaginé con la mano en la frente mientras cerraba los ojos con fuerza. No era una mujer que solía

perder.

Un suspiro cansado se escuchó al otro lado de la línea.

—Prométemelo —la instó George.

—Te lo prometo, pero me llevará un tiempo —respondió.

—Es por el bien de Hannah —le recordó—. Necesita saberlo, Emma.

—Bien. Pero te exijo que no le digas nada hasta que yo no lo haga. —La voz de mi madre sonaba preocupada, mientras que la de George se había suavizado y parecía más tranquila.

—Bien.

—No vuelvas a llamar —le informó mi madre con aire pesado.

Mi boca se abrió por completo.

¿Quién era esta persona y qué había hecho con mi madre?

El silencio se instaló entre los dos. Lo único que se oía eran respiraciones agitadas y la tensión flotaba en la atmósfera.

—Emma... —dijo George, rompiendo el silencio—. Me ha gustado hablar contigo.

—Hasta luego, George —dijo ella, y después colgó.

La llamada finalizó.

Miré de reojo a Alex. Él me observó.

Colgué el teléfono para que mi madre no sospechara que habíamos estado escuchando la conversación.

—Es lo más extraño y confuso que he oído en toda mi vida.

Rápidamente, una lluvia de ideas sobre esa verdad comenzó a inundar mi mente.

—El viernes iremos a casa de Seth —le informé. Él asintió—. Y después pasaremos por casa de tus padres, no esperaré más días —murmuré con pesadez.

—Te acompañaré.

Iba a responderle cuando la puerta de la habitación de mi madre se abrió. Escuché el rechinar de la puerta y sus pasos en el pasillo.

—¡Maldita sea! ¡Escóndete! —grité en susurros a Alex.

Él se rio.

—¿Va en serio? —Su voz estaba cargada de sarcasmo—. Alguien ha olvidado que soy un fantasma.

Lo ignoré. No era un buen momento para pelear.

—¿Hannah? —Se escuchó al otro lado de la puerta.

—¡Las luces! —Salté como un ninja sobre la cama y presioné el interruptor. Con la luz apagada, me eché en la cama y me tapé con la colcha.

Alex se reía en voz baja por mi indescriptible actitud.

Y luego recordé que había olvidado algo.

El teléfono.

—¡Alex! —susurré—. ¡El telé...!

—Ya lo he desconectado —respondió, como si me leyera la mente.

Si pudiera ver en la oscuridad, juraría que Alex estaba sonriendo. Suspiré de alivio y se lo agradecí mentalmente. La puerta se abrió lentamente. Cerré los ojos y no necesité fingir que estaba dormida. En cuanto mis párpados bajaron, me quedé sumida en un profundo sueño.

Capítulo 17

El sol había salido por completo, los finos rayos luchaban por atravesar las esponjosas y blancas nubes. Hacía casi una semana que no se veía un sol tan brillante y un día tan cálido. Era curioso, porque podía estar nevando una semana entera y, al día siguiente, hacer un sol de justicia. Eso, por supuesto, creaba también problemas graves. El cambio climático era cada vez más extraño.

Por otra parte, estaba emocionada porque finalmente mis preguntas tendrían respuesta. Lo tenía todo absolutamente planeado. Antes de irme al instituto había bloqueado la puerta de mi cuarto para que mi madre no pudiera entrar. Incluso si lo hacía, había recurrido al típico engaño de los fugados: había puesto almohadas bajo las sábanas blancas para imitar el bulto de mi cuerpo tendido en la cama y había hecho un ovillo con blusas finas en la parte superior, para que simularan mi cabeza. La verdad era que había quedado mucho mejor de lo que pensaba. Parecía que estaba ahí realmente.

Me dirigí al instituto.

—Buenos días —saludé a Cara, que ya estaba sentada en su silla, pintándose los labios. No me contestó. Me ignoraba, y parecía disfrutar haciéndolo—. ¿Sigues enfadada conmigo?

—Sí —contestó sin vacilar.

—Lo siento de verdad, Cara.

No dijo nada, guardó el pintalabios rojo y sacó su cuaderno para ignorarme de una forma aún más descarada. Aunque la clase no había empezado todavía, simulaba estar ocupada garabateando algo en su libreta. Cuando comprendí que no me hablaría, me giré para mirar la pizarra.

A medida que se acercaba la hora de salida, me puse cada vez más nerviosa. Para intentar tranquilizarme, repasé mi plan. En cuanto sonase el timbre, seguiría a Seth hasta su casa; tenía que encontrar una manera de entrar sin que me vieran antes de que todos llegaran. Iba preparada para cualquier cosa: llevaba en la mochila una pequeña cuerda, gas lacrimógeno, un pasamontañas por si tenían cámaras y una grabadora. Seguramente estaba exagerando, pero sabía que era mejor ser precavida y llevar todo eso que ser descubierta y echarlo todo a perder.

Miré a Cara de reojo. Estábamos en la última clase del día y, por suerte para mí, todos estaban comparando los resultados de sus exámenes. Había mucho ruido en el aula porque la gente hablaba muy alto y algunos no lo hacían sobre el examen, sino sobre una fiesta.

—Cara... —la llamé entre las voces de mis compañeros. Apenas se me oía, así que lo intenté de nuevo gritando un poco más—. ¡Cara!

Por fin me escuchó y se giró hacia mí. Sus ojos azules me miraron con intensidad.

—¿Qué? —dijo muy seca.

De nuevo había adoptado ese gesto molesto en su rostro, con sus delgadas cejas fruncidas y su boca roja torcida. Estaba enfadada, enfadada de verdad. No me había sonreído ni una sola vez ni había bromeado conmigo. Estaba perdiendo a mi mejor amiga de la peor manera: por mi culpa.

—¿En serio? ¿Sigues enfadada conmigo? ¡Ya te lo expliqué! —dije, un poco exaltada.

Su actitud me sacaba de mis casillas. Lo que estaba haciendo no era justo. Llegué a pensar que solo quería ridiculizarme frente a los demás y hacerse la dura conmigo. Y yo no podía meterme en más problemas. No quería que los demás me vieran enfadada y corrieran nuevos rumores. Bastante tenía con la pelea con Seth.

—Fue muy grosero por tu parte hacer eso —justificó, refiriéndose a Seth.

—Lo sé y lo siento, pero ya te lo expliqué, su broma con la amenaza fue de muy mal gusto y tú sabes que cuando me enfado no pienso, por eso actué así.

—Vale, tienes razón —se disculpó.

Sin embargo, no parecía sincera. Tuve la sensación de que solo me daba la razón para que la dejara en paz.

—¿Estamos bien?

—Sí —respondió.

Una vez que me había perdonado, decidí poner a prueba su amistad. Recé para que me dijera la verdad. No quería volver a perder a alguien de confianza. Cara era mi mejor amiga y su abandono me dolería especialmente.

—¿Qué harás después de clase? Podríamos ir al cine o a comer —propuse.

—No puedo.

—¿Por qué? —pregunté.

«Di la verdad. Di la verdad, por favor. Di que vas a casa de Seth con los otros».

—Tengo entrenamiento. Ya sabes, las animadoras tenemos que ensayar para el próximo partido. —Hizo un ademán con la mano. Sus hombros se tensaron por un momento, pero se recuperaron muy rápido. Sentí un pinchazo en el corazón. Si no hubiera sabido la verdad, la habría creído.

Me pregunté cuántas veces me habría mentido de esa forma. Y, sobre todo, si realmente era mi amiga.

—Bueno, entonces lo dejamos para otro día.

Mi voz sonaba dolida y no me esforcé en ocultarlo.

—Lo siento, no puedo saltarme el ensayo.

—Lo entiendo, no te preocupes.

—¿Te has enfadado? —dijo, al ver la desilusión en mi rostro.

Cara me conocía muy bien. Conocía cada parte de mí, sabía cuándo estaba feliz, cuándo estaba triste y cuándo estaba enfadada.

—No. Ya quedaremos en otra ocasión. —Intenté sonreír.

El timbre sonó para indicar que la clase había terminado.

Me levanté de un brinco sin despedirme de nadie. Me puse la mochila a la espalda y me apresuré a salir. Choqué contra varias personas y en ocasiones me disculpé, pero otras veces simplemente ignoré sus quejas y sus caras largas. No estaba de humor para ser amable, tenía cosas más importantes en las que pensar. Debía encontrar a Seth y seguirlo a su casa.

—¡Eh, Hannah! —me llamó alguien.

No, ahora no. Caminé más rápido, tratando de evitar a la persona que me hablaba. Si me detenía,

Seth se me escaparía. Y eso era muy, muy importante.

—¡Hannah! —dijo la voz, gritando más fuerte.

Aceleré el paso. No pensaba detenerme por nada del mundo. Quienquiera que fuera, tendría que esperar.

Entonces alguien me agarró del brazo y me sujetó.

¡Maldita sea!

—Eh, que te estoy hablando —me dijo una voz gruesa mientras tiraba de mí con más fuerza y me obligaba a girarme para mirarlo.

Era Ryan. Estaba solo y, al parecer, me había seguido desde la clase. Tenía el pelo embadurnado de gomina y parecía haberse esforzado en peinárselo con las puntas hacia arriba. No me había dado cuenta hasta ahora de que tenía un tatuaje en el brazo. Podía verlo porque su camiseta negra de manga corta dejaba al descubierto sus musculosos y bien formados bíceps. Era un tatuaje pequeño y no distinguí qué forma tenía. Lo cierto es que Ryan era realmente guapo. Era el chico perfecto para Kate, hacían muy buena pareja.

—Suéltame —dije.

—Te he dicho que te estoy hablando.

Su voz era dura y ronca. Estaba furioso.

—Ah, ¿era a mí? —pregunté, fingiendo ingenuidad y hablando tan rápido como podía para zafarme pronto de Ryan. Seth debía de estar a punto de salir.

—No te hagas la tonta, Hannah —susurró. Su voz sonaba amenazante e hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo.

—¿Qué quieres? —tartamudeé.

Me soltó el brazo al ver que no oponía resistencia. Si estuviéramos solos, me sentiría vulnerable, así que di las gracias mentalmente a todos los alumnos que caminaban por los pasillos. Observé a mi alrededor con la esperanza de que alguien nos viera para poder zafarme e irme. Pero mi suerte no era tan buena, todos iban a lo suyo sin reparar en nosotros.

—Quiero que dejes de molestar a Kate.

Su voz era fría y cortante.

—Yo no...

—Escucha, sea lo que sea, tienes que seguir con tu vida —me interrumpió. Me miró con rudeza, como si en cualquier momento fuera a golpearme. Su mandíbula estaba tensa—. No puedes seguir con lo de Alex.

Me hirvió la sangre cuando mencionó su nombre.

—No sé de qué hablas. —Intenté parecer ingenua, pero su risa llena de ironía me hizo entender que mi actuación no había tenido éxito.

—Por favor... —A pesar de que sonreía, su expresión seguía siendo amenazadora—. Todo el mundo sabe que estás investigando. Deberías parar, no vas a conseguir nada. No sabes con quién te metes.

—¿Y tú sí? —repuse.

Ryan se lamió los labios y miró a ambos lados. Al comprobar que nadie nos miraba, se acercó a mí, demasiado, para mi gusto. Tomó un mechón de mi cabello y sonrió dulcemente, como si coqueteara conmigo. Dio un paso más, y se pegó a mí, sin dejar ningún espacio entre nosotros. Acercó su boca mentolada a mi oreja y me agarró del brazo con rudeza.

Chillé.

—Sí —susurró en mi oído.

Intenté soltarme, pero era más fuerte que yo. Aun así, me esforcé por no parecer débil. Me agarró todavía más fuerte.

—Suéltame —repetí.

—Luego no digas que no te lo advertí.

Gemí por el dolor. Me soltó y se fue, no sin antes lanzarme una mirada amenazadora. Cuando se giró, me miré el brazo. Tenía una enorme marca roja. Estaba casi segura de que un moratón ocuparía su lugar. Me dolía mucho. Ryan se había aprovechado de la situación.

—¿Hannah? ¿Estás bien? —preguntó una voz detrás de mí.

Oculté el brazo.

—Sí, yo... —dije, mientras me giraba—. ¡Alex! —exclamé al ver su rostro pálido y sonriente.

—¿Nos vamos?

Al parecer, no había visto lo que había sucedido entre Ryan y yo, así que me puse el suéter para ocultar la marca roja. Esto ya se había vuelto más personal.

—Sí. Seth debe de estar ya en el aparcamiento.

Él asintió y nos encaminamos hacia allí con paso rápido.

Cuando llegamos examiné todos los coches, esperando encontrar el de Seth.

—¿Lo ves? —pregunté a Alex mientras me ponía de puntillas.

—No —dijo, negando con la cabeza.

—¿Se habrá ido ya?

—No creo.

Me puse de puntillas otra vez y luego di un salto para ver mejor.

—¡Allí está! —exclamé, señalando el vehículo de Seth al fondo del aparcamiento.

Yo no tenía coche, pero una vecina me había prestado el suyo. No era precisamente una joya: estaba viejo y oxidado, pero el motor funcionaba y estaba sumamente agradecida por tenerlo, ya que, pese a todo, podían llevarme a cualquier parte con total seguridad. No sabía de qué año era, ni qué modelo. Pero al menos los neumáticos no estaban tan mal y tenían aire, no había de que preocuparse.

El interior, en cambio, estaba en perfectas condiciones. Era el exterior, con la capa de pintura azul descascarillada, lo que estaba hecho un asco. Todo lo contrario a Kate.

—¿No has podido conseguir algo mejor? —preguntó Alex, haciendo una mueca.

No me sorprendería que se tapara la nariz.

—Oye, no te quejes. El coche funciona —respondí mientras sacaba las llaves de mi mochila.

—¿Y es seguro conducir eso? —preguntó, preocupado.

—Por supuesto que sí, no es tan malo como parece. Vamos.

Abrí la puerta del conductor y subí al coche. Una vez dentro, me tranquilicé al comprobar que el olor no era horrendo. Aquella mañana, antes de ir al instituto, el interior del coche desprendía un aroma muy poco agradable. Perteneecía a una vieja viuda que tenía cuatro gatos y el asiento de atrás estaba lleno de pelos de gato y olía a cuero sucio. Afortunadamente, me había ayudado: sabía cómo era mi madre y se había ofrecido a ayudarme a saltarme el castigo. Nada más recibir el coche, lo había limpiado tanto como había podido y había puesto un ambientador para combatir el olor. El aroma a lavanda llegaba ahora a todos los rincones del coche, en duro combate contra el hedor.

Alex resopló y se preparó mentalmente para entrar en la chatarra.

—Dios, no puedo creer que me vaya a subir a esto.

—Vamos Alex, no seas exagerado —dije poniendo los ojos en blanco. Inserté la llave para encender el vehículo y después la giré—. No está tan mal.

En cuanto pronuncié esas palabras, el coche petardeó con tantas ganas que hizo que varios rostros miraran en nuestra dirección. Cerré los ojos soltando un suspiro.

—Gracias, Bertha —murmuré para mí misma.

Mi vecina había bautizado al automóvil con el nombre de Bertha, así que tenía que llamarlo así cuando me hacía una mala jugada. Después del estruendoso estrépito, el motor se fue tranquilizando hasta emitir el ronroneo habitual de un coche. Tenía suerte de que no hiciera aquel petardeo mientras circulaba, o Seth se daría cuenta de que lo estábamos siguiendo.

Alex se acercó a la ventanilla del copiloto.

—¿Estás segura de que esto anda? —preguntó, nervioso.

—Pues claro. Además, ¿qué más te puede pasar? ¿Es que puedes morir dos veces? —bromeé. Alex no se lo tomó a mal, todo lo contrario.

—Tienes razón. Después de todo, ya estoy muerto. —Primero sonrió, luego se rio un par de segundos y, finalmente, abrió la puerta y entró en el vehículo.

—Aquí apesta —dijo, haciendo gestos de asco. El olor a pescado estaba ganando a la lavanda.

—Es tu olor diario, ya me he acostumbrado —bromeé de nuevo.

—Muy graciosa, Hannah.

Sonreí y después puse en marcha a Bertha. El coche avanzó sin hacer ruidos extraños.

—¿Puedes pasarme las gafas de sol y la bufanda de atrás? —pedí a Alex mientras conducía.

—¿Para qué quieres eso?

Puse los ojos en blanco.

—Seth me reconocería, voy a disfrazarme.

Alex se rio.

—¡Eh! No hace gracia —dije, dándole un golpe en las costillas sin despegar la mirada del aparcamiento.

—Sí que hace gracia —respondió sonriendo.

—Pásame las cosas y cállate.

Lo fulminé con la mirada unos segundos y después volví a posar la vista en el camino. El coche de Seth seguía allí. Alex levantó las manos en gesto de rendición y se giró para coger las cosas del asiento de atrás. Tenía las rodillas en el asiento del copiloto y su trasero estaba, literalmente, a un palmo de mi cara, lo que me permitía disfrutar de unas vistas espléndidas. Intenté no mirar, pero todo esfuerzo era en vano; su trasero era muy tentador. Lo observé durante unos segundos.

Me quedé boquiabierta. Tenía el trasero más redondo y bien formado que había visto nunca, y sus tejanos ayudaban a que se viera lo tonificado que estaba. Al estirarse, se le había levantado un poco la camiseta, revelando parte de su espalda. Sinceramente, lo que más me gustaba de un hombre era su espalda, y Alex tenía una espalda perfecta.

—No lo encuentro —dijo Alex sin aliento, mientras seguía rebuscando en la parte de atrás.

—Estoy segura de que estaban ahí. —Aproveché la distracción de Alex y volví a contemplar su trasero y su espalda. Unas pequeñas y finas líneas definían sus músculos.

—Espero que estés atenta al coche de Seth. —Su voz me sacó de mi ensueño y miré en la dirección donde Seth había aparcado.

¿Me habría visto? ¿Se habría dado cuenta?

—Toma. —Me lanzó la bufanda y las gafas. Las atrapé en el aire—. Dime que no estabas mirándome el trasero.

Me miró directamente a los ojos y yo me limité a sonreír y a ponerme roja. No conseguía que me salieran las palabras.

—Entonces, las mujeres también nos miráis el trasero, ¿eh? —Su rostro se suavizó y me sonrió con picardía.

Estaba perdonada.

—Algo así.

Me ardían las mejillas.

—¿Y qué te ha parecido? —preguntó.

—¡No voy a decirte lo que pienso de tu trasero!

Su trasero estaba muy bien, pero no tenía intención de decírselo. Miré al frente, tratando de evitar su mirada.

—Por favor, lo has visto, debes de tener alguna opinión —insistió, todavía sonriendo.

—No te lo voy a decir.

Mis mejillas estaban al rojo vivo.

—Me lo debes —bromeó.

—Ya te lo he dicho, no voy a opinar nada.

El coche de Seth arrancó y nos pusimos en marcha.

—Dímelo —ordenó con esa voz suspicaz que tenía.

Suspiré.

—Está bien, Alex —respondí con una media sonrisa, casi avergonzada.

—¿Está bien? ¿Eso es todo? —dijo con decepción.

—¿Qué más quieres que te diga? —Me reí—. Está bien.

Él también se rio. Su risa era suave y tranquila, nada exagerada ni grotesca.

Me puse las gafas de sol y la bufanda alrededor del cuello, tapándome la boca y parte de la frente.

—Estás ridícula.

Me limité a enseñarle el dedo corazón.

Salimos del aparcamiento para seguir al coche de Seth. Al parecer, iba solo. Miré mi reloj de reojo. Eran las tres en punto de la tarde. Solo faltaba una hora para la reunión en su casa.

Muy en el fondo, presentía que algo malo iba a pasar.

Recorrimos varias calles y dimos un montón de vueltas. No creo que Seth se diera cuenta de que lo seguíamos, pues nos mantuvimos a cierta distancia para que no me viera y me reconociera.

—Hannah, creo que no va solo —dijo Alex, curioso.

—¿Qué? ¡No! Lo he visto subir al coche, no había nadie sentado a su lado —respondí, intentando parecer más segura de lo que estaba.

—He visto a alguien, de verdad.

—No, no hay nadie en su coche, solo Seth. —Mi seguridad me sorprendía.

Alex no insistió, pero su curiosidad no se detuvo. Sacó la cabeza por la ventanilla y estiró el cuello para poder ver mejor.

—Alex, para, no hay nadie.

—Te juro que he visto a alguien —dijo.

Miré hacia el otro coche, pero los vidrios polarizados de Seth no me permitían ver nada del interior. Seguí conduciendo, intentando no pensar en la locura que era perseguir a Seth.

—Alex, ¿y si es un fantasma?

—No, no lo creo —respondió—. Sé lo que he visto.

Seth giró por una calle por la que ya habíamos pasado. No se detenía, solo seguía avanzando. Salimos a un bulevar y él aceleró. Yo hice lo mismo, manteniendo la distancia prudencial. Era una suerte que fuese la hora punta y resultase fácil ocultarse entre los coches. Creí que seguirlo sería fácil, pero no. Los semáforos parecían estar en mi contra y Seth iba más rápido que un coche de carreras.

Después de dejar atrás el estresante bulevar, giramos a la izquierda y llegamos a una zona de casas enormes.

Yo no conocía a los padres de Seth. Ni a sus hermanos, si es que los tenía. Solo lo conocía a él.

Sin detenerme, seguí el coche de Seth.

Él aparcó en una casa blanca y color café de dos plantas. En el segundo piso había un balcón con una puerta de vidrio. La casa era grande, propiedad de alguien que claramente vivía sin preocupaciones económicas. Incluso el jardín era grandioso: el césped estaba bien cuidado y no había flores en él. En este barrio, las casas estaban separadas por vallas de madera formadas por listones que culminaban en pico. El garaje estaba a un lado de la casa y parecía lo bastante grande para dos coches, porque tenía dos enormes puertas blancas.

El tejado de la casa era espectacular: tenía forma de cascada y las tejas eran de color café. A decir verdad, y comparada con la mía, la casa de Seth era tres veces más grande.

—Muy bien, genio, dime cómo vamos a entrar —preguntó Alex.

Me detuve en la esquina. Desde ahí podíamos verlo todo sin ser descubiertos.

—Eso te toca a ti. Tú ya has hecho esto antes —respondí.

Seth se bajó del coche sin molestarse en guardarlo en el garaje. Lo observé mientras cerraba la puerta. Vestía pantalones oscuros ajustados y un suéter rojo de cuadros. Los pasos de sus zapatillas negras resonaban sobre el pavimento de la calle. Después, inesperadamente, la puerta del copiloto se abrió.

—Dime que estás viendo eso —dijo Alex.

—Estoy viendo eso.

Ambos tragamos saliva. No podíamos despegar la mirada del coche de Seth. El suspense nos consumía, necesitábamos saber quién estaba sentado en aquel asiento. No tenía ni idea de quién podría acompañar a Seth.

¿Por qué no lo había visto hasta ahora?

Alex tenía razón.

—Vamos, baja —murmuró Alex en voz muy baja.

La puerta seguía abierta, pero no salía nadie. Apostaba a que sería Kate o Cara.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no baja? —preguntó Alex, desesperado.

Ambos estábamos nerviosos, nos comía el suspense.

Repentinamente, asomaron del vehículo unas largas piernas con zapatos de mujer.

—Kate —susurré rápidamente.

—No, es Cara —respondió Alex, sin apartar la mirada del coche de Seth.

Cuando la mujer salió del automóvil, mis ojos se abrieron como platos y me quedé con la boca abierta.

No era Kate. Tampoco Cara.

Era una mujer que conocía a la perfección. La directora del instituto. Mi madre.

—Es Emma —balbució Alex.

Ambos estábamos en *shock*.

Observé cómo la brisa agitaba su cabello. Llevaba la misma ropa que aquella mañana: una falda negra y un bolso del mismo color se pegaban a su delgado cuerpo. Su figura resaltaba más con ese color. No llevaba gafas de sol ni nada que la cubriese.

—¡Hostia! —exclamé.

Mi madre cerró la puerta del vehículo y lo rodeó para ir junto a Seth. Caminaron juntos hasta la entrada de la casa, tan cerca el uno del otro que sus hombros se rozaban. Mi cara ardía. Estaba furiosa y me sentía traicionada. No entendía qué hacía mi madre ahí.

Seth abrió la puerta y mi madre entró primero. Era evidente que él no estaba cómodo. No parecían amantes o algo así, aunque, a decir verdad, eso fue lo primero que se me ocurrió.

Seth entró tras mi madre y cerró la puerta.

—¿Y ahora qué?

—Tenemos que entrar —dije.

Me quité la bufanda y las gafas.

—La única entrada es la principal. Y será complicado acceder por ahí —contestó Alex.

Ambos salimos del coche.

—Traigo una cuerda, entraremos por el balcón, nadie nos verá —espeté.

Abrí la puerta trasera y cogí la mochila, donde había guardado las cosas.

—Mala idea —comentó Alex.

—Es nuestra única opción. Vamos, estamos perdiendo el tiempo. —Sacudí la cuerda y eché a andar hacia la casa.

—No, Hannah. No lo hagas. —Se detuvo detrás de mí. Me vi obligada a hacerlo yo también y girarme—. Es muy peligroso.

—Por favor, Alex. Es el único modo de saber qué está pasando. Debemos averiguar por qué tanto misterio, qué hay entre ellos, por qué mi madre está aquí y, sobre todo, debemos descubrir quién es tu asesino. Estoy segura de que hoy lo sabremos, lo intuyo —dije, sin retroceder.

—Tengo un mal presentimiento con todo esto, será mejor que no entres —dijo con angustia. Su rostro expresaba preocupación.

—Tengo que entrar —dije, decidida, y seguí caminando.

—Detente Hannah —me instó Alex.

Me negué rotundamente a darme por vencida. Me había estado preparando mentalmente para esto, así que seguí caminando. No tardé en escuchar los pasos de Alex detrás de mí. Me adelantó y me cortó el paso.

—Apártate —le ordené.

—No vayas. Va a pasar algo malo.

—En ese caso, debo entrar. Mi madre está en esa casa y yo no voy a quedarme aquí cruzada de brazos —dije, molesta. Miré a Alex directamente a los ojos, sacando chispas—. Muévete, Alex.

Él negó con la cabeza y se apartó.

—Hay una escalera de emergencia en el lateral de la casa. Está oculta por unos matorrales, podrías subir al segundo piso así. Pero debes tener cuidado, no se ha usado en mucho tiempo —dijo, tratando de

reducir la tensión.

Asentí y, con la cuerda en la mano, me dirigí hacia donde me había indicado Alex y atravesé unos matorrales sin hacer mucho ruido. Efectivamente, ahí estaba la escalera, pegada a la pared de modo que se camuflaba con el blanco de la casa y apenas se veía.

—Ten cuidado —dijo Alex.

Empecé a subir. La madera estaba en muy malas condiciones y parecía que en cualquier momento podía romperse. Me dio un vuelco el corazón cuando un escalón crujió al poner el primer pie sobre él. Alex tenía razón, no se había utilizado en mucho tiempo. Subí otro escalón, agarrándome con fuerza al lateral de la escalera antes de dejar caer todo mi peso. Una vez comprobé que el escalón resistía, seguí ascendiendo. Cuando estaba bastante arriba, hice lo peor que podía hacer: miré hacia abajo. No tardé en sentir la necesidad de vomitar. La cabeza me daba vueltas. Desde abajo, la escalera no parecía tan alta.

—Te falta poco, Hannah —me animó Alex desde el suelo.

Asentí y seguí subiendo. La ventana estaba cerca. Respiré hondo y subí el último peldaño, pero una rama se enredó en mi pierna. Como no podía agacharme para soltarla, tiré con fuerza, intentando desprenderme de ella, pero estaba más atascada de lo que pensaba, y cuando tiré, la rama me hizo un arañazo en la pierna que me arrancó un pequeño grito.

—¿Hannah? —preguntó Alex, asustado.

—Estoy bien.

Me miré la pierna de reojo. El pantalón se había roto un poco y tenía una buena herida desde la rodilla hasta el tobillo. Antes de que pudiera desmayarme, subí el último peldaño. Al hacerlo, sentí un calambre en la pierna.

Gemí de nuevo.

Una vez arriba, me dejé caer en el balcón de casa de Seth y me miré la pierna con detenimiento.

Uf. Definitivamente, tenía mal aspecto. No era un simple rasguño, sino que parecía que me hubieran pasado una navaja por toda la pierna. La sangre salió enseguida. Una gota fina y de color carmesí se deslizó lentamente por mi piel hasta llegar a mis zapatos. Me levanté cojeando, repitiéndome a mí misma que no era tan malo, que solo era una herida. Pero luego pasó por mi mente la terrible imagen de mi pierna ensangrentada y sentí un poco de pánico.

Sin hacer ruido, pegué la oreja a la pared, justo a un lado de la ventana, ocultándome para que no se viera mi silueta a través del vidrio. No escuché nada, así que me aventuré a mirar adentro. No había nadie. Sin pensarlo más, decidí entrar.

El marco de la ventana estaba descuidado, lleno de tierra y de moho. Olía mal, pero la brisa se llevaba parte del olor. Sin hacer el más mínimo ruido, di un salto y apoyé una pierna en el marco para después impulsarme y entrar en casa de Seth. Tuve suerte de que la ventana estuviera abierta. Seth debería ser más cuidadoso, nunca se sabe quién podría entrar en tu habitación para husmear, sobre todo si tienes secretos que no quieres que nadie descubra.

Cuando estuve dentro, el perfume varonil de Seth inundó mi olfato. El aroma era fuerte y potente. Era un dormitorio grande, no tanto como el de Alex, pero sí más grande que el mío. Tenía una cama de matrimonio con sábanas rojas y las paredes estaban pintadas de color blanco y casi ocultas por pósteres de videojuegos y de galaxias. Era una habitación demasiado limpia, con el suelo de madera y una alfombra color crema debajo de la cama.

Había un televisor colgado en la pared y, debajo de este, un estante con videojuegos. Entre el televisor y la cama había dos sillones de espuma, uno verde y otro rojo. Todo parecía combinar con todo.

En el lado derecho había un armario que abarcaba la totalidad de la pared. Era de madera oscura y tenía cajones y puertas correderas. Desde mi posición veía dos puertas: una a mi lado izquierdo, que suponía que era el baño, y otra al frente, que era la entrada.

Sigilosamente, y tras asegurarme de que nadie andaba cerca, entré al baño, con la esperanza de encontrar un botiquín de primeros auxilios. Cuando abrí la puerta, todo lo maravilloso de la habitación fue reemplazado por un absoluto desastre: había ropa desperdigada allá donde mirara, incluso en la bañera, había camisas arrugadas y cáscaras de plátano tiradas en el suelo. Las bolsas de patatas fritas y las envolturas de diversas chucherías estaban en el cubo de basura o fuera de él, indistintamente. El baño era grande y muy lujoso, pero el caos que había allí dentro le daba un aspecto horrendo y viejo. Olía a podrido, estaba segura que habría un sándwich tirado por ahí desde hacía mucho tiempo. Como siempre, Seth se preocupaba de fingir una buena apariencia, pero las cosas cambiaban cuando una profundizaba un poco.

Busqué el botiquín en el armario con espejo sobre el lavamanos y lo encontré. Saqué un poco de agua oxigenada y un trozo de algodón. Era increíble: cada día acababa con una herida diferente.

Mojé el pedazo de algodón con agua oxigenada, y después lo presioné contra mi herida. El efecto fue rápido, comencé a sentir escozor por toda la pierna.

Esta vez, una lágrima caliente se deslizó por mi mejilla.

Oí un ruido en la habitación e instintivamente quise esconderme, pero cuando me giré y miré por la rendija de la puerta, vi que era Alex, que había entrado de un salto.

—¿Hannah? —susurró, preocupado.

—Estoy aquí —anuncié, todavía limpiándome la herida—. Estoy en el baño.

Terminé, guardé el botiquín en su lugar y me fui, dejando todo como estaba. Algunas envolturas tiradas por el suelo crujieron bajo mis zapatos. Intenté no pisar la ropa esparcida por todo el baño para no dejar huellas, pero fue inevitable, pisase donde pisase, había un pedazo de tela.

Cerré la puerta del baño y cuando iba hacia la entrada para explorar más, el pomo comenzó a girar. Alex y yo nos miramos. Mis ojos fueron de la puerta del baño a la cama de Seth. Eran mis dos únicas opciones para esconderme. No había nada más.

Dudé. Si me iba al baño, no podría esconderme en ningún sitio, y no me daría tiempo de abrir y cerrar la puerta antes de que abrieran la de la habitación, así que me lancé al suelo y rodé para esconderme debajo de la cama. La colcha de Seth llegaba hasta el suelo y me ocultaba por completo. La puerta rechinó y luego oí voces.

Un par de zapatos se movieron por el suelo.

Escuché que alguien sacudía algunas cosas, después se giró y se puso a revolver entre la ropa del armario, sacó algunas prendas y entró al baño. Suspiré. Si me hubiera escondido allí, me habría descubierto. Rápidamente, la persona salió del baño y abandonó la habitación. Dejó la puerta abierta.

Solté todo el aire que había estado conteniendo.

Escuché que una puerta a lo lejos se abría. Rodé de nuevo y me levanté de un salto. Alex estaba en la ventana, contemplando el exterior.

—Se marcha —dijo con la vista clavada en mi madre.

Miré por la ventana yo también.

Mi madre se iba de la casa.

Seth le dijo algo y ella negó con la cabeza. Después mi madre estiró la mano para estrechársela y Seth pareció corresponderle, tomó su mano con delicadeza y la apretó. Se miraban directamente a los

ojos. Se dieron la mano agitando los brazos en un movimiento frágil y sutil. Luego mi madre sonrió y salió de la casa.

Me sorprendí todavía más cuando subió al coche de Seth.

Él se despidió de ella agitando la mano.

Mi madre arrancó y se fue, dejando una fina estela de humo gris tras ella.

Eh... ¿qué acababa de pasar aquí?

Seth entró de nuevo en la casa, pero vi que otro vehículo se acercaba a la residencia. Era el coche de Cara. Bueno, no era suyo realmente, sino de su madre.

Seth volvió a salir, casi trotando, para abrir la puerta a Cara. Ella sacó sus preciosas y largas piernas del coche y tomó la mano que le brindaba Seth. Se había cambiado de ropa, llevaba un pantalón rosa con una sudadera blanca y unas deportivas, también blancas.

Seth cerró la puerta del coche y ambos se dispusieron a entrar en la casa.

De nuevo, dudé si bajar o quedarme en la habitación, pero mi duda se resolvió pronto. Escuché pasos provenientes de la escalera. Al parecer, subían. Me dejé caer otra vez y me oculté debajo de la cama.

—¿Te duele? —escuché decir a la traidora de Cara mientras se acercaban a la habitación.

—Un poco, la verdad. Hannah pega duro —respondió Seth.

Los pasos se oían cada vez más fuerte y entraron en la habitación. Cara se dejó caer en la cama. Su peso hizo que el colchón se hundiera y luego volviera a su estado normal. Había mucha confianza, por lo que se veía.

—¿Hannah? —dijo Alex, que estaba tendido a mi lado—. Esto es muy peligroso.

Me llevé el dedo índice a la boca para silenciarlo.

—Tranquila, ellos no pueden oírme. —Luego tragó saliva, se notaba en su mirada que estaba asustado—. Pero a ti sí.

Aparté los ojos de él y respiré profundamente. Todo saldría bien, no me harían daño. Cara era mi mejor amiga y no permitiría que nadie se atreviera a ponerme una mano encima estando ella presente. Me ayudaría.

—Me dijo que le habías gastado una broma.

—Sí, ya sabes, tenía que hacerle la llamada. —Seth fue hasta uno de los sillones de colores y se dejó caer—. Pensé que eso la confundiría y la alejaría.

—Pero no entiendo por qué te pegó. No debería haberlo hecho, Hannah no es así.

—Fue muy raro. Sus ojos echaban chispas. ¿Sabes? Por un momento creí que era Alex el que me pegaba. Él solía golpear así, sabía cuál era mi punto débil, y Hannah fue como una flecha a destruirlo.

—Te dejó bastante magullado, hay que aceptarlo.

—Directo a mi ego y a mi reputación.

Seth soltó una risita y Cara se le unió.

Miré a Alex.

—Lo siento —dijo él.

Luego, sin poder evitarlo, sonrió debajo de la cama. A pesar de que estábamos en una posición incómoda, él estaba divirtiéndose allí abajo.

—Pero sabes —continuó Alex— que hice muy bien. Se lo merecía.

Asentí, tratando de no reírme. Vi que el rostro de Seth estaba rojo y su mandíbula todavía amoratada.

—Le dijiste aquello, ¿verdad?

¿Cómo? ¿Cara lo sabía?

—Sí, justo lo que tú me dijiste. Pero nuestro plan fracasó.

Seth se levantó y se dejó caer en la cama a un lado de Cara. Veía sus zapatos juntos. Me quedé quieta, sin hacer ruido. Allí debajo hacía un poco de calor.

—Kate y Ryan ya vienen —anunció Cara con una voz adormilada y sensual—, tendremos que pensar otro plan. Mientras tanto...

—Mientras tanto, nosotros vamos a besarnos —le interrumpió Seth, con voz melosa.

Tenía el presentimiento de que Cara estaba sonriendo como una loca. Sus labios se juntaron y oí cómo se besaban.

Oh, no. No podía creer que fuese a presenciar eso. Ya había sucedido con Kate y Ryan, y ahora con Cara y Seth... ¡Iba a volverme loca si seguía viendo esas situaciones tan desagradables e íntimas! ¡No quería ver a mi mejor amiga con su lengua dentro de la boca de Seth! ¡Iba a vomitar!

Los besos hacían un ruido atronador, así que me tapé los oídos. Alex se rio a mi lado. Su risa estaba a escasos centímetros de mi oreja, me causaba cosquillas.

—Seth... —dijo ella sin aliento.

—Eres hermosa —le dijo Seth, con voz entrecortada. Ambos respiraban de forma muy agitada. Me pregunté qué tipo de beso había causado tal emoción.

De nuevo, me sentía una intrusa. Solo esperaba que la otra pareja llegara cuanto antes para que esta de aquí pudiera arreglar sus asuntos personales en otro momento.

Cara se rio.

—Y tú eres guapísimo —comentó ella.

Sus labios volvieron a unirse y, no lo negaré, sentí celos de mi amiga. No podía creer que no me hubiera contado nada sobre Seth y ella. ¿Qué pasaba? ¿Acaso ya no confiaba en mí?

Sonó el timbre y lo agradecí.

—Ahora vengo —dijo Seth, que se levantó de la cama y salió de la habitación.

Cara suspiró.

Unos segundos después, se oyeron voces por el pasillo. Al parecer venían varias personas. Levanté un poco la colcha sin que me vieran. El espejo que había delante de la cama me permitía ver lo que sucedía en toda la habitación.

Cuatro pares de zapatos entraron en el dormitorio, seguidos por otro más.

Visualicé por el espejo y reconocí los rostros que entraban. La rubia de ojos azules estaba allí, con el cabello húmedo y sedoso. Kate parecía preocupada, ni siquiera sonreía. Al contrario que Ryan, que no dejaba de mostrar sus músculos y sus dientes perfectamente blancos. Karen, Sarah y Tom entraron en la habitación riéndose.

¿Tom?! ¿Qué hacía Tom allí? ¿Y por qué vestía ropa tan primaveral? ¿No sé suponía que estaba enfermo?

Cuántas mentiras había detrás de esas sonrisas.

Después entró Seth, casi sonriendo.

Todos se acomodaron en alguna parte de la habitación. Karen y Sarah se sentaron en los sillones y Ryan y Kate se pusieron en la cama, junto con Cara.

Seth se quedó de pie apoyado en el marco de la puerta, observando a Cara. Tom, en cambio, se dejó caer en el suelo, con la espalda apoyada en una de las paredes. No parecía que le importase hacerlo.

—Muy bien... —dijo Kate—. Empecemos.

Agucé el oído para escuchar cada palabra que dijeran.

—¿Qué demonios le dijiste, Seth? —preguntó Ryan frunciendo el ceño. De todos ellos, era el que estaba más molesto. Ya no sonreía.

—Fuera lo que fuera, la alteró más. Parece que la persuadiste para que siguiera con esto. Y tenías que hacer lo contrario —concordó Kate, peinándose el cabello nerviosamente.

—Oye, hizo lo correcto —intervino Cara, defendiendo a Seth. También frunció el ceño.

—Le dije lo que vosotros dijisteis. La llamé y le advertí de que no se acercara, de que lo dejase estar, pero ella me retó y puso condiciones —explicó Seth—. Le dije que el asesino estaba en la cafetería.

—Eres un estúpido, Seth —dijo Karen.

—Deja que termine —contestó Tom—. ¿Por qué aceptaste sus condiciones? —Su voz era dura y no parecía nada enfermo. Al contrario, se le veía fuerte.

—Ryan y yo estábamos allí, creí que eso la confundiría —respondió Seth.

—Dios, Seth —dijo Sarah, la chica pelirroja—. Era obvio que iría hacia ti, ya sospechaba antes. ¿Es que eres idiota?

—Y bastante estúpido —completó Kate.

—Muy bien, no estamos aquí para insultar y mucho menos para buscar culpables. Al menos, él hizo algo, mientras que los demás, ¿qué hicisteis? —Karen, la mano derecha de Kate, los fulminó con esa mirada asesina que la caracterizaba—. Tenemos que buscar una solución —añadió.

—Estoy de acuerdo con Karen, el problema ya está ahí, y ahora hay que encontrar una solución —dijo Cara. Luego sus ojos buscaron a los de la temblorosa rubia—. Kate, ¿no crees que tú también tienes parte de responsabilidad?

—¿De qué hablas?

Ambas se fulminaron con la mirada.

—Está muy claro. Estás haciendo que Hannah se meta más en esto.

—¡Eso no es cierto! —respondió Kate, que se puso de pie de un salto.

—Escuchad, si os vais a pelear, yo me largo. —Tom comenzó a levantarse.

—Cállate Tom —dijo Seth, impidiendo que se levantara del suelo—. Nadie va a pelearse aquí y nadie va a irse hasta que esto se resuelva. Así que siéntate y tranquilízate. Y, por favor, calmaos todos.

Tom se dejó caer de nuevo y se acomodó otra vez contra la pared. Ryan puso sus manos sobre el brazo de Kate y con un toque suave la ayudó a volver a sentarse. La cama estaba temblando, Kate no tenía buena cara.

—Muy bien, entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Karen.

—Vamos a idear un plan «B» —respondió Sarah.

—¿Un plan «B»? Es absurdo —dijo Ryan—. ¿Por qué no le decimos la verdad?

—¿Se os ocurre algo mejor? —dijo Sarah. Todos se miraron incrédulos, sin articular palabra—. Ya, eso me parecía.

—Hay que contarle la verdad —dijo Kate.

Todos la miraron con los ojos muy abiertos.

—¿Estás loca? —preguntó Karen.

—¿Qué mierda estás diciendo, Kate? ¿Te has fumado algo o es que te drogas con algo más duro? ¿O ambas cosas? —la ofendió Sarah.

—Callaos —dijo Ryan, defendiendo a Kate—. Kate tiene razón, no podremos ocultarle la verdad

mucho más tiempo. De todos modos, lo acabaré sabiendo.

—No —intervino Seth—. No hemos hecho tantos esfuerzos para ocultarlo todo y ahora confesarle la verdad.

Sarah, Karen y Tom asintieron.

—Hannah no debe saberlo —respondió Karen.

—Sigue vigilándola, Karen, ella no se ha dado cuenta —dijo Tom, que parecía el líder del grupo.

¿Qué?! ¿Había oído bien? ¿Me habían estado siguiendo? ¿Cuándo?!

—Bueno, es muy fácil, la chica casi no sale —se burló.

Me hervía la sangre y notaba mis mejillas rojas de ira. Quería salir de debajo de la cama y hacerles confesar. Quería golpear a cada uno de ellos por haberme mentido y ocultado cosas importantes.

—Tranquila, Hannah —me calmó Alex, al ver que mi pecho subía y bajaba. La rabia se estaba apoderando de mí, y eso no era bueno. Yo no pensaba con claridad cuando montaba en cólera. No medía mis palabras y era impulsiva.

—Sarah, dile a tu padre que la mantenga alejada, es policía y podrá hacerlo, ya sabes, que la asuste un poco. Los demás sigamos actuando como si nada. Sin embargo, vamos a tratar de cuidarla un poco más, de estar pendientes de lo que hace.

—¿Un susto? —preguntó Sarah.

—Sí, algo como... que el asesino es muy peligroso y que no es la primera vez que sucede algo similar, sobre todo con la familia de los Crowell —dijo Tom.

—Que irónico... —respondió Sarah—. El asesino es peligroso... suena bien.

—Ryan, tú acósala más —dijo Tom.

—¿Acosar? —interrumpió Kate, apretando su pequeña y fina mandíbula—. ¿Sabéis el daño que hace una mentira? ¡Vais a destruirla! ¡Cuanto más tiempo pase sin que sepa la verdad, más va a sufrir! ¡Nos va a odiar por no decírselo! ¿Es que no lo veis? ¿No os dais cuenta de la gravedad del daño?

—La mentira no siempre se descubre, Kate —se adelantó a decir Tom—. Y si la verdad se llega a saber, es que uno de nosotros nos ha traicionado, y pagará por ello.

—¿Me estás amenazando? —gruñó Kate, molesta.

—Kate, cálmate —le dijo Ryan, acariciando su cabello húmedo.

—Eres un idiota, Tom —gruñó Kate—. Todos sois unos mentirosos.

—Bueno, ya basta Kate, tengo algo importante que contaros —dijo Seth, que parecía más tranquilo—. ¡Hoy ha venido Emma!

Todos lo miraron.

—¿Qué? —dijeron varias voces—. ¿Qué ha dicho?

Toda la habitación se quedó en silencio, esperando la respuesta de Seth. Incluso yo contuve la respiración.

—Que va a decírselo.

—¿Qué? —exclamaron todos al unísono, mirándose los unos a los otros con confusión.

—Hannah sabrá la verdad —repitió Seth.

—¿Y nosotros qué? —preguntó Cara—. Emma está siendo injusta.

—Eso ha sido lo que me ha dicho —respondió sin dar más explicaciones—. No ha añadido nada más.

—Hannah está enferma, ¿cómo se lo va a decir? —dijo Sarah.

¿Enferma? ¿Cuándo me he puesto enferma? ¡Yo no estaba enferma!

—Hannah lo olvidó, lo olvidó todo —terció Cara.

¿Qué hacía Sarah ahí? ¿Qué tenía que ver ella con todo esto?

—¿De verdad lo olvidó todo? —preguntó Seth, frunciendo el ceño.

—Sí. Ni siquiera recordaba a Alex, y un día antes de su funeral dijo que lo había visto. Estaba alucinando, parecía que realmente lo hubiera visto de verdad —contestó Cara.

Justo en ese momento sentí de nuevo unas ganas irreprimibles de golpearla.

Miré a Alex. Estaba de los nervios.

Tener a Alex tan cerca de mí y estar allí, oyendo cómo metían nuestros nombres en una frase que daba miedo de escuchar, me hacía querer llorar y abrazarlo con fuerza.

—Tranquila —me susurró, calmándome—. Todo saldrá bien.

Eran demasiadas mentiras. No podía aguantar la rabia que había en mí. Cuando estaba a punto de levantarme y enfrentarme a todos ellos, oí algo que me paralizó por completo.

—¿Cómo le vamos a decir que fue ella? —Me pareció que quien hablaba se estaba alejando—.

¿Cómo le vamos a decir que tiene amnesia, que fue ella quien mató a Alex?

No identifiqué a la persona que había hablado, ni tampoco escuché lo que dijo a continuación, ya que todo mi cuerpo se quedó en *shock*. No podía mover ni un solo músculo. Todo se había detenido. La habitación se hacía cada vez más grande y yo más y más pequeña.

El aire me faltaba.

Capítulo 18

No puedo describir lo que mi cuerpo sintió en ese momento. No sabía si me había desmayado, si me había muerto, o si me había quedado completamente congelada o anonadada. O si, simplemente, mi cuerpo se había desmontado como un vidrio roto, dejando en cada trozo una emoción diferente.

Suponía que me había desmayado y después me había muerto, ya que había dejado de respirar. Se me había secado la boca y mi cerebro apenas era capaz de hacer funcionar mi sistema nervioso central. Lo único que me venía a la mente era que tenía que estar muerta, porque no sentía el aire fluir dentro de mí, no podía respirar y el oxígeno del exterior no entraba en contacto con mis pulmones. Pero, por otro lado, sabía que estaba viva. Escuchaba las voces en la habitación como murmullos lejanos. Mi estómago se retorció como si tuviera algún tipo de infección, haciéndome gritar por dentro de dolor. Sentía como si una losa aplastara mi pecho, causándome un dolor indescriptible que sacudía todo mi cuerpo. No podía moverme, no podía escuchar claramente lo que ellos estaban diciendo, era como si sus voces estuvieran distorsionadas, lejanas y apenas audibles.

Las palabras se repetían en mi cabeza.

Amnesia.

Verdad.

Ella mató a Alex.

Ella mató a Alex.

«Hannah, tú mataste a Alex». Podía escuchar en el fondo de mi mente a mi conciencia gritándomelo una y otra vez. Mi corazón dio un vuelco y me estremecí.

—Hannah... —susurró Alex mientras me sacudía con cuidado. Me agarró los brazos y me zarandéo sin hacer ruido, pero aun así seguía sin poder moverme. Mi cerebro se negaba a procesar o aceptar las últimas palabras que habían quedado grabadas en mi mente.

Sentí el impulso de apartar a Alex y alejarme de él tanto como fuera posible. No quería tocarlo y mucho menos mirarlo a los ojos. No tenía el valor de mirar aquellas canicas color miel que tanto me gustaban. Se me partiría el corazón en millones de pedazos al ver ese rostro pálido y confuso.

No podía hacerlo.

—Hannah —volvió a llamarme—, escúchame... —susurró todavía más cerca de mi oreja.

Cuando comencé a volver a la realidad, el pánico se apoderó de mí.

No. No. No.

No podía ser cierto. Yo no era capaz de hacer algo así. Yo jamás mataría a una persona. No mataría a

Alex, eso no tenía sentido. Eso estaba mal. Tenía que ser un sueño, o una especie de broma de mal gusto. Yo no...

—Dime que es un sueño —logré decir, en su susurro. Mi voz sonaba entrecortada y aguda. Tenía un nudo en la garganta que no podía tragar, y me ardía—. Dime que estoy soñando, por favor —supliqué con voz temblorosa.

En ese momento crucial de mi vida no podía distinguir entre lo que era real y lo que no. No sabía si estaba despierta o dormida. Deseaba despertar y descubrir que todo había sido una pesadilla.

Al ver que Alex no me respondía, me pellizqué. El dolor fue insignificante en comparación con lo que estaba pasando. Me sorprendí al ver que seguía en el mismo lugar, debajo de la cama, con el olor a polvo inundando mi nariz y con una incertidumbre que me estaba matando lentamente. Miré mi mano y vi la marca roja del pellizco.

Me pellizqué otra vez, ahora más fuerte. Siempre que tenía una pesadilla solía hacer eso. Y sabía que era una pesadilla porque el tiempo funcionaba de forma distinta cuando estaba soñando. En un instante estaba corriendo y, al segundo siguiente, estaba escondida en un armario. De ese modo sabía que estaba soñando y que un pellizco lo resolvería todo. No obstante, no tenía pesadillas con frecuencia, ni siquiera tenía por costumbre soñar; mis sueños solían ser meros vacíos, sin imagen y sin sonido. La desesperación combinada con el pánico hizo que mi corazón se acelerara precipitadamente, como si estuviera corriendo un maratón en un desierto. Lo que me estaba pasando era real.

Me aparté con rabia un mechón de cabello de la mejilla. Estaba desesperada. Me sorprendía no haber empezado a mordirme las uñas, algo que solía hacer en momentos como este. Sin embargo, se me habían saltado las lágrimas. No me había dado cuenta de que había comenzado a llorar. Sentí que una lágrima recorría mi mejilla y luego otra, y otra, descendieron por mis mejillas y empaparon mis dedos. ¿Por qué estaba llorando? ¿Por enojo? ¿Rabia, tal vez? ¿O por temor?

¿Temor a la realidad? Sí, definitivamente.

Tenía miedo, terror y pánico. Todo a la vez.

Me pellizqué varias veces más, cada vez más fuerte. El pánico no remitía, y no ayudaba estar oculta debajo de la cama de una de las siete personas que había en la habitación. El pánico no me dejaba controlar mis nervios y, para mi mala suerte, también me estaba poniendo nerviosa. Y eso era algo que mi cuerpo no toleraba.

—Basta, Hannah. —Alex me tomó de la mano con la que me estaba pellizcando, evitando que lo volviera a hacer—. ¡Basta!

—Dime que no es cierto... —susurré para Alex y para mí.

Si no detenía esto, mi corazón saldría volando de mi pecho.

—Tranquila —me dijo con su voz calmada.

Él estaba muy tranquilo, demasiado normal. Todo aquello no parecía haberle afectado. Sin embargo, sus ojos resplandecían de nuevo con ese brillo especial. No podía evitar dejar de mirar en la profundidad de sus ojos. Estaba dolido, lo estaba pero no quería admitirlo. Era consciente de la cruda realidad y, aun así, la omitía para hacerme sentir bien.

En cambio yo... estaba hecha un lío.

—Inspira y espira. Cálmate. Todo va bien. —Su voz era serena. Me apretó la mano con dulzura, intentando tranquilizarme. Su mano estaba caliente cuando tocó la mía; era curioso, las manos de Alex solían estar frías y suaves, pero ese día no, o tal vez lo estaban, pero las mías estaban ahora hechas de hielo. Sus dedos, secos y fuertes, presionaron mi palma. Los míos no dejaban de temblar y me sudaba la mano. ¿Por qué estaba tan tranquilo? ¿Acaso no lo había escuchado? ¿No había escuchado que tenía

amnesia?

¿Es que no había oído que yo lo había matado?!

Definitivamente, debía de parecer una loca o algo incluso peor. Pero ahora, eso no era lo relevante. ¿Por qué me habían ocultado algo tan importante? ¿Acaso me estaban protegiendo? ¿Estaban intentando salvarme el culo? ¿Esa era la misteriosa verdad? ¿Yo tenía amnesia? ¿Todo se trataba de eso? ¿De que yo había matado a Alex?

Bien, estaba claro que nadie iba a responderme, que tenía que calmarme, dejar de hacerme más preguntas y de parecer una loca ante Alex. Darle vueltas al asunto solo servía para ponerme más nerviosa, y lo que necesitaba era pensar con claridad. Necesitaba calmarme.

—Espira... —me repitió Alex por enésima vez. Su mano no había dejado la mía, y se lo agradecía infinitamente—. Inspira... Tranquila, Hannah. Tranquila.

Poco a poco mi pulso se normalizó y volví a escuchar con claridad las voces de la habitación. Quería mirar a Alex a los ojos y preguntarle si había oído lo mismo que yo, pero simplemente no podía. Me sentía una traidora, otra persona, alguien a quien desconocía.

Ni siquiera podía imaginarme matando a Alex. Yo no podría... No sería capaz...

—¿Has oído eso? —balbucí.

Mi mente rezaba porque su respuesta fuera negativa, que no lo hubiera escuchado.

—Sí —respondió.

Mi corazón sintió una presión momentánea que dolió insoportablemente. Él no parecía estar tan mal como yo. Le había pillado por sorpresa, sí, pero seguía firme.

—Lo he oído —dijo—, pero antes de que entres en pánico, debemos seguir escuchando. Sé que es difícil de asimilar, pero cabe la posibilidad de que sea una broma. Hay muchas preguntas que tendremos que hacernos después de esta confesión, pero será después, cuando estés más calmada, cuando podamos pensar con claridad para atar cabos. Este es un rompecabezas que algún día se va a completar, solo hay que tener paciencia. No dejes que te afecte tanto, ¿de acuerdo? Recuerda que estoy contigo, Hannah. Pase lo que pase, estoy contigo. —Su voz hacía eco en mi mente. Sus ojos, inundados de ese brillo especial, me miraban con compasión y ternura. Sus labios se separaron y comenzó a moverlos—. Estamos juntos, ¿de acuerdo?

Me mordí el labio, intentando contener las lágrimas y no decir nada estúpido que arruinara todavía más ese momento. Mi corazón latió de nuevo, pero no por terror ni por pánico, sino por otra cosa, pero eran tantas emociones encontradas que no podía descifrar cuál era la causa. Era como un revoloteo en el estómago, pero no eran mariposas... Era algo todavía más fuerte, más intenso. Tanto que no lo podía describir.

—Alex... Gracias. Y lo siento, lo siento de verdad —dije, con el corazón oprimido por la culpabilidad de mis dichosos actos.

—No lo digas, Hannah. Tú no —respondió para después apartar sus manos de mí con delicadeza mientras me sonreía.

Su sonrisa y su forma de actuar hacían que todo doliera dentro y fuera de mí.

—¡Queréis callaros! ¡Por Dios! —exclamó alguien con frustración.

Mi cabeza se giró de nuevo para mirar por el espejo. El corazón todavía me latía con fuerza.

Iba a calmarme. Eso iba a hacer. Tenía que tranquilizarme.

—Yo creo que no deberíamos decírselo. Tu padre estaba ayudando, ¿verdad, Sarah? ¿Ya lo ha solucionado todo? —dijo Karen, mirando a Sarah.

—Sí —contestó ella. Su voz era queda y su cabello zanahoria destilaba brillo por doquier. Nunca había odiado tanto el color naranja—. Me ha contado lo que va a decir.

—Pero tu padre es policía, no detective —interrumpió Seth.

—¿Y qué? —respondió ella, indiferente, encogiéndose de hombros. Sus pecas desprendieron desinterés y su pequeña nariz apenas se le notaba. Los labios incoloros se abrieron de nuevo—. Puede hacer un informe. Lo ha estado preparando estos últimos días, y yo lo he leído y es creíble, es decir, todo lo que dice parece real. Podemos con esto.

—Hay que decírselo —intervino Cara. Su voz era amarga.

En este momento, me sentía traicionada y decepcionada. Podía perdonar su carta amenazante, incluso había aceptado su actitud y su alianza con mi madre. Había intentado darle el beneficio de la duda porque era mi amiga. Y me dolía, me dolía decir «era», en pasado. Incluso también había perdonado su relación con Seth. Pero esto me había hecho darme cuenta de cómo era la auténtica Cara: una mentirosa.

—Yo no le diré nada —dijo Tom con rudeza.

—Estoy de acuerdo contigo, no quiero ser la pringada que se lo diga —afirmó Karen, excusándose.

—Seguimos con el plan y ya está —dijo Ryan.

Kate negó con la cabeza.

—Quiero irme, quiero salir de esto —anunció con un hilo de voz.

Las palabras se le entrecortaban y apretaba los labios tanto que parecía que le iban a temblar en cualquier momento. Tenía los brazos cruzados descansando sobre su pecho. No quería mostrarse débil, de eso estaba segura.

—Nadie sale de esto hasta que no termine —intervino Tom, fulminando con la mirada a Kate. Ella entrecerró los ojos y parpadeó un par de veces. Después volvió a posar su mirada sobre Ryan, pidiéndole ayuda. Él se limitó a encoger los hombros y a hacer una mueca.

Kate le devolvió la mirada a Tom, y él no solo no la apartó sino que se la sostuvo con desafío. Eran todo lo contrario el uno del otro: Kate era belleza, dulzura, amor y moda; y Tom, bueno... él era guapo, pero hosco. No era una mala persona, sino de ese tipo de chicos que no soportaban a las personas superficiales y atractivas. Era demasiado inteligente para dejarse embaucar por todo aquello. Pero lo que él no sabía era que Kate también era lista. La chica no era la rubia cabeza hueca que aparentaba ser. Aunque odiase infinitamente decirlo y aceptarlo, lo cierto es que era mucho más que eso.

—Pues mira cómo me voy de aquí —dijo Kate.

Agarró su bolso de diamantes falsos y se lo echó al hombro. Caminó con decisión hacia la puerta, sus tacones eran el único ruido que había en la habitación en ese momento. Kate estaba a punto de salir y todos presionaron a Ryan con la mirada.

Él apretó los labios y alzó un brazo con decisión.

—Detente Kate —le dijo.

No fue necesario que gritara ni que insistiera. Sus palabras bastaron para llamar su atención.

—No te vayas. Nadie se va a ir. Igualmente, Hannah sabrá la verdad de un momento a otro y nosotros seremos libres.

—¿Libres? —Kate soltó una risita sarcástica. Todos la miraban—. Estáis mal de la cabeza. Estáis haciéndoos daño a vosotros mismos y a la propia Hannah. Y tú... —Señaló a Cara con rabia—. Tú no eres su amiga. ¡Eres una traidora! ¡Todos somos unos traidores!

—Kate... —la llamó Ryan, poniéndose de pie—. Tranquilízate —le dijo mientras se acercaba a ella. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, le tocó el brazo, pero ella se apartó.

—¡No me toques! —gritó—. ¡Estoy cansada de esto! No me importa lo que tú o tú vayáis a hacerme —dijo, señalando a Tom y después a Sarah. Tom sonrió con hipocresía cuando lo señaló. Definitivamente, la estaba provocando. La voz de Kate sonaba cada vez más aguda y empezó a quebrarse—. ¡No me importa! ¿Me escucháis? ¡No voy a seguir con este jueguito estúpido! —exclamó, y salió de la habitación con la cabeza bien alta.

Me quedé boquiabierta, no podía creer lo que estaba viendo y oyendo.

—El plan seguirá. Y tú, Ryan, haz mejor tu trabajo —le ordenó Karen.

—Tú no me das órdenes, ¿de acuerdo? —Le lanzó una mirada despectiva—. Nos vemos después —dijo enojado mientras salía de la habitación para intentar alcanzar a Kate.

Me quedé en silencio mirando a Alex, esperando que me dijera qué hacer. Él captó mi mensaje y me sonrió.

Dios, tenía que dejar de hacer eso.

—¿Estás mejor? —preguntó acariciando mi cabello para apartarlo de mi rostro lleno de lágrimas.

—Sí, gracias —respondí.

¿Cómo se suponía que había pasado eso? ¿Y por qué, si tenía amnesia, no me lo habían dicho? ¿Por qué ocultármelo? No lo podría superar. El trauma y el pánico seguían ahí. No podía olvidar esas pequeñas e indiscutibles palabras. «Ella mató a Alex».

Miré de nuevo a Alex. Estaba a mi lado, boca abajo, observando la habitación a través del espejo. No llevábamos más de veinte minutos ahí, pero mi cuerpo empezaba a sentirse incómodo en aquella posición. De pronto, sentí un calambre en la pierna en la que me había hecho la herida.

Un ardiente e intenso dolor me recorrió desde la pierna hasta el tobillo y me arrancó un gemido casi inaudible. La herida tenía mal aspecto, pero no quería mirarla ahora. Eso haría que me doliera todavía más.

—Maldición —mascullé con dolor.

Primero, Alex me miró sin entender nada, pero rápidamente comprendió mi expresión. Sus ojos bajaron desde mi pierna hasta mi tobillo, y, mientras recorrían el área dañada, los abrió de par en par.

—¡Hannah! —susurró, con expresión de pánico, mientras miraba mi pierna llena de sangre—. ¿Qué te ha pasado?

Su tono de voz confirmaba el terror que había en sus ojos.

—Ha sido un matorral. Se me ha enredado en la pierna, he tirado para soltarme y este es el resultado. No es nada grave, Alex —le expliqué mientras presionaba los bordes de la herida con sumo cuidado y sin mirar. Me temblaba el labio—. Estoy bien —dije, antes de que me lo preguntara.

A continuación, escuchamos pasos en la habitación. Cara se puso en pie y Seth hizo lo mismo.

—Yo me voy. Mi madre debe de estar esperándome —dijo Cara, encaminándose hacia la puerta. Cuando estaba en el umbral, se giró para sonreír con complicidad a Seth. Él la miró e hizo lo mismo.

Conocía bastante bien a Cara.

Esa sonrisa solo podía significar amor.

Cuando Cara se hubo marchado, Sarah se levantó y se acomodó el cabello anaranjado detrás de la oreja. Tenía un aspecto bastante diferente al del instituto: ahora, su mirada era fría y calculadora. Empecé a ver que quizá llevaba una doble vida, que podía ser a la vez una persona tierna y la más malvada que podía existir.

—Van a joderlo todo —dijo Sarah con fastidio.

Apretó los dientes y se cruzó de brazos. Parecía descontenta con algo. Había algo que la había

enojado.

—¿Quiénes? —preguntó Karen sin entender nada.

Levantó la mirada y la clavó en los ojos de Sarah.

—Cara y Kate, lo están arruinando todo —respondió sin vacilar mientras resoplaba. Su cabello estaba quieto y sus labios vibraban con una facilidad increíble.

—No. No nos harían algo así, no nos traicionarían —defendió Seth con firmeza.

—Eso lo dices porque es tu novia —interfirió Tom—. Pero Sarah lleva razón, lo van a joder todo.

—¿Y qué más da? —dijo Seth casi gritando mientras miraba desafiante a Tom.

Todos en la habitación sabíamos quién ganaría si hubiera una pelea: Seth.

—Hannah lo sabrá de todos modos —concluyó Seth con rabia.

—Ya no nos podemos fiar de ellas —dijo Karen.

—Hay que darles tiempo. Cara es su amiga y Kate es su peor enemiga, no debemos quitarlas del mapa. Son parte de esto y todos lo sabemos. Yo me encargo de que Cara mantenga la boca cerrada. Ryan se encargará de Kate.

—Eso espero. Confianza es lo que menos tengo. Yo también tengo que irme. —Tom suspiró y luego se puso en pie. Había algo malo en su mirada. Siguió hablando mientras caminaba hacia la puerta de la habitación—. Que paséis una buena tarde —dijo con sarcasmo, y salió con las manos metidas en los bolsillos delanteros del pantalón.

Luego, Karen y Sarah se despidieron también de Seth y se marcharon. Rezaba porque Seth no hiciera algo indebido que pudiera incomodarme y se fuese de una vez. Quería salir corriendo e irme a casa, a llorar en un rincón de mi habitación. Notaba que la sangre me circulaba todavía con rapidez por todo el cuerpo y mi corazón seguía latiendo con fuerza. No entendía cómo no me había desmayado al enterarme de la noticia.

—¿Qué es ese olor? —se preguntó Seth a sí mismo mientras olisqueaba el armario.

Frunció el ceño y yo me quedé completamente quieta y en silencio. El pánico se apoderó una vez más de mí. Si me veía aquí y en estas condiciones, me mataría; estaba segura.

—Joder... —añadió.

Seth empezó a moverse y a olisquear por toda la habitación. Entró al baño para comprobar si el extraño olor provenía de ahí y después comenzó a husmear entre los cojines y las colchas.

Definitivamente estaba sufriendo un ataque de pánico. Parecía que el corazón se me iba a salir del pecho de un momento a otro. Sentía la adrenalina por todo el cuerpo.

Recorrió la habitación de arriba abajo. Al ver que no conseguía averiguar de dónde procedía, se dispuso a acercarse a la cama.

Caminaba lentamente y, a cada paso que daba, mi cuerpo se estremecía como nunca lo había hecho. Sus pisadas hacían que todos y cada uno de mis músculos tensos temblaran.

—No te muevas —dijo Alex en un susurro casi incomprensible. Pero yo ni siquiera intentaba moverme. Mi cuerpo se había quedado paralizado de forma automática. Parecía un enorme iceberg.

Los pasos sigilosos de Seth me sobresaltaban. Si nadie lo detenía, esto sería el fin.

Cerré los ojos cuando lo escuché a tan solo unos centímetros de la cama.

Todo estaba en silencio.

De pronto, un videojuego cayó de la estantería de Seth y este se dio la vuelta bruscamente. Giré la cabeza y vi que Alex ya no estaba a mi lado. Seth se acercó nuevamente a la cama, sin interesarse por el videojuego. Aquello me hizo odiar esos malditos juegos con más fuerza.

Entonces comenzó a levantar la sábana con sumo cuidado.

Solo era capaz de cerrar los ojos y esperar a que me descubriera.

—¡Seth! —gritó alguien.

Abrí los ojos y la sábana cayó antes de quedar a la vista. Exhalé el suspiro más profundo que había soltado en toda mi vida. La voz había detenido a Seth. Estaba segura de que era una voz femenina. Parecía venir de la primera planta.

—¡Seth! —volvió a gritar alguien. En esa ocasión, reconocí la voz. Era Cara.

Pero ¿no se suponía que se había ido? ¿Qué hacía todavía aquí?

Fuera cual fuera su excusa, se lo agradecía.

Cara entró corriendo a la habitación, respirando agitadamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Seth, preocupado.

Cara tomó una bocanada de aire y lanzó un vistazo rápido al espejo. No estaba segura de qué había visto reflejado en él.

—Mi coche... —respondió, todavía acelerada. Apenas se entendía lo que decía.

—¿Qué pasa con tu coche?

—No arranca. ¿Puedes ayudarme?

—Claro, vamos —respondió, e hizo el ademán de tomarla de la mano.

—Antes necesito ir al baño un momento. Te alcanzaré en un segundo —contestó ella.

Seth frunció el ceño y después asintió con la cabeza mientras alejaba la mano de la de Cara.

—Vale.

Algo no iba bien. El coche de la madre de Cara funcionaba perfectamente. A esa cosa no le fallaba nada, era nuevo. Y además, yo sabía cuándo Cara necesitaba ir de verdad al baño. Siempre que se moría de ganas de ir, hacía un baile ridículo, pero en esta ocasión no había hecho nada.

Sentí una presencia a mi lado y me giré de nuevo. Alex había vuelto.

—He intentado distraerlo —dijo, refiriéndose al videojuego que había caído, y yo asentí con la cabeza.

Me dolía verlo.

Me dolía que actuara así después de haber escuchado toda la conversación.

Cuando Seth salió del cuarto, Cara cerró la puerta.

—Muy bien —dijo—. Sal de ahí, Hannah.

Estaba sorprendida. No podía respirar. Abrí los ojos de par en par y me quedé boquiabierta. Debía de estar hablando consigo misma.

Cara se aclaró la garganta, pero yo no me moví ni un solo centímetro.

—Sé que estás escondida debajo de la cama. Sal de ahí. Ya te he visto.

En ese momento no supe qué hacer. Era evidente que sabía que estaba ahí. Juntó las manos y se agachó para levantar la sábana que cubría la parte inferior de la cama de un solo tirón.

Mi mayor temor se hizo realidad.

—Hola. —Fue lo único que pude articular. Mi voz sonó aguda y parecía sorprendida.

Cara me lanzó una mirada penetrante. Odiaba que sus ojos azules me observaran de esa forma.

—¿Cuánto tiempo llevas escondida ahí? —preguntó.

—No mucho —mentí, aunque ella ya sabía la verdad.

Cara negó con la cabeza.

—Sal —ordenó, y por alguna extraña razón le hice caso.

Alex salió también. Se mantuvo a mi lado, sin ser visto.

Me comenzó a arder la pierna en cuanto la estiré.

—¿Qué te ha pasado? —De repente, la expresión de Cara cambió y reflejó preocupación.

—Un matorral —respondí, mientras un inmenso dolor me contraía los músculos.

—Hay agua oxigenada en el baño. Voy a por ella.

—¡No! —la interrumpí antes de que diera media vuelta—. Ya me he echado.

—Lo has escuchado todo, ¿verdad? —preguntó con curiosidad.

—Sí. Absolutamente todo.

—No creas nada de lo que has oído.

—¿Por qué?

—Hazme caso.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Tengo amnesia? —Mi voz se quebró. Necesitaba que me confirmara si mis sospechas eran ciertas, si lo que había escuchado era verdad.

—Sí, Hannah. Siento que te enteres de esta manera. —Tenía los ojos llorosos—. Me... me... me habría gustado contártelo personalmente, pero no así. Es complicado...

—Lo entiendo. No tienes por qué...

¡Claro que tenía que justificarse! ¡Tenía que contarme la verdad!

—Tengo que irme, y tú también —dijo de camino a la puerta.

Entonces la interrumpí:

—¿No vas a explicarme nada?

—¿Explicarte qué? —Frunció el ceño.

—Que maté a Alex... —Me costó pronunciar aquellas palabras. Era difícil decirlo en voz alta. Me sentía una asesina, un ser inhumano. No era una sensación agradable.

—Te lo contaré más tarde, Hannah.

—Me has mentido. Creo que al menos merezco una explicación, ¿no te parece?

—Más tarde —repitió.

Me miraba con compasión, pero sus dedos ya estaban apoyados sobre el pomo de la puerta. Mi corazón no había dejado de latir a un ritmo frenético.

—Te lo dirán a su debido momento.

—¿Entonces es cierto?! —No me había dado cuenta de que había empezado a gritar—. ¿Maté a Alex? —pregunté con la voz rota, esperando que dijera que todo era una broma pesada.

—Sí, fuiste tú.

Entonces, Cara salió de la habitación sin decir nada más, como si fuéramos dos personas totalmente desconocidas, sin interesarse en absoluto por mí. Sus palabras fueron frías, calculadas y breves.

La puerta se cerró en cuanto salió y yo comencé a llorar.

—¿Lo has escuchado? —pregunté, mientras me sentaba en la cama y dejaba caer todo mi peso.

—Sí.

Tragué saliva.

—Yo te maté, Alex —balbucí mientras me perdía en mis pensamientos retorcidos.

—No vuelvas a decir eso.

—Estábamos buscando las pistas incorrectas, investigando a las personas equivocadas, cuando la

única culpable soy yo. —Una lágrima cálida se deslizó por mi mejilla. No pensaba detener el llanto. No lo aguantaba, era demasiado doloroso. Había sufrido un golpe tremendo.

La mejor manera de desahogarme era llorar. Siempre lo había sido.

—Deja de decir eso, Hannah —suplicó mientras me miraba. Tenía los labios fruncidos.

—Yo te maté. ¡Fui yo! —insistí entre un mar de lágrimas. Mis mejillas se humedecían rápidamente. Las lágrimas no cesaban.

—Basta —rogó en un susurro mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—¡Yo te maté! —grité, invadida por un terrible sentimiento de culpa. Me sentía la peor persona del universo.

—¡No! —gruñó—. Cállate, Hannah. Cállate ya —murmuró con los dientes apretados. Le empezó a temblar el labio.

—¡Yo te maté!

—He dicho que te calles.

—¡Fui yo, Alex! ¡Yo soy la única culpable!

—Deja de decirlo.

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

—Hannah... Reacciona. Tranquilízate, joder.

Había entrado en pánico. No podía detenerme, parecía no tener ningún control sobre mi propio cuerpo.

—¡Yo te maté!

—Cállate.

—¡Yo te...!

Y entonces, se acercó a mí. Me tomó del cabello con fuerza y me atrajo hacia él. Involuntariamente, cerré los ojos y mis palabras fueron silenciadas. Presionó los labios contra los míos con fuerza y me hizo callar. No hice ningún movimiento y él tampoco. Tan solo posó los labios sobre los míos, pero todavía no me besaba. Me estaba volviendo loca.

Alex se alejó de mí unos centímetros, lo bastante como para que nuestros labios se separasen. Parecía que teníamos las frentes pegadas, uno contra el otro.

Tenía todavía la boca abierta, a la espera de que acercara de nuevo sus labios. Sentía su aliento cerca de mi boca.

—He dicho que te calles —me repitió en un susurro ronco, con esa voz que lo caracterizaba, mientras se alejaba todavía más de mis labios.

Apenas podía procesar lo que ocurría cuando sus labios carnosos volvieron a presionar los míos. No pude reaccionar. Al sentir el contacto con su piel, me estremecí. El vello se me erizó y las manos me empezaron a sudar.

Sus labios eran tan suaves que no quería apartarme de ellos. Parecía que nuestras bocas estaban hechas para unirse. Eran como las dos únicas piezas de un perfecto y precioso rompecabezas. Nuestros dientes no chocaron ni una sola vez. Tenía una de sus manos apoyada en mi nuca y me agarraba del pelo con fuerza para que no me escapara. Se movía lentamente y aumentaba la intensidad del beso cuando era necesario. Tenía el sabor más delicioso que había probado en mi vida, no quería que parase. Entonces me empezaron a doler los labios y mi respiración se entrecortó. El corazón me palpitaba agitado, como nunca antes lo había hecho. Me aparté de él ligeramente e inhalé oxígeno antes de continuar el beso.

Al abrir los ojos, me topé con sus preciosos ojos almendrados.

Ese momento me tendría en vela durante muchísimas noches.

—Alex... —balbucí.

—Cállate, Hannah. No digas nada más —murmuró.

Apenas podía creerlo.

Alex Crowell me estaba besando.

Sus labios eran demasiado suaves y encajaban con los míos a la perfección. Se movían con una lentitud extraordinariamente exquisita mientras mi respiración se hacía cada vez más pesada. Desde luego, si se pudiera matar con un beso, él habría acabado conmigo en cuanto posó sus labios sobre los míos.

En realidad no me importaba morir por falta de oxígeno. La mera idea de separarme de los labios carnosos de Alex no me espantaba. Quería quedarme junto a él el resto de mi vida, no quería que este momento acabara nunca. Durante unos segundos, no supe qué hacer ni cómo moverme, ni tampoco cómo moverme para que él disfrutase con mi boca tanto como yo lo hacía con la suya. A partir de ese momento, los labios húmedos de Alex se habían convertido en mi adicción. Eran mi droga favorita.

Por un momento me asusté. No porque Alex fuera un fantasma; tenía miedo de que el primer beso no fuera tan fantástico como se contaba en los libros o como se veía en las películas. Sin embargo, fue magnífico. Mucho mejor de lo que me había imaginado.

Alex Crowell me había dado mi primer beso.

No quería que terminara.

Pero, desgraciadamente, el tiempo pasaba y no se detenía por nada, ni por nadie.

Tuve que separarme de sus apetitosos labios.

Necesitábamos tomar un poco de aire. Los dos respirábamos con dificultad cuando nos separamos y nuestras bocas se quedaron tan cerca la una de la otra que sentía la tentación de besarlo más. Pero no todo era de color de rosa. La inseguridad se apoderó de mí.

¿Y si solo me había besado para callarme? ¿Y si todavía quería a Kate? ¿Por qué me había besado, entonces? ¿Yo le gustaba?

—Hannah —dijo en un susurro. Su aliento mentolado estaba muy cerca de mi boca...

—¿Sí? —Mi voz sonaba temblorosa. Alex sonrió victorioso.

Estaba segura de algo...

—Yo... —comenzó a decir.

Me gustaba Alex Crowell... un fantasma.

—¿Estás bien? Parece que vayas a desmayarte en cualquier momento —dijo con cierto egocentrismo. Tenía una sonrisa triunfante, con las comisuras bastante elevadas, y mostraba sus perfectos dientes blancos. Sus profundos ojos habían recuperado ese brillo característico.

—Sí —logré decir.

El hecho de que estuviera tan cerca hacía que me costase más respirar.

—Perdón.

—¿Por qué?

—Por besarte.

Oh.

—No pasa nada... Mmm... Tenía que callarme —concordé con él. El corazón bombeaba sangre con una rapidez increíble. Incluso me dolía.

—Sí... —Se separó de mí, lo bastante como para que me sintiera cada vez más desilusionada. Me

enderocé, esperando parecer lo menos afectada posible por el beso. Él se alejó unos pasos de mí y, mientras me daba la espalda, solté una bocanada de aire y volví a respirar con normalidad.

—Sí... suelo hablar mucho... Me pasa desde pequeña, ya sabes... —expliqué con rapidez—. Era una niña a la que le encantaba comunicarse y me gustaba hablar muchísimo con las personas. Mi madre siempre me decía que dejara de hablar tanto porque algún día se me acabaría la saliva y se me gastarían las cuerdas vocales, pero creo que nunca lo comprendí porque todavía hablo sin parar, y a veces hablo incluso sin pensar o suelto lo primero que me viene a la cabeza y, esto es muy difícil de explicar...

—Hannah... —me interrumpió. Era evidente que no hacía más que decir tonterías. Debería callarme de una vez.

—¿Qué pasa? —pregunté, sin aliento.

Alex se quedó un momento en silencio, dudando si debía decirme algo o no. Parecía que iba a hacerlo, pero de repente cambió de parecer. Su perfecta sonrisa se desvaneció.

—Tenemos que irnos —dijo finalmente.

Mi corazón volvió a desilusionarse.

—Sí —respondí.

Caminé hacia la ventana. El dolor de la pierna derecha me gritaba que parara. Cada vez ardía con más fuerza. Era terrible.

Estaba a punto de dar otro paso, pero cuando levanté la pierna para hacerlo, sentí un calambre y gemí de dolor. Antes de caerme, Alex ya estaba a mi lado y me sostenía en brazos.

—¿Estás bien? —preguntó con seriedad.

El dolor se expandió por todo mi cuerpo y un gruñido involuntario quiso salir de mi boca, pero me mordí la lengua entre los dientes. En lugar de quejarme, hice una mueca de dolor.

—Sí, es solo un calambre —aseguré, e intenté ponerme en pie.

Alex me sostenía por la cintura. El contacto con las yemas de sus dedos hizo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo, tanto por dentro como por fuera.

Alex asintió con la cabeza.

No sabía cómo demonios había sucedido, pero, entonces, me desmayé. O al menos eso era lo que recordaba.

Cuando abrí los ojos, estaba tendida en mi cama con la ropa y los zapatos puestos. No había nada fuera de lo normal, aparte del corte que tenía en la pierna. Tenía un enorme y fino corte seco, aunque ya estaba curado. Entrecerré los ojos.

El silencio inundó la habitación

—¿Alex? —pregunté a la nada.

Mi cuarto estaba vacío, pero entonces lo recordé todo.

No podía abrir los ojos con normalidad por alguna extraña razón. Solo los abrí un par de milímetros. Era como si estuviera drogada. Me sentía débil y estaba sudorosa.

—Alex... —lo llamé sin pensar. Mi voz apenas era un murmullo ronco y tenue.

No recibí ninguna respuesta.

Intenté levantarme, pero el cuerpo no me respondía. Era como si estuviera completamente desconectado de mi cerebro. Ni un solo músculo de mi cuerpo parecía moverse.

—Que alguien me ayude... —supliqué con debilidad. Puse todas mis fuerzas en pronunciar esas palabras.

—Tranquila, te he sedado —dijo una voz desde el baño.

—Mmm... —Apenas podía hablar. Me sentía cansada y era como si mi cuerpo estuviera hecho añicos—. ¿Qué ha pasado? —pregunté, arrastrando las palabras.

—No hables, te cansarás más —me ordenó la voz desde el baño.

Mi visión se nubló. La persona que me hablaba apareció ante mí distorsionada. No era más que una silueta desdibujada, no distinguía quién era. Dio unos pequeños pasos hacia la cama y se acercó a mí sin vacilar.

—Alex... —lo llamé inconscientemente.

La persona que estaba en la habitación sonrió.

—¿Alex? —preguntó, confundido.

La figura deformada dio paso a una sombra oscura. Todo se volvió blanco y negro. La cabeza me daba vueltas. Tenía la frente empapada en sudor y las sábanas que me cubrían estaban húmedas. Por el calor que desprendían, deduje que llevaba un buen rato metida en la cama. Unas gruesas gotas de sudor me cayeron por el rostro.

—Alex... —balbucí sin fuerzas.

—¿Te gusta Alex? —preguntó con voz grave.

—Yo lo maté —respondí.

Me aventuré a pensar que me habían inyectado algún tipo de suero de la verdad.

Entonces sentí un retortijón, como si tuviera un nudo en el estómago.

—¿Qué? —preguntó la voz lejana.

—Yo maté a Alex. —Mi subconsciente no dejaba de repetirlo una y otra vez. Pronunciaba las palabras de forma involuntaria, era incapaz de detenerme.

—Eso es mentira. Él no cree que sea cierto —contestó la voz—. Eres inocente, Hannah. Tú no matarías ni a una mosca. Eres demasiado buena.

Cerré los ojos.

—¿Te gusta Alex? —volvió a preguntar la voz.

Entonces los abrí de nuevo. La silueta se aproximó un poco más y me observó fijamente. Como tenía los ojos entrecerrados, todo estaba más oscuro y borroso.

Respondí sin vacilar:

—Sí.

El corazón me latía con frenesí.

—Tú también me gustas —dijo.

Luego, la silueta se acercó demasiado a mí y me inyectó algo en el hombro derecho. Ni siquiera sentí la aguja penetrar en la piel. Solo noté que un líquido irreconocible se adentraba en mi cuerpo y me adormecía.

Capítulo 19

Abrí los ojos. Lo veía todo con claridad. Aunque... no estaba en mi habitación, ni tenía la herida de la pierna. El viento soplaba con fuerza y el pelo me cubría la cara. Sentía el cemento frío bajo los pies. No tardé en darme cuenta de que era un sueño.

Estuve a punto de pellizcarme, pero, cuando levanté la mirada, el sueño tomó forma. Estaba en la entrada del instituto. Caminé unos pasos hacia la puerta, pero antes de que llegara, sonó el timbre. Rápidamente, la puerta se abrió y unos alumnos que no conocía comenzaron a salir. Todo era normal: no eran zombis, ni tampoco hacían nada fuera de lo común.

Me miré las piernas, asustada. Falsa alarma. Llevaba los pantalones puestos y no se me estaban cayendo los dientes ni había aparecido ningún payaso aterrador. Siempre que soñaba con el instituto me faltaba alguna prenda de ropa, la mochila o me tocaba presentar algún trabajo que no había hecho.

Suspiré, aliviada.

De pronto, un chico de cabello castaño salió por la puerta principal con la mochila colgada del hombro. Tenía una sonrisa radiante y los dientes perfectamente limpios y rectos. Dos o tres chicas desviaron la mirada para verlo. Sin embargo, el chico miró en mi dirección.

Alex.

Lo reconocería en cualquier parte. Era él.

Aunque tenía el pelo muy despeinado, lucía un aspecto increíble. Pero ¿qué hacía en mi sueño?

El chico con el que Alex hablaba también tenía el pelo castaño, aunque cuidadosamente peinado hacia arriba. Vestía un pantalón negro ajustado y una chaqueta de cuero del mismo color. Sabía quién era.

Seth Hutton.

Seth dejó de hablar y miró hacia otro lado, mientras que Alex todavía miraba atentamente en mi dirección. ¿Me miraba a mí? Alex le dio un suave codazo a Seth para llamar su atención. Cuando se giró, Alex señaló con la cabeza hacia donde yo estaba y esbozó una gran sonrisa. Después contestó algo breve y Seth asintió.

En un acto reflejo, me arreglé el cabello disimuladamente.

Alex me miró a los ojos y comenzó a caminar en mi dirección con paso lento. Me saludó con la mano y yo hice lo mismo, aunque no estaba segura de si el saludo era para mí.

—¡Hola, Hannah! —gritó, emocionado.

Estaba a punto de saludarlo cuando se detuvo a un par de metros de mí. Entonces, se intentó arreglar el cabello, sin obtener buenos resultados, y dio un par de pasos más, indeciso. Me quedé paralizada.

Estaba increíblemente guapo.

Comenzó a caminar y, al ver que no se detenía, lo llamé.

—Alex... —susurré.

Siguió andando, con una gran sonrisa en la cara. El temor se apoderó de mi cuerpo en un instante. Cuando estaba lo bastante cerca, pronuncié su nombre una vez más para llamar su atención. Pero Alex no se detuvo; era como si yo no estuviera ahí.

Se encontraba a solo un par de centímetros de distancia. Iba a chocar conmigo, así que, por instinto, me cubrí con las manos. Alex pareció no percatarse de mi reacción y continuó avanzando.

Grité con todas mis fuerzas.

Sentí que una corriente de aire frío me atravesaba el cuerpo, pero no sucedió nada más.

Levanté la mirada y vi que Alex ya no estaba delante de mí. Entonces me giré y lo vi. Había atravesado mi cuerpo sin ningún esfuerzo. Me quedé boquiabierta al ver a una Hannah idéntica a mí hablando con Alex a tan solo un par de metros. Escuché lo que decían.

¿Qué clase de pesadilla era esta?

Mi doble sonreía disimuladamente.

—Hola —dijo Alex, con las manos en los bolsillos. Actuaba con timidez.

—Hola —respondió mi doble, con una sonrisa de oreja a oreja. Alex se movió, nervioso.

Busqué un lugar adecuado para observar todos sus movimientos. El sueño me resultaba vagamente familiar... como si ya lo hubiera vivido...

—Hannah, yo... —titubeó. Entonces, se llevó una mano a la nuca para rascarse y añadió—: Quería invitarte a salir, si quieres, claro.

Mi doble se quedó quieta y después asintió.

—¡Claro! Me encantaría —contestó con una tímida sonrisa.

Alex sonrió. Estuvo a punto de soltar un suspiro de alivio.

—¿En serio? —preguntó, sorprendido. No daba crédito.

—Sí, claro, no tengo nada que hacer hoy. —Mi doble esbozó una sonrisa fugaz y cómplice con disimulo.

—¿Te va bien quedar a las cinco? —preguntó, con la mirada puesta en su reloj de pulsera.

Me acerqué a ellos y pasé una mano entre ambos, pero ninguno pareció darse cuenta de que estaba ahí, observando su coqueteo. Parecía invisible, como un fantasma.

—A las cinco me va genial —respondió, visiblemente emocionada.

—¿Te gusta la comida mexicana? ¿O prefieres ir...?

—Sí, me encanta la comida mexicana —lo interrumpió mi doble. Al menos no fingía: la comida mexicana era mi preferida.

Fijé la vista en los rostros pálidos y juguetones de ambos, que parecían muy nerviosos. Por un momento, sentí celos de esa Hannah. Tenía ganas de golpearla. Alex flirteaba con ella descaradamente, con esa sonrisa encantadora suya.

—Entonces nos vemos a las cinco.

—Vale, perfecto.

—¿Hay algún problema si paso a recogerte? —preguntó Alex con el ceño fruncido. Le brillaban los ojos; se le veía emocionado.

—No, seguro que a mi madre le parecerá bien —respondió mi doble, con una media sonrisa.

Vestía una blusa rosa pastel idéntica a una que yo tenía... Y esos vaqueros rasgados... Tenía unos exactamente iguales.

—Genial, pues te recojo a las cinco.

—Muy bien.

—¡Hasta luego! —dijo, y se alejó.

Un momento... Esto no era un sueño...

—¡Alex! —exclamé, pero todo se volvió borroso. Grité una vez más, pero el sonido de mi voz se perdió en el vacío y el instituto se distorsionó hasta desaparecer por completo. Todo se perdió en una especie de tormenta de arena.

Eso no era un sueño, era un recuerdo que había olvidado.

Pestañee un par de veces e intenté reincorporarme. La luz me cegó de inmediato y me vi obligada a cerrar los ojos para acostumbrarme al cambio. Volví a pestañear. Al cabo de unos segundos, abrí los ojos.

La lámpara de mi escritorio estaba encendida e iluminaba los papeles que tenía esparcidos en la mesita de noche. Al recorrer la habitación con la mirada, me percaté de que estaba sola. La puerta estaba cerrada con pestillo y la manilla estaba atrancada con una silla, tal y como la había dejado antes de irme a casa de Seth. El estremecedor e inquietante silencio hizo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo.

No estaba sola.

Alguien me observaba.

Temblé.

Me pasé los dedos por el rostro. Tenía la cara sucia y pegajosa y la frente húmeda por el sudor. Intenté levantarme, pero la pierna me lo impedía. Sentí un dolor agudo y gemí, desesperada. Sin pensarlo dos veces, presioné con las manos la zona de alrededor de la herida para sentir algo de alivio.

Funcionó. El dolor disminuyó y no se dispersó.

—Por fin te despiertas —me dijo una voz cercana. Me sobresalté—. No te muevas, todavía tienes la pierna malherida —añadió ante mi evidente sufrimiento.

—¿Alex? —pregunté.

Una ráfaga de aire frío me recorrió todo el cuerpo cuando el viento invadió la habitación. Las cortinas se agitaban tempestuosamente. Me estremecí.

—Estoy aquí. —Una figura se asomó desde la puerta del baño. Alex. Era obvio que estaba preocupado.

Se me encogió el corazón al recordar las palabras de Cara y el miedo volvió a invadirme.

¿Y si Alex estaba molesto conmigo? ¿Y si me odiaba? ¿Y si se había puesto así por el beso?

Tragué saliva con dificultad y me aclaré la garganta.

—¿Qué pasa? —pregunté. El miedo me hizo titubear.

Alex caminó en mi dirección con las manos en los bolsillos. Mientras se acercaba, retiré las manos de la herida para limpiarme el sudor que me humedecía la cara. Estaba muy sofocada.

—Esto... Mmm —titubeó. Tenía los ojos más oscuros de lo normal—. No quería contártelo, pero dijimos que no habría más secretos entre nosotros, ¿verdad? —Le tembló el labio. Claramente, algo lo

preocupaba.

—Sí —respondí en un susurro—. ¿Qué pasa, Alex?

—No sé cómo explicarlo, porque tiene que ver contigo.

Se me detuvo el corazón.

—¿Tiene que ver con lo que dijo Cara?

Se quedó en silencio y luego negó con la cabeza. Exhalé el aire que inconscientemente había contenido.

—Prométeme que no te alterarás —contestó, dándome a entender que se trataba de algo malo. Aún no me había contado nada, pero los labios le temblaban ligeramente.

—Alex, me estás asustando. —Una vez más, una capa de sudor me cubrió todo el cuerpo. Estaba muy confusa y preocupada.

Se quedó unos segundos en silencio, pensativo. Respiraba con pesadez y sus ojos dejaban entrever desesperación. Ambos estábamos tensos. Quería soltarlo todo, pero algo se lo impedía.

Se aclaró la garganta.

Entonces clavó la mirada en mis ojos y dijo:

—Es... es sobre Emma.

El corazón me dio un vuelco. No sabía si alegrarme porque no estaba enfadado conmigo o mostrarme sorprendida porque mi madre estaba metida en el ajo.

—¿Qué? —pregunté, y me incorporé en la cama. Me estremecí durante un segundo cuando mis pies entraron en contacto con el aire frío—. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien? —me apresuré a preguntar.

Alex tragó saliva. Su silencio hacía que me preocupara cada vez más.

—Alex... —lo insté. Él me miró, inquieto—. Cuéntame qué ha pasado —ordené con una voz temblorosa.

—La escuché hablar con Cara —susurró.

Alex estaba de pie, junto a la cama. Se sacó las manos de los bolsillos y se rascó la nuca. Daba la sensación de que no sabía cómo continuar y movió los dedos con aparente nerviosismo mientras se aclaraba la garganta.

Recé en mi mente porque todo fuera un sueño. No sabía si estaba preparada para oír lo que tenía que decirme.

—Tie... —titubeó—. Tienen un plan.

—¿Qué? ¿Cómo que un plan? —respondí.

La cabeza me daba vueltas. Todo esto tenía muy mala pinta. Rápidamente, recordé el cuaderno de Cara, la nota amenazante, la reunión con mi madre en su despacho y su extraño comportamiento.

Entonces recordé la voz de Cara: «Hay que decírselo. Hannah lo sabrá tarde o temprano, se dará cuenta». Nunca supe a qué se referían. El suspense y las preguntas sin respuesta estaban acabando conmigo lentamente. La confusión era cada vez mayor. Y ahora que sabía la verdad sobre el asesino de Alex, dudaba de todo, incluso de mí misma.

El resto de piezas del rompecabezas no encajaban.

—Según he entendido, el plan...

—Espera un momento... —lo interrumpí antes de que continuara—. ¿Cómo lo sabes?

—Cara ha estado aquí.

—¿Cara ha estado en mi casa? —dije. Hacía rato que el dolor de la pierna había mitigado. O quizá era porque mi mente estaba centrada en otras cosas.

—Sí, aunque solo un par de minutos.

—¿Y qué han dicho? —pregunté rápidamente. Me sudaban las manos.

—Antes que nada, quiero que sepas que no estoy de acuerdo con lo que han dicho y que no te lo tomes como algo personal. —Alex hizo una pausa y se enderezó—. Y también quiero que sepas que yo no creo en las palabras. Creo en los hechos. Y lo más importante: creo en ti, Hannah.

—Dímelo de una vez, Alex.

Se sentó en la cama, a mi lado, y me rozó las piernas con las suyas. No me tocaba, pero su cercanía hizo que me pusiera más tensa de lo que ya estaba. Dejó caer las manos sobre los muslos y se frotó las piernas.

Después de un largo suspiro, comenzó a hablar:

—Lo ha confirmado.

—¿Qué ha confirmado? ¿De qué hablas?

Alex me miró fijamente y respondió:

—Tienes amnesia postraumática.

Me derrumbé por completo. Sentí un nudo en el estómago y tenía la sensación de que unas olas oscuras y frías me agarraban del corazón y me arrastraban hasta las profundidades de un mar de emociones. Notaba como las olas me golpeaban el pecho y el rostro y me hundían en unas aguas negras. Me torturaban; me hacían cumplir mi merecida condena.

—Entonces, es cierto... —susurré, mirando al vacío.

—Sí, eso parece. —Alex se movió sobre la cama, intranquilo—. Pero hay algo que no termino de comprender.

—¿Amnesia postraumática? —repetí. No daba crédito.

—Tu caso es moderado —explicó—. He buscado información en internet. Por lo visto, tuviste un accidente y, a raíz de eso, has olvidado todo lo que te pasó en las quince horas anteriores, más o menos, no está claro... Al parecer, es algo normal cuando se sufre una lesión en la cabeza. La duración de la amnesia se relaciona con el grado del daño causado, según lo que he leído.

—El daño no ha sido tan grave, solo he olvidado lo que sucedió un día antes de tu muerte...

—Yo creo que has olvidado todo lo que ocurrió ese mismo día —me interrumpió.

—Alex, entonces es cierto.

—Yo no lo creo. No tienes cicatrices ni hay nada que indique que te dieras un golpe. Si fuera cierto, habrías estado al menos una semana en el hospital, o alguien del instituto habría mencionado algo sobre el accidente, ¿no te parece?

—Sí, alguien habría hecho algún comentario. Los rumores vuelan en el instituto.

—Sí —coincidió conmigo—. Lástima que haya personas que sepan guardar muy bien un secreto.

—¿De qué hablas? —pregunté.

No entendía a qué se refería.

—Seth, Cara, Kate... Todos pudieron estar involucrados y ninguno quiere contar qué sucedió realmente. Por eso se reunieron.

—¿Crees que mienten?

—No lo sé, Hannah.

—Pero ¿por qué lo harían? ¿Qué motivo tendría para matarte?

—A lo mejor eras una novia muy celosa —bromeó, y me hizo reír. La tensión desapareció durante unos segundos.

—No me fijaría en ti. Al menos no de ese modo —mentí.

—Mmm, eso no ha sido lo que has dicho hace unos minutos —murmuró casi de forma inaudible.

—¿Qué?

—Nada, no he dicho nada —mintió.

—Esto es más complicado de lo que imaginaba —dije, intentando cambiar el tema de conversación.

—Demasiado.

—Has dicho que tenían un plan.

—Sí. Quieren ayudarte —confirmó.

—¿Ayudarme? ¿Cómo?

—Déjame terminar —dijo—. Están protegiéndote. Te lo han ocultado todo porque te quieren, al menos eso es lo que he escuchado. Y después de que Cara te viera en casa de Seth y supiese que habías escuchado la conversación, han decidido contártelo.

—¿Ocultarme la verdad es la forma que tienen de demostrar su amor? —Sonreí irónicamente—. En ese caso, preferiría que no me quisieran. ¿Por qué no me lo han dicho antes? ¿Qué van a contarme? ¿Más mentiras? ¡Ya me han contado bastantes!

—Tranquila —me calmó Alex—. Sinceramente, no creo nada de lo que he oído, Hannah. Hay algo que no cuadra.

—Todo está tomando forma, Alex —contesté—. No intentes engañarte.

—Algo me dice que aquí hay gato encerrado.

—¿Tú crees?

—Sí. Honestamente, no creo que me mataras —respondió con naturalidad. Entonces me miró fijamente a los ojos, sin ni siquiera pestañear—. No tiene sentido.

—Se lo preguntaremos a mi madre. —Tragué saliva con dificultad—. Y si fui yo... tendré que pagar por lo que hice.

—No seas ridícula —contestó. Alex pasó las manos por encima de mis hombros para atraerme hacia él con delicadeza y abrazarme. La tenue calidez de su cuerpo era apaciguadora. Me sentía segura en sus brazos. Luego, tensó la mandíbula y añadió—: Yo no lo permitiría.

—Pero...

—Todavía hay más.

—¿Más? —Me ardían las mejillas.

Alex se limitó a asentir con la cabeza.

Me aparté un poco para mirarlo a los ojos.

—Al parecer, tu madre conoce a mi tío —respondió con cautela.

—¿A Eric? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Sí. Y creo que se conocen desde hace mucho tiempo.

Resoplé.

—¿Crees que eran amigos? Ya sabes, por lo que dijo Rosie.

—Creo que eran más que amigos. —Chasqueó la lengua, y luego me miró—. No recuerdas nada de tu padre, ¿verdad? —preguntó de repente. Daba la sensación de que disfrutaba viéndome confundida.

—Murió —respondí sin más—. Es lo único que recuerdo.

—¿Por qué no le preguntas a tu madre sobre él?

—Porque mi madre parece muy dolida cuando saco el tema.

—¿Y no crees que tienes derecho a saber más de él?

—Claro que sí, solo que... —Me detuve—. Me siento mal cuando le pregunto por él —confesé.

—Lo sé, Hannah. Lo sé.

Alex no hizo más preguntas. Sabía qué insinuaba, pero ninguno de los dos se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Cómo puedes dirigirme la palabra después de lo ocurrido? —pregunté—. ¿Por qué sigues haciendo como si no hubiera pasado nada?

—Porque no me lo creo. —Volvía a mirarme fijamente con sus ojos almendrados—. Y porque... — Su voz se apagó de repente, como si se arrepintiera de lo que estaba a punto de decir.

—¿Qué?

Vi un destello en sus ojos, un brillo que no había visto antes.

—Porque me gustas, Hannah —respondió con una media sonrisa. Me observó mientras esperaba una respuesta por mi parte. Me ruboricé y el calor se apoderó de mi cuerpo. No podía respirar.

—Yo... —Era incapaz de contestar.

—No me preguntes por Kate, por favor. —Su sonrisa desapareció poco a poco.

—¡Oh, no! —Sonreía tanto que me dolían las mejillas, pero no me importaba. Estaba tan feliz que podría haber empezado a dar saltos en la cama y gritar. Sentía mariposas en el estómago. Quería tenerlo más cerca de mí. Ansiaba tanto besar de nuevo sus labios rosados. Tenía la sensación de que habían pasado siglos desde la última vez que los había saboreado—. Tú... tú también... tú también me gustas.

No podía creer que estuviese diciéndole que me gustaba. Por eso había dado él el primer paso. ¡Se había aprovechado de que estaba adormecida!

Y de repente, lo recordé...

—He tenido un sueño... —empecé a decir—. Bueno, en realidad era una especie de recuerdo.

Los acelerados latidos de mi corazón resonaban por toda la habitación.

Después de unos segundos intensos, le conté lo que había experimentado.

—¿Hannah? —preguntó alguien al otro lado de la puerta.

Era mi madre.

Dejé de sonreír y sentí que la angustia me invadía de nuevo.

—¿Estás ahí? Por favor, abre —dijo.

Me costó mucho levantarme de la cama. La herida todavía me dolía y me ardía muchísimo. Casi no podía doblar la rodilla derecha, así que caminé con dificultad. Tenía el pantalón ligeramente manchado de sangre. Debería habérmelo cambiado, pero Alex estaba en la habitación...

Mi madre volvió a llamar a la puerta.

—¿Hannah? —preguntó de nuevo. Parecía más calmada y no tan molesta como las últimas veces que habíamos discutido. Sin embargo, yo todavía estaba enfadada. No era una cuestión de orgullo. Me dolía que no confiara en mí y que me hubiese mentido.

—Estoy aquí —respondí sin abrir la puerta.

Me pareció oírla suspirar.

—Yo... Mmm... Quiero hablar contigo.

—¿Hablar? ¿Sobre qué? —pregunté con el ceño fruncido, aunque sabía que no me veía. Miré de reojo a Alex, que seguía sentado en la cama, escuchando todo con atención.

—Te lo explicaría mejor si abrieras la puerta —contestó, frustrada.

—Ahora iba a ducharme —mentí.

Mi madre resopló e intentó mantener la calma.

—Vale, ¿puedes bajar cuando termines?

Su tono de voz me hizo desconfiar. ¿Para qué pedírmelo cuando podía ordenármelo sin más?

—Sí, mamá —respondí en un susurro.

—Hannah, es muy importante —añadió—. De verdad. Tengo que hablar contigo.

—Está bien, bajaré cuando acabe.

—Vale.

Al cabo de unos segundos volvió a llamarme.

—¿Hannah?

¿Qué quería ahora?

—¿Qué? —respondí de mala gana.

—¿Hay alguien contigo ahí dentro? —preguntó.

Abrí los ojos como platos.

—N-no —tartamudeé. En ese instante, deseé que algo me golpeará de nuevo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me había parecido oír que hablabas con alguien —contestó con calma.

Se me ocurrió decirle que era la televisión, pero luego recordé que estaba castigada y descarté esa idea de inmediato.

—Estaba leyendo en voz alta —dije en cuanto se me ocurrió la respuesta.

—Eso espero. Recuerda que estás castigada.

Puse los ojos en blanco y suspiré, frustrada. Ahí estaba la Emma de siempre, aunque parecía más tranquila, más pacífica.

Me quedé en silencio. Entonces, mi madre suspiró resignada y vi que su sombra se alejaba lentamente de la puerta de mi habitación.

Relajé los hombros y comencé a caminar de nuevo hacia la cama.

—Eso no ha sonado nada bien —comentó Alex.

—¿Qué crees que quiere decirme?

—Que tienes amnesia —dijo, resolutivo. Las facciones de su rostro se endurecieron.

—No sé... —Me dejé caer en la cama—. Has dicho que tenían un plan para protegerme.

—Sí, y también te he dicho que tu madre te lo contaría —me recordó.

—No entiendo nada. ¿Cómo se supone que intentan protegerme? ¿Ocultándomelo todo?

—Quizá...

—Esa no es la mejor forma de ayudarme.

—Hannah... —pronunció mi nombre lentamente—. Tengo una teoría.

Entonces, Alex se puso en pie. Se metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar de un lado a otro. Parecía inquieto. De vez en cuando, se mordía el labio inferior ligeramente, sin hacerse daño.

—¿Una teoría? —Volví a sentarme, aunque apenas podía doblar la pierna. Hice una mueca de dolor involuntaria al intentarlo. Era una herida pequeña, pero tenía la sensación de que iba a morirme de un momento a otro. Me ardía.

—Sí... —comenzó a decir—. Dices que cuando tocaste a mi madre sentiste algo extraño... Y que cuando estaba a punto de contarte algo que parecía importante, mi padre la interrumpió. Hizo un

comentario sobre algo que había ocurrido hace mucho tiempo, ¿no es cierto? ¿Pero cuánto tiempo? Tu madre dice que ella y mi madre eran amigas... Pero ¿desde cuándo? —Alex hablaba con una fluidez increíble mientras planteaba todos aquellos interrogantes.

—Y la foto de Eric en el libro...

—Hannah... ¿Qué pasaría si tú y yo...? —Entonces, dejó de hablar y negó con la cabeza.

—Si tú y yo... ¿qué?

—Da igual, es una teoría absurda, olvídale —respondió. Se restregó la cara con las palmas de las manos. No dejaba de pestañear.

—Solo es una teoría, ¿verdad?

—Sí —respondió en voz baja—, es solo una teoría.

—Entonces, cuéntamela.

—Se me ha ocurrido que tú y yo podríamos ser... —Las palabras se quedaron suspendidas en el aire. Alex dejó escapar un suspiro, resignado, y relajó los hombros. Luego, posó su mirada en la mía. Parecía estar hechizado, no apartaba la vista de mí— ... que tú y yo podríamos ser familia. De hecho, medio hermanos.

—¿Estás de broma? —pregunté entre risas nerviosas.

No, eso no podía ser cierto.

—No —contestó con seriedad mientras negaba con la cabeza.

—Eso es absurdo. Emma es mi madre. Y, además, ya te he dicho que mi padre murió en un accidente.

—¿Y no sabes cómo se llamaba? —gruñó.

—No, mi madre no quiere hablar del tema, y yo tengo que respetar su decisión —dije en un tono tedioso. Ya empezaba a sonar como mi madre cuando le preguntaba por mi padre. La teoría de Alex no tenía ni pies ni cabeza. Puede que hubiese algunas incógnitas que aquella teoría pudiera responder, pero me negaba a aceptar que podía ser su medio hermana. Si tuviera un hermano, lo recordaría. Lo sabría.

Alex suspiró con frustración.

—Hannah, es solo una teoría —dijo—. Nada de lo que he dicho está comprobado.

—¿Insinúas que mi madre tuvo una aventura con tu padre?

—¡No! ¡Respeto a Emma, Hannah! —gritó con fuerza—. ¡Pero es una posibilidad!

—No —respondí, mientras negaba con la cabeza—. No lo creo, no tenemos nada en común. No te había visto antes, ni tampoco a ninguno de los Crowell. Lo que ocurrió con Rosie no volverá a suceder. Estoy segura.

—Vale —respondió y levantó las manos a modo de rendición.

—Eh, Alex —dije—, no te enfades conmigo. Es solo que todo esto me parece una locura. Es cierto que no sé cómo se apellidaba mi padre, pero mi madre no sería capaz de ocultarme una cosa así. Si tuviera un hermano, a estas alturas lo sabría.

—No estoy enfadado contigo... Únicamente quiero que veas que hay cosas que parecen estar conectadas.

—Lo sé, pero...

—Hannah, tengo la sensación de que no solo estoy aquí para averiguar quién me asesinó.

—Me parece que ese tema ya ha quedado claro —le recordé con brusquedad.

Alex suspiró, exasperado, y relajó una vez más los hombros.

—Pues, sinceramente, yo creo que no —confesó—. Es decir, ¿qué motivo hay para ocultártelo? Si te lo hubieran dicho, todo sería más fácil, ¿no crees? Además, Emma no ha sido del todo sincera contigo...

—Yo tampoco he sido del todo sincera con ella —contesté, defendiéndola.

Mi madre podría castigarme durante un mes, podría quitarme el ordenador y el teléfono, podría prohibirme salir o ver a mis amigos, o incluso mentirme, como todas las personas hacen a veces, pero no por eso dejaba de ser mi madre.

—Hannah, por favor, ¡intenta verlo desde mi punto de vista! ¡Las piezas del rompecabezas encajan a la perfección!

—Pero es ridículo. George no puede ser mi padre. Tal vez Rosie dijo eso porque mi madre y ella eran amigas, y hacía bastante tiempo que no me veía. Mi teoría es que se hicieron amigas en Coldides —contesté con firmeza.

—Está bien, hagamos algo. —De repente, Alex comenzó a caminar por la habitación con aparente nerviosismo.

—¿Qué propones hacer? —pregunté.

—Pídele a tu madre tu certificado de nacimiento. Estoy seguro de que nunca lo has visto —respondió con resolución, como si supiese que estaba en lo cierto.

Alex tenía razón. Nunca había visto mi certificado de nacimiento, y como mi madre era la directora del instituto, siempre era ella quien se encargaba de todo el papeleo. De todas maneras, nunca me lo había enseñado porque yo nunca se lo había pedido. En las listas escolares siempre aparecía como «Hannah Reeve», y eso me bastaba.

—Si tienes dudas y tienes tantas ganas de averiguarlo, está bien, se lo pediré. Pero tú y yo no somos medio hermanos. No somos familia. No tiene ningún sentido —dije con frialdad—. Y ahora, si no te importa, voy a ducharme —añadí, y me giré, dándole la espalda.

Tenía que admitir que lo que acababa de contarme me había puesto furiosa, tanto que me hervía la sangre. Al formular esa teoría, Alex estaba ofendiendo a mi madre indirectamente, y yo no estaba de acuerdo con lo que decía, por mucho que me gustara.

—Hannah... —dijo Alex.

Fingí no escucharlo, entré al baño y cerré la puerta de un portazo. Entonces recordé que había olvidado la ropa y la toalla en la habitación y me vi obligada a salir del baño.

En cuanto abrí la puerta, Alex esbozó una sonrisa.

—Sabía que te tomarías esto como una persona madura.

—Solo he salido a por la ropa —respondí e intenté ignorarlo con todas mis fuerzas.

Un momento... Me acababa de llamar inmadura.

—¿En serio? —preguntó con cierto sarcasmo. Entonces se le escapó una risita.

—¿En serio qué? —respondí con aparente indiferencia, aunque realmente me interesaba saber a qué se refería. Mientras tanto, empecé a revolver la ropa que tenía guardada en los cajones del armario.

—¿Estás enfadada por lo que he dicho?

—¡No! Simplemente estoy algo confundida.

—Es cierto. Nadie entiende a las mujeres —contestó, y se puso en pie.

—Nadie nos entiende porque somos lo bastante inteligentes para ocultar que... —me detuve antes de seguir hablando.

Alex me miró fijamente con curiosidad.

—¿Ocultar qué? —preguntó interesado, y dio un paso más hacia mí.

Me apresuré a sacar la ropa y cogí lo primero que vi. Una blusa fina de manga corta con un dibujo de un edificio estampado y unos vaqueros.

—Nada —respondí mientras cerraba los cajones del armario.

—Te estás comportando como una niña pequeña —respondió sin despegar la mirada de mí. Me incomodaba, porque en ese momento tenía que buscar mi ropa interior.

—He dicho que nada —repetí.

—Dímelo —ordenó.

—Eh, tú no eres nadie para darme órdenes. —Lo fulminé con la mirada cuando pasé junto a él.

—Dijimos que nada de secretos, ¿te acuerdas? Creo que yo te he contado absolutamente todo lo que pienso. —Alex empezó a caminar detrás de mí. De repente, volvía a arderme la pierna y el calor no tardó en invadir el resto de mi cuerpo.

—No es nada importante —repliqué.

—Pero quiero saber lo que piensas —susurró con cierta melancolía.

¿De veras quería saberlo? Vale, bien. Estaba enfadada porque Alex estaba actuando como si no pasara nada después de haberme dicho que le gustaba. Estaba dolida porque me había pedido perdón después de haberme besado. Y el simple hecho de pensar que podíamos ser hermanos destruía lo que fuera que tuviésemos. Eso era todo.

—No pasa nada, en serio. Olvida lo que he dicho, de verdad.

Alex balbució algo que no logré entender y entonces sus pasos comenzaron a resonar por toda la habitación. Caminó tan rápido que no tuve tiempo de girarme para ver qué hacía. Antes de que me decidiera a dar media vuelta, Alex ya estaba detrás de mí, lo bastante cerca como para hacerme sentir vulnerable.

Entonces me tomó del brazo con suavidad y me giró con un rápido movimiento. Ya frente a él, me di cuenta de que nuestros rostros pálidos estaban a tan solo unos centímetros de distancia. Posó las manos sobre mis hombros y me acorraló. Sus ojos color caramelo me miraban fijamente; me estaba haciendo sentir incómoda.

De repente no sabía cómo respirar.

—Por favor... —murmuró. Sus labios estaban muy cerca de los míos—. Dime qué piensas y por qué estás tan furiosa conmigo. Haré lo que sea —se lamentó.

Desprendía un aroma delicioso que hacía que todo mi cuerpo vibrara.

—Hannah... dímelo, por favor —suplicó.

Entonces acercó la boca lentamente a la mía. Lo único que podía hacer era cerrar los ojos. Tenía un nudo en el estómago. Cuando noté que sus labios entraron en contacto con los míos, Alex giró la cara y posó la boca en mi cuello. Una vez ahí, comenzó a ascender poco a poco y sentí que un escalofrío me recorría todo el cuerpo. Al notar su respiración en el cuello se me erizó el vello. Tuve que controlarme con todas mis fuerzas para no hacer ninguna tontería.

Sus labios siguieron subiendo hasta llegar a la altura de mi oreja y entonces se detuvieron, lo bastante cerca de mi boca como para hacerme sufrir.

Estaba claro; definitivamente no iba a besarme.

—Por favor —me susurró al oído, y su voz envió una serie de corrientes eléctricas por todo mi débil cuerpo. Sentía que me precipitaba al vacío.

—Estoy enfadada contigo —dije en un susurro antes de poder detenerme.

Alex no se movió. Se quedó donde estaba. La sensación era agonizante. Entonces, se acercó todavía más.

—¿Qué he hecho mal? —Su voz se apagó lentamente—. ¿Estás así por lo que he dicho hace un

momento?

Negué con la cabeza. Entonces abrí los ojos y volví a cerrarlos. Su voz sonaba más melodiosa cuando no veía nada.

—Hannah... —me susurró al oído. De repente me abandonaron las fuerzas—. Quiero besarte —añadió.

—Pero acabas de decir que somos medio hermanos —contesté de forma juguetona. Intenté no reírme y pronuncié las palabras con una frialdad calculada. Tal y como me había propuesto.

Entonces, Alex suspiró con frustración. Luego se aclaró la garganta y comenzó a hablar con voz ronca.

—¡A la mierda mi teoría! Estoy contigo; no somos hermanos, no tiene ningún sentido. —Tragó saliva. Parecía nervioso—. Ahora... ¿puedo besarte? —me suplicó con gentileza al oído.

Me quedé sin respiración de nuevo. El frenesí que sentía al tener sus labios tan cerca de los míos aumentaba cada vez que pronunciaba una palabra. Si contestaba que no, me arrepentiría el resto de mi vida. Pero si accedía, Alex sabría que era una persona a la que se podía manipular fácilmente y que estaba loca por él.

En ese momento, descubrí que el incesante revoloteo de mariposas que sentía en el estómago era amor.

Me aclaré la garganta disimuladamente y me aparté un poco de él.

—Yo... —dije agitada, sin poder terminar la frase.

Alex se acercó más y me empujó con cuidado contra una de las paredes más cercanas. Sentía el frío muro blanco en la espalda y nuestros cuerpos apenas estaban a unos centímetros de distancia.

—Yo... mmm...

—Tomaré eso como un sí —dijo.

Y antes de que pudiera detenerlo, me besó.

Capítulo 20

Respiraba con dificultad, tenía las pupilas dilatadas, sentía escalofríos y notaba que una corriente me recorría todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. Ese era el efecto que tenían los besos de Alex sobre mí.

—Alex... —Apenas podía respirar—. Acabas de besar a tu supuesta hermanastra. —Sonreí, con la boca todavía sobre sus labios húmedos.

—¿Qué te parece si nos olvidamos de esa teoría? —Oía su aliento mentolado—. Además, tienes razón, es una idea absurda —añadió con una sonrisa.

—Ahora estoy todavía más enfadada contigo.

—¿Por qué? —preguntó, encogiéndose de hombros. Nuestros cuerpos estaban tan cerca que ni una mínima corriente de aire podría pasar entre ellos. Me gustaba la sensación.

—Porque... —No sabía si debía decirle la verdad—. Alex, yo...

—Lo que más deseo en este momento, Hannah, es que confíes en mí —respondió, con los labios posados en los míos.

El rostro de Alex no tenía imperfecciones. No tenía ninguna marca ni cicatrices, por lo que había supuesto que no había cometido ninguna locura de pequeño ni había tenido ningún accidente de gravedad. Tenía la piel suave y clara, y las mejillas se le enrojecían cuando estaba cerca de mí.

A veces me daba la sensación de que su cuerpo desprendía calor. La mayor parte del tiempo tenía la piel gélida, pero otras veces... su cuerpo ardía. Podía pasar del frío al calor en un par de segundos, aunque siempre me quemaba. Las yemas de sus dedos me provocaban dolor y me incendiaban la piel en cuanto me tocaba o acariciaba.

—Lo hago, confío en ti —me apresuré a decir.

Me dolían los labios y la herida de la pierna volvía a molestarme. El dolor era cada vez más insoportable. Sentía como si alguien le echara sal y, aunque no era más que una pequeña y delgada herida, apenas lo soportaba. Afortunadamente, los rasguños que me había hecho en los nudillos al pelearme con Seth se habían curado al cabo de dos o tres días, así que, al menos, no tenía que preocuparme de eso.

—¿Entonces?

Suspiré.

—Me ha molestado que me hayas contado tu teoría. —Me mordí el labio involuntariamente—. ¿Por qué tenías que decírmelo? ¿No podías haberlo hecho en otro momento? Ahora no puedo evitar sentir remordimientos.

Alex sonrió. Entendía a qué me refería.

—Las cosas prohibidas son siempre las que más placer dan —comentó.

Me aparté de él.

—¿Sabes qué dice mi madre? —comencé a decir con seriedad, dando vueltas por la habitación.

—¿Qué? —Alex se giró para seguirme con la mirada.

—Mi madre dice que el infierno existe pero que nadie habita en él. Dice que los verdaderos demonios viven en la tierra, entre nosotros.

Su sonrisa se hizo más grande.

—Tiene razón. —Entonces me señaló—. Y tú eres uno de ellos.

Reí.

—Creo que debería ducharme. —Volví a coger la ropa que había sacado antes del armario y caminé rápidamente al baño.

—Hannah, espera un momento.

Lo miré expectante.

—Creo que podría funcionar.

—¿Qué quieres decir? —pregunté desconcertada. No entendía a dónde quería ir a parar.

—Lo nuestro —respondió, al fin—. Creo que funcionaría. No seríamos una pareja normal, desde luego, pero podríamos ser solo tú y yo —murmuró. Entonces se detuvo, sin mover ni un solo músculo.

Nunca había estado tan confundida.

—Pero acabas de decir que...

—Olvida lo que he dicho —me interrumpió—. A veces me comporto como un idiota.

Sonreí disimuladamente y me mordí el labio para evitar que mi sonrisa fuera todavía más evidente.

Estaba tan feliz que podría haber empezado a dar saltos por toda la casa.

Finalmente las canciones con letras románticas cobraban sentido para mí. No me iban las cursiladas, aunque podría ser cursi con Alex. Escribiría cientos de poemas sobre cómo le brillaban los ojos cuando veía algo que le gustaba o sobre cómo sonreía cuando hacía algo que lo divertía. No me cansaría jamás. Escucharía canciones melancólicas y recordaría su cara al hacerlo. Vería películas de amor y nos imaginaría a los dos siendo los protagonistas, aunque nuestra historia fuera mejor.

Lo imaginaba conmigo en todas las estaciones del año. Veríamos crecer las plantas y las coloridas flores de los grandes jardines que visitaríamos o de los parques por los que pasearíamos. Seríamos felices contemplando las nubes blancas con formas de animales o de personas.

En verano, tomaríamos limonada con hielo. El eco de los gritos de los niños montados en bicicletas resonaría a nuestro alrededor. Y en los días más cálidos, cogeríamos una manguera y nos mojaríamos para divertirnos un rato, y, después, nos abrazaríamos y observaríamos el intenso brillo del sol que rara vez aparecía.

En otoño, leeríamos libros, saldríamos a pasear e iríamos al parque del centro solo para oír crujir las hojas debajo de nuestros zapatos. Usaríamos gorros graciosos para cubrirnos del viento y, al llegar el invierno, beberíamos café o chocolate caliente cerca de un fuego que haríamos. Cuando nevara, saldríamos a hacer muñecos de nieve y en Navidad adornaríamos la casa con luces de colores.

Suspiré, todavía con una sonrisa en la cara.

Había algo en él que me atraía como un imán. Ni siquiera yo misma era capaz de explicarlo. Las cosas estaban sucediendo muy rápido y mis sentimientos habían cambiado radicalmente de la noche a la mañana...

Todo era extraño y misterioso. Al igual que su asesinato, me intrigaba saber qué pensaba.

—Tienes razón —contesté, de vuelta en el mundo real.

—¿En qué? —preguntó.

—En que a veces te comportas como un idiota —respondí.

Alex rio y asintió con la cabeza.

—No voy a negarlo. Soy un idiota, pero sería el mayor idiota del mundo si no te hubiese dicho esto... —dijo con seriedad y, a pesar de que todavía sonreía, no bromeaba—. ¿Por qué no lo intentamos? —preguntó rápidamente.

Me quedé paralizada.

—¿Hannah?

—No sabes las ganas que tengo de pegarte por ser un idiota, Alex Crowell —contesté con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo merezco. Pégame tan fuerte como puedas —respondió, con una mirada divertida.

—No... —dije entre risas—. Será mucho peor.

—Hazme sufrir, Hannah —contestó con una sonrisa. Sus preciosos ojos volvían a tener su habitual brillo encantador.

Entonces caminé hacia él y lo abracé. Recorrí su cuerpo con las manos y hundí la cabeza en su cuello. Inhalé su aroma mientras mis dedos se tocaban detrás de su espalda. El abrazo pareció tomarlo por sorpresa, pero Alex deslizó las manos por mis hombros. Y, de esta forma, nos quedamos abrazados durante unos segundos. Luego, me separé rápidamente de él y acerqué los labios a los suyos, sin tocarlos. Alex cerró los ojos; tenía unas pestañas larguísimas.

Le di un beso en la mejilla y Alex hizo una mueca de desaprobación.

—En los labios —murmuró.

—Es mi venganza por ser tan idiota, Alex.

—Desde ahora seré tu idiota —me corrigió.

Reí.

Alex esbozó una ligera sonrisa y aproveché para besarle en la comisura de los labios.

Al entrar en contacto con su piel, un escalofrío recorrió todos y cada uno de los centímetros de mi cuerpo. El corazón me latía frenéticamente.

Luego, le di un beso rápido en los labios. No le di tiempo a reaccionar porque me separé de él enseguida y eché a correr hacia el baño.

—¡Hannah! —gritó Alex.

Intentó alcanzarme, pero justo cuando iba a agarrarme del brazo, logré cerrar la puerta y me apoyé en ella. No podía evitar sonreír.

Oí que Alex también se apoyaba contra la puerta al otro lado. La única barrera que nos separaba era una tabla de madera pintada de blanco con un pomo de cristal.

Entonces, me pareció oír un suspiro lejano. No sabía si había sido yo o Alex, aunque bien podríamos haber sido los dos.

Cuando terminé de ducharme, me vestí con la ropa que había cogido al azar del armario. Luego, me sequé el pelo y me peiné con los dedos. Esperaba que mi madre estuviera lista para contarme todo lo que tenía derecho a saber. Me había preparado mentalmente para lo que fuera. Estaba relajada y me había repetido un millón de veces que todo saldría bien. No era una persona que se derrumbase fácilmente, pero en el fondo sabía que era humana y que, como tal, podía desmoronarme en un segundo. Y aunque

Alex dudaba que yo le hubiera puesto un dedo encima, yo no lo descartaba. Es decir, todo lo que teníamos hasta ahora apuntaba a ello, y la conversación de Cara y los demás en casa de Seth no dejaba mucho lugar a la imaginación.

No obstante, si tenía amnesia postraumática, ¿qué la había provocado? ¿O quién? Y en el caso de que hubiera sido un mero accidente, ¿por qué no tenía heridas o marcas?

Empecé a darle vueltas al asunto y me vinieron a la mente más preguntas. ¿Sería esa la verdad de la que Rosie y mi madre habían hablado? ¿Que padecía amnesia? Pero, de haber sabido que había matado a Alex, Rosie no habría sido tan amable conmigo... ¿no? Además, ¿por qué Rosie se empeñaba tanto en que lo supiera? ¿Había algo más?

Por un momento tomé en serio la teoría de Alex.

Hermanastros.

No, no lo creía.

Era absurdo.

No podía ser hija de George, y mucho menos de Rosie, si es que existía alguna posibilidad de que fuera adoptada. Aunque tenía que admitirlo: ambos teníamos el mismo carácter, la misma nariz, una barbilla idéntica y compartíamos otras similitudes de las que no me había percatado, pero eso no significaba que fuéramos parientes. En el mundo hay de personas muy parecidas, y eso no significa que todos sean familia.

Además, Emma era mi madre. Y aunque no tenía un padre, no lo necesitaba. Sin embargo, al crecer únicamente con mi madre tras la muerte de mi padre, me había aislado de algunas personas, ya que consideraba que tenerla a ella era suficiente. Había pasado tantos años junto a ella y la conocía tan bien que estaba segura de que no me mentiría. No sería capaz de ocultarme que tenía una familia.

Abrí la puerta del baño y vi que Alex ya no estaba. Pero no me preocupé. Cuando dormía o hacía algo que requería cierta intimidad, Alex solía pasar el tiempo dando vueltas dentro y fuera de la casa por si veía o escuchaba algo extraño o sospechoso.

—¿Lista? —Su voz me trajo de vuelta a la realidad.

—Eso creo. —Suspiré profundamente y liberé toda la tensión que sentía en los hombros. La ducha con agua caliente no había tenido el efecto que esperaba.

—¿Quieres que me quede?

—Sí, por favor —supliqué.

Alex sonrió con amabilidad y asintió con la cabeza.

—Si quieres que me vaya, solo tienes que decírmelo —contestó en un tono firme y gentil.

Yo nunca le pediría que se fuera. Quería que estuviera cerca de mí en todo momento.

—Lo dudo, pero lo tendré en cuenta.

Empecé a caminar hasta la puerta de mi habitación, pero las piernas me temblaban.

—¿Estás bien, Hannah?

—Sí... —dije sin dejar de avanzar. Tomé aire como si fuera una dosis de valentía y añadí—: Nunca terminas de conocer a alguien. No importa cuánto signifique una persona para ti. Al final todo el mundo te acaba decepcionando en algún momento.

Abrí la puerta y exhalé todo el aire que había contenido. Sentí un dolor en los pulmones.

—Pero las decepciones no siempre son malas —respondió Alex, detrás de mí—. Nos hacen abrir los ojos.

Cuando salimos de la habitación, mi cuerpo se puso rígido como una piedra. Sentía todo el peso del

mundo sobre los hombros y, en ese instante, solo quería dar media vuelta y echar a correr. Me asustaba enfrentarme a lo que mi madre tenía que decirme. Temía que me mintiera, pero, más que eso, me aterraba que me dijera la verdad, que me contara lo que había escuchado en casa de Seth y que confirmase lo que Alex había deducido sobre nuestro supuesto parentesco.

Mientras bajaba las escaleras, rezaba porque todo aquello no fuese más que un malentendido. Con cada escalón que dejaba atrás, un nuevo miedo se hacía presente. No quería continuar bajando, pero ahí estaba mi madre, sentada en uno de los sillones dando un sorbo a una taza de café.

Parecía nerviosa.

—Ya estoy aquí —dije para llamar su atención.

Se levantó del sillón enseguida, sobresaltada. Sus ojos reflejaban pánico.

—¿Va todo bien, mamá? —pregunté, con una mirada severa.

Llevaba una falda gris perfectamente planchada, sin ninguna arruga, como siempre. Se había quitado la americana y solo vestía una camisa abotonada hasta el pecho. El escudo del instituto apenas se veía, pues su pelo lo tapaba ligeramente.

Suspiró.

—Tenemos que hablar.

—Pero ¿va todo bien, mamá? —pregunté, desesperada. La concisión de sus palabras hizo que se me revolviere el estómago. Afortunadamente, Alex estaba a mi lado, y eso me daba fuerza y seguridad.

—Sí, todo va bien —contestó, al fin. Estaba despeinada, como si no se hubiera cepillado el pelo en varios días. No había brillo en sus ojos. Parecía aterrada—. Pero tengo algo que contarte —continuó.

La expresión de mi madre hizo que todos mis sentidos se pusieran alerta. Esto no acabaría bien.

Me preparé mentalmente para lo que estaba por llegar. Sin pensarlo dos veces y sin que me lo pidiera, caminé hasta la sala de estar. La sangre me circulaba con fuerza por todo el cuerpo y me sentía pesada y torpe. Antes de tomar asiento, y sin despegar la mirada del rostro de mi madre, quité el cojín que había en uno de los sillones y me senté.

Ella empezó a morderse una uña, algo que yo tenía la costumbre de hacer en momentos como este.

—Mamá, me estás poniendo nerviosa —dije. Verla así hacía que el miedo que sentía aumentara.

—Lo siento, Hanny —respondió después de quitarse los dedos de la boca.

Abrí los ojos de par en par. Mi madre solo me llamaba «Hanny» cuando algo malo había sucedido. La última vez que me había llamado así fue para darme una mala noticia. Mi perrito se había escapado de casa y un coche lo había atropellado. Lloré durante una semana y me juré que jamás tendría otra mascota. Ni siquiera un gato, ni un pez.

Que me llamara «Hanny» no era una buena señal.

Al ver mi expresión, Alex se colocó detrás de mí y se apoyó en el sillón. Estaba atento a cualquier cosa que sucediera, y eso me hacía sentir cierto alivio, aunque no demasiado.

—¡Ay, Hanny! —Mi madre se movió nerviosa en el sillón. Parecía no encontrar una postura cómoda.

—Mamá, deja de llamarme Hanny. No me gusta —contesté con frustración.

—Lo siento. Estoy un poco nerviosa —se disculpó. Se llevó la taza de café a los labios con manos temblorosas. Desde mi asiento, olía el aroma a café cargado. Después de darle un sorbo, volvió a dejar la taza en la mesa, suspiró de nuevo y cerró los ojos. Exhaló e inhaló lenta y profundamente.

Yo no aparté la mirada de ella.

Tenía los ojos cerrados y las pestañas cubiertas de rímel se pegaban a su piel blanca. Los rizos de su melena estaban totalmente alborotados y el labio inferior no dejaba de temblarle. De repente, abrió los

ojos. Era evidente que estaba muy nerviosa. Parpadeó un par de veces. Relajó los hombros y suspiró. Parecía más calmada, como si volviera a ser la misma de siempre.

—Te he ocultado algo... —Su tono apenas era audible—. Algo muy importante. —El eco de su voz resonó por toda la sala de estar.

Alex tenía razón. Iba a hablarme sobre mi amnesia.

Estaba preparada para ello.

—¿Qué? —pregunté, desconcertada. Fingí fruncir el ceño, aunque sabía de qué hablaba.

—Me cuesta mucho contarte esto.

—Lo sé. Sé lo que me has ocultado, mamá —dije, con la intención de ayudarla.

Ella me miró, expectante.

—¿Qué? —inquirió, confundida.

—Hannah, no creo que... —dijo Alex, pero sabía lo que iba a decir, así que lo interrumpí.

—Sé lo que me has ocultado —repetí—. Sé «la verdad». —Doblé los dedos e hice el gesto de las comillas al pronunciar las dos últimas palabras—. Os escuché hablar a Rosie y a ti. Ya lo sé, mamá. Lo sé todo. Y no puedo creer que no me lo hayas dicho. Solo los cobardes ocultan la verdad —concluí.

—¿Rosie te lo ha contado?! ¿La has visto? —Tenía los ojos abiertos como platos. El pánico había dado paso a la rabia, que era mucho peor.

—Hablé con ella por teléfono, pero no ha sido ella quien me lo ha contado. Ya te he dicho que os escuché. Y no, no he visto a Rosie —dije para contestar todas sus preguntas.

—No deberías decírselo —dijo Alex, pero ya era tarde.

—¡Hannah! —Mi madre se levantó del sillón de un brinco. Asustada, di un bote y apoyé la espalda contra el respaldo del sillón—. ¡Te prohibí cualquier tipo de contacto con los Crowell! ¿Acaso no me escuchaste? ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no me haces caso? ¡Te lo he dicho un millón de veces!

Entonces empezó a gritar algunas groserías que yo nunca había escuchado. Maldecía todo lo que veía a su alrededor y yo me asusté realmente. Su voz resonaba por toda la casa.

Me encogí en el sillón.

¡Oh, Dios! Esta no era mi madre.

—¡Te lo prohibí, Hannah! ¡Te lo prohibí! ¡Dios mío! ¡Ya lo sabes! ¡Esa hija de puta...! ¡Le dije que no te dijera nada! ¡Se lo dije, se lo advertí! —Abrí los ojos de par en par. No daba crédito a lo que escuchaba. Mi madre nunca utilizaría esas palabras en su sano juicio.

Alex me miró de forma despectiva. Mi madre estaba ofendiendo a la suya.

—Lo siento —susurré a Alex sin que mi madre se diera cuenta.

—No es culpa tuya —contestó, y me ofreció una sonrisa tranquilizadora, aunque esta no llegó a sus ojos.

Mi madre se llevó una mano a la cintura y otra a la frente, y empezó a moverse de un lado a otro, inquieta. Entonces, hizo una serie de aspavientos con la mano que tenía en la frente y continuó maldiciendo. Estaba furiosa y tenía el rostro enrojecido por la ira.

—¡No puedo creerlo! ¿Te lo ha dicho George? ¡Contéstame, Hannah! —gritó.

Yo retrocedí, acorralada en el sillón. ¡Vaya! Realmente estaba muy molesta.

—Mamá...

—¿Ha sido Rosie?! ¿Se ha acercado a ti?! ¿Te ha hecho algo?! —preguntó, muy alterada. Cuando gritaba, la vena que le recorría la frente se hacía visible. Daba la sensación de que iba a asesinar a alguien. En unos segundos, su cara pasaba de estar roja a morada, para después volverse prácticamente

amarilla.

—¡Ya basta, mamá! —grité, sobresaltada—. ¡Basta! ¡Me he enterado yo solita! —Mi respuesta hizo que saliera de su ensimismamiento. Me incomodaba bastante que mi madre criticara y ofendiera a los padres de Alex cuando él estaba aquí, escuchándolo todo.

—¿Qué? —preguntó. Entonces, se quedó en silencio durante unos segundos, observándome, y añadió —: ¡¿Cómo?!

—¿Por qué me lo has ocultado? —Me puse en pie y me acerqué a ella. Estaba resentida—. ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Acaso era tan difícil?

Mi madre me observaba sin decir palabra alguna. Parecía sorprendida por el tono de voz que había usado. Incluso yo lo estaba. Nunca había hablado con tanta contundencia delante de ella.

—¡No lo entenderías! —gritó.

—¡Siempre me has subestimado, mamá! ¡Lo habría entendido! ¡E incluso lo habría evitado!

—¿Evitar qué? —Me miró extrañada. Unas pequeñas arrugas se habían formado en su frente y alrededor de sus ojos.

—¡No hagas como si no supieras de qué hablo! —Mi voz se volvió aguda—. ¡Me has ocultado un gran secreto! ¡Tenía derecho a saberlo! —Sacudí la cabeza y el cabello me azotó las mejillas por los movimientos bruscos y salvajes que hacía. Me hervía la sangre.

—¡Sí! ¡Tenías todo el derecho del mundo a saberlo! —dijo, y suspiró profundamente antes de volver a hablar—. ¡Pero todavía no era el momento!

—¡Lo podría haber evitado, mamá! —chillé, desconsolada—. ¡Lo podría haber evitado!

—¿Evitar qué, Hannah? —preguntó con los brazos en jarras. Se le había desabrochado uno de los botones de la camisa a causa de la agitación.

Tomé una bocanada de aire y me preparé para decirlo.

—¡Matar a Alex! —Las palabras salieron de mi boca casi sin querer. La rabia se apoderó de mí y empecé a llorar desconsoladamente—. ¡Tendrías que haberme dicho que tengo amnesia! —gimoteé—. ¡Tendrías que habérmelo dicho! ¡Te odio! ¡Te odio! ¡No deberías haber dejado que quedara con él! ¡Lo podría haber evitado! —Se me humedecieron las mejillas a causa de las lágrimas. La adrenalina me hizo entrar en una especie de bucle que no podía detener. Gritaba cosas que ni siquiera yo misma entendía. Balbucí durante unos segundos más y me puse a llorar de nuevo.

—Hannah. —Mi madre se acercó a mí. Entonces, me tomó de los hombros y me zarandeó con fuerza—. Hannah, tranquila. —Volvió a sacudirme con más intensidad—. ¡¿Amnesia?! ¿De dónde has sacado eso? ¿Quién te lo ha dicho?

Mi llanto era incontrolable. No podía detener las lágrimas. Era víctima del pánico. El corazón se me aceleraba cada vez que respiraba. Su incesante martilleo en mi pecho hacía que me doliera todo el cuerpo.

—Lo escuché —murmuré con el rostro humedecido por las lágrimas. Mi respuesta no pareció convencerla.

—¿Dónde? —inquirió.

—Simplemente lo escuché, mamá —mentí—. Dime que no es verdad. Dímelo.

La confusión invadió su rostro y, al cabo de unos instantes, me miró con compasión, como si sintiera lástima por mí.

Entonces me soltó los hombros, se alejó con pasos dubitativos y se llevó una mano a la frente mientras caminaba por la sala. Parecía estar pensando en algo. Tenía los ojos tan abiertos como los de

un águila hambrienta.

En cuanto se apartó de mí, mi cuerpo se relajó. Después, sentí dolor justo donde había posado sus manos. Me había apretado con tanta fuerza que me había clavado las uñas.

—Ya lo sabes... —murmuró.

Se me detuvo el corazón.

—Entonces, ¿es cierto? —pregunté con voz temblorosa.

—Yo... —Se quedó pensando unos instantes. Apartó la mano de la frente y negó con la cabeza. Se debatió un momento. Luego levantó la mirada y se giró hacia mí—. Sí, es verdad.

De repente pareció que el mundo había dejado de girar. Empecé a temblar y todo cuanto me rodeaba se detuvo.

Alcé la vista y recorrí la sala. Tenía la sensación de que todo ocurría a cámara lenta y, cuando encontré los ojos que buscaba, todo mi mundo se vino abajo.

Sin embargo, Alex me tranquilizó con la mirada. Parecía un poco sorprendido y, a pesar de que no demostraba estar tan sorprendido como yo ni parecía nervioso, sus ojos reflejaban miedo.

Empecé a sentirme mareada.

—Inspira y espira —me recordó Alex. No estaba muy lejos de mí, pero me sentía sola. Parecía que iba a derrumbarme en cualquier momento.

Hice lo que Alex dijo.

Inhalé con suma dificultad y exhalé profundamente. Mis pulmones sufrían desde hacía rato mis radicales cambios emocionales.

Me repetí a mí misma que todo iba bien.

—¿Maté a Alex? —pregunté de forma casi ininteligible. Las lágrimas no me dejaban hablar y las mejillas me ardían tanto como la lava. Sentía que todo el calor se acumulaba en mi rostro, mientras que el resto de mi cuerpo estaba gélido como un témpano. Todo era tan confuso...

—Hannah...

—No quiero que haya más secretos entre nosotras, mamá. Tengo derecho a saber la verdad —exigí.

Mi madre me observaba con preocupación. Era evidente que tenía miedo de contarme la verdad. Pero sabía que no podría ocultármelo durante mucho más tiempo, así que cerró los ojos, tomó aire profundamente y volvió a abrirlos antes de decir:

—Sí, fuiste tú —contestó. En su mirada había pena y dolor—. O, al menos, eso es lo que indican las pruebas.

Chillé en voz baja, solo para mí.

No podía imaginarlo.

Le quité la vida a una persona.

¿Qué clase de ser monstruoso era?

—¿Cómo ocurrió? ¿Por qué no estoy en la cárcel? ¿Y por qué Rosie no me odia? ¿Por qué es tan buena conmigo?

—Siéntate. Te lo contaré todo, pero primero debes tranquilizarte —dijo mientras se arreglaba el cabello rizado con los dedos, nerviosa.

—De acuerdo —accedí mientras me enjugaba las lágrimas. Sin que Alex me lo pidiera, seguí su consejo y respiré hondo. Cerré los ojos durante un par de segundos y solté aire cuando sentí que mi cuerpo ya no lo necesitaba.

Volví a sentarme en el sillón. Las manos y las piernas me temblaban.

Era cierto.

No había escuchado mal. Todas las pistas apuntaban a que había matado a Alex y no me había dado cuenta.

Nunca lo habría creído.

Los hechos estaban claros: yo había tenido un accidente el mismo día que Alex murió. El recuerdo que tenía de nosotros dos hablando sobre nuestra cita ya tenía una explicación lógica. No recordaba absolutamente nada del día de la muerte de Alex y ahora sabía por qué. Creía que la conexión que tenía con él era por esa razón, por esa cita que nunca llegamos a tener, y no porque yo fuese la persona que había acabado con su vida.

Tenía amnesia postraumática.

—Sucedió hace dos semanas —dijo. Al principio parecía dubitativa. Miraba de un lado a otro y hacia el techo. Había leído que cuando las personas miraban hacia los lados era porque mentían y que cuando miraban hacia arriba significaba que estaban pensando. También había leído que cuando una persona se rascaba la nariz era señal de que ocultaba algo—. Me pediste permiso para salir con un chico, pero no me dijiste quién era. Solo... estabas muy feliz y no quise preguntar —resopló. Buscó mi mirada con los ojos, esperando una reacción.

—¿Lo maté? —Me aclaré la garganta. Cuando lo hice, sentí un dolor agudo. Era como si mi tráquea se hubiera encogido y no pudiera tragar la saliva—. Quiero decir... ¿lo maté con mis propias manos? —pregunté. Mi voz sonó aguda y me hizo sentir vulnerable. Creía que al aclararme la garganta, hablaría con una voz más clara y fuerte, pero había ocurrido justo lo contrario.

—No —contestó con firmeza mientras me miraba fijamente.

—¿Entonces qué pasó? —Coloqué las manos temblorosas entre las piernas, para darles un poco de calor. Las tenía frías como el hielo.

—No lo mataste —replicó. En medio de su ataque de cólera, se había hecho una coleta, que ahora amenazaba con deshacerse en cuestión de segundos—. Fue un accidente. Todavía no se sabe qué pasó realmente, pero están investigándolo, y es probable que tengas que ir a testificar. Eras la única que estaba con Alex cuando sucedió —confesó, y dejó caer las manos sobre su regazo. Luego las deslizó por su falda gris y volvió a colocarlas sobre las piernas.

«Un accidente».

Al escuchar las palabras salir de su boca, sentí que una corriente me sacudió el cuerpo. No sabía si debía sentirme más tranquila o continuar llorando en voz baja.

—Cuéntamelo, por favor —supliqué con desesperación—. Necesito saberlo. —La urgencia en mi voz era inevitable.

—Le he dicho a Rosie que suspenda la investigación por ahora. Primero tienes que recuperarte. Puede que no te haya quedado ninguna secuela física, pero has sufrido mentalmente, y eso es mucho peor. Una vez te hayas repuesto, podrán hacerte todas las preguntas que sean necesarias. Además, tú también eres una víctima. No pueden tratarte como una criminal hasta que las cosas no se hayan resuelto y la verdad no haya salido a la luz. —Tragó saliva y continuó moviendo sus pálidos labios—. Respecto a la cita que tuviste con Alex... recuerdo que te fuiste y que al cabo de dos horas me llamaron... Era el padre de Sarah —dijo. Asentí. Intentaba comprender lo que me contaba y tomármelo con calma, tal y como haría Alex—. Me contó que habíais tenido un accidente. Los frenos del coche fallaron...

—¿Y eso fue culpa mía? —dije con cierto sarcasmo. Había sido un accidente. Yo no había tenido nada que ver con eso. Además, Alex tenía razón: no tenía lesiones físicas y no recordaba haber estado en el hospital. Esta historia no tenía ningún sentido.

—Los frenos fallaron, aunque lograsteis detener el coche. El vehículo no sufrió ningún daño, tan solo unos cuantos arañazos, pero... —Entonces se detuvo. Parecía dubitativa.

—¿Qué? ¿Hay algo más? —pregunté, con los ojos cerrados con fuerza. Estaba aterrorizada. Ni siquiera podía imaginarme la escena.

Respiró de forma agitada y se mordió el labio inferior. Entonces tensó la mandíbula.

—Sí.

—Cuéntamelo, mamá —contesté. Mi corazón no dejaba de latir con fuerza.

Frunció los labios y cerró los ojos un momento. Cuando abrió los párpados, las lágrimas aparecieron.

—Te acusan a ti de cortar los frenos, cariño —dijo sin más, pronunciando las palabras lentamente—. Cuando Alex detuvo el vehículo, ocurrió algo. Algo más grave y que solo tú sabes. Un suceso traumático que causó su muerte. Pero nadie sabe qué ocurrió. Solo tú tienes la respuesta, Hannah. Nadie más —concluyó.

—Eso es una estupidez —dijo Alex, que soltó un bufido de frustración—. No la creas, Hannah. Está mintiendo.

Le lancé una mirada despectiva a modo de respuesta y luego miré a mi madre. Se movía inquieta en su asiento mientras los dedos le temblaban, incluso más que los míos. Cerraba los ojos de vez en cuando.

—¿Por qué no le pasó nada a Alex? No tenía golpes ni rasguños, ni nada de eso. Lo vi en el velatorio. No lo entiendo, mamá. No tengo ni idea de lo que ocurrió —añadí en voz baja.

La historia que me estaba contando mi madre no tenía ni pies ni cabeza. En primer lugar, yo no sabía nada de coches, así que ¿cómo demonios iba a saber qué cable cortar para que los frenos dejaran de funcionar? Y segundo, era demasiado evidente que mentía. Su mirada la delataba.

—Hannah, yo solo intercedí por ti —respondió—, no por Alex. Tú eres mi prioridad y todo lo que me importa en esta vida. Sabes que te quiero.

—No lo parece. —Me enjuagué las lágrimas que me caían por las húmedas mejillas.

—No empecemos, Hannah. Solo te digo la verdad. Debes confiar en mí.

No era estúpida. Sabía que me estaba mintiendo. Su mirada perdida dejaba entrever miedo. Se delataba inconscientemente. Además, el labio le temblaba en cuanto comenzaba a hablar, y eso no le ocurría muy a menudo. Mi madre sabía controlarse, se le daba bastante bien. Pero ahora era evidente que estaba tensa... era vulnerable.

Mentía.

Solté un suspiro de frustración.

—¿Cómo puedo confiar en ti? —pregunté, agobiada.

—Debes hacerlo. Sé que no hemos tenido una vida perfecta. Lo sé, Hannah. Y sé que necesitaste un padre, pero creo que ambas hemos superado todas las adversidades con las que nos hemos topado. Dentro de un tiempo, todo esto no será más que algo que recordaremos y de lo que nos reiremos. Acuérdate de todos los buenos momentos que hemos vivido juntas... —dijo con suavidad—. Confía en mí, es lo único que te pido.

—¿Y qué pasa con Alex? —inquirí con frialdad.

—¿Qué pasa con Alex? —repitió mi madre, confundida.

Parecía no comprender mi pregunta.

—Mamá, acabas de decir que lo maté. —Mi voz se entrecortó y sonó muy aguda. Sentí que las lágrimas volvían a arremolinarse en mis ojos.

Y, como Alex me aconsejaría, respiré por la nariz y solté el aire por la boca, controlándome por dentro y por fuera, tomándomelo todo con calma. Sin embargo, el labio me temblaba involuntariamente.

No me lo creía. Una voz dentro de mí me gritaba que no había sido yo, que nada de lo que acababa de oír era cierto. Era casi como un sexto sentido, parecía instintivo. Yo no sería capaz de hacer tal cosa. No tenía ningún sentido.

—Yo no he dicho eso —contestó mi madre rápidamente con voz severa. Se pasó uno de los dedos por el cabello y se colocó un mechón detrás de la oreja. Eso me hizo ver que estaba más nerviosa de lo normal. Los dedos le temblaban mientras recorría sus indomables rizos—. He dicho que sospechan que cortaste los frenos —añadió con voz baja.

—Pero ¿por qué no lo recuerdo? —pregunté.

—Es culpa de la amnesia, Hannah.

Estuve a punto de negar con la cabeza casi de inmediato. Mis dedos se sacudían sin control. Todavía no me creía lo que escuchaba.

—Pero no tenía ningún motivo para hacerlo, mamá. No tiene sentido. —Intenté hacerle perder la paciencia para que me dijera la verdad.

Mi madre hizo una mueca y unos hoyuelos aparecieron en sus mejillas. Se removió otra vez.

—No hagas más preguntas, por favor —rogó. Estaba encogida y casi parecía dolorida, como si tuviese el estómago revuelto.

—¿De verdad crees que voy a quedarme tranquila? ¿Acaso quieres que me cruce de brazos y finja que no ha ocurrido nada, que no soy la responsable de la muerte de una persona? ¡No, mamá! ¡Tienes que contármelo todo!

—Pero eres tú quien tiene las respuestas. No pierdas tiempo buscándolas donde no están. Debes esperar a que llegue el momento adecuado.

—¿Esperar? ¿Y si los recuerdos nunca llegan?

—Entonces investigaremos. Todavía tenemos tiempo.

—Mamá... —dije a modo de súplica.

No parecía entenderlo.

—Sé paciente. Si lo eres, descubrirás la verdad.

Me pasé las palmas de las manos por el rostro empapado de lágrimas y me las volví a enjugar por enésima vez.

—Bien. Creo que debería irme a mi habitación —respondí finalmente. Parecía no estar dispuesta a contarme nada más, así que concluí que la única persona que podría confirmarme la historia que acababa de escuchar no era mi madre, sino Rosie.

Ella era nuestra última esperanza.

Me levanté del sillón sin mirarla. Posé la mirada en el fantasma de Alex. Parecía molesto. No conmigo, sino con mi madre. Yo también lo estaba. Tenía claro que nunca más podría confiar en ella.

Alex asintió con la cabeza. El sillón rechinó cuando me levanté. El corazón se me aceleraba a cada paso que daba; de alguna u otra manera, la confesión de mi madre me había alterado. Me sentía pesada y cansada. Solo quería dormir y olvidarme de todo lo que ocurría. Había demasiada información que debía asimilar y, antes de hacerlo, tenía que tranquilizarme.

Ahora teníamos todas las versiones: la de Kate, la de Cara, la de Seth y la de mi madre, y todas ellas coincidían. O, al menos, eso era lo que parecía.

—Hannah... —dijo mi madre cuando me levanté. Giré la vista y me encontré con sus ojos oscuros.

—¿Qué? —pregunté sin interés. Rezaba porque lo que estaba a punto de decirme fuera cierto. Mi madre se quedó pensativa durante un momento y luego dudó. Yo la observé con cautela.

—Mmm... Necesito que me prometas algo.

—¿Qué? —Retrocedí sobre mis pasos y la miré.

¿Prometer? ¿Prometer qué?

—No te acerques a Rosie —replicó.

Abrí los ojos como platos. No entendía nada.

—¿Por qué?! —exclamé con voz ronca y sonora.

—No debes fiarte de ella, Hannah.

Estuve a punto de decirle que ella era la persona menos indicada para hablar, pero decidí quedarme callada. Uno de mis problemas era que hablaba sin pensar, así que ahora trataría de ser más coherente y paciente.

—Pero dime por qué no.

—No necesitas que te lo diga. Ya te darás cuenta.

—Pero...

—Por favor, Hannah. Tan solo te pido que no te acerques a ella. Que no le cuentes nada de esto, ni le cuentes nuestros problemas. Y, sobre todo, no quiero que confíes en ella, jamás —contestó con frialdad.

La miré estupefacta. Todavía no comprendía nada de lo que estaba pasando.

—Mamá... —empecé a decir, tratando de hacerla entrar en razón. Estaba muy nerviosa.

—Prométemelo —me interrumpió con voz cansada.

De repente, sentí un latigazo en el estómago.

—Está bien —accedí, solo para contentarla. Sin embargo, ella no pareció convencida con mi respuesta.

—Cumple tu promesa, Hannah. Recuerda... los Reeve nunca rompemos nuestras promesas —añadió mientras me miraba fijamente a los ojos.

Era cierto, los Reeve nunca rompíamos nuestras promesas. Nunca. Pero esta vez sería la excepción.

—Lo sé. No te preocupes, la cumpliré —mentí. Soné más convincente de lo que creía que era capaz. Mi voz sonó ronca y segura, casi tan firme como la de George.

—Eso espero —contestó.

Entonces me marché, en silencio.

Capítulo 21

Subí las escaleras con Alex detrás de mí. Notaba su presencia y su aroma muy cerca, lo bastante cerca como para sentirme acalorada. Entonces empecé a caminar más rápido, como si mi vida dependiera de ello. Tras cruzar el pasillo, llegamos a mi habitación, pero cuando nos detuvimos frente a la puerta, sentí que un escalofrío me recorría la espalda. Di media vuelta y me encontré con el pálido rostro de Alex. Al contemplar la expresión de mi cara, frunció el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Sí —respondí.

Una sensación extraña se apoderó de mi cuerpo.

Algo no iba bien.

Llevé la mano a la manilla de la puerta. Alex me lanzó una mirada inquisitiva. Él también estaba inquieto; notaba algo raro.

La puerta se abrió y no tardó en rechinar. Al hacerlo, una sensación terrorífica y escalofriante me recorrió de los pies a la cabeza.

Alguien había estado en mi cuarto. Lo sentía.

—Revisa tus cosas, Hannah. —Alex percibió una densa bruma que cubría la habitación.

Recorrí la habitación con la mirada, sin ni siquiera moverme. Todo estaba en perfecto orden: la ropa entre la que había estado rebuscando hacía unas horas seguía en el suelo, tal y como la había dejado; los libros que había estado leyendo la noche anterior estaban a un lado de la cama o esparcidos por la habitación, no se habían movido ni un centímetro; la cama estaba perfectamente hecha, sin ninguna arruga; desde luego, no parecía que nadie se hubiese sentado encima o la hubiera tocado. Los muebles, mis cosas, la lámpara encendida... todo estaba en su lugar. No echaba en falta nada ni percibía nada nuevo. No parecía que hubiesen entrado a robar. Y, de ser así, lo más probable era que el culpable ya estuviera por la autopista.

Sin embargo, todavía sentía que algo iba mal. El viento soplaba con fuerza y de repente la ventana se abrió con un sonido atronador. La ventana chocó contra la pared y el vidrio vibró. Estuvo a punto de quebrarse y hacerse añicos. La ventana colisionó de nuevo contra la pared y las cortinas se agitaron con la corriente de aire. Di un brinco cuando una rama cayó al suelo. El sonido fue estremecedor.

Entonces caminé hacia la ventana para cerrarla.

—Voy a echar un vistazo debajo de la cama —dijo Alex en un susurro que solo nosotros dos oímos.

Asentí lentamente con la cabeza. Tenía los ojos bien abiertos. Estaba atenta a cualquier sonido del

exterior o del interior de la habitación. Tenía la sensación de que el corazón me saldría disparado del pecho de un momento a otro.

Alex comenzó a caminar muy despacio, se puso en cuclillas, agachó la cabeza con una odiosa lentitud y levantó la tela de la colcha.

Yo estaba completamente en silencio.

Alex se quedó en silencio y revisó debajo del colchón. Volvió su mirada hacia mí, negó con la cabeza y dijo:

—Nada.

Entonces escuchamos un ruido sordo que procedía del armario. Rápidamente, dirigí la mirada en esa dirección. Estaba aterrada. Todo mi sistema nervioso se alteró al entender que ese ruido solo podía significar una cosa: ahí dentro había alguien.

Alex debía ser muy cuidadoso. En caso de que hubiera alguien escondido en el armario, sería muy raro que las puertas del armario se abrieran sin más, pues Alex era un fantasma, aunque mucho peor sería descubrir que alguien se ocultaba dentro. Le hice señas para indicarle que ya me ocupaba yo, puesto que estaba más cerca del armario. En realidad, lo hacía por él, para protegerlo. Alex se horrorizó ante la idea y negó con la cabeza.

—No —dijo.

Me dispuse a caminar hacia el armario, pero Alex me detuvo.

Lo miré de nuevo.

—No —repitió.

Yo lo ignoré y me acerqué a mi objetivo con paso lento. Mi corazón bombeaba sangre con rapidez y todo mi cuerpo comenzó a temblar. Cuando llegué a las puertas del armario, me detuve y suspiré para armarme de valor.

Abrí las puertas rápidamente, sin vacilar.

Nada.

Dentro del armario no había nadie.

Mi cuerpo se relajó.

—Qué terca eres —dijo Alex, detrás de mí.

—Tenía que hacerlo —respondí con la vista puesta en las prendas de ropa que colgaban de las perchas.

—Revisa los cajones.

Hice lo que me pidió y comencé a rebuscar entre toda mi ropa. Era muy probable que alguien hubiese colocado algo dentro o se hubiese llevado algo. No estaba segura... pero la tensión hacía que me sintiera realmente incómoda. No estaba segura ni en mi propia habitación.

Rebusqué y dejé todo lo que había en los cajones en una esquina: mi ropa, mis pulseras, mis calcetines, mi ropa interior... Pero no encontré nada.

Examinamos todos los rincones de la habitación, pero no dimos con nada. Notaba que la cabeza empezaba a darme vueltas.

—Me rindo —dijo Alex, soltando un suspiro de cansancio.

Me dejé caer en la cama.

—Estoy segura de que alguien ha estado aquí.

—Sí, yo también.

Alex se quedó de pie a un lado de la cama, y yo cerré los ojos y dije:

—Alex... ¿Qué haremos ahora?

—Hablar con la última persona que nos queda. —De inmediato, supe a quién se refería.

—¿Rosie?

—Sí, ella es nuestra última opción. Es la única persona que todavía no nos ha contado su versión —contestó, y yo asentí con la cabeza. Comprendía lo que decía.

—¿Crees que nos contará la verdad? —pregunté con voz apagada.

—Sí.

—¿Y si es cierto, Alex? —Cerré los ojos todavía con más fuerza y se hizo el silencio.

Al cabo de unos instantes, escuché su voz ronca.

—Entonces te querré más que nunca —susurró, y yo me estremecí y, luego, sonreí.

—No merecías morir —contesté, casi sin aliento. Entonces tomé aire y comencé a hablar de nuevo —: Eres bueno, gentil, amable y caballeroso... no merecías morir, Alex.

—Se te ha olvidado decir guapo —bromeó.

—Muy guapo, de hecho —confesé con una ligera sonrisa en la cara y los ojos cerrados.

«Amnesia postraumática». Me preguntaba si también olvidaría todo lo que estaba viviendo en este momento. Sentí un retortijón en el estómago. Por un momento pensé que estaba en un sueño profundo, que todo aquello era... una pesadilla. Pero con Alex a mi lado, descarté la idea de que esto pudiera ser un mal sueño.

—¿Hannah? —dijo unos segundos después. Abrí los ojos de par en par—. Te quiero.

Sentí la garganta seca, el corazón me dio un vuelco y algo más parecido a murciélagos que a mariposas comenzó a revolotear en mi estómago.

—Yo también te quiero, Alex. No te imaginas cuánto —respondí con total sinceridad.

Él se dejó caer a mi lado. Me giré y me puse de lado. Nuestros rostros quedaron frente a frente.

—Pase lo que pase... siempre estaremos juntos. —Posó sus ojos brillantes e intensos en mi rostro.

—Sea verdad o no, quiero que me perdones, Alex. Yo...

—No digas nada más. —Su aliento fresco me hacía cosquillas en los labios. Tenía unas ganas tremendas de besarlo.

Nos quedamos en silencio y después me embobé mirando sus inquietantes ojos marrones. Tenían un brillo especial. Las pupilas, negras como la noche, contrastaban con el claro color de su iris y lo hacían parecer más grande y colorido. A esa perfecta combinación se le añadían sus magnéticas pestañas, que subían y bajaban al parpadear y se detenían cuando me miraba fijamente.

Juraría que cada vez que Alex pestañeaba, un ave abría las alas para echar a volar y alguien se enamoraba. Eran preciosas.

Él soltó una risita y me sacó de mi ensoñación.

—¿Por qué me miras tanto? —preguntó, divertido.

—Por nada... —contesté entre risas.

El corazón me latía a mil por hora.

Alex suspiró y esbozó una media sonrisa.

—Vale.

Y, entonces, me quedé dormida bajo la luz vespertina.

Me levanté de un brinco al oír un ruido fuerte. El aire frío que me recorrió la columna y las cortinas que se agitaban de forma fantasmagórica me hicieron entender que había sido la ventana la que me había despertado. El viento soplaba con fuerza y las hojas de los árboles iban de un lado para otro. Un olor a humedad invadió la estancia. Era probable que hubiese llovido.

Encendí la lámpara de la mesita de noche y la habitación se iluminó.

No vi a Alex por ninguna parte, así que me pregunté adónde podría haber ido.

Miré el reloj. Marcaba las dos en punto de la madrugada. El sonido del viento era lo único que se oía. La corriente de aire frío que entraba de la calle hizo que las sábanas estuvieran heladas.

Me apresuré a cerrar la ventana.

Y entonces lo recordé...

¿No la habíamos cerrado Alex y yo hacía unas horas? ¿Acaso la habría abierto Alex?

Respondí rápidamente mi propia pregunta: no. Él sabía que era peligroso dejar la ventana abierta durante la noche. Alex nunca la habría abierto.

Pero, entonces, ¿quién lo habría hecho?

Cuando me acerqué a la ventana, el aire me azotó en el rostro con fuerza. Mi piel se erizó al instante y, antes de cerrar la ventana, eché un vistazo fuera. No había nadie. Solo se veía la luz de la luna. La calle estaba desierta. No había ni un alma. Ni siquiera se oían perros ladrando. El asfalto estaba mojado y había charcos en los baches de la carretera. Parecía que había estado lloviendo, pero yo ni siquiera me había dado cuenta. Dormía tan profundamente que no había oído la lluvia.

Las luces de la calle comenzaron a parpadear cuando fijé la vista en la casa de mi vecina. Ocurría muy a menudo. Mi madre y otros vecinos ya lo habían comunicado al ayuntamiento, pero este hacía caso omiso de la petición para que lo arreglasen. Y yo ya estaba acostumbrada.

Cerré la ventana, esta vez con el pestillo, y la atranqué para que no pudiera abrirse desde fuera ni pudiesen manipularla.

Tenía la boca seca... muy seca, de hecho.

Caminé hasta la puerta y llevé una mano helada al picaporte. Sin embargo, antes de abrir la puerta, noté una presencia detrás de mí. Estaba segura de que me estaban observando. Sentí una respiración en el cuello, pero tenía miedo de girarme. A pesar de que estaba asustada y de que me temblaban las piernas, me armé de valor y di media vuelta.

Nada.

Ahí no había nadie.

Eché un último vistazo a la habitación. Todo estaba en orden. Puede que estuviera alucinando. Negué con la cabeza y salí de puntillas, intentando hacer el menor ruido posible.

Bajé las escaleras rápidamente. A pesar de la escasez de luz que había en la planta baja, mis pies conocían todos y cada uno de los centímetros de las escaleras; sabían dónde pisar. Rodeé la sala y fui casi corriendo hasta la cocina.

Mi respiración sonaba agitada cuando llegué. Tenía la garganta todavía más seca. Me pedía a gritos un buen vaso de agua.

La cocina se iluminó cuando accioné el interruptor. No tardé en soltar un suspiro de tranquilidad. Dios, ¿qué haríamos sin la luz?

Cogí un vaso de la alacena, evitando ver el reflejo de los cristales. La última vez que vi mi reflejo en uno de ellos, fue cuando vi al fantasma de Alex. En esta ocasión, tenía la esperanza de que no hubiera

nadie detrás de mí.

Agarré el vaso con firmeza y me serví el agua; después, me lo bebí de un solo trago. La sensación del agua deslizándose por mi garganta seca era increíble. Beber cuando uno tenía sed era uno de los mayores placeres que existían.

Cuando terminé de beber, dejé el vaso en el fregadero y empecé a prepararme mentalmente para volver corriendo a mi habitación en cuanto apagara la luz.

Funcionó.

Corrí como una loca por toda la casa, sin detenerme ni un solo segundo. Sentía que mi vida dependía de mis pies.

La verdad es que era una miedosa que se asustaba con cualquier cosa. Me sentía algo inmadura por tener miedo a los dieciséis años de que un monstruo pudiese aparecer de la nada en medio de la oscuridad... Tenía miedo de que algo llegara, me cogiera de los pies y me arrastrara debajo de la cama. Era una idea que me aterraba y, claro, solo a mí se me ocurriría pensar en eso justo mientras corría por mi casa a oscuras. No sabía si estaba loca o si estaba alucinando otra vez, pero parecía que los escalones se habían multiplicado. Con cada peldaño que dejaba atrás, parecía que la distancia hasta el pasillo se volvía mayor y que la escalera no tenía fin.

Con el rostro empapado en sudor, llegué a la segunda planta y entré corriendo en mi habitación. Era como una guarida. Este era mi territorio; aquí me sentía segura.

Cuando entré, sentí una nueva ráfaga de aire frío. El viento hacía que las cortinas ondeasen. La habitación volvía a estar congelada y la ventana estaba abierta otra vez.

No había duda.

Alguien había estado en mi habitación.

Abrí los ojos de par en par. Estaba aterrizada. Entonces, mis piernas me traicionaron y comenzaron a temblar, débiles. No tardé en sentir que el pánico me recorría las venas y el calor ascendió a mi rostro.

Alguien. Había. Entrado. En. Mi. Habitación. En. Mitad. De. La. Noche.

—¿Ho... hola? —tartamudeé a la nada.

No hubo respuesta.

El silencio invadió la estancia.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté casi sin pensarlo—. Voy a llamar a la policía.

Giré la cabeza y vi un termo sobre mi escritorio. Lo tomé entre mis dedos sudados y apreté con fuerza. No dudaría en golpear a alguien con él si me hacía daño.

Avancé un paso.

Alex no estaba en mi habitación y, sin él, no me sentía segura... Notaba que alguien me observaba.

Eché un vistazo rápido a la habitación para comprobar que no había nadie más que yo. Cuando lo confirmé, me apresuré a cerrar la ventana; el aire frío me hizo estremecerme y temblar. Esta vez, para asegurarme, cerré la ventana con un candado.

Después, comencé a divagar.

Podía haber sido ser el aire, o tal vez no había cerrado bien la ventana. Quizá era porque estaba vieja y ya no cerraba del todo bien. Sí, debía de ser eso. O... quizá alguien había entrado en mi cuarto sin mi consentimiento. ¿Pero quién? ¿Y por qué? Descarté la idea de que hubiese sido un ladrón de inmediato. De ser así, se habría llevado algo, ¿verdad? Sin embargo, no echaba nada en falta.

Me acosté en la cama. Las piernas todavía me temblaban con insistencia y de forma descontrolada.

Me tapé con las sábanas por completo y el frío desapareció.

¿Quién podría haber sido? ¿O qué? ¿Acaso estaba alucinando?

Entonces me invadió la duda y abrí los ojos de nuevo. ¿Y si me había olvidado de cerrarla? No, recordaba perfectamente haber cerrado la ventana. No estaba loca.

Me levanté de repente. No podía conciliar el sueño, así que busqué un cuaderno y una pluma. Sin poder detenerme, las palabras comenzaron a escribirse por sí solas. Me senté en el escritorio y dejé la libreta a un lado del teclado. Comencé a escribir todo lo que sabía sobre Kate, Ryan, Seth, Cara, Sarah, Tom y Karen, y, también, sobre mi madre.

Redacté brevemente todo lo que había pasado en las últimas semanas. Anoté sus nombres, sus características, describí su personalidad, su actitud... absolutamente todo, y también escribí cuál era su relación con la muerte de Alex.

También dediqué espacio a la desconfianza que sentía hacia mi madre y por qué de un momento a otro se había convertido en una sospechosa más.

La cabeza no dejaba de darme vueltas, pero mi mano no soltaba la pluma y me obligaba a seguir escribiendo. Tenía que controlarme.

Incluí en mi lista a los padres de Alex. A Rosie, con ese carácter tan dulce, la manera en que me hablaba, su deslumbrante belleza y su precioso cabello rubio. Y a George, con esos ojos de color azul profundo, su mirada terrorífica y su voz siempre ronca y firme.

También escribí sobre Alex.

Escribí sobre cada parte de él, cada centímetro de su cuerpo: esos ojos almendrados que tanto me cautivaban, su mirada dura, la forma en que había llegado de repente a mi vida... Escribí todo lo que sabía sobre él, intentando no dejarme nada en el tintero. Cuando me di cuenta, había escrito unas cuatro páginas.

Por extraño que sonara, quería recordarlo para siempre. Quería recordar el dolor que me invadía y me retorció el corazón.

Alex lo era todo para mí.

Tenía miedo de olvidar lo que estaba pasando, de que la amnesia se agravara y no recordara nada más; por eso necesitaba escribirlo todo.

Al terminar de escribir, y cuando mi mano me liberó, cerré la libreta. Después, con paso lento y cansada, caminé hasta la cama. Levanté el colchón y guardé la libreta debajo, entre la caja de condones que me había dado mi madre y la fotografía de Eric, el tío de Alex.

Sonreí al ver los preservativos. Recordé el rostro pícaro de Alex cuando los vio. Solté una risita cansada y volví a colocar el colchón en su sitio. Luego, me dejé caer sobre él.

Si lo olvidara todo, este cuaderno podría ayudarme a recordar. Ese era su único objetivo.

Acababa de cerrar los ojos cuando la alarma sonó.

Los abrí con mucho esfuerzo y miré el reloj de la mesita de noche... ¡Las seis de la mañana!

—¡Debe de ser una broma! —exclamé. Mis ojos casi no se mantenían abiertos por el cansancio.

Me duché con agua fría, con la esperanza de que eso me ayudase a despertarme, pero en cuanto cayeron las heladas gotas sobre mi piel, me arrepentí de inmediato. Grité y me aparté del gélido chorro de agua todo lo que pude, y giré ligeramente el grifo del agua caliente. Dejé que el agua templada me cayera por el rostro y me lo restregué con las manos. Luego me lavé el pelo. No era tarde, pero salí de la ducha y me cambié lo más rápido que pude. Quería prepararme un café para terminar de despejarme, ya que parecía que a mi cuerpo le costaba espabilarse. Aunque, a decir verdad, tenía sus motivos: no le

había dado las horas de sueño que necesitaba.

Cuando terminé de vestirme, arreglé mi habitación lo mejor que pude.

—Buenos días —dijo alguien detrás de mí, y yo pegué un salto, sorprendida.

Di media vuelta.

—¡Alex! —Sonreí de inmediato.

—¿Cómo has dormido esta noche? —preguntó, mientras se movía por la habitación sigilosamente, con las manos en los bolsillos delanteros.

—Bien —mentí—. Mmm... ¿Alex? —dije mientras me arreglaba el pelo, nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó con evidente preocupación.

—No, nada... —Tragué un poco de saliva y aparté la mirada de él y la fijé en la ventana—. Bueno... quería saber si tú has entrado esta noche por la ventana. Es que la dejé cerrada, y cuando bajé a por un poco de agua y volví, la encontré abierta. Pensé que tal vez habías sido tú.

Alex no tardó en responder.

—No, estuve en la habitación de al lado. Espera un momento... Si dejaste la ventana cerrada y luego la encontraste abierta... ¿quién pudo haber sido? —Su mirada se volvió oscura y preocupada.

Me encogí de hombros e, involuntariamente, comencé a mordirme una uña.

—Quizá fue por culpa del viento —propuse.

—¿La cerraste con pestillo?

—Sí.

—Entonces no fue el viento, Hannah —contestó con voz ahogada. Nervioso, se pasó una mano por su alborotado cabello.

—Pero no había nadie dentro... Fue igual que ayer por la tarde: no parecía que hubiese entrado nadie, todo estaba como siempre.

—Pero sí había indicios de allanamiento de morada —dijo frustrado, o quizá molesto.

—¿Tú crees? ¿Pero por qué lo harían? —pregunté, dubitativa. ¿Quién y para qué entraría en mi habitación? Lo único que tenía de valor era el ordenador y la televisión, nada demasiado jugoso para un ladrón.

—Para observarte. —Alex se acercó a mí—. Tenemos que asegurarnos de cerrar bien la ventana a partir de ahora.

Entonces, abrí la boca al recordarlo.

—Ayer al final cerré la ventana con un candado —expliqué brevemente.

Alex palideció. Si había que recurrir a un candado...

—No importa, de momento esto nos servirá —dijo mientras se dirigía a la ventana. Entonces comprobó que estuviera bien cerrada y la aseguró a conciencia—. Hoy iremos a ver a mi madre —me recordó. Luego me miró. Parecía que esperaba verme entrar en pánico, pero no estaba tan nerviosa... por ahora.

Alex se acercó a la mesita de noche y, con firmeza y seguridad, tomó una fotografía que tenía encima.

Suspiré y, finalmente, contesté con voz ahogada.

—Lo sé, estoy algo nerviosa, Alex. Ya me temo lo peor.

Alex volvió a dejar la fotografía en su sitio y se dio media vuelta para mirarme.

—Tengo el presentimiento de que mi madre nos dirá la verdad. No te preocupes, todo irá bien.

Asentí, aunque en realidad tenía mis dudas. Alex solo quería tranquilizarme; sabía cómo era. Desde que todo esto había empezado, sufría ataques de pánico constantemente. Me había vuelto muy vulnerable. Ambos lo éramos.

—¿Y si ella también nos oculta la verdad?

Tenía la sensación de que se me acababa el oxígeno y no podía respirar.

—No lo hará, la conozco muy bien. Primero, es igual que tú, Hannah. No sabe mentir y es demasiado sincera con todo el mundo. Y segundo, mi madre quería que te contaran la verdad. ¿Recuerdas la discusión entre tu madre y la mía? Mi madre dijo que si la tuya no te contaba la verdad, entonces ella lo haría; así que... ¿por qué te la ocultaría? Si tanto ansiaba que te dijeran la verdad, esta es su oportunidad. Ella nos lo explicará todo. Confía en mí —dijo cautelosamente.

Sus palabras reflejaban una seguridad increíble y mi cuerpo se relajó.

Tenía razón. No creía que Rosie fuera a desaprovechar una oportunidad como esta para contarme la verdad después de haber escuchado la conversación que había mantenido con mi madre...

La cabeza me daba vueltas. No lograba llegar a una conclusión correcta, sino todo lo contrario: cada vez estaba más confundida.

—Eso espero. Lo que nos diga Rosie puede ser clave —respondí.

Cogí la mochila que estaba debajo de la cama y me la colgué de los hombros.

La trampa ya estaba lista. Había colocado las almohadas como la otra vez para que mi madre no se diera cuenta de que no estaba, o peor aún... que estaba con Rosie.

Si se llegaba a enterar de que había roto mi promesa, me mataría, pero al menos conocería la verdad. La curiosidad mató al gato, pero el gato murió sabiendo...

—¿Estarás en la entrada? —pregunté.

—Sí, te esperaré fuera.

—Vale. Te veo allí —respondí, y luego me dispuse a salir de la habitación.

—¿Hannah? —me llamó antes de que diese un paso más. Me giré de nuevo. Sus ojos volvían a emitir ese brillo especial al que estaba acostumbrada.

—¿Sí?

—¿Puedes hacerme un favor?

—¿Otro? —bromeé, y ambos soltamos una risa suave y silenciosa.

—Tiene que ver con Kate —dijo.

«Kate». Su nombre resonó en mi cabeza.

Mi estómago se retorció y fingí una sonrisa.

Todavía odiaba a Kate. Bueno, en realidad no la odiaba. Solo me molestaba que Kate no utilizara el cerebro siempre; era una chica muy inteligente cuando se lo proponía, pero a veces su belleza la traicionaba y parecía tonta. No siempre había sido así. Tres años atrás, había ganado el primer premio en la feria de la ciencia, y no fue con el típico volcán, sino con algo mucho más espectacular. Pero poco después, el maquillaje se convirtió en su obsesión. No me sorprendería que este año la nombraran reina del baile de fin de curso.

Le agradecí mentalmente haber arruinado este momento tan mágico que estaba viviendo con Alex.

—Claro. —Me sorprendí al oír la facilidad con la que accedí.

—Dile que es libre de amar a quien quiera —dijo sin explicarme nada más, y luego tragó saliva con dificultad mientras se movía nervioso.

—Está bien, se lo diré —respondí con naturalidad.

De repente, me invadió la felicidad. Alex quería despedirse de Kate, y eso me hacía querer saltar de alegría.

—¿Hannah?

—¿Sí?

—Dile que he encontrado a un ángel a quien amar.

Me puse celosa. Ahora entendía por qué no siempre estaba conmigo. Se me formó un nudo en la garganta. Estaba muy decepcionada. ¿En serio le gustaba otra y me lo decía a la cara?

De repente, sentí un vacío en el pecho, dolorido.

—Yo... —empecé a decir—. Sí... se lo diré —contesté con frialdad. Mi rostro se había quedado paralizado y no podía mover ni un solo músculo.

Alex hizo una mueca con el ceño fruncido. No parecía comprender mi reacción, pero, al cabo de unos segundos, su rostro se suavizó y comenzó a reírse con fuerza. Lo fulminé con la mirada. ¿Qué? ¿Se burlaba de mí? ¿Estaba jugando conmigo?

—Hannah... —dijo con una sonrisa—. Ese ángel eres tú.

Mi corazón se detuvo y se me cerró la garganta. No podía tragar saliva. Mi cuerpo se había quedado en shock. La sangre subió desde los pies hasta llegar a la cabeza y sentí que se me encendían las mejillas. Toda la sangre se había concentrado en mi rostro. Deseaba hacer desaparecer el rubor.

—Oh. —Eso fue todo lo que logré decir.

—¿Te veo luego? —preguntó para sacarme de mi trance.

—S-sí —titubeé. Me di la vuelta, y cuando comencé a caminar, las piernas me fallaron.

Salí de la habitación con una sonrisa de oreja a oreja.

En el instituto todo iba bien. Al menos, eso parecía. No percibí nada extraño ni fuera de lo común. Cientos de estudiantes iban de un lado para otro. Con las palabras de Alex todavía rondando en mi cabeza, me resultaba difícil concentrarme en las clases. Las oía en mi mente una y otra vez. Ni siquiera había anotado la fecha en los apuntes; cualquier sonido o movimiento me distraía, las clases me resultaban aburridas e inútiles, aunque no era así. Estábamos en época de exámenes finales, y cualquier tema que diéramos estos días era muy importante.

Lo único que me extrañó fue no ver a Cara en clase de Literatura, una de las asignaturas que compartíamos. No solía faltar al instituto y cuando lo hacía, era por razones muy personales y urgentes. Debía admitir que, a pesar de todo, me preocupaba. Pero luego me molesté. Tal vez Cara me estaba evitando a toda costa, como hacían Seth y Kate. No lo dudé. Lo más probable era que así fuese. Cara siempre huía de los problemas. Pero a mí realmente me urgía hablar con ella; quería aclarar todo este asunto de una vez por todas.

—¿Hannah? —preguntó alguien detrás de mí, golpeándome en el hombro con suavidad para llamar mi atención. Me giré con disimulo—. ¿Tienes un lápiz?

Era Tom.

De nuevo, llevaba la bufanda alrededor del cuello y tenía los ojos rojos e hinchados, como si estuviera enfermo. Cuando lo vi en casa de Seth no tenía ese aspecto. Algo iba mal. Opté por examinarlo un poco más con suma indiferencia y sin que se diera cuenta. Tenía muchos lunares en la cara y llevaba el cabello negro peinado hacia arriba, de punta. Entonces me di cuenta de que tenía una fina cicatriz en el

ojo izquierdo, casi imperceptible.

—¿Hannah? —insistió—. ¿Tienes un lápiz?

—Mmm, sí. —Me quedé embobada mirando su cicatriz y eso pareció incomodarlo.

Tom me miró, evidentemente molesto. Me giré y cogí mi lápiz. No lo estaba usando, así que ¿por qué no dejárselo?

—Toma. —Estiré el brazo y él cogió el lápiz desinteresadamente.

—Gracias —murmuré, y acto seguido comenzó a escribir en su libreta. Me quedé sorprendida al verlo escribir. Tenía una letra demasiado formal y fina, como la de un empresario o un abogado. Lo observé escribir.

—¿Hannah? —preguntó una voz—. ¿Te ocurre algo?

Me giré y vi que el profesor me miraba con cautela. Siempre parecía enfadado, así que no le di mucha importancia.

—No —respondí.

—¿Puedes decirme qué acabo de decir?

¡Mierda! ¿Por qué tenía que preguntarme a mí?

Rápidamente, todos mis compañeros fijaron la mirada en mí y yo me puse de los nervios.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron.

—El ejercicio —susurró una tenue voz detrás de mí.

Me arriesgué.

—Estaba hablando del ejercicio —respondí, tratando de parecer tranquila.

—¿Y en qué consiste el ejercicio?

Esperé a que la voz me diera la respuesta de nuevo, pero no dijo nada.

—¿Hannah? ¿En qué consiste el ejercicio? —insistió el profesor.

—Un ensayo —murmuró la voz.

—Es un ensayo.

El profesor levantó la cabeza con altivez e inspiró.

—Como tenga que llamarte la atención de nuevo, te pondré una hoja de amonestación —dijo con su grave voz de hombre mayor.

El profesor siguió escribiendo en la pizarra y los alumnos volvieron a bajar la mirada a sus cuadernos.

Me giré y murmuré:

—Gracias, Tom.

Él sonrió.

—Tómalo como una muestra de agradecimiento por el lápiz —respondió con una voz dulce... y muy provocativa al mismo tiempo.

Sonreí involuntariamente y asentí con la cabeza.

Entonces un golpe fuerte y sonoro nos sobresaltó a todos.

La puerta se había cerrado de un portazo. No podía haber sido el viento y no había nadie a esta hora en los pasillos. Además, todos estábamos sentados y el profesor estaba a dos metros de distancia de la puerta; nadie habría podido cerrar la puerta y volver a sentarse tan rápido.

Debía de haber sido Alex.

Capítulo 22

Finalmente, el timbre sonó y, antes de que pudiera toparme con alguien, salí corriendo de clase.

Cuando llegué a la salida del instituto, vi a Alex apoyado en un árbol con los brazos cruzados. No pude evitar sonreír en cuanto lo vi.

—¿Hannah? —preguntó alguien, y entonces me tocó el hombro.

Sorprendida, me giré con brusquedad.

Era Kate.

—Hola, Kate —contesté con frialdad.

Sus ojos azules me miraban con cautela y luego se dirigieron hacia donde estaba Alex.

—¿Quién había ahí? —preguntó, dubitativa. Sus cabellos rubios le caían por los hombros y formaban unas ondas naturales. Sus labios brillaban con naturalidad. Parecía que no se los había pintado.

Su pregunta me pilló con la guardia baja.

—¿Qué? —pregunté, haciéndome la tonta—. No sé de qué hablas.

—Estabas sonriendo a alguien, justo en esa dirección. —Señaló hacia donde estaba apoyado Alex.

Él, al ver que Kate lo apuntaba con el dedo, se sobresaltó—. ¿Va todo bien?

Asentí.

—Sí. Estaba saludando a alguien, pero ya se ha ido —contesté con evidente nerviosismo.

Un momento, ¿por qué le daba explicaciones a Kate?

—Ah, vale. Solo quería saber si estabas bien, eso es todo —contestó mientras me miraba con preocupación.

Entonces, dirigió la mirada de nuevo al árbol y frunció el ceño. Suspiré profundamente. Apenas podía respirar.

—Estoy bien. —Sonreí para transmitirle tranquilidad.

Kate me miró directamente a los ojos y luego asintió.

—Vale. Pues ya nos veremos.

No me despedí y comencé a caminar con paso rápido, evitando a toda costa mirar hacia el árbol. Todavía sentía la mirada de Kate sobre mí.

Miré con disimulo a Alex y él captó el mensaje. Comenzó a caminar con inseguridad, hasta que me alcanzó. Entonces, me lanzó una mirada visiblemente preocupado y preguntó:

—¿Qué pasa, Hannah? ¿Por qué me ha señalado? ¿Acaso me ha visto?

—No —murmuré.

Caminé sin mirarlo y sin mover mucho la boca al hablar. Ya habían salido varios estudiantes del instituto y no quería que nadie más me hiciera un interrogatorio.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Espera un momento —contesté mientras me agachaba para fingir que me ataba un cordón del zapato, tratando de ocultar mi boca, y contestar disimuladamente.

—No, Alex. Kate no puede verte. Me ha visto sonreír en tu dirección y me ha preguntado a quién estaba sonriendo, ya que allí no había nadie —le expliqué rápidamente.

—Le has mentado, ¿verdad?

—Sí, claro —dije.

—Bien.

Caminamos hasta la inmensa casa de los padres de Alex. Estaba bastante cerca. Probablemente llegaríamos en unos ocho o diez minutos. El camino era llano y fácil de transitar: no tenía piedras, ni tierra, ni nada que tuviésemos que esquivar. Era una urbanización y los pocos vehículos que circulaban por allí lo hacían con precaución, por no contar que las personas que vivían en el barrio casi no salían de sus casas, especialmente los adultos.

—¿Alex?

—¿Sí?

—¿Tú sientes algo? —pregunté de repente.

—¿A qué te refieres? —No entendía a qué me refería.

La brisa golpeaba mi rostro suavemente. Me aclaré la garganta.

—Mmm... Me refiero a que si sientes felicidad, tristeza, rabia o celos... —Pronuncié esta última palabra en un susurro.

—Eso creo, sí. ¿Por qué lo preguntas?

Me miró con curiosidad.

—Entonces, ¿tienes sentimientos? ¿Y sientes también, por ejemplo, un golpe?

—No, eso no. —Rio suavemente—. Soy un fantasma. Tengo sentimientos. Puedo desesperarme, ponerme nervioso, entrar en pánico...

—Entiendo.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber.

—Por curiosidad —respondí rápidamente antes de que me interrogara y me obligase a decirle la verdad.

Entonces, Alex se había puesto celoso. Por eso había cerrado la puerta de un portazo. Seguro que nos había visto a Tom y a mí hablar en clase, cuando me había pedido el lápiz y me había ayudado a responder al profesor. Aunque, en realidad, no sabía si estaba celoso o enfadado... Esperaba que fueran celos.

—Curiosidad... —repitió, con una sonrisa en la boca.

—Sí, curiosidad.

—Hannah, ¿de verdad no recuerdas el nombre de tu padre? —inquirió Alex, cambiando de tema.

Intenté hacer memoria, buscarlo en mi mente, encontrar entre mis recuerdos algún dato que fuera útil, pero era imposible... no recordaba nada.

—No. Era muy pequeña, Alex —contesté, justificándome.

Mi padre había fallecido cuando yo era muy pequeña y los recuerdos que tenía del pasado eran

difusos: su rostro ahora no era más que una simple mancha oscura, o, como mucho, una silueta desdibujada. No podía reconstruir su cara por más que lo intentara. A veces me venían a la mente pequeños recuerdos; oía voces y sonidos del exterior pero nunca veía su rostro ni recordaba cómo se llamaba.

—Lo entiendo, pero ¿por qué no se lo has preguntado a tu madre? —insistió.

Volvió a meter los dedos en sus bolsillos delanteros. Los vaqueros ajustados que llevaba le hacían parecer un chico malo y dulce al mismo tiempo.

—Claro que le he preguntado —respondí.

—¿Y? ¿Nunca te ha dicho nada?

—No le gusta hablar del tema. Cada vez que menciono la palabra «padre», se echa a llorar y empieza a maldecir.

Entonces, un vago recuerdo me vino a la mente. La última vez que había preguntado a mi madre por mi padre, ella comenzó a llorar, incluso más que otras veces. Dijo que él no había sido un mal padre, pero que cuando murió tuvimos que mudarnos por una serie de problemas. Yo no quise hacer más preguntas, porque no dejaba de llorar, y yo no quería que llorara, y menos por mi culpa. Si mi padre estaba muerto, ya no había nada que hacer.

—Bueno, pero supongo que por lo menos sabes cuándo falleció, ¿no?

—Sí —contesté.

—¿Cuándo? —preguntó, desesperado. Sus ojos destellaban por el evidente interés que tenía.

—En 2003 —susurré.

Nunca olvidaría ese año. Era una de las fechas más importantes para mí y siempre la tenía grabada en la memoria.

Alex dio un brinco, sobresaltado.

—Mi tío Eric murió en 2003 —respondió mientras me observaba con inquietud—. ¿Alguna vez has visitado la tumba de tu padre? —preguntó, ansioso.

—No. ¿Tú has visitado la de tu tío Eric?

—No. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Sabes qué día murió?

—El 23 de marzo.

Alex se detuvo a pensar.

—Vaya, creía que... Da igual, era solo una teoría...

Oh, no. Ya empezaba con sus teorías.

—He llegado a pensar que podrías ser la hija de mi tío Eric, pero las fechas no coinciden. Y, además, tú conociste a tu padre, y yo, a mi tío Eric. No podría haber sido la misma persona. Es físicamente imposible que estuviera en dos sitios a la vez.

Reí nerviosa.

—Tus teorías me dan cada vez más miedo. —La voz me temblaba—. Te empeñas en demostrar que somos familiares y no lo somos. Somos muy distintos: tu familia es rica, tienes un padre millonario y una madre encantadora; y mi madre y yo, no es que estemos mal, pero tampoco nos sobra el dinero. Aunque no me quejo —agregué rápidamente—. Lo que quiero decir es que ni en un mundo paralelo tú y yo podríamos ser familia. Es absurdo, Alex. A veces da la sensación de que las coincidencias te ciegan —añadí.

—Lo sé, lo sé, pero si lo vieras desde mi perspectiva, tal vez pensarías lo mismo que yo.

—Puede —respondí.

—Solo admite que existe una posibilidad, ¿vale?

—Está bien.

Mis ojos amenazaban con cerrarse por la falta de sueño. Me pasé la mano por la cara, intentando despertarme. Seguimos caminando, hasta que por fin llegamos a la mansión de Alex.

Toqué un botón y poco después se escuchó una voz aguda a través de un interfono.

—¿Quién es?

—Quiero hablar con la señora Rosie —dije.

—¿Quién la busca?

—Hannah Reeve —contesté. Tenía la esperanza de que Rosie me recordara.

—Un momento. —Se oyeron unos sonidos y después el interfono se apagó.

—¿Es necesario todo esto?

—A mí no me lo digas. Es cosa de mi padre. Quería que la casa estuviera bien protegida.

El interfono volvió a conectarse.

—Adelante, por favor —dijo una voz cortante y fría.

La puerta se abrió. Entonces recordé que el día del velatorio de Alex las puertas de la mansión estaban abiertas y que no había sido necesaria tanta parafernalia. Se me detuvo el corazón durante un momento.

Tal vez Rosie tuviera la respuesta a todas nuestras preguntas.

En aquel lugar todo seguía igual. Olía por doquier a limón, igual que la primera vez que había estado en esa casa.

—Por favor, señorita, venga por aquí —me dijo una mujer corpulenta con un moño en la cabeza. Tenía el cabello más rojo que había visto en toda mi vida. El de Sarah era de color zanahoria, pero este, definitivamente, era rojo carmesí.

Vestía un uniforme de servicio formado por un vestido negro y un delantal blanco atado a la cintura, de donde colgaban un par de llaves que parecían muy pesadas.

—Es el ama de llaves, Marina —dijo Alex, a mi lado.

—La señora Rosie me ha ordenado que la acompañe a la sala principal —dijo con suavidad mientras la seguía con paso rápido—. Por aquí, por favor.

Salimos por un salón y nos encontramos con un pasillo enorme. Al percibir mi confusión, Alex comenzó a hablar.

—Primer salón a la derecha: cuarto de juegos con pistolas de agua, pistas de carreras, coches de control remoto... Cortesía de mi padre por mi duodécimo cumpleaños. Nunca lo utilicé —explicó—, era demasiado infantil. Creo que no se dio cuenta de que ya no tenía ocho años —dijo entre risas, y yo intenté mantenerme callada para que Marina no se enterara.

»Segunda puerta a la derecha: salón del aburrimiento. Definitivamente, ese era mi rincón favorito de la casa. Me mandaban ahí cuando me portaba mal. Nada de televisión, ni de radio, ni ningún aparato electrónico. Lo que no sabían era que ahí me divertía. Solía aprovechar para leer o me ponía a escribir. La última puerta de la derecha es el despacho de mi madre, donde guarda todos los documentos relacionados con la familia. A veces se pasaba todo el día ahí metida. Nunca supe qué hacía. Tal vez escribir o leer.

Asentí con la cabeza. Intentaba retener toda la información que Alex me ofrecía.

—Primera puerta a la izquierda. —Señaló cuando pasamos por ahí. Era un salón grande y espacioso y tenía una sala anexa antigua y bien cuidada.

Lo primero que llamó mi atención fue la alfombra blanca que había sobre el suelo de mármol, así como la enorme lámpara de cristal que colgaba del techo. Unos cuantos cuadros decoraban las paredes. Algunos ilustraban paisajes y otros no eran más que rostros desconocidos para mí. Al fondo había un pequeño mueble bar con bonitas decoraciones y bien surtido de bebidas alcohólicas.

—Aquí suelen traer a las visitas o a los socios de mi padre —añadió Alex.

Caminamos un poco más hasta que llegamos a una sala todavía más grande.

—Esta es la sala principal. Solo para familiares y esas cosas —anunció Alex, haciéndome de guía.

—Bonita sala —dije.

Marina sonrió y me hizo pasar.

—¿Le apetece beber algo?

—No, gracias —respondí con nerviosismo. De nuevo, las manos me sudaban.

Marina asintió.

—Estaré por aquí cerca si me necesita. La señora Rosie no tardará en bajar.

Después, dio media vuelta y se marchó con una ligera sonrisa.

—¿Qué te parece? —preguntó Alex.

Estaba boquiabierta.

—Me siento como una hormiga en esta casa. Es enorme, Alex.

—Bastante. De hecho, no he terminado de conocer todos sus rincones. Y ahora ya nunca podré hacerlo.

—¿De verdad? —pregunté, sorprendida.

El salón en el que nos encontrábamos era probablemente el doble de grande que el anterior: era indiscutiblemente amplio, tenía el televisor más enorme que había visto en mi vida y, justo delante, un sofá de casi cinco metros de ancho. Daba la sensación de que me encontraba en una sala de cine privada. El suelo estaba perfectamente limpio y resplandeciente, veía mi propio reflejo en él; parecía que nadie lo hubiera pisado nunca.

Por otro lado, como si de un museo se tratase, los cuadros que había en esta habitación eran mucho más extravagantes. De hecho, tenían nada más y nada menos que una réplica del famoso fresco *La creación de Adán*, de Miguel Ángel, donde se veía a Dios tocando a Adán con el dedo, dándole la vida. También había un cuadro que no reconocía de una sirena semidesnuda sentada en una roca a orillas del mar. Tenía unos colores brillantes y llamativos; era realmente increíble. Y luego, había otro cuadro que me llamó la atención.

En él aparecía la familia de Alex. El cuadro estaba colgado justo en el centro de una de las paredes. El marco era prácticamente inexistente: estaba hecho con el mismo material que la pared, incrustado en ella, y daba la sensación de que la imagen formaba parte de ella. El marco sujetaba con sus majestuosas formas el lienzo familiar, preservándolo para la eternidad.

Rosie aparecía sentada en un sillón de madera oscura, cual reina, mientras George posaba detrás, con las manos apoyadas en los hombros de su esposa con suavidad. Rosie tenía el cabello rubio peinado hacia atrás, recogido en una coleta, y llevaba una diadema de diamantes. Su vestido rojo hacía resaltar su silueta y su busto. Se la veía muy guapa y joven. Parecía una modelo retirada. Alex estaba de pie a un lado de ella, muy cerca de George. Llevaba un traje negro con una corbata azul que, tenía que admitirlo, le quedaba bastante bien. George aparecía sonriente, se le veía bastante feliz, mientras que Alex parecía posar por obligación. Era muy gracioso verlo así, enfadado.

—Te queda bien el traje —dije con una sonrisa.

—¿Tú crees?

—Sí.

Después, disimulé y fui a contemplar los otros cuadros de la sala porque empezaba a sentirme incómoda. Tenía la sensación de que me entrometía demasiado en su vida.

Pasaron unos minutos, pero ni Rosie ni Marina vinieron. Comencé a desesperarme, aunque intenté tranquilizarme pensando que tal vez había llegado en un mal momento y que Rosie quizá estuviera duchándose o haciendo algo.

Decidí sentarme en el sofá y, al cabo de un rato, me había quedado embobada mirando a la nada mientras los minutos pasaban. De repente, el sonoro timbre de la mansión resonó por toda la casa. Alex y yo nos miramos, y, después, él se encogió de hombros.

—Tal vez sea un vendedor. No suele llamar al timbre mucha gente —dijo.

Asentí. Pero entonces oí unos pasos y unos murmullos al otro lado de la sala. Distinguí varias voces.

—Voy a ver quiénes son —dijo Alex, poniéndose en pie.

—¡Alex! No quiero quedarme sola. Déjame ir contigo.

Él se lo pensó.

—Está bien, pero intenta no hacer ruido.

Asentí con la cabeza. Salimos de la sala y caminamos de vuelta al salón de visitas. Los murmullos comenzaron a resonar cada vez con más fuerza. Cuando estuvimos lo suficientemente cerca, Alex se detuvo.

—Chsss —dijo, llevándose un dedo a los labios.

La adrenalina comenzó a correr por mis venas.

Me asomé con cautela, intentando hacer el menor ruido posible. Había seis personas en la habitación. La primera a la que vi era una chica más joven que yo, tal vez de unos trece o catorce años, con el cabello rubio, ondulado y perfectamente peinado. Tenía la cara delgada y fina. Parecía una muñeca. A su lado había una mujer todavía más rubia. Tenía la piel de porcelana y los ojos más azules que había visto en toda mi vida. Había un gran parecido entre ellas. Luego, había una mujer de cabello negro. Llevaba una falda del mismo color y calzaba unas botas negras muy altas. Debía de tener unos cuarenta años e, igual que la rubia anterior, tenía los ojos azules. De no ser por el color del cabello, podrían haber pasado fácilmente por gemelas. Junto a ella, había un hombre alto y moreno, muy musculoso. Tenía los ojos de color café y miraba inquieto de un lado a otro. Parecía nervioso, o incómodo.

Al fondo, reconocí a George. A su derecha, junto al mueble bar, había un hombre de espaldas. Oí que vertía un poco de líquido en una copa y, entonces, se dio media vuelta. Era alto y guapo. Puede que tuviese unos cuarenta y cinco años, más o menos. Tenía el pelo casi tan negro como la mujer de las botas altas y una nariz fina y respingona. Sus labios eran carnosos y rojos como las cerezas. Llevaba un traje negro que parecía estar hecho a medida y una corbata del mismo tono azul que sus ojos.

Me sumí en mis pensamientos cuando terminé de examinarlo. Me resultaba vagamente familiar. Tenía la sensación de que lo había visto en algún lado.

Pero ¿dónde?

Esos ojos azules y ese rostro... esa sonrisa inocente... Estaba segura de que lo había visto antes. Aunque ahora estaba algo cambiado, un poco más viejo.

El corazón me palpitaba con fuerza.

Miré a Alex para averiguar si pensaba lo mismo que yo. Él me miró con la misma confusión

reflejada en su rostro. Entonces me di cuenta de que su mirada se volvió fría y oscura de repente. Parecía incluso aterrado.

De repente lo recordé. Sabía dónde lo había visto... Era el hombre de la fotografía.

—Eric —dijimos al unísono con voz temblorosa.

Sentí que una corriente de aire frío me atravesaba todo el cuerpo y, después, nos quedamos en *shock*. El fantasma de Eric estaba aquí. Pero algo extraño pasaba: estaba hablando con George.

¿Acaso era todo esto una broma?

Un momento...

Eric estaba muerto, ¿verdad?

Volví a mirar rápidamente a Alex. Estaba quieto, con la mirada petrificada; el brillo especial que caracterizaba su mirada había desaparecido. Sus ojos habían adquirido un tono miel muy apagado. Miraba fijamente a Eric. Estaba totalmente desconcertado, como si no lo reconociera, como si no comprendiera lo que veía.

Estaba triste.

—¿Alex? —susurré.

Pero no se inmutó. Su mirada inocente me hacía imaginarlo de pequeño. Sus ojos reflejaban angustia y traición. Dios... lo habían engañado. Su tío Eric estaba vivo, por eso no le dejaron ir a su funeral. Pero... ¿por qué? ¿Por qué le dijeron que había fallecido si sabían lo mucho que Alex lo quería? ¿Por qué lo engañaron?

Alex me había contado que Eric era su tío favorito porque le ayudaba con los deberes y le traía muchos juguetes, y también me contó que no lo había visto desde que tenía seis años, porque, supuestamente, había fallecido.

Pero ahora...

Ahora estaba allí. Era él, en carne y hueso. Estaba vivo.

—Eh... —volví a llamarlo. Seguía sin moverse—. Alex... respóndeme, por favor.

Escudriñó con nerviosismo cada rincón de la sala; podría haber jurado que estaba a punto de llorar. Su mirada adquirió un aspecto vidrioso y, enseguida, brotaron las primeras lágrimas. El corazón me dio un vuelco terrible al ser testigo de su dolor. En aquel instante, sentí que un millón de murciélagos enfurecidos batían sus alas en mi estómago al mismo tiempo. Y en sus alas tenían espinas que se clavaban en las paredes de mis entrañas. No me imaginaba cómo debía de sentirse Alex en estos momentos.

Pero entonces, tomó una buena bocanada de aire y comenzó a moverse. Volvió a la realidad, como si hubiera despertado de un sueño profundo. Tenía la espalda tensa y movía los ojos de un lado a otro mientras intentaba contener las lágrimas como podía.

—Dime que estás viendo lo mismo que yo —dijo en un agudo susurro.

Alex parecía vulnerable. En este momento, lo era.

—Sí, yo también lo veo. ¿Estás bien? —me apresuré a decir.

Lo miré preocupada. Quería ser cautelosa. Intenté establecer contacto visual con él, pero Alex me evitaba mirando hacia otros lados.

El corazón se me hizo añicos.

—Eh... sí, estoy bien —respondió en un tono distante.

Entonces se movió un poco y se alejó de mí. Su pecho subía y bajaba frenéticamente.

Mentía, por supuesto.

Definitivamente, Alex estaba mal. Y yo no sabía qué hacer ni qué decir. Me habría gustado ser él en ese momento. Alex siempre sabía qué decir en ocasiones como esta. No era capaz de decir: «Mira el lado bueno, está vivo»; ni tampoco podía soltarle: «Seguro que tenían un motivo para hacerlo», cuando ni siquiera yo sabía por qué le habían mentido.

—Alex...

—Mi tío Eric no está muerto... —se susurró a sí mismo, dolido—. Me mintieron. Pero... ¿por qué?

Con cada segundo que pasaba, Alex parecía estar más sorprendido. No me molesté en disimular mi preocupación.

—Alex... —repetí, pero las palabras no salían de mi boca. No sabía qué decir.

—Esto está mal... No entiendo nada... —susurró. Estaba fuera de sí.

Lo miré, pero no lograba decirle nada.

«Di algo, Hannah».

—¿Quieres que nos vayamos? —pregunté con cuidado, tratando de no sonar sumamente preocupada por él. No quería angustiarlo todavía más.

—No... —Alex salió de su ensimismamiento y se reincorporó. Sus ojos estaban apagados—. Ahora más que nunca debemos estar aquí. Hay algo que ninguno de los dos sabemos.

Cuando estábamos a punto de descubrir algo, siempre llegaba otra cosa que lo complicaba todo incluso más. Parecía que todo estaba en nuestra contra. Cada vez había más secretos... más cosas que parecían fuera de lo normal.

Y Eric... ¡Habían mentido a Alex sobre su muerte! Aquello no tenía explicación.

Asentí con la cabeza al comprender las palabras de Alex. Lo que ahora me preocupaba era que alguien se diese cuenta de que estábamos espiando. O que Rosie llegara y nos pillara con las manos en la masa. Bueno, que me pillase a mí, claro, porque Alex era un fantasma. Si eso llegara a ocurrir, me metería en problemas, y ambos lo sabíamos.

Eché un vistazo a la sala de visitas. Ninguno parecía darse cuenta de que los observábamos, sobre todo la Ricitos de Oro.

Entonces caí en la cuenta.

—¡Es Anna, la niña *robachuches*! —murmuré.

Al parecer, Alex no se había percatado de todas las personas que estaban en la sala. Solo tenía ojos para su tío Eric.

—¿Qué? —preguntó, confundido.

Me aclaré la garganta, intentando hacer el menor ruido posible.

—Son tus familiares. Mira: esas deben de ser Rebecca y Caroline, tus tías. Dijiste que una de ellas tuvo una hija. Ahí está. Es la niña de pelo rubio de la que me hablaste —dije mientras señalaba a las susodichas una por una. Me sentía orgullosa por recordar sus nombres.

—Anna, la niña *robachuches*... —repitió, incrédulo.

Asentí con la cabeza.

—Creí que ya no se veían.

Escudriñé sus rostros. Y, de repente, mi cerebro comenzó a trabajar. Los había visto hacía poco... Pero ¿dónde?

Mi mente empezó a enviarme imágenes y a revivir momentos pasados. Entonces lo recordé...

—Estuvieron en tu velatorio —susurré en voz baja. Me pasé las manos por el cabello y aparté un mechón rebelde que me cubría la cara.

Alex negó.

—Te equivocas. Los habría visto —respondió, dubitativo.

No lo culpaba. Yo misma sufría amnesia y lo más probable era que mi mente rellenara algunos vacíos de mi memoria con recuerdos que yo misma me inventaba. Pero ahora estaba más segura que nunca: los había visto en el velatorio. En aquel momento no les presté demasiada atención porque no sabía quiénes eran.

—Te juro que los vi —afirmé con total seguridad. Estuve a punto de gritar.

—Pero si no han venido a vernos en años, Hannah. Desaparecieron de mi vida. No vendrían a mi funeral.

—¿Y entonces por qué están aquí? —contraataqué—. Alex, de verdad. Los vi. Estuvieron aquí. Te lo juro.

—Pero... —Entonces se detuvo, dudó y luego negó con la cabeza. Parecía desconcertado.

Eric y George caminaron por la sala. El tío de Alex tenía las manos en los bolsillos delanteros de los pantalones del traje y andaba de un lado a otro con pasos cortos y torpes. Parecía nervioso. En cambio, George estaba de nuevo firme y parecía un tanto... aterrador. Se movía con lentitud y parecía, a diferencia de Eric, aliviado y en paz.

Ambos tenían un parecido increíble: los ojos azules, las largas y negras pestañas, la misma postura y unas entradas casi idénticas... aunque George ya tenía algunas canas y Eric todavía conservaba una brillante y espectacular cabellera negra. Por supuesto, la edad también influía. George era mucho mayor que su hermano.

Eric estaba prácticamente igual que en la fotografía, con la excepción de su postura, que le hacía parecer nervioso y vulnerable. Sus músculos bien marcados seguían ahí, y apostaba lo que fuera a que todavía tenía esos dientes blancos que le daban una sonrisa perfecta. Pero, claramente, las personas cambiaban, y Eric no se había librado del paso del tiempo. Llevaba el pelo algo más corto y muy diferente a como lo tenía en la fotografía; y su porte era más riguroso, más pesado, como si algo le doliera. Aunque no parecía ser un dolor físico.

—Sé que va a sonar estúpido, pero creo que estoy a punto de tener un infarto —bromeó, intentando deshacerse de su propio nerviosismo.

Rio un poco, aunque la risa pareció más bien un quejido y eso solo hizo que se tensara todavía más.

Sonreí para intentar tranquilizarlo.

—Tranquilo, no te pasará nada. No vas a morir. —Intenté seguirle la corriente. Alex rio y luego esbozó una ligera sonrisa.

—Gracias por estar aquí, conmigo. Te lo debo todo.

Estaba equivocado; era yo quien estaba en deuda con él. Y aunque todo lo que había ocurrido hacía que me sintiera totalmente desubicada, le estaría eternamente agradecida. Había cambiado mi vida, aunque todavía no estaba segura de si para bien o para mal.

—Eres lo mejor que me ha pasado, Alex —respondí con total sinceridad.

Era cierto; él era eso y mucho más. Y no sabía si estaría lista para despedirme de él cuando le llegara la hora de marcharse.

De repente un ruido nos sobresaltó.

Era Ricitos de Oro. Se le había caído un vaso de cristal y nos miraba, a ambos.

—¡Anna! ¡Ten cuidado! ¡Mira lo que has hecho! —gritó la mujer rubia, Rebecca.

La niña nos miró asustada. Sus ojos se movían de Alex a mí. Me estremecí.

—Déjalo, Rebecca —dijo George con suavidad—. No ha sido culpa suya.

—¡Siempre lo estropeas todo, Anna! —gruñó la mujer.

Anna nos miraba con expectación, casi aterrada, sobre todo cuando se fijaba en Alex.

—Es que... —comenzó a decir, pero se detuvo cuando notó que todos la miraban.

—¿Otra vez, Anna? —preguntó Rebecca. Parecía estar harta.

La mujer puso los ojos en blanco después de contemplar el desastre que Anna había provocado.

Caroline la miró con lástima y negó con la cabeza.

—Anna ya es lo suficientemente mayor como para que le sigas gritando de esa forma —interfirió

Caroline, que desaprobaba la conducta de Rebecca.

Anna miraba en nuestra dirección, aterrada. Su pálida piel se volvió blanca como la nieve y tenía los ojos completamente abiertos. Parecía muy sorprendida.

—Tú no eres nadie para decirme cómo tengo que hablar a mi hija —contestó Rebecca de mala gana.

Eric observaba a Anna sin decir palabra alguna y George sacudió la cabeza. El tipo que no sabía quién era cogió a Rebecca de la mano para tratar de calmarla.

—No puedes seguir así, Rebecca. Anna ya ha ido al psicólogo. ¿Qué más quieres? Lo está intentando. No debes ser tan dura con ella, solo tiene catorce años. Lo que daría yo por tener una hija... y tú...

—¿Vas a hacerte de nuevo la víctima? Anna no es normal. No la conoces. Está loca, y no sabes lo que es vivir con alguien que tiene alucinaciones. A veces me asusta muchísimo —respondió Rebecca como si Anna no estuviera presente.

Alex y yo nos miramos, nerviosos. Nadie se había dignado a mirar hacia donde Anna dirigía la vista; todos estaban bastante concentrados en la pelea entre Rebecca y Caroline. La niña intentó moverse, pero no pudo. Estaba completamente inmóvil. Intenté tranquilizarla con la mirada. Parecía petrificada por la sorpresa, al igual que Alex.

—Me ve, Hannah. Ricitos de Oro me ve —dijo asustado. Su terror era mayor que el que mostraban los ojos de Anna.

—Lo sé —contesté en un susurro.

—Anna está bien, Rebecca —prosiguió Caroline, con frustración en su voz—. Pero tú eres una mala madre que siempre la ha humillado. Ya no es una niña pequeña, necesita salir y no estar encerrada en un maldito cuarto con un médico al que pagas para nada y que no hace otra cosa que mandarle medicamentos.

—¡Muy bien! ¡Ya basta! —gritó George para poner orden.

Caroline y Rebecca se fulminaron con la mirada. Eric miró de nuevo a Anna y, al ver que ella miraba fijamente en nuestra dirección, giró el rostro para seguir su mirada. Alex y yo nos ocultamos detrás de la pared en un segundo.

El corazón se me detuvo un instante.

—Ha empezado Caroline —respondió Rebecca con voz chillona, como si fuera una niña pequeña.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó Eric, que interrumpió la discusión mientras miraba a George.

—No. Solo nosotros, y el servicio, claro —respondió George, confundido.

—Allí hay una chica. Se ha escondido detrás de la pared.

Alex y yo lo escuchamos. Me quedé de piedra. Entonces salimos corriendo antes de que me descubrieran. Alex corría delante de mí para guiarme por la mansión. Yo lo seguía tan rápido como podía.

Capítulo 23

Subimos por las escaleras que Cara y yo descubrimos cuando quisimos ir al baño durante el velatorio de Alex, donde me había topado por primera vez con George. Se me hacía raro estar aquí de nuevo.

No dejaba de preguntarme dónde estaba Rosie.

—Por aquí —dijo Alex.

Abrió una puerta y entonces recordé lo que me había dicho antes: la puerta a la derecha era la del despacho de George. En cuanto entré, los recuerdos me invadieron. Había hablado con el padre de Alex en esa habitación.

Cerramos la puerta de golpe y me pegué a ella como un chicle. Dejé caer todo mi peso. Respiraba con dificultad. Apreté los ojos con fuerza para intentar tranquilizarme. Buscaba alejarme por un instante de toda aquella locura.

—Ha estado cerca —susurré.

Pero entonces escuchamos unos pasos que procedían de la escalera.

—¡Echa el pestillo! —gritó Alex.

Me giré y empecé a mover las manos nerviosa. Busqué el puñetero pestillo por toda la puerta, sin ni siquiera pensar, pero... ¡no lo encontraba!

El pánico me invadió. No quería que George me pillara en su despacho. Sin duda, resultaría sospechoso. ¿Qué pintaba yo allí? De todas formas, parecía que él no se había percatado de mi presencia en la casa.

Alex se acercó a mí mientras movía los dedos sudorosos por el picaporte de la puerta. Los nervios me consumían.

Los pasos al otro lado de la puerta resonaban en mis oídos.

Cada vez estaban más cerca...

Estaba desesperada.

—¡No tiene pestillo, joder! —susurré lo más alto que pude. El corazón me latía con tanta fuerza que sentía un fuerte dolor en el pecho.

Continué buscando el pestillo con los dedos y respiré hondo. «Tranquilízate. Respira y cálmate», me dije a mí misma. «Todo irá bien. Tiene que haber un pestillo en alguna parte». Entonces, tomé aire una vez más. Las piernas apenas me sostenían.

Debían de haber llegado al último peldaño de las escaleras. Oía sus zapatos moverse sobre el suelo de mármol.

Gemí en voz baja.

Justo cuando los pasos se aproximaban a la entrada del despacho, encontré el dichoso pestillo. Lo eché con rapidez y, justo dos segundos después, la manilla se movió de arriba abajo.

Alguien intentaba abrir la puerta.

—Está cerrada —dijo una voz.

Silencio.

Los latidos de mi corazón se estabilizaron ligeramente... pero la calma duró poco. Escuché un chasquido al otro lado de la puerta y después el sonido de unas llaves. Abrí los ojos como platos. Ahora sí que estaba perdida. El sonido era agonizante, casi desesperante. Me sentía como si estuviera en una de esas películas de miedo en las que el asesino acorrala a la protagonista para jugar con ella y asustarla... antes de matarla. Todo mi cuerpo temblaba, preso del pánico. De repente, alguien metió una llave en la cerradura de la puerta.

Alex y yo nos miramos, aterrados. A él no lo verían, pero a mí sí. Ese era el problema.

«¡Pillada!», me gritaba a mí misma mentalmente a modo de burla.

La llave giró dentro de la cerradura. La adrenalina corría de nuevo por mis venas.

—Escóndete —murmuró Alex.

Pero el maldito despacho no tenía ni un sitio en el que esconderse. Todo estaba a la vista. Me descubrirían desde cualquier ángulo. El único escondite posible era detrás de las cortinas, pero no iba a ocultarme ahí; era ridículo. Al fin y al cabo, hiciera lo que hiciera, el resultado sería el mismo. ¡Estaban a punto de descubrirme!

—Debajo del escritorio —añadió Alex enseguida. Intenté protestar, pero no me dejó hablar—. Rápido, Hannah.

Era una estupidez. El escritorio estaba en el centro del despacho. Sería lo primero que verían. ¿A quién se le ocurriría esconderse ahí debajo?

¡Joder! Decidí no pensármelo dos veces.

Corrí hasta el escritorio. El corazón galopaba en mi pecho. Tenía la sensación de que en cualquier momento saldría disparado. Era como si alguien lo presionara desde dentro con una fuerza brutal.

Me dejé caer en el suelo y me escondí debajo del escritorio. La parte delantera estaba tapada para impedir que se vieran los pies de la persona sentada en la mesa. De ese modo, si solo entraban y echaban un vistazo rápido, no me verían. Sin embargo, si alguien decidía asomarse debajo de la mesa, estaría acabada.

Me hice un ovillo y, como si estuviese hecho a mi medida, cupe perfectamente en aquel espacio tan reducido.

La puerta se abrió. Justo a tiempo.

—De verdad. Te juro que he visto a alguien —afirmó Eric con total seguridad. Distinguí su voz. Al parecer, solo venía acompañado de George.

La cabeza no dejaba de darme vueltas.

—Estar con Anna te ha afectado —bromeó George.

—¿Tú también piensas que está loca? —preguntó Eric, molesto. Era obvio que no estaba de acuerdo con las palabras de George.

—Es solo una broma, Eric —respondió con tranquilidad—. Estás muy tenso, hermano. Necesitas despejarte. —La voz de George sonaba cansada, pero firme y potente.

—Tú sabes por qué —respondió Eric.

Ambos parecían comprender de qué hablaban. Yo solo intentaba no hacer ruido. Cuando aguantaba durante mucho tiempo el aire en los pulmones, solían darme ataques repentinos de tos, así que en ese momento intenté respirar con normalidad.

—Lo sé... —comenzó a decir con cautela—. Pero ahora olvida lo que crees haber visto. Tengo algo que contarte.

Alex estaba de pie, y lo envidiaba por ello. Tenía una mirada tan triste que me partía el alma. Deseaba poder salir pronto de mi escondite para abrazarlo con fuerza.

—Tengo la sensación de que hay alguien aquí, de verdad —replicó, inquieto.

—Siempre tan perceptivo... Nadie ha entrado en esta casa, Eric. Y creo que no me has escuchado. Tengo algo importante que contarte —repitió.

—Me has hecho cruzar medio mundo, así que espero que sea bueno. Sabes que estoy muy ocupado y que no puedo dejar de lado mis planes... —Los pasos resonaban cada vez más cerca de mí.

—Es la noticia que siempre has esperado escuchar. —Ambos se acercaron al escritorio. Se me detuvo el corazón.

—¿De qué hablas? —La voz de Eric sonó ronca.

—Siéntate —dijo George.

Eric se dejó caer en una silla y suspiró con alivio.

George rodeó la mesa. Arrastró una de las sillas que había frente al escritorio sin apenas hacer ruido. Eric se había sentado, pero estaba fuera de mi campo de visión. Solo veía los zapatos negros de George y sus rodillas, a escasos centímetros de mi cara.

Alex llamó mi atención, se llevó el dedo índice a los labios y yo asentí con la cabeza. Debía permanecer en silencio. El aire se quedó atascado en mis pulmones, y Alex lo notó.

—Suéltalo —dijo moviendo sus labios, sin emitir sonido alguno. Estaba preocupado por mí, y eso era lo último que quería que hiciera. Solté el aire tan lentamente como pude.

—George... ¿qué pasa? —preguntó Eric arrastrando las palabras, como si le doliera hablar. Sonaba como si lo estuvieran torturando.

—Eric... intentaste encontrarlas con todas tus fuerzas...

—George... —respondió Eric, desesperado.

—Las hemos encontrado, Eric. Están aquí.

Eric se quedó en silencio. Todo se detuvo en aquel despacho. George se levantó de forma apresurada de la silla, notablemente sorprendido.

—¿Quieres que te traiga un poco de agua? —preguntó George al cabo de unos segundos.

Me sentía una intrusa... no debería escuchar una conversación tan privada como esta.

—N-no —tartamudeó.

George volvió a sentarse. Eric tomó una bocanada de aire y el padre de Alex prosiguió.

—Siempre han estado aquí. Margaret hizo un buen trabajo para mantenerse bien oculta.

¿Margaret? Un momento. George había llamado Margaret a mi madre cuando hablaron por teléfono. Y el médico que me atendió tras el accidente también. ¿Qué estaba pasando? Pero no, mi absurda teoría no tenía ningún sentido.

—¿Y mi hija? ¿También está aquí? ¿La has visto, George? ¿Está bien? —preguntó del tirón—. Dios... me estás gastando una broma, ¿verdad? —dijo de inmediato. No daba crédito a lo que escuchaba.

Eric soltó un suspiro entrecortado. Tenía el presentimiento de que temblaba.

Alex me miró.

—Tranquilo, Eric. Tenemos todo el día.

—¿Sabes cuánto tiempo he esperado esto?

—Sí, lo sé.

Eric gruñó.

Yo me sentía más desconcertada que nunca. Alex volvió a mirar a George. Tenía los brazos cruzados.

—Margaret... ¿Por qué tuvo que marcharse? —se preguntó de forma retórica.

—Es muy guapa, Eric. Tiene tus ojos. Bueno, los nuestros. Es muy insistente, igual que tú —respondió George con entusiasmo.

—¿Has hablado con ella?

—Sí. Es una chica muy inquieta, se parece mucho a ti. Estuvo... estuvo en el funeral de Alex —soltó de repente.

—¿Y por qué no me lo dijiste entonces? —resopló frustrado—. Yo estuve aquí. Podría haber hablado con ella.

—Por entonces todavía tenía mis dudas. Margaret ha cambiado mucho. Se las ingenió muy bien.

—¿Qué le diré, George? ¿Cómo voy a aparecer en su vida de repente? —Sonaba nervioso y emocionado al mismo tiempo—. Mi hija está viva... —La excitación en su voz era evidente.

—Venga, Eric. ¡No me digas que no tenías un monólogo preparado para cuando te reencontrases con ella! Has tenido diez años para planear este momento —dijo George a modo de burla. Estaba feliz.

—Sé exactamente lo que me gustaría decirle. Pero... no sé si podría... —Su voz se entrecortó y escuché que tragaba saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta—. Es la mejor noticia que he recibido en toda mi vida.

—Tu hija está bien. Es inteligente y bastante responsable. Aprenderá a quererte. Eres un buen hombre, Eric. Todos lo sabemos —respondió el padre de Alex con firmeza y seguridad.

—Gracias, George. Eres el mejor hermano del mundo, no sé cómo te pagaré esto. —Suspiró con agitación—. Mi hija... —repitió, emocionado.

Ya no había tensión en el ambiente. Todo había adquirido un cariz más cálido... más emotivo.

—Tengo algo que mostrarte. He estado investigando un poco sobre ellas.

George abrió un cajón del escritorio y sacó una carpeta gruesa de color azul. Por el sonido que hizo al dejarla sobre el escritorio, tenía pinta de ser muy pesada.

—No ha sido necesario pagar a un detective, ya sabes.

Alex escuchaba y observaba, mientras yo comenzaba a sentir que se me adormecía el cuerpo. Sin embargo, me obligué a seguir escuchando. La herida que me había hecho en casa de Seth no me había dado problemas hasta ahora, así que evité prestarle atención.

—Viven a diez minutos de aquí.

Comencé a pensar. ¿Cuántas chicas sin padre vivían a diez minutos de la casa de Alex?

Hice una lista en mi cabeza. Había cinco candidatas.

Primero estaba Chloe, la chica del 235. Tenía dieciocho años, era guapa, con el cabello rubio y unos rizos perfectos. Sus ojos eran tan azules que hipnotizaban a cualquiera. Luego estaba Maggie, la del 567. Su cabello dorado era su única cualidad física, ya que, según los chicos del instituto, no tenía muy buen cuerpo, ni tampoco destacaba por sacar buenas notas. Sabía que tenía un padrastro, pero no padre biológico. La lista seguía con Ruth, una chica de veintidós años que vivía sola en los barrios bajos. Aunque era huérfana, siempre había vivido sola.

Después estaba Lucy, una chica de cabello negro hasta la cintura. Era guapa, pero tenía un carácter de mil demonios. Siempre se estaba peleando con su madre y siempre era por el mismo motivo: porque no tenía un padre.

Por último, estaba Jana, una madre responsable pese a su juventud. Tenía el cabello rizado hasta los hombros, vivía con su madre y, a pesar de dejarse la piel para poder pasar tiempo con su hijo e ir al instituto, era una chica feliz.

—¿A diez minutos? —preguntó Eric con sorpresa.

Vi que George asintió con la cabeza.

—Margaret trabaja en el instituto al que iba Alex —respondió George mientras buscaba algo entre los papeles.

Vale. En ese caso, Ruth y Maggie quedaban descartadas.

—Creía que Margaret no trabajaba.

—Sí, trabaja. Ya sabes cómo era... Siempre le gustó ser «independiente» —dijo con retintín.

—Sí, así era —respondió Eric, todavía sorprendido.

Unos segundos después, el silencio invadió el despacho.

Era emocionante que Eric tuviera una hija y que al fin la hubiera encontrado. Me alegraba tanto por él como por aquella chica que, después de tanto tiempo, tendría un padre. Dadas las circunstancias, suponía que esa era la razón por la que había dejado de visitar a Alex, o al menos esa era la conclusión a la que había llegado. Pero todavía no entendía por qué fingieron su muerte. Eso no tenía ni pies ni cabeza. Si se lo hubieran explicado a Alex, él lo habría entendido. Era una persona inteligente, comprendía las cosas como si fuera un adulto, y estaba segura de que siempre había sido así, incluso cuando era pequeño.

—George —susurró Eric.

Su hermano dejó de hojear los papeles y lo miró.

—¿Qué ocurre, Eric? —preguntó, preocupado.

—No, no es nada. Es una tontería.

En cuanto las palabras salieron de su boca, me vi reflejada en él: eso era exactamente lo que yo decía cuando iba a decir algo y luego me arrepentía. Por primera vez en mi vida, me sentía identificada con alguien.

—Dímelo. Sabes que puedes confiar en mí.

Aunque no veía a Eric, podría haber jurado que sonrió a modo de agradecimiento.

Las piernas habían dejado de temblarme y, como estaba bastante concentrada en la conversación, me había olvidado por completo de la herida de la pierna.

—Me preguntaba si... —Se detuvo un instante, dubitativo—. ¿Margaret volvió a casarse? —preguntó en un balbuceo.

—No, Eric, no lo hizo. Todavía sois marido y mujer.

El hombre resopló aliviado.

—Eric... ¿Tú la perdonarías a pesar de lo que hizo?

—Sí. Todavía la amo —respondió sin vacilar.

—Bien. Pero... ten cuidado. Las esposas de los Crowell están un poco locas —bromeó George. Ambos rieron en voz baja.

No sabía por qué, pero Alex clavó sus ojos en mí de una forma totalmente nueva. Su mirada penetrante me asustó. Era extraño, parecía... parecía que quisiera decirme algo.

De repente, sentí un dolor agudo en el pecho.

—Rosie se recuperó muy pronto. Tienes una esposa increíble.

—Lo sé, las terapias ayudaron mucho. Ella es lo único que me queda —respondió con orgullo y dolor.

—¿Cómo se tomó lo de Alex?

—Mal, ya lo sabes. Estuvo a punto de recaer.

Un momento, ¿de qué hablaban? ¿Rosie tenía trastornos psicológicos?

Las lágrimas se arremolinaron en los ojos de Alex. Había algo que no me había contado.

—Pero no lo hizo, y eso es lo importante —comentó Eric con suavidad.

¿Por qué no me lo había contado Alex? ¿Acaso no lo sabía? Sí, claro que lo sabía. Pero ¿por qué no me lo había dicho? Se suponía que no habría más secretos entre nosotros. Con una mirada, expresé lo mucho que sentía que estuviera pasando por todo aquello.

—¿Cuándo veré a mi hija? —preguntó Eric con urgencia.

—Cuando estés listo.

Eric resopló con fuerza.

—Quiero verla, George. Quiero conocer a mi princesa.

«Mi princesa».

Y luego, justo cuando se iban, George hizo algo torpe. Cogió una hoja que había sacado de la carpeta y tiró de ella con tanta fuerza que una pluma cayó al suelo... justo delante de mí.

—Vaya —dijo George.

El sonido, que me había dejado sin respiración, me pareció lejano. Entonces el padre de Alex se movió. Vi que empezaba a agacharse lentamente justo frente a mí.

Estaba acabada.

Por enésima vez, mi corazón dejó de bombear sangre.

Cerré los ojos. La silla rechinó y el eco resonó en mis oídos como una mosca que no dejaba de molestar. Quise taparme las orejas, pero un solo movimiento mío lo echaría todo a perder. Parecía que la pluma se reía de mí y, ahora, la silla la acompañaba. Sin duda, era la persona con la peor suerte del mundo.

Me quedé petrificada. No era capaz de mover ni un solo músculo. Ni uno solo.

En ese instante cerré los ojos con más fuerza.

Y luego... oí un sonido que parecía muy lejano, un golpe sordo que procedía de otra habitación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó George, volviendo a su postura habitual. Contuve la respiración una vez más.

Eric se levantó de un salto.

—Creo que venía de alguna de las habitaciones —dijo Eric, y rápidamente se apresuró a salir del despacho. Sus pasos eran veloces, ágiles. Todavía estaba en forma.

George ignoró la pluma que se le había caído y echó a correr tras Eric.

Deslicé el cuerpo por el suelo. Me sentía débil. Exhalé aire y, extrañamente, empecé a reír.

Alex apareció a mi lado en menos de un segundo.

—¿Hannah? ¿Estás bien? —Me tomó la cabeza con las manos y la colocó sobre su regazo, como si fuera una almohada. Reí todavía con más fuerza. La adrenalina y el miedo eran una mala combinación—. Es un ataque de risa —dijo Alex, preocupado. Tenía los ojos abiertos al máximo. Y yo... yo no dejaba

de reír, era inevitable. Me temblaba todo el cuerpo. El calor de la risa se apoderó de mi cuerpo congelado y empecé a sentir un fuerte dolor en el estómago y en las costillas—. Está bien, Hannah. Cálmate, ya se han ido. Tranquilízate. Estoy aquí, contigo, ¿de acuerdo?

Los nervios me estaban traicionando. No era capaz de controlarme.

Intenté calmarme. No sabía por qué me pasaba esto, tal vez el pánico y el terror al fin habían decidido hacer de las suyas. Me odiaba por permitir que esto pasara, por ser tan débil.

Mi cuerpo se relajó poco a poco mientras Alex me sujetaba la mano. Cerré los ojos unos segundos después y mi risa desapareció.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Debería ser yo quien te preguntara eso —respondí con voz grave. Alex sonrió.

—Acabo de ver a mi novia sufrir un ataque de risa —dijo, sorprendido.

No pude evitar sonrojarme. Era *su novia*.

—¿Estás bien? —repetí su pregunta.

Quería que hablásemos de él. Me dolía muchísimo el estómago y una fuerte punzada me hizo recordarlo, pero no dije nada. Todo me salía mal... Qué vergüenza.

—Sí —respondió—. Estoy bien.

Me levanté como pude. Bueno, Alex me ayudó un poco. Vale, sí, Alex me levantó.

Me arreglé un poco el pelo y di unos pasos, aunque todavía me temblaban las piernas. Alex me sostuvo por si acaso.

—Anna te ha visto —dije.

—Anna ve fantasmas —confirmó.

—¿Y ahora qué?

—Si menciona algo, finge que no existo.

Hice una mueca de dolor.

—No será fácil.

Alex sonrió, pues comprendía qué quería decir.

—¿Quién es Margaret? —Me miró confundido mientras avanzábamos por el pasillo con cuidado y en silencio. George y Eric debían de haber vuelto al despacho.

—Margaret... Margaret... —comenzó a repetir para sí mismo—. No conozco a ninguna Margaret.

—Alex, ¿cómo te sientes? —pregunté, interrumpiéndolo.

Estaba confundido.

—¿A qué te refieres?

—Acabas de ver a tu tío Eric.

Hizo una mueca.

—En parte, entiendo por qué se marchó. Nos dejó para buscar a su hija. No puedo culparlo por ello.

—Entonces... ¿lo perdonas?

—Sí, todavía le quiero. Tenía sus razones para irse, ¿verdad? —dijo. Yo asentí con la cabeza—. ¿Y, sabes qué? Yo habría hecho lo mismo.

Capítulo 24

Antes de que llegáramos a la sala donde el ama de llaves me había dicho que esperara a Rosie, Alex me soltó. Por un momento creí que me dejaría caer, pero ya había recuperado el equilibrio y podía mantenerme en pie.

Lo miré dolida. ¿Por qué se alejaba de mí? ¿Qué pasaba? No pude evitarlo; me sentía rechazada. Él se dio cuenta de mi preocupación y habló rápidamente.

—Mi madre acaba de llegar —explicó. Me ofreció una sonrisa tranquilizadora y caminé hacia la sala—. ¡A por las respuestas, Hannah!

Le devolví la sonrisa y asentí con la cabeza.

Tomé una buena bocanada de aire y me dispuse a entrar.

—¡Hannah! —Rosie se levantó del sillón en cuanto me vio.

—Lo siento, estaba en el baño —mentí. A ella no pareció importarle. De hecho, daba la sensación de que no llevaba mucho tiempo esperando.

—No te preocupes, no pasa nada. ¿Cómo estás? —preguntó educadamente mientras me dedicaba una tierna sonrisa.

—Bien —volví a mentir.

El cabello rubio le caía por los hombros y se ondulaba justo como el de Ricitos de Oro. Vestía una falda de color azul claro. También llevaba algunas joyas: un collar de perlas resplandecientes que colgaba de su cuello blanco y unas pulseras en la muñeca a juego.

Rosie era bastante formal, demasiado guapa y, sobre todo, joven.

Parecía haber estado llorando. No la culpaba. Debía de sentirse muy triste por la muerte de Alex. A pesar de ello, Rosie se comportaba de la manera más dulce y amable con todos.

La admiraba.

—Siéntate, por favor. Estoy muy contenta de volver a verte. —Esbozó una sonrisa y mostró sus dientes blancos.

Reí nerviosamente y me senté.

—Yo también —contesté con amabilidad.

Ella sonrió.

—Esto es raro, ¿verdad? —Soltó una risita—. Apenas nos conocemos. Aun así agradezco que hayas aceptado mi invitación. Me alegro de que estés aquí, de nuevo.

Intenté no buscar un doble sentido a las últimas palabras que había pronunciado.

«De nuevo». ¿Qué significaba eso?

—Gracias por invitarme. Es un honor estar aquí.

Rosie rio.

—No tienes que agradecerme nada. ¿Sabes? He estado cocinando. Dame un momento. —Se levantó del sillón y llamó a Marina con un grito suave y delicado. Oí unos pasos apresurados en el pasillo y un segundo después, el ama de llaves estaba con nosotras. Rosie le dijo un par de cosas y ella asintió y se marchó.

—Te ofreceré alguno de sus deliciosos dulces —dijo Alex con una sonrisa. Parecía orgulloso de su madre.

Un momento después, Marina llegó con una bandeja llena de dulces, tal y como había predicho Alex. Se me hizo la boca agua.

Rosie tomó la bandeja con cuidado y la dejó en la mesita central. El olor que desprendían aquellos dulces era exquisito. El dulce aroma era una mezcla de chocolate derretido, masa horneada y mantequilla. El vapor que desprendían impregnaba el salón de un aroma realmente apetitoso.

—Los he hecho para ti. A Alex le gustaban mucho. Espero que no te moleste, pero no tengo nadie para quien preparar dulces. George odia el chocolate —dijo sonriendo mientras me extendía un platillo. Miré a Alex disimuladamente y él asintió, dando la razón a su madre.

Miró la comida con interés y luego a mí, incitándome a probarla. Entonces me acordé...

—Muchas gracias por las rosquillas, estaban riquísimas —le agradecí.

Ella dio un salto. Parecía sorprendida.

—¡Las probaste! —exclamó, entusiasmada—. ¡Creía que no lo habías hecho!

—¡Por supuesto que las probé! Estaban de muerte. El glaseado estaba riquísimo.

Rosie rio.

—El glaseado les da sabor —explicó como toda una experta. Dejó un par de rosquillas en su plato y la imité sirviéndome las que tenían glaseado. Tenían un aspecto exquisito... me tentaban. No había tenido tanta hambre en mi vida.

—¿Te comiste tú sola todas las rosquillas? —preguntó sorprendida.

—Sí, todas —confirmé.

Rosie sonrió, satisfecha. Le dio un mordisco a la rosquilla que tenía en los dedos y masticó delicadamente.

No sé cómo ocurrió, pero al cabo de quince minutos tenía el estómago lleno. Una rosquilla más y habría explotado. Aparte de los dulces, Rosie había preparado un chocolate caliente. Aunque estaba un poco acalorada por el exceso de comida, me lo tomé.

Ojalá mi madre cocinara así...

Rosie comenzó a contarme historias graciosas de Alex, e incluso me mostró un álbum de fotos donde salía de pequeño. Hubo una imagen en especial que me hizo reír. Alex enrojeció, muerto de vergüenza.

En la fotografía, Alex estaba desnudo. Tendría unos seis años y estaba duchándose. La cámara había capturado justo el momento en que Alex se había girado para evitar que inmortalizasen un instante tan íntimo, así que solo se le veía el trasero. Su cabello cenizo estaba lleno de champú y llevaba un horrible y divertido peinado. Le habían sacado la foto de forma desprevenida, claramente. Nunca había visto a Alex abrir los ojos tanto como lo hacía en esa fotografía.

Mientras reía, Alex intentaba por todos los medios que no la viera, pero fue en vano. No puedo negar que pensé en robarla.

Era muy guapo, incluso de pequeño. Nos reímos con las fotos y las anécdotas. Luego, Rosie se levantó y llamó de nuevo a Marina para que recogiera la bandeja.

Nos quedamos en silencio.

Había llegado la hora de obtener respuestas.

—Rosie... —comencé a hablar, temerosa.

Ella me miró.

—¿Qué ocurre, Hannah?

No podía ocultar el nerviosismo en mi voz.

—El día que trajiste las rosquillas... —dije, vacilando—... escuché la conversación que mantuviste con mi madre.

Rosie dio un salto.

—¿Nos escuchaste? —Abrió los ojos como platos. Sus iris azules me miraban fijamente.

No quería que pensara que era una fisgona, pero necesitaba decírselo para que me contara la verdad.

—Sí. Y, bueno, yo... mmm... quería saber de qué verdad hablabais. —Fui directa al grano.

Bien, había resultado fácil, y esperaba que todo fuera así de sencillo. Rosie me comprendía, me escuchaba, no como mi madre.

Me miró con recelo.

—Hannah, no sé si debería... creo que esto es algo que debería contarte tu madre —respondió sin más. Entonces se humedeció los labios con la lengua, confusa, tal y como solía hacer Alex—. ¿Todavía no te lo ha dicho?

Negué con la cabeza.

—Por favor, Rosie. Necesito saberlo —supliqué con un tono de voz lastimero.

—Hannah... no sé. Yo no...

—Por favor —insistí.

—¿Has intentado hablar con ella?

—Sí.

—¿Y no te ha contado nada? —Fruunció el ceño y parpadeó un par de veces, desconcertada. Se removió en su asiento, intranquila, exactamente igual que mi madre.

—Bueno, algo sí que me ha comentado —respondí, entrelazando mis dedos sudorosos.

Rosie se interesó. Prestaba atención a todas y cada una de las palabras que decía.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó en un susurro. Me miraba con unos ojos azules expectantes. Se movía en el sillón, tensa.

—Ella... me ha dicho que... —No sabía cómo contarlo. Me costaba muchísimo pronunciar aquellas palabras. Las manos me sudaban de nuevo—... me ha dicho que yo maté a Alex, o que al menos eso es lo que la policía sospecha, porque estuve con él justo antes de que muriera —murmuré.

Rosie abrió los ojos como platos.

—¿Qué te ha dicho qué?! —gritó, exaltada.

—Que soy la culpable de la muerte de Alex —repetí un poco más fuerte.

Me miraba sorprendida mientras parpadeaba. No podía creer lo que acababa de escuchar. Atónita, se pasó los dedos por la frente y recogió un pequeño cabello rubio que estaba fuera de su lugar.

—¿Es una broma? —preguntó con voz suave.

Rosie soltó un suspiro de preocupación y me retó con la mirada. Observó mi rostro con atención y yo

intenté no pestañear.

—Eso es lo que me ha dicho... ¿Es esa la verdad a la que os referíais? En ese caso, no entiendo nada. Si soy la culpable de la muerte de Alex... ¿por qué eres tan amable y te portas tan bien conmigo? No... no lo entiendo, ¿no deberías odiarme? —Sentía emociones totalmente contradictorias—. Rosie, por favor, dime que esa no es la verdad de la que hablabais mi madre y tú —balbucí.

Ella dudó si debía contestar. Luego, tragó un poco de saliva y dijo:

—Tú no mataste a Alex ni eres culpable de nada. Fue un accidente. —Sus palabras tuvieron un efecto sedante en mi cuerpo: adormecieron mis nervios y apaciguaron el sentimiento de culpa que invadía todo mi ser. Me sentía más tranquila y en paz.

Pestañee un par de veces y me reincorporé en el sillón.

—Vaya. —Fue lo único que salió de mi boca.

Se me erizó la piel.

Alex sonrió aliviado a mi lado. Él lo sabía. Había confiado en mí, en mi juicio.

—¿Por qué Emma te diría algo así? —preguntó con voz ahogada—. Tú no serías capaz de hacer algo así, eres un ángel. —Hizo un gesto divertido. No pude evitar soltar una risita de alivio.

Sentí que una descarga eléctrica me recorría todo el cuerpo.

Vale, no había sido yo. No había matado a Alex. Pero ¿entonces quién lo había hecho?

—No tengo ni idea... pero ¿sabes quién fue? ¿Sabes quién mató a Alex? —dije precipitadamente.

Rosie negó con la cabeza.

—No, todavía es un misterio. Tengo muchísimas ganas de que atrapen a ese ser sin corazón —respondió con desprecio y los ojos vidriosos. Afortunadamente, Rosie sabía controlarse.

—¿Y la escena del crimen? —pregunté—. ¿Cómo murió?

—La escena del crimen quedó destruida. Tú tuviste algo que ver con ello.

Sentí que los músculos se me tensaron. La miré sin entender a dónde quería ir a parar.

—¿Cómo?

—Alex y tú teníais una cita —dijo—. Me contó que te recogería en coche, tal y como hizo. Después, fuisteis a un restaurante, por lo que sé era de comida mexicana. Al parecer, la carretera estaba casi desierta y, según los testigos que pasaron por allí, el coche estaba parado en mitad del camino. Creyeron que Alex y tú... —Rosie se lo pensó antes de continuar—. Creían que Alex y tú estabais bastante ocupados en vuestros asuntos y nadie se detuvo a preguntar o a ver si necesitabais ayuda. Después, no se sabe qué pasó.

—¿Y por qué no me interrogaron?

—Tienes amnesia. George y yo decidimos no presentar ninguna demanda. Tú eres una víctima más. No queríamos buscarnos más problemas con la prensa.

Bien pensado. De todas maneras, si me interrogaban, no serviría de mucho, puesto que no recordaba nada.

—¿Y por qué tengo amnesia si no chocamos con nada?

—Supongo que te golpeaste con algo accidentalmente —añadió—. Puede que el asesino te hiciese algo, o puede que simplemente sufrieras un *shock* tremendo y que estés sufriendo las consecuencias. Puede haber sido cualquier cosa, Hannah.

Asentí mientras asimilaba toda la información que Rosie me ofrecía.

—¿Y Alex? ¿Qué pasó con él? ¿No se le realizó una autopsia? —inquirí.

Rosie asintió de inmediato.

—Claro que sí, pero no había balas, ni marcas de golpes en el cráneo. No había ninguna pista que demostrara que os hubiesen asaltado, ni siquiera había un arma cerca del lugar que pudiera explicar el suceso. Yo creo que alguien lo tenía todo planeado. Tengo mis sospechas, pero George no quiere creerme. —La expresión de su rostro cambió drásticamente y una lágrima le recorrió la mejilla—. Parecía que estaba dormido, Hannah —añadió con melancolía.

—¿Lo quería?

Rosie rio.

—Era mi mundo. Mi único hijo.

Miré de reojo a Alex. Al hacerlo, él giró la cabeza y miró hacia otra parte. Enseguida me percaté del porqué: tenía los ojos al borde de las lágrimas.

—Rosie, si no tenía nada que ver con la muerte de Alex, entonces ¿de qué hablabais mi madre y tú? —Me mordí el labio.

Suspiró y dijo:

—Creo que eso debe contártelo ella, Hannah.

—Mi madre no me dirá nada, la conozco —presioné—. Rosie...

No debía distraerme. De lo contrario, todas mis preguntas acabarían sin respuesta.

—Rosie, dijiste que si ella no me lo decía, lo harías tú.

Alex asintió con la cabeza.

—Lo siento, Hannah, pero creo que es Margaret quien debe contártelo, no yo —respondió suavemente.

—Pero es bastante...

Un momento... ¿qué? ¿Margaret? ¿Había dicho Margaret? ¿Se refería a la misma Margaret de la que habían hablado en el despacho de George? ¿La misma que mencionó el doctor?

—¿Qué? —pregunté. Mi oído se agudizó. Miré a Alex. Parecía tan aterrado y confundido como yo, incluso se había acercado más para escuchar mejor—. ¿Margaret? —pregunté.

Rosie dio un brinco y luego pestañeó.

—¿Cómo que Margaret? He dicho Emma.

Miré de reojo a Alex. Estaba segura de que había pronunciado el nombre de Margaret. Alex captó el interrogante que reflejaba mi mirada y asintió con la cabeza. Sí, Rosie acababa de decir «Margaret».

—No, no. Has dicho Margaret —insistí, y me puse rígida—. ¿Por qué has dicho Margaret? —Sonaba asustada.

Ahora las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. «Viven a diez minutos de aquí». «Tiene tus ojos». «Es muy insistente». «Es una chica muy inquieta». «Margaret trabaja en el instituto al que iba Alex».

—He dicho Emma —repitió, angustiada.

—¿Margaret es mi madre? —pregunté con una voz entrecortada y aguda, casi chillona. Me quedé paralizada.

—¿Hannah? —preguntó una voz detrás de mí.

Giré la cabeza; las lágrimas inundaban mis ojos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó George, confundido. Eric estaba junto a él, aunque todavía no me había visto. Alex me miró preocupado.

De repente, algo en Eric llamó mi atención, algo de lo que no me había percatado antes... Era increíble lo mucho que nos parecíamos. Los ojos, los gestos, la firmeza, la nariz fina y pequeña, las cejas

gruesas y pobladas... Éramos casi idénticos. Solo había que prestar un poco de atención a los rasgos para darse cuenta de la similitud.

Entonces, un breve recuerdo se apoderó de mí. Apreté los ojos, intentando no llorar.

Los latidos de mi corazón se detuvieron.

De repente estaba jugando con unas muñecas. Una tenía el pelo rubio y la otra tenía rojo, como Marina. Después, alguien llamó a la puerta y entró mi madre. Llevaba una melena corta, a la altura de los hombros. Tenía los rizos más pronunciados que ahora, estaba más joven, más guapa y parecía más feliz. Me gritó algo con una sonrisa, emocionada.

Luego alguien abrió la puerta. Un hombre musculoso y con buena presencia entró con una caja de color rosa en las manos. Tenía una gran sonrisa en la cara y me entregó el paquete colorido que llevaba en las manos. No pude evitar sonreír. Era Eric. Tenía el mismo aspecto que en la fotografía: era guapo, fuerte, cautivador e increíblemente feliz. Escuché una risa de fondo. Parecía lejana, pero, al mismo tiempo, muy próxima a mí, como si saliera de mis propios labios. No tardé en darme cuenta de que era yo quien reía. Mi yo de cuatro años.

Eric me abrazó y yo le rodeé el cuello con las manos y me aferré a su cuerpo mientras reía.

El recuerdo desapareció con la misma velocidad con la que había aparecido. Cuando volví a la realidad, apenas habían pasado quince segundos.

—La he invitado yo —se adelantó a decir Rosie mientras se ponía en pie. George frunció el ceño—. No sabía que Eric estaría aquí —murmuró a George, pero yo lo oí.

Se me aceleró el corazón.

Mi mirada saltaba de Alex a Eric una y otra vez.

Dios mío. ¡Joder!

Comencé a perder el control de mis emociones.

Quería llorar y gritar al mismo tiempo. Deseaba abrazar a Eric y llorar en su hombro. Le había necesitado tanto y ahora que lo tenía frente a mí no sabía qué hacer. Tenía miedo de que me rechazara y me apartara de él.

—Hola, Hannah —me saludó George con un gesto alegre.

—Ho-hola —tartamudeé.

El padre de Alex miró a Eric y después a mí. Luego, se quedó pensativo durante unos instantes, posó la mirada en Rosie y después otra vez en su hermano. Eric todavía no me había mirado, aunque sí se había percatado de mi presencia. Parecía estar tan absorto en sus pensamientos que no prestaba atención a lo que había a su alrededor.

Rosie estaba nerviosa.

—Eric —lo llamó George, y lo tomó del brazo. Entonces, salió de su trance y posó la mirada en mí. Me puse tensa—. Quiero presentarte a alguien.

Sin embargo, apenas mostraba interés en mí.

—Ella es Hannah. Hannah Reeve —dijo George lentamente.

Quería tragar saliva, pero no podía. Mi mundo se detuvo en aquel instante.

Eric avanzó hacia mí con tal lentitud que parecía que todo a mi alrededor fuese a la misma velocidad que sus pasos. Cuando estaba a escasos centímetros de mí, su mirada se topó con la mía. Sus ojos azules me observaron con curiosidad y, por un segundo, creí ver que se detenía y que me reconocía. Sin embargo, enseguida comprendí que todo había sido una mera ilusión.

Eric se acercó y me ofreció la mano con un evidente desinterés.

—Un placer, señorita. —Me estrechó la mano y luego se alejó con la misma pesadumbre.

Me quedé en *shock*. El aire se volvió denso... No podía respirar. Mis pulmones se encogieron ante la falta de oxígeno y comenzaron a dolerme.

—Nos vemos pronto, Hannah. Cuídate —se despidió George de inmediato.

Seguidamente, los hermanos salieron de la sala. Me quedé clavada en el suelo, con las piernas temblorosas.

Mi padre no estaba muerto. Mi madre me había mentido. Eric era mi padre. De eso habían hablado Rosie y mi madre aquel día. George lo sabía y por eso la llamó por teléfono, para advertirle de la llegada de Eric. Mi padre no había fallecido en ningún accidente. Nos había estado buscando. Mi madre me privó de él. Esa era la maldita verdad. De ahí la fotografía en el libro, su nerviosismo, la historia de que yo tenía algo que ver con la muerte de Alex... Se había inventado todo aquello para distraerme y ocultarme a Eric y los Crowell.

¿Cómo no me había dado cuenta? ¡Alex tenía razón!

Mi madre cambió nuestros nombres para que no nos descubrieran. Pero si ella era Margaret... entonces ¿quién era yo? ¿Cuál era mi verdadero nombre?

Vi que George susurró algo a Eric al oído, y este se dio la vuelta, con los ojos abiertos como platos. Estaba desconcertado y fuera de sí, justo como yo.

Mi cerebro y mis recuerdos ahora sí parecían trabajar a la perfección.

Eric me miró y, cuando se encontró con mis ojos, se quedó sorprendido durante unos momentos. Luego corrió hacia mí, con los ojos vidriosos. Su cabello negro se agitaba mientras aceleraba sus movimientos. Caminaba con paso firme y seguro.

Me quedé quieta y mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Esto debe de ser una broma. Tiene que ser un sueño. No es real. Estoy soñando, esto no es real.

—¡Joder, Eric! ¡No! —maldijo George a lo lejos.

Sentí un calor abrasador cuando unos brazos me envolvieron con desesperación.

Estoy soñando..., pensé mientras me asfixiaba por dentro. Pero no era cierto. Esto era real. Estaba totalmente despierta. Sus brazos me presionaron con fuerza. No me dejaba moverme. Su cuerpo me envolvía con dureza, como si me fuera a escapar de él.

Era un calor... extraño. Un calor bastante acogedor.

Mis hombros se humedecieron y, a lo lejos, escuché unos gemidos. Eric estaba llorando, y yo, extrañamente... también.

Eric era mi padre y eso significaba que... Alex y yo éramos primos. Éramos familia.

Me quedé paralizada. Decir que estaba en estado de *shock* no llegaba a definir la situación. Estaba mucho peor. Sentir que Eric me aprisionaba entre sus brazos fuertes hacía que todo mi cuerpo temblara. Mi rostro comenzó a calentarse por el intenso abrazo y cuando quise mover la cabeza, no pude. Eric me sostenía con una fuerza increíble.

De repente, Alex parecía incómodo.

Recosté la cabeza sobre el hombro de Eric y, desde esa posición, observé a Alex. Estaba delante de mí, con un rostro inexpresivo y más pálido de lo habitual. Sus ojos tampoco me decían nada, y me sentí molesta y confundida.

¿Estaba enfadado conmigo? ¿O se alegraba de que Eric al fin hubiese encontrado a su hija? ¿Por qué no sonreía? ¿Por qué no hacía una mueca de disgusto? ¿Qué pensaba realmente? Quería una respuesta para todas estas preguntas.

Eric redujo la fuerza de su brusco abrazo. Las manos le temblaban y tenía los ojos rojos e hinchados. Las lágrimas seguían brotando de sus ojos como si de una cascada se tratara, pero se las arregló para controlarlas y, después, empezó a hablar de forma entrecortada.

—Lo siento... —murmuró mientras metía una mano en el bolsillo de la chaqueta—. Es solo que... me has recordado mucho a una persona. —Entonces sacó un pañuelo blanco y se enjugó el rostro. El pañuelo eliminó cualquier rastro de lágrimas.

—Eric... —dijo George, preocupado.

Rosie miraba a Eric con compasión. Me pasé una mano por la mejilla y no tardé en darme cuenta de que también las tenía húmedas y pegajosas.

—Estoy bien —respondió Eric, como si supiera lo que iba a preguntarle.

Sus ojos azules me miraban con anhelo, como si fuera un ser de otro mundo.

—Hannah Reeve —susurró Eric, como si todavía no lo comprendiera del todo.

Lo observé una vez más. Una ráfaga de recuerdos del pasado que mi mente había olvidado apareció ante mis ojos. Por fin podía ponerle un rostro a todas esas siluetas desdibujadas. Por fin podía escuchar su voz y contemplar su deslumbrante sonrisa.

—¿Eres mi padre? —pregunté de repente, sin poder contenerme. Mis palabras apenas se escucharon.

Eric frunció el ceño, atónito. Miró a George y él le devolvió la mirada.

—¿Lo sabías, Hannah? —preguntó George al ver que Eric no contestaba.

—Sí. O sea, no... pero ahora... —Me detuve, no sabía qué decir. Los tres me miraban con expectación. Busqué a Alex con los ojos para pedirle ayuda, pero al hacerlo, sentí un terrible dolor en el corazón.

Alex no estaba. Se había marchado.

—¿Margaret te lo ha dicho? —preguntó Eric con una voz profunda. Sus músculos se tensaron todavía más.

—¿Margaret? ¿Así se llama mi madre realmente? —pregunté a todos.

Rosie agachó la mirada y enlazó sus dedos, moviéndolos nerviosamente. Su rostro se había enrojecido. Mientras tanto, George se vio obligado a tranquilizarnos a Eric y a mí. Definitivamente, él conocía las respuestas.

—Sí, Emma es Margaret. Siento que te hayas enterado de esta manera.

De repente comencé a sentirme débil.

—¿Emma? —preguntó Eric, sorprendido. Parecía sentirse excluido de nuestra conversación.

—Emma es mi madre —informé con voz entrecortada—. Se cambió el nombre. Me ha mentado sobre ti. Dijo que habías muerto en un accidente —añadí, pero mi voz no era más que un tenue susurro.

George asintió ante mi breve y acertada respuesta.

¿Y ahora qué? ¿Debía llamarle «papá»? ¿Debería correr a sus brazos y decirle lo mucho que lo había necesitado? ¿Decirle lo mucho que lo quería?

—Lo sé. Tenía sus motivos para hacerlo, Hannah.

¿Qué? ¿Eric estaba de acuerdo con toda esta mentira absurda, con que mi madre me hubiese ocultado su existencia y me hubiese privado de un padre? ¿Por qué?

—¿Estabas de acuerdo con esta farsa? —Lo fulminé con la mirada.

Eric se pasó las manos por el cabello y negó con la cabeza lentamente.

—No —respondió—. Pero no debes enfadarte con ella. Margaret hizo lo mejor para ti. O lo que creía que era mejor para ti.

«Margaret». Sonaba tan raro... era un nombre ajeno a mi mundo. No era el nombre mi madre, sino el de otra persona, una a la que definitivamente no conocía.

Sonreí cínicamente. ¿Se suponía entonces que debía decir: «Oye, mamá, gracias por ocultarme a mi padre»?

No. No lo haría.

—No puedo creerlo. —Suspiré. Veía el rostro de mi madre en mi mente y se me revolvía el estómago—. ¿Vosotros lo sabíais? —pregunté desesperada con los ojos clavados en Rosie y George.

Ellos se miraron con inquietud mientras pensaban cómo responder a mi pregunta.

—Mira, Hannah. No pensábamos que llegarías a enterarte de esta manera —respondió el padre de Alex, esquivando mi pregunta—. Era Margaret quien debería habértelo contado. Así que, ¿qué te parece si hacemos un trato?

—¿Un trato? —Fruncí el ceño. No entendía a dónde quería llegar a parar.

—¿Por qué no nos calmamos todos? —George hablaba con firmeza—. Sentémonos y os contaré todo lo que queráis saber —añadió. No era una sugerencia, sino que sonaba más bien como una orden.

Por supuesto que quería escuchar lo que tuviese que decir, así que no objeté nada y me senté. Rosie hizo lo mismo y Eric la siguió.

—¿Qué trato, George? —pregunté de nuevo. Todos miramos a George, a la espera de una respuesta.

Tomó una buena bocanada de aire antes de hablar.

—Te contaremos lo que pasó. Por qué tu madre se cambió el nombre, pero con una sencilla condición.

—¿Cuál? —respondí de inmediato.

—No debes decirle nada de esto a Margaret —susurró.

Eric no parecía estar al tanto de nada, así que se limitaba a escuchar; sabía que George haría las cosas bien.

—¿Por qué? —pregunté, todavía con el pulso acelerado.

—Porque se suponía que ella te lo contaría. Nosotros no debíamos interferir, pero las cosas han salido así, y los Crowell ya no queremos tener más problemas con los Reeve. —Dejó caer las manos sobre el regazo, con los dedos entrelazados, aunque de vez en cuando los sacudía en el aire para colocarlos una vez más sobre las piernas.

—¿Más problemas? —pregunté. Todavía no entendía nada. No comprendía los motivos que habían llevado a mi madre a cambiarse el nombre ni por qué me había mentido de esta forma, y mucho menos por qué me había involucrado falsamente en la muerte de Alex.

¿Acaso el secreto que estaba a punto de descubrir era más fuerte que la mentira sobre mi posible implicación en el asesinato de una persona?

—Sí, una serie de problemas llevaron a tu madre a cambiarse el nombre y la nacionalidad. Así que, ¿aceptas el trato?

No lo pensé dos veces.

—Sí.

George le pidió amablemente a Rosie que nos dejara a solas. Ella no se molestó ni objetó nada y se marchó. Después, el padre de Alex me contó brevemente lo que había ocurrido años atrás.

Resulta que cuando mi madre me tuvo a mí, Rosie también acababa de dar a luz a un niño. Sin embargo, el bebé murió poco después del parto. Tras eso, Rosie empezó a mostrar signos de trastornos psicológicos: como yo había nacido unos días antes que su bebé, Rosie creyó que yo era su hijo. Según

George, las cosas se pusieron muy feas.

Su mujer sufría alucinaciones casi a diario. Veía a su bebé muerto. Pero no estaba loca; había quedado traumatizada y ella misma alimentaba esas fantasías, haciéndolas crecer más y más. Todo se calmó un poco cuando Rosie comenzó a controlar su trastorno —que, con el tiempo, superó—, pero años después, las continuas peleas entre mi madre y Eric pusieron una barrera entre ambos, y mi madre decidió irse de la mansión en la que vivían. Antes de eso, amenazó a Eric con marcharse si no cesaban las discusiones y el comportamiento agresivo que tenía con ella, y él, en lugar de cambiar de actitud, lo empeoró todo cuando comenzó a beber. Esa era la razón por la que mi madre había abandonado a Eric.

—Perdóname, Hannah —suplicó Eric, con ojos llorosos. Parecía sumamente avergonzado y arrepentido.

—Si lo que me habéis contado es cierto, es a mi madre a quien deberías pedirle disculpas —contesté con voz entrecortada.

—También tú mereces que te pida perdón. Nosotros te involucramos en esto. Tú no tenías la culpa de nada, y os perdí por comportarme como un estúpido —respondió dolido.

—No esperes que te llame papá —titubeé—. Eso vendrá con el tiempo.

—Te recuperaré, ya lo verás. Os recuperaré a ambas —dijo con firmeza. Sonaba casi como una promesa.

Pero yo sabía que las promesas casi nunca se cumplían, aunque tenía la esperanza de que Eric pudiera ser fiel a su palabra. Parecía un buen tipo, a pesar de todo. Y, además, lo necesitaba.

Ahora entendía las razones por las que mi madre me alejó de mi padre, pero seguía sin estar de acuerdo con lo que había hecho. No aceptaba cómo había actuado. Sus problemas conyugales no deberían haberme afectado. Tenía derecho a estar con mi madre y con mi padre, a pasar tiempo con los dos.

Pero ya era tarde. Ella había decidido por mí.

Capítulo 25

Tuve que ingeniármelas para entrar sin que mi madre me viera. Si se daba cuenta, entonces sabría que había estado fuera de casa durante todo este tiempo.

¿Cómo debía llamarla ahora? ¿Emma? ¿Margaret?

Le había jurado que no vería a Rosie, pero mi madre había roto una de nuestras reglas de oro: decir siempre la verdad. Y, gracias a ello, había tenido la oportunidad perfecta para saltarme sus normas y me habían dicho lo que necesitaba y ansiaba escuchar.

«Tú no mataste a Alex».

Esas palabras hacían que todo mi mundo recuperara el brillo de siempre. Volvía a sentir paz en mi interior. Después de tanto tiempo, tenía la conciencia tranquila.

En pocas horas había descubierto dos cosas sumamente importantes. La primera: yo no había matado a Alex, aunque, al parecer, su muerte seguía siendo un misterio. Y la segunda: mi padre no estaba muerto, y ahora lo conocía e incluso sabía las razones por las que mi madre había cambiado nuestros nombres — porque, por supuesto, daba por hecho que mi nombre original también era otro— e inventado una historia totalmente absurda.

Entré en casa en silencio y con cuidado. Conocía todos los rincones y sabía exactamente dónde pisar y dónde no.

Sonreí victoriosa cuando llegué a mi habitación.

Tenía la pequeña esperanza de que Alex estuviera aquí. Pero al echar un vistazo por mi cuarto, la ilusión se esfumó en un segundo. Debía admitirlo: el rechazo de Alex me dolía en lo más profundo de mi corazón.

¿Cuál era el problema? ¿Que éramos primos? ¿Nuestra relación? ¿Que todavía no supiésemos quién era su asesino? ¿Que su muerte fuera todavía un misterio? ¿Que Eric le hubiera mentado sobre su muerte? ¿Estaba triste o decepcionado?

Realmente no entendía qué lo había molestado. No pareció emocionarse al ver a Eric abalanzarse sobre mí y abrazarme. Tampoco se mostró interesado, sino indiferente. Su forma de actuar hizo que me sintiera terriblemente confusa... En cualquier caso, si algo lo había molestado, podría habérmelo dicho y yo lo habría entendido perfectamente. No era una niña pequeña.

Retiré las almohadas de la cama y ordené un poco la habitación para deshacerme de todas las pruebas que pudieran indicar que había estado fuera.

Me quedé pensando en todo lo que me había pasado ese día. Había algo que podía admitir en la

intimidación de mi habitación: estaba dolida. El hecho de ser la hija de Eric suponía un gran obstáculo en la relación que teníamos Alex y yo... Que él fuera un fantasma ya ponía las cosas bastante difíciles.

Pero, de algún modo, estaba contenta. Era como si la pequeña chispa de esperanza que iluminaba el vacío de mi interior, un vacío que se había formado dentro de mí por haber crecido sin el amor de un padre, se hubiese expandido y hubiera dado lugar a un gran y cálido fuego que hacía desaparecer la oscuridad.

Tenía un padre. Y no uno cualquiera: mi padre era Eric Crowell. Mi padre estaba vivo.

Cerré los ojos. Estaba muy cansada, pero, para mi sorpresa, no me quedé dormida... Comencé a fantasear. Me dediqué a imaginar cómo habría sido mi vida si Eric hubiera formado parte de ella cuando lo había necesitado... No es que ya no lo necesitara, pero la adolescencia de por sí era algo difícil de sobrellevar, sobre todo cuando solo tienes a una madre pisándote los talones a cada paso que das.

Necesitaba a un padre que me dijera que los quilos de más no importaban y que las mujeres estábamos hermosas sin maquillaje. Deseaba haber escuchado que me quería, que haría cualquier cosa por mí y que mataría al chico que me hiciera daño o que me entristeciera.

Abrí los ojos y miré el reloj de la mesita de noche. Eran más de las siete de la tarde y Alex no se había dignado a aparecer en todo el día. Ni siquiera se había presentado para decirme dónde estaría. No era una exagerada, en absoluto. Tan solo me preocupaba por él. Tenía dos opciones en mente: o me evitaba o estaba enfadado conmigo. O quizá ambas.

—¿Hannah? —preguntó una voz desde el otro lado de la puerta. Por un momento pensé que era la voz de una desconocida, que casi parecía lejana. Sonaba como una farsante. Así la describiría.

—Estoy aquí —contesté con frialdad.

—¿Quieres cenar ya? —preguntó.

—No, he merendado mucho en el instituto —mentí sin pestañear, como si me viera. No tenía hambre gracias a las increíbles rosquillas que Rosie había preparado. Incluso se había molestado en prepararme una bolsa de tela con algunas de fresa y chocolate con ese exquisito glaseado blanco que tanto me gustaba.

—Te dejaré comida en el horno, ¿vale? —respondió mi madre con cautela. Tenía la esperanza de que cambiara de opinión. Aunque yo tenía claro que eso no pasaría.

Digamos que a mi madre no se le daba muy bien cocinar, o, al menos, esa era mi opinión. Su comida no era tan deliciosa como la que preparaba Rosie.

—Vale —contesté al fin.

Vi que su sombra se detuvo junto a la puerta durante unos segundos. Deseé que se estuviera preguntando si debía decirme la verdad, que su conciencia le recriminase haberme contado aquella horrible mentira. Pero entonces, la sombra desapareció.

Resoplé en voz baja.

Estaba muy cansada, pero la ausencia de Alex me mantenía en vela. «¿Qué podría haberle pasado, Hannah? Era un fantasma. No deberías preocuparte por él, sino por los humanos con los que te encontrarás», me decía a mí misma. Pero estaba muy intranquila. Aunque fuera un fantasma, yo le quería. Y no podía evitar preocuparme por él.

Por más que lo intentara, por más que contara ovejas y por más que tratara de imaginar que tenía una vida tranquila, no pude conciliar el sueño. Me resultaba imposible.

Miré de nuevo el reloj de la mesita de noche. Sorprendentemente, ya eran las dos de la mañana. Abrí los ojos como platos.

«Duerme, Hannah, duerme, por favor», me regañé a mí misma.

Debía dormir. No había otra opción. No podía permitirme pasar otra noche más en vela. Si una noche de insomnio me había dejado sin energía, dos noches seguidas sin apenas dormir me dejarían sin las fuerzas necesarias para ponerme de pie.

Lo intenté una vez más. En esta ocasión cerré los ojos con fuerza y me obligué a dormir... en vano. Mi cuerpo se debilitaba a medida que pasaban los minutos.

Bueno. Tal vez una rosquilla ayudaría. Abrí la bolsita de tela y saqué una rosquilla con relleno de fresa y fideos de colores. Un olor a mantequilla invadió la habitación. Y cuando acabé de comer, me lamí los dedos.

No me comí una, ni dos. Me comí absolutamente todas las que había en la bolsa que me había preparado Rosie, únicamente para matar el tiempo.

Eché otro vistazo al reloj: las tres de la mañana. Bostecé involuntariamente y rompí el silencio de mi habitación. Comer debió de ayudar, porque me quedé profundamente dormida al cabo de un rato.

Percibí un ruido sordo, pero me sentía tan agotada que estaba confundida. ¿Estaba soñando o lo había oído de verdad?

Entonces me sacudí ligeramente.

Luego, el sonido se hizo más fuerte, más claro.

Me desperté de golpe. La escasa luz que se colaba desde el exterior apenas me permitía ver nada, tan solo las sombras y siluetas de los muebles.

¿Qué había sido ese ruido?

—¿Alex? —pregunté en voz baja. Mi voz sonó ronca y adormecida. Me froté los ojos y me reincorporé en la cama.

No se escuchaba nada.

Me levanté lentamente. Me dolían muchísimo la espalda y los pies, probablemente por el propio cansancio. Era como si me hubieran dado un golpe con una pelota. O con una piedra.

Resoplé y el ruido volvió a hacerse presente. Parecía lejano y procedía del exterior. Parecía una rama a punto de romperse.

—¿Alex? —repetí con firmeza. Me acerqué un poco a la ventana, sin apartar las cortinas.

Nada.

Regresé de nuevo a la cama, pero antes de dar un paso más, oí un gemido. Era como un quejido angustiante. Me puse alerta y cogí lo primero que vi: un zapato. Me agaché y me levanté tan rápido como pude. Alcé el zapato con las dos manos delante de mí, como si fuera un arma.

—Pssst. —Escuché. Estaba segura de que el sonido procedía de la ventana. Abrí los ojos y me enderecé—. Pssst —oí una vez más.

Me preguntaba si debía acercarme. Alguien se aclaró la garganta al otro lado de la ventana.

—¿Quién hay ahí? Llamaré a la policía si no te vas ahora mismo —exclamé con voz ahogada.

Me estaba quedando sin aire y mi cerebro no parecía controlar mis manos, que empezaron a temblar de inmediato.

—Hannah, soy Cara. Ábreme —susurraron desde el exterior. Bajé la guardia y el corazón volvió a latirme con normalidad. En cuanto escuché aquello, corrí hasta la ventana, aparté la cortina y vi a Cara; estaba muerta de frío.

Abrí la ventana rápidamente. Una brisa helada me recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza. Mi rostro se llevó el mayor impacto de aquella ráfaga y noté que se me congelaba. Me estremecí. Tenía el

vello erizado en todo el cuerpo. Unos segundos después, Cara entró en la habitación maldiciendo.

No entendía qué ocurría.

—¿Qué haces aquí a las...? —Miré por tercera vez el reloj de la mesita de noche—. ¿Tres y cinco de la mañana?! —añadí, sorprendida. Apenas había dormido cinco minutos. La bolsita de tela de las rosquillas seguía en la cama. Ni siquiera llevaba el pijama. Me había quedado dormida con la ropa puesta.

Cara parecía asustada, y no precisamente por el salto que había dado para entrar en la habitación.

—¿Estás bien? —susurré, y me acerqué a ella mientras dejaba el zapato en su sitio. Tenía los ojos desorbitados y movía las manos nerviosamente.

—Quiero hablar contigo —respondió preocupada mientras me miraba con arrepentimiento.

Tenía miedo.

—¿A las tres de la mañana? —pregunté boquiabierta mientras me limpiaba las lagañas de los ojos, hinchados por la falta de sueño. Abrí la boca y continué—: ¿Sobre qué?

—Es muy importante y necesito que me escuches. —Su voz era angustiante. Me ponía de los nervios cada vez que un sonido salía de sus labios secos y pálidos. No iba maquillada, y eso me sorprendió. Vestía un chándal negro, como si su mente hubiese estado demasiado ocupada con otra cosa como para darse cuenta de que tenía que arreglarse. Llevaba el pelo alborotado y recogido descuidadamente con un coletero que parecía que fuera a romperse de un momento a otro. Aunque no era lo único frágil; Cara parecía a punto de derrumbarse y romperse en mil pedazos.

Caminé hasta la mesita de noche y, antes de que encendiera la lámpara, tragué saliva disimuladamente.

—¿Y por qué a las tres de la madrugada? ¿No podías esperar hasta mañana? —pregunté.

—No. Tiene que ser ahora. Es muy importante —respondió con firmeza. Había algo en la forma de pronunciar aquellas palabras que me hizo poner la piel de gallina. Me giré y me topé con unos ojos rojos e hinchados.

—¡Cara! ¿Has estado llorando? —pregunté, asustada. Estaba demacrada.

—Eso no importa ahora —dijo con voz temblorosa—. Tengo que confesarte algo.

¿Confesar? ¿De qué hablaba?

—Siéntate —ordené.

Cara no puso pega alguna porque le temblaban las piernas. Parecía débil y enferma, como si tuviese fiebre.

—¿Seguro que estás bien? ¿Qué ocurre?

—Escúchame con atención... —Ignoró mi pregunta—. Hannah, el asesino de Alex quiere matarte.

Noté que la sangre me subía a la cabeza y me mareaba. Sentía que se acumulaba en mi rostro más que en cualquier otra parte del cuerpo. Me sentía pesada.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con el ceño fruncido.

—El asesino de Alex quiere matarte —repitió con voz temblorosa.

Y luego, me detuve a pensar. Ella no sabía que yo me había enterado de que yo no era la asesina de Alex. Entonces ¿a quién se refería cuando decía «el asesino»?

—¿Lo conoces?

—No. Pero me ha estado enviando notas con amenazas, Hannah. El asesino de Alex también quiere matarme a mí.

—¿El asesino? —pregunté, con el corazón en un puño.

Cara gimió.

—Bueno, no sé si es un hombre o una mujer, no estoy segura... —respondió preocupada.

—¿No se suponía que la asesina era yo? —pregunté con cierto sarcasmo.

Cara negó con la cabeza.

—Era mentira. Tú no mataste a Alex —dijo, visiblemente dolida. Se torturaba a sí misma por lo que había hecho—. Era mentira —repitió entre titubeos.

—¿Por qué?! ¿Por qué me mentisteis de esa forma? ¿No te haces una idea de todo lo que he llegado a pensar! ¿Fuisteis muy crueles conmigo!

—Lo siento —susurró, apagada.

—¿Lo siento? —Reí con cinismo y noté que la sangre hervía en mi interior—. ¡Un lo siento no arregla todo el daño que me habéis hecho! Es increíble cómo alguien puede decir «lo siento» y creer que lo perdonarán sin más. Las cosas no funcionan así. El daño ya está hecho y las secuelas se quedarán ahí para siempre.

—Hannah, va a matarme. Sea quien sea, lo hará —respondió muy preocupada, como si mis palabras no tuvieran importancia.

Cara miraba hacia el suelo con una mirada profunda e inquietante. Las manos no dejaban de temblarle.

Intenté calmarme.

—¿Lo has visto?

—No —tartamudeó en voz baja.

—¿Qué te ha dicho?

—Que yo sería la próxima —chilló en voz baja. Las lágrimas se arremolinaban en sus ojos.

Entonces levantó la mirada y fijó sus ojos azules en los míos.

—Estoy muy asustada, Hannah. —Una lágrima se deslizó por su mejilla—. Dijo que me mataría —repitió con la voz quebrada mientras un torrente de lágrimas comenzaba a humedecerle las pálidas mejillas.

—¿Se lo has contado a tus padres?

Cara negó con la cabeza, pero contestó igualmente con voz apagada, presa del pánico.

—No. Ellos no saben nada.

—¿Cómo lo has sabido, Cara? ¿Cómo recibiste la nota?

Ignoré mi enfado y traté de averiguar qué estaba pasando realmente, pero ya no confiaba en ella. Después de todo lo que había pasado, no era una persona digna de mi confianza. Aunque sus ojos azules indicaban todo lo contrario: Cara decía la verdad. Deduje que me había mentido porque el asesino la había amenazado y porque de esa forma habría sido más fácil que hubiese dejado de investigar sobre la muerte de Alex.

Lo que no sabía el asesino era que yo era muy terca.

—No sé, la recibí un día, sin más. La encontré debajo de mi almohada. —Se metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó una hoja blanca y me la entregó.

La nota estaba doblada en ocho partes, así que procedí a abrirla. Veía las letras escritas a medida que la desplegaba.

—Es la segunda que recibo esta semana. La primera decía que tuviese cuidado con lo que hacía, y esta... en esta simplemente ha escrito mi sentencia de morir... no es solo una amenaza. Me matará. —Comenzó a llorar desconsoladamente.

¿Dónde estaba Alex cuando lo necesitaba?

Observé la hoja en busca de pistas, pero la persona que había escrito la nota era muy lista y había utilizado recortes de periódico para escribir su mensaje. La nota tenía escrita una pregunta:

«¿Estás lista para morir?».

Noté que el corazón quería salirse de mi pecho y se me volvió a acelerar el pulso.

Todo esto era terrible. Era peor que una pesadilla.

—Tranquila, no te pasará nada. Seguro que es una broma. —Intenté calmarla.

—Tom también ha recibido una nota, pero con un mensaje diferente. No está enfermo, Hannah. Lo agredió una pandilla. Le pegaron —confesó entre lágrimas—. Por eso lleva esa bufanda y va tan tapado. Todos estamos muy asustados. De verdad, siento mucho lo que te dijimos sobre Alex. Pero Hannah, debes creerme, esto es real —sollozó.

—No puedo confiar en ti. Ya no. Pero te ayudaré.

—¿Cómo, Hannah? —preguntó en voz baja.

—Quizá pueda hacer algo para ponerte a salvo —respondí con sinceridad. Aunque, en realidad, no sabía cómo ayudarla.

Hubo un momento de silencio.

—Solo hay una forma de hacerlo.

—¿Cuál? —pregunté.

Cara se aclaró la garganta.

—Deja de buscar al asesino, Hannah. Eso solo lo provoca, olvídate de él.

—¿Me estás pidiendo que deje de investigar? —contesté, molesta.

De entre todas las cosas, lo último que quería hacer era decepcionar a Alex. Le había prometido que lo ayudaría a encontrar a su asesino y eso era lo que haría.

—Sí, por favor, Hannah. ¿Acaso quieres que haya más muertes? —Volvió a gemir. Sus ojos azules me miraban con cautela—. No es tu obligación, deja que la policía haga su trabajo.

Reflexioné durante unos instantes.

—¿Eso te tranquilizaría? —pregunté.

—Sí.

—Entonces lo haré. Dejaré en paz al asesino de Alex si es lo que quieres —mentí—. Tienes razón, creo que esto solo lo está enfureciendo más y no quiero que nadie muera por mi culpa —añadí con seguridad.

Había sonado muy convincente.

—Gracias, Hannah —respondió, dolida.

—No hay de qué —repuse.

—Lo siento mucho —añadió, arrepentida. Sus ojos azules me miraban con atención y todo mi cuerpo se tensó—. Todo esto es por ti, Hannah. No lo olvides. Hay personas que te queremos con vida y hay otras que no. Tal vez deberías confiar más en ti misma y no en los demás. Nunca sabes quién puede traicionarte y apuñalarte por la espalda, ¿verdad?

Asentí, aunque no comprendía qué quería decirme.

—Tienes razón —contesté.

—Hannah... —Volvió a pronunciar mi nombre entre lágrimas—. Algún día te darás cuenta de que esta es la mejor decisión que has tomado en tu vida. Te quiero, no te imaginas cuánto. Eres mi mejor amiga y no quiero que nada malo te pase. Esto es por ti. Te quiero, no lo olvides —repitió.

Sus palabras solo me confundieron más. Estaba totalmente desconcertada.

—Cara, yo...

—Tengo que irme —me interrumpió con suavidad.

—¿A estas horas? —pregunté con los ojos abiertos de par en par—. No puedes irte de madrugada, y menos en estas condiciones.

—Yo... tengo que irme. No te preocupes. Estaré bien.

—Cara...

—Gracias por escucharme de todos modos. Te veré mañana —dijo con una lánguida sonrisa.

—Quédate —insistí, y me puse de pie.

Cara caminó hacia la ventana.

—Ya he hecho todo lo que tenía que hacer. Ahora tengo que volver a casa. Y, Hannah... De verdad, lo siento. Ojalá puedas perdonarme algún día —repitió con los ojos cansados e hinchados.

Después, se abalanzó sobre mí y me abrazó. Me dejó el hombro lleno de mocos y lágrimas.

—Te quiero —me murmuró al oído.

—Yo también te quiero. —Intenté sonreír, pero me costaba mucho. Después de lo que había pasado... desconfiaba de todo el mundo.

—Una cosa más —me pidió con voz aguda—. No le digas a nadie que he estado aquí. Y quema esa nota.

—¿Por qué? —pregunté, confundida.

—Tú hazlo y no se lo cuentes a nadie. Te quiero, Hannah.

Segundos después, Cara desapareció por la ventana mientras me pedía perdón de forma inaudible una y otra vez.

Cerré la ventana con el pestillo y volví a mirar el reloj. Las tres y media de la madrugada.

No entendía la actitud de Cara. Me dolía verla en ese estado y, sobre todo, me dolía que me hubiera mentado. No obstante, me preocupaba que se hubiera ido. Supuse que había venido en coche, porque poco después de cerrar la ventana escuché el rechinar de unos neumáticos. Cara no se atrevería a ir sola a estas horas, y menos después de haber recibido aquella nota.

Sin pensarlo dos veces, me dejé caer en la cama y, de nuevo, me quedé dormida.

La oscuridad y el silencio me invadieron. Para variar, no soñé nada.

Dormí hasta que unos gritos me despertaron de nuevo.

—¡Hannah! —Escuché a lo lejos—. ¡Hannah! —alguien gritaba con fuerza mi nombre, pero no sabía de dónde provenía. Estaba demasiado cansada y desorientada.

Entonces, empezó a gritar con más fuerza.

—¡Hannah! ¡Ábreme! ¡Hannah, por Dios! ¡Dime que estás ahí dentro! —gritaba una voz con desesperación.

Después, oí un sonido molesto: alguien golpeaba la puerta de mi habitación con fuerza. Di un brinco.

—¡Hannah! —La voz sonaba aterrada mientras aporreaba la puerta—. ¡Hannah! ¡Abre, por el amor de Dios! ¡Abre de una vez, Hannah! —gritó con frustración.

Me levanté sobresaltada.

«¿Qué pasa..?», me pregunté mentalmente mientras me ponía de pie.

—¿Hannah? —La cama rechinó cuando me levanté.

Al otro lado de la puerta, alguien seguía aporreando la madera con fuerza para intentar abrirla. La manilla no dejaba de subir y bajar.

—¿Estás ahí? —Reconocí de inmediato la voz.

¿Qué ocurría?

Abrí los ojos de golpe y agucé el oído. Escuché una sirena muy cerca de nuestra casa. Entonces me puse alerta. Algo malo había pasado.

—¿Hannah! —insistió la voz, aterrorizada.

Por enésima vez, miré el reloj. ¡No me lo creía! ¡Habían pasado solo diez minutos desde que Cara se había marchado! ¡Las cuatro menos veinte de la madrugada!

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! —grité asustada mientras corría hacia la puerta de la habitación.

Abrí de inmediato.

—¡Por el amor de Dios! ¡Creí que...! ¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien? ¿Por qué no me abrías? —Se abalanzó contra mí y me estrechó entre sus brazos cálidos—. ¡Me has dado un buen susto, Hannah! ¡Ay! ¿Estás bien? —repitió, asustada—. Te quiero, hija. ¡Creí que habías salido de casa! ¡Dios mío! —exclamó.

Abrí los ojos de nuevo y me estremecí.

¿Qué pasaba? ¿Por qué no me decía qué ocurría?

Se oían más sirenas acercarse con rapidez y detenerse cerca de nuestra casa.

—Mamá... —Comencé a liberarme de su abrazo—. Mamá, ¿qué pasa? —pregunté al fin.

La miré a los ojos y vi que dos lágrimas le recorrían las mejillas sonrojadas. Al escuchar las sirenas y ver a mi madre llorando sentí un ataque de pánico. Estaba desesperada.

Me miró con tristeza. Se secó las lágrimas que le caían de los ojos y me miró con inquietud. Llevaba su bata de seda atada a la cintura. La tela blanca no dejaba mucho lugar a la imaginación, pero cubría la mayor parte de su cuerpo.

—Es Cara —respondió.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —pregunté rápidamente.

El corazón me latía a mil por hora.

Mi madre negó con la cabeza.

«Las sirenas», me recordé a mí misma.

Aparté a mi madre de mi camino y corrí escaleras abajo.

—¿Hannah! ¡No! —gritó.

Corría cada vez más rápido. La adrenalina fluía por mis venas. Tenía el pulso acelerado y no tardé en sentirme agitada. Sin embargo, las piernas me pedían a gritos que siguiera corriendo. Y eso fue lo que hice. Corrí sin detenerme para llegar al lugar donde estaban las sirenas. El corazón bombeaba sangre con tanta fuerza que me dolía.

Mi mente me jugó una mala pasada e imaginé lo peor.

«No. No. No».

A lo lejos, vi una ambulancia. Su ensordecedora sirena me estremeció. Corría por la calle con los pies descalzos. Las piedras se me clavaban en las plantas de los pies, pero no me importaba.

Se me humedecieron los ojos y todo comenzó a volverse borroso a medida que me acercaba. Las lágrimas amenazaban con escaparse de nuevo. Escuché a alguien gritar mi nombre a lo lejos.

Cuando estuve lo bastante cerca, vi con claridad lo que había ocurrido y empecé a llorar desconsolada. Habían acordonado la zona con una cinta amarilla que prohibía el paso, y un coche de color azul marino estaba parado en medio de la calle. El corazón todavía me latía con fuerza. Entonces me mareé y todo pareció moverse a cámara lenta.

El vehículo tenía el parabrisas roto y la puerta del piloto estaba abierta. No tenía matrícula. Noté un sabor amargo en la garganta.

Chillé en voz baja.

Vi al jefe de policía tomando datos a algunas personas que se encontraban en la zona. Era un viejo regordete, con el cabello gris y un bigote blanco. Tenía la placa colgada con orgullo en la camisa de su uniforme azul.

Me acerqué con pasos vacilantes.

—¿Qué ha pasado? —logré decir.

—Han atropellado a una chica. —El policía no me miró y siguió anotando cosas en su libreta. Sentí un inmenso dolor en el corazón.

«No. No. No».

—Entonces, ¿usted ha visto quién conducía el automóvil? —preguntó a un hombre calvo que estaba a mi lado.

—No, señor. Escuché el chirrido de las ruedas, y mi esposa y yo salimos a ver qué pasaba. Pero no vimos al conductor —respondió el hombre calvo.

—¿Dónde está la chica? —pregunté al policía con voz temblorosa. El labio me temblaba.

—No puedo darte esa información —se limitó a decir.

—Pero ¿está bien? —inquirí mientras las lágrimas me caían por las mejillas.

—Ya te he dicho que no puedo darte esa información —me contestó de mala gana, y después siguió anotando cosas en su cuaderno. Lo maldije en voz baja.

Volví a mirarlo de nuevo. Estaba distraído escribiendo en la libreta, y uno de los inspectores fotografiaba el lugar y marcaba las zonas en las que había pruebas.

Me mordí el labio y atravesé la cinta amarilla antes de que pudieran detenerme.

—¡Eh! ¡No puedes pasar! —gritó el policía, pero lo ignoré y continué corriendo.

Me detuve en seco en cuanto crucé la cinta. Sentí una ráfaga de aire frío y me quedé en *shock*. El cuerpo de Cara descansaba a unos cuatro metros de distancia del vehículo azul. Un enorme y pegajoso charco de sangre la rodeaba. Tenía los ojos cerrados.

Grité.

—¡No! ¡No! ¡Cara, no! —Las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos en cuanto me invadió un sentimiento de culpa.

—¡Hannah! —Escuché que alguien me llamaba a mi espalda.

Corrí hacia el cuerpo flácido de Cara y me dejé caer a un lado. Tenía el rostro manchado de sangre mirara donde mirara.

—¡Está alterando la escena del crimen! ¡Sáquenla de aquí! —gritó uno de los inspectores.

Justo cuando estaba a punto de tocar el rostro de Cara, sentí que alguien tiraba con fuerza de mí.

—¡No! ¡No! ¡Es mi amiga! —grité. Un hombre me agarró con fuerza para separarme de ella.

Pataleé con fuerza e intenté liberarme de aquellas manos que me sujetaban, pero fue en vano.

—¡No! ¡Cara! ¡Es mi amiga, suéltame! —sollocé mientras las lágrimas seguían cayendo.

—Cálmate —dijo el hombre, que me agarró todavía con más fuerza—. ¡Tengo a una joven con un

ataque de pánico aquí! ¡Necesito que le inyecten un tranquilizante! —dijo por la radio. Le di una patada en la rodilla y él gimió.

—¡Déjame! ¡Es mi amiga! —gruñí.

Luego, dos hombres más aparecieron de la nada y me sujetaron con fuerza. Entonces me inyectaron algo en el brazo. Traté de evitarlo, pero eran tres, así que me resultó imposible.

Poco a poco, mi cuerpo empezó a debilitarse y enseguida me abandonaron todas las fuerzas.

En un susurro que tan solo yo oí, dije al espíritu de Cara:

—Te perdono.

Cara Marie Carter murió el 8 de diciembre de 2014 a las 03.31. Un vehículo sin matrícula la atropelló y el conductor se dio a la fuga.

Si quieres saber cómo continúa *¿Quién mató a Alex?*, te ofrecemos en primicia las primeras páginas de *El secreto desvelado*.

JANETH G. S.

¿QUIÉN

MATÓ

A

PREMIO
WATTYS

ALEX?

EL SECRETO DESVELADO

OZ
EDITORIAL

2

Capítulo 1

Todo pasó muy rápido. Después de asistir al funeral de Cara, me sentía débil y cansada, tenía los ojos tan secos como el desierto. No me quedaban más lágrimas por derramar. Me sentía asfixiada, como si unas manos me apretaran el cuello y no pudiera respirar.

—Hannah, ¿qué ha pasado? —preguntó una voz al fondo de la habitación. Yo estaba descansando en la cama con los ojos cerrados. Todo lo que veía era oscuridad. Mi cuerpo estaba totalmente inmóvil.

Alex por fin había aparecido. Ya no parecía enfadado.

—Cara ha muerto —susurré a duras penas.

Oímos unos pasos que se acercaban a mi habitación.

Me dolía todo el cuerpo. Y el alma.

—¿Qué? —preguntó la voz grave de Alex.

—Cara ha muerto —repetí con voz apagada. El cuerpo me temblaba ligeramente.

—¿Cuándo? ¿Qué ha pasado? —quiso saber Alex. No quería mirarlo a los ojos y que viera la situación lamentable en la que me encontraba. No respondí—. ¿Hannah? —insistió al ver que no contestaba.

No quería hablar de ello. Cada vez que alguien mencionaba el nombre de Cara, mi mente reproducía automáticamente y en cámara lenta lo que había pasado aquella noche: el agente tomando declaración a los posibles testigos, el policía acordonando la escena del crimen, yo corriendo hasta el cuerpo de Cara y, finalmente, su rostro cubierto de sangre.

Fue horrible. Sobre todo porque podría haberlo evitado. No podía deshacerme del sentimiento de culpa.

Se me formó un nudo en la garganta.

—¿Hannah? —volvió a preguntar. Yo no me moví, ni siquiera abrí los ojos; cualquier movimiento me causaba dolor—. ¿Hannah? ¿Puedes mirarme? —gruñó desesperado. Gemí y el nudo de mi garganta empezó a deshacerse—. ¿Por favor? —suplicó.

Abrí los ojos ligeramente y me ardieron. Era como si me hubiera sumergido en una piscina de cloro. Los tenía hinchados y seguramente rojos como un tomate.

Su mirada desprendía preocupación. Frunció el ceño.

—¿Estás bien?

No contesté. Era incapaz de hablar. Alex se acercó con paso lento. Lo miré a los ojos y me observó aterrado.

—Oye —dijo mientras se acostaba a mi lado—. Lo siento mucho.

El nudo en la garganta volvió a crecer.

Quería llorar.

—No tienes que disculparte. —Me tembló la voz. Él negó con la cabeza.

—Soy un idiota. Me fui sin avisarte y me enfadé cuando no debería haberlo hecho. Una disculpa es lo mínimo que te debo —susurró.

Luchaba por mantener a raya las lágrimas, pero que Alex me dijera aquellas cosas no ayudaba mucho.

—Cara ha muerto —repetí, como si fuera una especie de mantra.

—Lo siento —dijo de nuevo.

Cerré los ojos un momento.

—Cara vino a hablar conmigo unos diez minutos antes... —susurré y me detuve para tomar aire—. La habían amenazado. Tu asesino le mandó una nota y ella... estaba asustada, Alex... y yo... yo no supe ver el peligro que corría... —Mi voz se quebró.

—Está bien, Hannah, has hecho cuanto podías —dijo para tratar de calmarme.

Negué con la cabeza.

—Ha muerto por mi culpa. No debería haber permitido que se marchara a esas horas, tendría que haberse quedado aquí... Si hubiera insistido más...

No lo pude evitar y comencé a llorar. Alex pasó un brazo por detrás de mis hombros para abrazarme. Entonces, me acomodé en su pecho para llorar todavía más. Alex estaba frío y olía a limón.

—No te preocupes, Hannah, llorar te hará sentir mejor. Lloro todo lo que necesites. —Sus palabras hicieron que los ojos me dolieran todavía más y que mis gemidos resonaran por toda la habitación.

Las lágrimas no dejaban de caer. Era incapaz de controlarlas, fluían como una cascada. La camiseta de Alex no tardó en mojarse.

—No te preocupes. —Alex me acariciaba el brazo mientras intentaba consolarme—. Estoy aquí, contigo.

Lloré tanto que al final me quedé dormida en el pecho de Alex.

Mi mejor amiga había muerto. Asesinada. Y todo por culpa mía, por seguir investigando la muerte de Alex. Pero ¿por qué? ¿Por qué habían matado a Cara?

Recordé el día en que nos conocimos. Yo acababa de llegar a la ciudad y, en mi primer día de instituto, me defendió de un par de matones. Era una chica popular que no se dejaba intimidar por nadie. Cara se enteraba de todo lo que pasaba en el instituto y me mantenía informada de ello. Yo, a cambio, la ayudaba con los deberes de Mates y Biología. No necesitamos mucho tiempo para convertirnos en mejores amigas. De hecho, Cara era mi única amiga. Y no merecía morir.

Cuando desperté, Alex seguía acostado junto a mí. Tenía la garganta seca y los párpados me pesaban más de lo habitual. Me aclaré la voz.

—No vuelvas a irte —dije. Las palabras salieron como un rayo eléctrico.

Él negó rápidamente.

—Nunca. Te lo prometo. —En cuanto vi sus ojos, lo noté: destilaban pánico.

—¿Qué ocurre? —pregunté preocupada. Me apoyé en el colchón para incorporarme.

—Nada —respondió.

—Alex. Pasa algo —insistí.

—No es nada, Hannah —repitió con suavidad para restarle importancia.

Me separé de él para mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa, Alex? ¿Va todo bien?

—Sí —confirmó con voz aguda.

Mentía. Lo noté en su mirada.

—No me lo creo, me estás mintiendo —afirmé. Alex tragó saliva con dificultad. Se movió un poco en la cama y un sonido llamó mi atención—. ¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—¿Qué ha sido qué? —preguntó con el ceño fruncido. Su cuerpo se tensó de inmediato.

—¿Qué tienes ahí debajo?

—¿Qué tengo aquí debajo? —respondió con una pregunta. Sus ojos almendrados me miraron fijamente. Me levanté de la cama.

—Levántate, Alex —le ordené en un susurro.

—Hannah... —respondió.

—Hazlo —insistí. Cada vez estaba más preocupada.

¿Qué escondía ahí debajo? ¿Y por qué actuaba así?

—No voy a moverme —me retó.

Cerré los ojos, furiosa.

—¿Me ocultas algo, Alex?

—No te oculto nada —replicó. Un mechón de pelo le caía en el ojo, pero no se molestó en apartarlo.

—Muy bien. Tú lo has querido —dije.

Entonces, me abalancé sobre él.

Alex gimió por el dolor.

—¡Hannah! —gritó.

Metí las manos debajo de su cuerpo. Le atrapé la cintura con las piernas y, como yo estaba encima, tenía las de ganar. Intentó forcejear conmigo, pero moví las manos con rapidez por debajo de su cuerpo, y entonces... toqué algo sólido.

—¡Hannah! —gritó, molesto. Y luego, cuando intenté sacar el objeto en cuestión, Alex tomó impulso y me echó al otro lado de la cama. Entonces, dejó caer su cuerpo sobre el mío.

Un calor sofocante se apoderó de mi cuerpo. Alex me miró victorioso. Sonreía.

—¡Suéltame! —grité entre risas mientras intentaba liberarme de su agarre. No peleaba conmigo, pero trataba de detener mis golpes bruscos.

—Eh, Hannah. Cálmate —dijo, tratando de sonar relajado.

—¿Qué tenías ahí debajo?! ¡¿Por qué me lo ocultas?! —pregunté en voz baja.

El calor que me invadía se hizo más evidente cuando dejé de forcejear. Nuestros cuerpos estaban *muy* juntos.

—No te oculto nada —susurró, acercándose a mis labios. La tentación de besarlo era terrible. Su aliento se coló por mis labios secos.

—¡Aléjate de mí, traidor! —exclamé. Miré a un lado y Alex se apartó un poco.

—¡No soy un traidor! —Abrió los ojos como platos. Me aprisionó las manos con las suyas y tenía las piernas en mis costados, lo que reducía mucho las posibilidades que tenía de defenderme.

—¡Suéltame! —Pataleé para liberarme de su agarre.

—¡No pienso soltarte hasta que te calmes!

—¡Traidor! —grité más fuerte.

Ojalá apareciera mi madre justo en ese momento.

—¡No soy un traidor! ¡No sabes lo que dices!

—Suéltame, Alex. ¡Suéltame, maldita sea! —exclamé.

—Tranquilízate, Hannah —me susurró al oído.

—¡No me toques!

Definitivamente, había algo debajo del cuerpo de Alex, lo había tocado. Estaba segura, y me dolía que lo negara.

¿Dónde estaba mi madre cuando la necesitaba?

Alex apoyó los labios en mi oreja. Sentía vibraciones por todo el cuerpo.

—Bien... —suspiré, tratando de parecer tranquila. El corazón me latía con fuerza—. Estoy tranquila, ahora suéltame.

Tenía ganas de gritar, pero si lo hacía, no me liberaría.

—Te soltaré con una condición.

—¿Cuál? —pregunté con curiosidad.

Alex suspiró. Respiraba de forma acelerada.

—Confía en mí.

No podía hacerlo. Pero, de todos modos, asentí.

—Bien —respondí.

Aflojó el agarre de mis manos. Y luego, inesperadamente, volvió a apretar con fuerza. Entré en calor cuando Alex comenzó a acercarse a mí lentamente. No podía apartar la vista de sus labios carnosos y húmedos.

—Voy a besarte —dijo. Sus labios estaban demasiado cerca.

Negué con la cabeza. ¿Acaso no recordaba que éramos familia?

—No lo hagas, mentiroso —susurré.

—Hannah, he dicho que voy a besarte. —Alex ignoró mis palabras y se acercó con una lentitud agonizante. Me besó en la mejilla, que todavía estaba húmeda por las lágrimas. Sentí un escalofrío y gemí involuntariamente—. No soy... —Se detuvo para acercarse a mis labios. Me temblaban las piernas. Ansiaba tener sus labios sobre los míos, pero me estaba torturando. Sabía que jugaba conmigo. Me besó las comisuras de los labios suavemente. Sentí una vibración increíble en la entrepierna. Una gota de sudor se deslizó por mi frente—. No soy un mentiroso —terminó de decir con voz grave. Y, luego, unos cálidos y húmedos labios aterrizaron sobre los míos.

Si Alex quería jugar, yo también lo haría.

Nos besamos apasionadamente y entonces me liberó. Para disimular, coloqué una mano en su nuca y enterré los dedos en su cabello. De repente, su cuerpo cayó sobre el mío. Llevé la otra mano hasta su bolsillo trasero y, efectivamente, lo que había tocado antes seguía allí.

Lo saqué lentamente para que no se diera cuenta. Alex se movió y yo lo atraje con fuerza hasta mi boca. En un gesto rápido, lo escondí debajo de mi blusa. Trataba de concentrarme en el beso, pero Alex no era tonto y notó que algo no iba bien. Se separó de mis labios y me miró con esos ojos tan profundos.

—¿Pasa algo? —pregunté con ingenuidad.

—No —dijo.

Cerró los ojos y volvió a besarme. Al principio, lo hacía con lentitud, pero luego... cada vez más rápido y más fuerte. Con anhelo. Con desesperación. Me faltaba el aire, pero este podría ser nuestro

último beso, y quería aprovecharlo al máximo.

Alex se separó de mí y se llevó la mano al bolsillo. Abrió los ojos como platos y me miró fijamente. Se había dado cuenta de que lo que había escondido ya no estaba. Sin pensarlo dos veces, lo aparté con fuerza y cayó al suelo con un ruido sordo. Me levanté de la cama apresuradamente y salí corriendo como pude.

—¡Hannah! —gritó Alex desde el suelo. No tardó en levantarse y echar a correr tras de mí—. ¡Detente!

Entré al baño y cerré la puerta con pestillo.

Alex se detuvo al otro lado.

—No lo hagas.

—Mentiroso —lo acusé.

—Puedo explicártelo —dijo. Sonaba desesperado.

Con la espalda pegada a la puerta, me dejé caer hasta el suelo. Alex movía el picaporte frenéticamente.

—¡Vete! —le ordené.

—¡Deja que te lo explique, por favor!

Saqué el fino objeto de debajo de mi blusa y entonces vi lo que era. Se me puso la piel de gallina. Era una hoja de papel doblada. Alex soltó el picaporte y guardó silencio.

Me temblaban las manos. ¿Qué era esto? ¿Y por qué quería ocultármelo?

Alex se dejó caer al otro lado de la puerta. Igual que yo, tenía la espalda apoyada contra ella.

Desdoblé la hoja y vi unas palabras escritas con recortes de periódico. Oh, no. Era una carta como la que había recibido Cara. Un mensaje con amenazas.

Pero el contenido de este era diferente.

Inspiré profundamente y empecé a leer.

«Hannah Reeve, has perdido a tu mejor amiga, mi más sincero pésame. Pero ya te lo advertí. ¿Quién crees que es el siguiente en mi lista? Si tanto te gusta jugar a detectives, te daré una pista: todavía no ha llegado tu hora. Pero pronto recibirás una llamada».

Sobre la autora



Janeth G. S. es una autora mexicana que empezó a publicar en la red social Wattpad en 2014. Sus seguidores aumentaron rápidamente y en 2015 ganó el premio Wattys a mejor obra de misterio con *¿Quién mató a Alex?*

Monica Murphy

Segundas oportunidades

SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2



Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica

9788416224364

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor

Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla.

Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin.

Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo...

Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HECHIZADA

Elisa S. Amore



OZ
EDITORIAL

Hechizada

S. Amore, Elisa

9788416224111

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte es la misma que debe matarte?

Evan es un ángel de la muerte y su misión es garantizar que el destino de los habitantes de la Tierra se cumpla tal y como está escrito.

El tiempo de Gemma está a punto de acabarse y Evan es el elegido para asegurar que muera y acompañar su alma al otro mundo.

¿Pero qué sucede cuando entra en juego el amor? ¿Puede un ángel de la muerte renegar de sí mismo y desafiar al destino?

Evan tendrá que enfrentarse a las leyes del cielo y del inframundo si quiere salvar a la chica de la que se ha enamorado perdidamente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

LAS CRÓNICAS DE
SHANNARA
LIBRO 2

LAS PIEDRAS ÉLFICAS DE SHANNARA

TERRY BROOKS



Las piedras élficas de Shannara

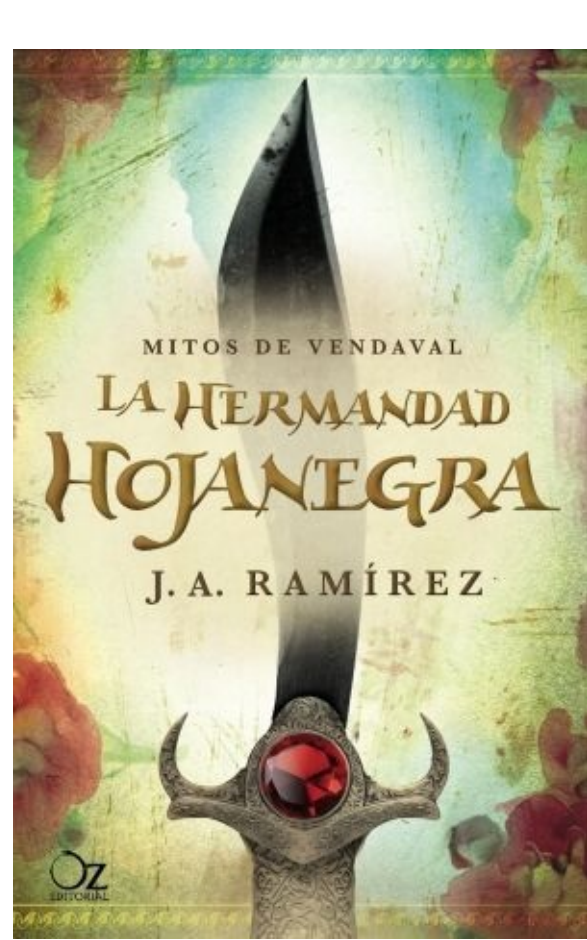
Brooks, Terry
9788416224388
576 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ellecrys, el árbol mágico que mantiene a los demonios cautivos tras el muro de la Prohibición, está muriendo. Sin Ellecrys, las hordas de demonios camparán libres entre las razas que habitan las Cuatro Tierras. Allanon, el legendario druida, encarga a Wil Ohmsford que acompañe a Amberle, una joven elfa, en una peligrosa misión: llevar la semilla de Ellecrys hasta el misterioso Fuego de Sangre para conseguir que el árbol renazca y restaure la Prohibición.

Pero el Dagda Mor, el demonio más poderoso, ya está libre y ha enviado a su secuaz más temible, la Parca, a acabar con Wil y Amberle. El destino de las Cuatro Tierras está en manos de los dos jóvenes, que se embarcan en la aventura más difícil de su vida. ¿Conseguirán que Ellecrys renazca antes de que el Dagda Mor y su ejército de demonios consigan la victoria?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



MITOS DE VENDAVAL

LA HERMANDAD
HOJANEGRA

J. A. RAMÍREZ

OZ
EDITORA

La hermandad Hojanegra

Ramírez, Jose Antonio

9788416224050

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Toda una población arrasada en un solo día. Más de diez ciudades en una semana. Nadie sabe de dónde viene la Plaga y mucho menos cómo detenerla. Si los cuatro reinos de Vendaval no dejan atrás las guerras y sus conflictos, no quedará nada por lo que luchar.

¿Dónde estás, Noah Evans?

Los cuatro reinos de Vendaval viven en alerta máxima. La Plaga lo devasta todo, sembrando la muerte a su paso. Noah, un adolescente de Manchester, descubre la existencia de este misterioso mundo a través de sus sueños. Cuando los demonios del reino de la Discordia secuestran a su padre, Noah viaja hasta Vendaval para rescatarlo. Con la ayuda de dos soldados de la legendaria Hermandad Hojanegra, emprende una peligrosa búsqueda en la que descubrirá que su vida está ligada a Vendaval de un modo que nunca habría imaginado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

NACIDA A MEDIANOCHE

C.C. Hunter



OZ
EDITORIAL

Una novela de
SHADOW FALLS

Nacida a medianoche

Hunter, C.C.
9788416224012
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En Shadow Falls nada es lo que parece

Kylie va a pasar el verano en el campamento Shadow Falls para adolescentes con problemas. Allí no tardará en descubrir que todos sus compañeros poseen poderes sobrenaturales: vampiros, hombres lobo, cambiaformas, brujas y hadas aprenden en el campamento a controlar sus habilidades para poder convivir con los humanos. Pero Kylie no tiene ningún poder. ¿O sí?

En Shadow Falls conoce a Derek, un fae dispuesto a todo con tal de conquistarla, y a Lucas, un fascinante hombre lobo con quien comparte un secreto. Derek y Lucas son muy diferentes, pero ambos luchan por su corazón. Cuando Kylie por fin comprende que Shadow Falls es el lugar al que pertenece, el campamento corre el riesgo de ser destruido por una amenaza mayor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)